

BRITTAINY C. CHERRY

Notas para
Grace

CHIC 

Gracias por comprar este ebook.

Esperamos que disfrutes de la lectura.

Queremos invitarte a que te suscribas a la *newsletter* de Principal de los Libros. Recibirás información sobre ofertas, promociones exclusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.



CONTENIDOS

Portada

Página de créditos

Sobre este libro

Dedicatoria

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55

Agradecimientos
Sobre la autora

NOTAS PARA GRACE

Brittainy C. Cherry

Traducción de Aitana Vega



NOTAS PARA GRACE

V.1: febrero, 2020

Título original: *Disgrace*

© Brittainy C. Cherry, 2018

© de la traducción, Aitana Vega, 2020

© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2020

Todos los derechos reservados.

Los derechos morales de la autora han sido reconocidos.

Publicado mediante acuerdo con Bookcase Literary Agency.

Diseño de cubierta: Taller de los Libros

Publicado por Principal de los Libros

C/ Aragó, n.º 287, 2.º 1.ª

08009 Barcelona

info@principaldeloslibros.com

www.principaldeloslibros.com

ISBN: 978-84-17972-16-5

THEMA: FR

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

NOTAS PARA GRACE

«Por y para siempre.»

Grace se siente perdida después de que su marido la haya abandonado. Entonces, regresa a su pueblo natal y allí conoce a Jackson, la oveja negra.

Entre ellos surge la conexión más poderosa que han sentido hasta ahora.

Son corazones heridos que intentan recomponerse juntos.

¿Podrán ayudarse a dejar atrás el pasado?

Una historia de amor llena de luces y sombras que te emocionará

«Esta novela es imprescindible porque va más allá de la típica historia de amor. Trata sobre familia, amistad, segundas oportunidades y el poder del perdón.»

Elena's Bookblog

«Brittainy consigue que se te pare el corazón en cada página de la novela.»

The Bookish Sisters

*A aquellos que se han quedado atrás:
ojalá recordéis el sonido de vuestros propios corazones.*

«Algún día en cualquier parte, en cualquier lugar indefectiblemente te encontrarás a ti mismo,
y esa, solo esa, puede ser la más feliz o la más amarga de tus horas».

Pablo Neruda

Prólogo

Jackson

Diez años

*E*stúpido perro.

Me había pasado años intentando convencer a mis padres de que me dejaran tener una mascota, pero pensaban que no era lo bastante mayor para cuidar de un animal. Les prometí que era capaz de encargarme de todo, aunque no fuera verdad.

Nadie me contó que los cachorros nunca se callan ni te hacen caso.

Papá decía que era muy parecido a tener un hijo, porque yo tampoco me callaba y nunca hacía caso.

—Pero el amor vale la pena —decía cuando me quejaba porque el nuevo miembro de la familia se portaba mal—. Siempre vale la pena.

—Siempre —repetía mamá.

Lo de «siempre» me sonaba un poco a mentira porque el dichoso perro me sacaba de quicio.

Tendría que estar en la cama, pero quería terminar el cuadro de una puesta de sol en el que había estado trabajando. Mamá me había enseñado una técnica nueva con acuarelas y sabía que, si practicaba hasta tarde, acabaría por dominarla.

Tucker gimoteaba mientras yo intentaba añadir algo de naranja al cuadro. Me empujó la pierna con el hocico y volcó un vaso de agua que lo salpicó todo.

—¡Mierda! —gruñí y fui al baño a por una toalla para limpiar el desastre.

«Perro estúpido».

Cuando volví, Tucker estaba haciendo pis en una esquina de la habitación.

—¡Tucker, no!

Lo agarré por el collar y lo arrastré hasta la puerta de atrás. Me miraba con las orejas gachas.

—¡Venga ya, Tucker! —mascullé mientras intentaba sacarlo para que hiciera sus cosas bajo la lluvia. No se movió ni un milímetro. Aunque era un gran labrador negro, solo tenía cuatro meses; no era más que un bebé. Además, las tormentas le daban miedo.

—¡Sal! —le grité mientras contenía un bostezo, ya que era tarde. Además, quería acabar el cuadro de la puesta de sol antes de que se hiciera de día para enseñárselo a mamá por la mañana. Se sentiría muy orgullosa de mí.

Un día llegaría a ser tan bueno como ella, ¡si el dichoso perro me dejaba tranquilo! Tucker gimoteó e intentó engancharse a mis piernas desde atrás.

—¡Venga, hombre! ¡Te portas como un bebé!

Intenté sacarlo al patio a empujones, pero no me dejó. Llovía a mares y, cuando un trueno retumbó con fuerza, Tucker me esquivó y salió disparado en dirección al salón.

—Porras —gruñí, me llevé la mano a la cara y lo seguí.

Cuanto más cerca estaba, más nervioso me ponía al escuchar a mamá y papá discutir en el salón. Últimamente se peleaban mucho, pero cuando me veían llegar, fingían estar felices.

Sin embargo, sé que no lo estaban porque papá ya casi nunca sonreía y mamá siempre se limpiaba las lágrimas de los ojos al verme. A veces, me acercaba a ella y la encontraba llorando tanto que no podía ni hablar. Intentaba ayudarla, pero le costaba respirar.

Papá me explicó que eran ataques de pánico, aunque seguía sin entender por qué los tenía. Papá y yo siempre cuidábamos de ella.

Odiaba cuando mamá estaba tan triste que le costaba respirar. Con el tiempo, aprendí a abrazarla sin hacer nada más hasta que se le pasase el ataque. Después, nos quedábamos sentados y respirábamos juntos.

A veces, tardaba un rato.

Otras, más.

Me colé en la habitación sin hacer ruido y me escondí detrás del sofá a escuchar la pelea. Tucker se me acercó y se subió a mi regazo, todavía temblaba por la tormenta. O puede que le dieran miedo los gritos.

«Perro bobo».

Lo abracé porque, aunque fuera estúpido, era mi perro. Si estaba asustado, yo lo cuidaría.

Me empezó a doler el estómago mientras escuchaba a papá suplicarle a mamá que no se fuera.

¿Irse? ¿A dónde?

—No puedes marcharte, Hannah —dijo papá. Parecía muy cansado—. No puedes dejar a tu familia sin más.

Mamá suspiró; también lloraba. «Respira, mamá».

—No podemos seguir así, Mike. Es un círculo vicioso. Ya...

—Dilo —susurró—. Vamos, suéltalo.

—Ya no te quiero.

Papá retrocedió un paso y se pellizcó el puente de la nariz. Nunca lo había visto llorar, pero esa noche se limpiaba las lágrimas de los ojos.

¿Por qué mamá ya no lo quería?

Era mi mejor amigo.

Los dos lo eran.

—Lo siento mucho, pero ya no aguanto más. No puedo seguir mintiéndome a mí misma y a mi familia.

—No sé cómo te atreves a hablar de familia.

—Para. Jackson es mi mundo y sabes que me importas.

—Pero no lo bastante para quedarte. —Mamá no supo qué contestar y papá se paseó por el salón—. ¿De verdad vas a dejar a Jackson por otro hombre?

Mamá negó con la cabeza.

—Lo dices como si fuera a abandonar a mi hijo.

—¿Y no es así? Tienes las putas maletas en la puerta. ¡Te largas! —gritó, algo que nunca hacía. Papá era muy tranquilo y nunca perdía los estribos. Respiró hondo y bajó la cabeza mientras se llevaba las manos al cuello—. ¿Sabes qué? Me da igual. Si quieres irte, vete. Pero más te vale no cambiar de idea, porque estoy cansado de suplicarte que vuelvas.

Salió de la habitación y me empezó a doler el pecho. Mamá agarró las maletas y me levanté de un salto para cortarle el paso.

—¡Mamá, no! ¡No lo hagas! —grité con la sensación de tener el cuerpo en llamas. No podía perderla. No podía ver cómo se marchaba y nos dejaba atrás a papá y a mí. Éramos un equipo, una familia. No podía dejarnos. No podía irse.

—¡Jackson! ¿Qué haces despierto? —preguntó, alarmada.

Me lancé a sus brazos y rompí a llorar.

—No te vayas, por favor. No me dejes. Por favor, mamá, no te vayas.

Me derrumbé, aferrado a su ropa mientras me abrazaba. Temblaba y le suplicaba que se quedase, pero a la vez que me consolaba, se apartaba poco a poco.

—Tranquilízate, cielo. Todo irá bien —me prometió, pero mentía. ¿Cómo iba a ir todo bien si se marchaba?

—¡Siento que Tucker se hiciera pis en casa ayer! ¡Siento no haber hecho mis tareas! Seré bueno, lo prometo, y cuidaré mejor de Tucker, lo juro. Por favor, mamá, no te vayas —sollocé e intenté tirar de ella—. Lo siento, mamá, quédate, por favor...

—Jackson, cariño —dijo con voz amable y calmada, aunque también lloraba—. No has hecho nada malo. Eres perfecto. —Se inclinó y me besó la nariz—. Eres todo lo que me importa. Lo sabes, ¿verdad?

—Entonces, ¿por qué te vas? —pregunté con la voz rota.

Suspiró y sacudió la cabeza.

—No voy a dejarte, mi niño, te lo prometo. Siempre me tendrás. En unos días, hablaremos y te ayudaré a entenderlo, pero hoy no puedo quedarme. Tu padre y yo...

—Ya no lo quieres.

Suspiró.

—Eres demasiado joven para comprenderlo, pero, a veces, por mucho que se esfuercen, los padres dejan de quererse.

—Pero él todavía te quiere, a lo mejor puedes volver a quererlo.

—Jackson, eres demasiado joven para entenderlo. Solo debes saber que no me iré a ninguna parte. De verdad. Es solo que las cosas van a cambiar un poco. Al principio será duro, pero saldremos adelante. Te lo prometo. Ya lo verás, todo irá bien. ¡Seremos más felices! Pero, cariño, debes comprender que no has hecho nada malo. Tienes que ser fuerte un tiempo y cuidar de tu padre, ¿lo harás?

Asentí.

—Te quiero, Jackson. —Me dio otro beso en la nariz y me abrazó con fuerza—. Por y para siempre.

Eso fue lo que dijo, pero aun así me soltó.

Agarró las maletas y salió a la tormenta. Nos dejó atrás.

Cuando se fue, me tiré al suelo y lloré. Tucker se acercó y me lamió la cara para limpiarme las lágrimas.

—¡Lárgate, Tuck! —le grité y lo aparté de un manotazo, pero volvió meneando el rabo.

Le daba igual lo que le hiciera; por mucho que lo apartase, siempre volvía. Dejé que se subiera a mi regazo porque sabía que no iba a rendirse. Era muy molesto. Lo abracé y lloré.

Al cabo de un rato, me levanté. Tucker me siguió a la cocina, donde encontré a papá con las manos apoyadas en la encimera. Tenía un vaso y una botella de algo que a mí no se me permitía beber frente a él.

—¿Papá? ¿Estás bien? —pregunté.

Se tensó al escucharme, pero no se dio la vuelta, tan solo se aferró a la encimera con más fuerza.

Sorbió por la nariz antes de terminarse el vaso de un trago y volvió a llenarlo.

—Deberías estar en la cama —me dijo con severidad.

—Pero papá... —Me dolía todo. Tenía ganas de vomitar—. Mamá se ha ido.

—Lo sé.

—Deberías ir a buscarla y traerla de vuelta. Deberíamos...

—¡Para! —gritó y dio un puñetazo a la encimera antes de volverse hacia mí. Tenía los ojos rojos y cargados de emoción—. Vete a la cama, Jackson.

—¡Pero papá! —chillé.

—¡A la cama! —exclamó y su enfado me desconcertó. Nunca lo había visto así y menos conmigo. Respiró hondo y me miró. Nunca le había visto esa mirada; estaba devastado. Frunció el ceño, tomó el vaso y suspiró—. Por favor, hijo, vete a dormir.

Subí a la habitación y me dejé caer sobre la cama mientras Tucker saltaba al colchón y se tumbaba a mi lado.

—Lárgate, perro bobo —gruñí con los ojos llenos de lágrimas. Se acurrucó más cerca y se escurrió bajo mi brazo. Me dolía el pecho—. Lárgate.

Pero no lo hizo, no importaba lo que dijera o hiciera, se quedó.

«Buen chico», pensé mientras lo abrazaba con fuerza. «Eres un buen chico, Tuck».

Capítulo 1

Grace

Presente

En la oscuridad del vestíbulo descansaban cinco maletas desparejadas, viejas y desgarradas. En cada una de ellas se guardaba una parte de mí. La morada era de nuestro primer viaje a París, la luna de miel. Nos alojamos en una habitación de hotel diminuta en la que, si estirábamos los brazos, tocábamos ambas paredes. Pasamos muchas noches regadas con alcohol en aquella pequeña habitación mientras nos enamorábamos más y más a cada segundo.

La maleta de flores era de la escapada que hicimos después del primer aborto. Me sorprendió con un viaje a las montañas para ayudarme a respirar. El aire de la ciudad estaba viciado y tenía el corazón roto. Aunque la altitud no hizo nada por solucionar lo segundo, el aire entraba con mayor facilidad en mis pulmones.

La pequeña maleta negra fue la que me preparó cuando conseguí mi primer trabajo como profesora. También la llevó al viaje que hicimos después del segundo aborto, esa vez a California.

La verde era de la boda de mi prima en Nashville, cuando me hice un esguince y me llevó en brazos por la pista de baile mientras nos reíamos sin parar. Por último, la maletita azul marino es la que llevó a la residencia de estudiantes para pasar la noche. Fue la primera vez que hicimos el amor.

El corazón me latía muy deprisa mientras apoyaba la espalda en la pared del salón y observaba las maletas desde lejos. Quince años de historia concentrados en cinco maletas, quince años de felicidad y desamor que me eran arrebatados.

Salió de la habitación con una bolsa de tela al hombro. Pasó frente a mí y echó un vistazo al reloj de su muñeca.

Joder, qué guapo estaba.

Aunque lo cierto es que Finn siempre estaba guapo. Era mucho más atractivo que yo, y no lo digo porque me falte autoestima. Me consideraba guapa, con todas mis curvas y mis kilos de más en las caderas, pero Finn dejaba sin aliento. En todas las parejas, uno es más guapo que el otro; en la nuestra, era él.

Tenía los ojos azules como el cristal y, cuando sonreía, brillaban. Me encantaba cuando se vestía de verde oliva porque ese color le daba a sus ojos un tono jade. Llevaba el pelo rubio oscuro siempre muy corto y su sonrisa...

Esa sonrisa fue lo que me enamoró.

—¿Necesitas ayuda? —pregunté—. Con las maletas.

—No —respondió con sequedad, sin mirarme—, puedo solo.

Estaba tenso y taciturno. Odiaba que se comportase con tanta frialdad, pero sabía que era culpa mía. Lo había apartado de mí durante tanto tiempo que al final dejó de intentar acercarse.

Llevaba el jersey amarillo que tan poco me gustaba. Estaba rasgado debajo del brazo y tenía una mancha asquerosa a la altura de la muñeca que, por más que frotase, me había sido imposible limpiar. Parpadeé en un intento de grabarme a fuego en la memoria la imagen de esa prenda tan fea.

Por mucho que la odiara, la echaría de menos.

Suspiré mientras se llevaba las maletas. Cuando metió la última en el coche, volvió a entrar en casa y echó un vistazo al vestíbulo como si se olvidara de algo.

De mí.

Se olvidaba de mí.

Se pasó las manos por el pelo y masculló:

—Creo que ya está todo. Deberíamos acercarnos al banco a firmar los papeles. Luego tengo que salir hacia Chester y supongo que tú también.

—Vale —dije.

—Vale —repitió.

Chester, en Georgia, era nuestro hogar. El pueblo en el que crecimos, nos enamoramos y prometimos querernos para siempre. Finn había pasado allí los últimos ocho meses después de aceptar un puesto de residente en el hospital. Hacía ocho meses que me había pedido que nos separásemos. Hacía ocho meses que me había dicho que deberíamos poner la casa en venta. Hacía ocho meses que había salido de mi vida y no había vuelto a saber de él hasta que la casa de Atlanta se vendió.

Salió de mi vida y no miró atrás hasta que no le quedó más remedio.

Sin embargo, lo quería, aunque él no sintiera lo mismo.

En el pueblo nadie sabía que nos habíamos separado, ni siquiera mi mejor amiga, Autumn, ni mi hermana, Judy. A ellas se lo contaba todo, excepto las cosas que me hacían pasar las noches llorando. No había tenido el valor de contarle a nadie que mi marido me había abandonado hacía ocho meses. Si lo contaba, me convertiría en una fracasada y, además, lo único que quería era que, de alguna manera, Finley volviera a quererme.

A veces me preguntaba cuándo había dejado de hacerlo.

¿Fue un día concreto o una serie de momentos que se fueron encadenando?

¿El amor había desaparecido a causa del dolor o del aburrimiento?

¿Se debía un poco a la desconexión?

¿Se puede volver a conectar algo que se ha desconectado?

—¿Una última vuelta? —le pregunté en nuestro salón vacío.

Había conducido hasta aquí para firmar los papeles de la venta de la casa y apenas me había dirigido la palabra desde que había llegado.

Se me formó un nudo en el estómago cuando lo vi. Me lo había imaginado llegando con un ramo de flores, una botella de vino y pidiéndome que volviéramos, pero, en realidad, apareció de mal humor, con las manos vacías y listo para pasar página.

—No, creo que ya está bien. Vamos al banco a firmar los papeles y acabemos con esto. Me quedan cinco horas de coche hasta Chester y mañana tengo que trabajar —masculló mientras se pasaba una mano por el pelo.

No entendía por qué estaba tan enfadado.

No nos habíamos visto en meses, sin embargo, en el instante en que estuvo a mi lado, se sintió infeliz.

Apenas me miraba.

Daría lo que fuera por que me mirase...

—Voy a echar un último vistazo —dije, e intenté ocultar lo dolida que estaba.

—Ya hemos mirado dos veces.

—Una más, por los recuerdos. —Sonreí y le di un codazo suave en el brazo. No me devolvió la sonrisa, solo miró el reloj.

—No tenemos tiempo. Te veo en el banco —dijo y se marchó. No miró atrás ni una vez, como si dejarme fuera lo más fácil que había hecho jamás.

Supongo que, tras marcharte la primera vez, las siguientes son cada vez más sencillas.

Me quedé donde estaba con el corazón roto. Entonces, Finn carraspeó y me volví a mirarlo.

Me devolvió la mirada y deseé que no lo hubiera hecho. Sus ojos reflejaban tanto dolor como el que yo sentía en el pecho.

—No quería que acabase así —admitió.

Suspiré.

«Yo no quería que acabase nunca». No respondí. Daba igual lo que dijera, todo había terminado.

Había tomado una decisión y esta me excluía.

—Es que, después de todo... —Volvió a carraspear y se tomó unos segundos para pensar las palabras—. Te encerraste en ti misma, Grace. Me apartaste y no me dejaste ni intentar acercarme. ¡Joder! Llevábamos un año sin acostarnos.

—Lo hicimos en tu cumpleaños.

—Qué bien, una vez por cumplir treinta y dos, ¿qué clase de vida es esa? No te quitaste los calcetines ni la camiseta.

—Soy friolera.

—Grace. —Sonaba serio y molesto a la vez.

¿Cuándo empecé a molestarle? ¿Era algo reciente o hacía años que ocurría?

—Lo siento.

—No hagas eso —gruñó y se pasó otra vez la mano por el pelo—. No pidas perdón. Sé que lo que pasaste fue horrible, pero, joder, me tenías a tu lado y no me dejabas ayudarte.

No mentía. Lo aparté de mí. Aparté a todo el mundo, era la única forma de no autodestruirme.

—Lo siento —repetí.

Dio un paso hacia mí y recé para que se acercase más.

—Por Dios, Grace, di algo, lo que sea, cualquier cosa, menos que lo sientes. Eso es lo que me

molesta. Esa pasivo-agresividad, el que no hables y te lo guardes todo para ti.

—Eso no es verdad —repliqué.

Al menos, no solía serlo. Hubo un tiempo en que le contaba todo lo que sentía. Después, hubo una temporada en que era demasiado para él. Nunca dijo nada, pero su cara lo reflejaba. Cuando me veía llorar, ponía los ojos en blanco. Cuando le explicaba el dolor que sentía, me decía que ya era tarde y que mejor hablásemos por la mañana.

Esa conversación nunca llegaba y, poco a poco, me resigné a quedarme callada.

A lo mejor eso es el amor: algo que se desvanece con el tiempo hasta quedarse parado.

—Sí lo es —afirmó con seguridad.

Finn siempre parecía seguro de todo lo que hacía, fue una de las cosas que me enamoraron de él. Iba por la vida como si supiera exactamente cuál era su sitio y eso le daba una apariencia muy poderosa. Era dos años mayor que yo y, cuando nos conocimos en la gala de verano anual de mis padres, todos miraban a Finley James Braun. Era lo mejor de Chester. Conseguir a Finn era una victoria.

Era inteligente, guapo y seguro de sí mismo.

Todas las chicas estaban obsesionadas con él. Si mi madre no me hubiera empujado a sus brazos cuando tenía quince años, ni siquiera me habría atrevido a hablarle.

Por aquel entonces, no me creía lo bastante buena para él.

Sigo sin creerlo.

Finn se pellizcó el puente de la nariz, irritado.

—Te cierras y te tragas lo que sientes. Lo único que haces es actuar de forma pasivo-agresiva.

—Ya, bueno, lo único que haces tú es engañar —escupí. Las palabras se me escaparon como si hubiera esperado el momento perfecto para decirlas.

Eso le dolió y verlo sufrir solo sirvió para hacerme daño.

—Lo siento —me disculpé.

No soy una persona mezquina. Siempre he pensado que no tenía ni una pizca de maldad. Mis padres nos educaron a mi hermana y a mí para ser amables, consideradas y compasivas. Si alguien me describiera, ni siquiera consideraría usar la palabra mezquina, pero cuando uno tiene el corazón roto, a veces dice cosas que en realidad no siente.

Se puso rígido, dio un traspié hacia atrás y se le empañaron los ojos. Odiaba que le recordase su traición, algo que había hecho durante los últimos meses. A veces, cuando la ansiedad era más fuerte que yo, le dejaba mensajes de voz en los que me preguntaba por qué había elegido a otra. Le preguntaba si era mejor que yo y si el sabor de sus besos era como el de los míos.

Lo sacaba de quicio, tanto que es posible que eso fuera la gota que colmó el vaso y lo que lo empujó a dejarme definitivamente: mi incapacidad para olvidar a la otra.

Mi marido no era infiel, excepto por ella.

Ella.

La odiaba, aunque no supiera quién era.

La odiaba más de lo que jamás creí que pudiera odiar a una desconocida.

¿Cómo se atrevía a robar algo que no tenía derecho a llevarse? ¿Cómo osaba alejar a mi marido de mí mientras yo intentaba atraerlo de vuelta? ¿Cómo se atrevía a romperme el corazón sin ni siquiera preocuparse de los pedazos que me rasgaban el alma?

—¿De verdad? ¿Esto es lo que quieres decirme? ¿Quieres que estas sean las últimas palabras

que me diriges? —preguntó tras recuperarse de mi ataque.

Odiaba su cara porque todavía me encantaba.

Sentía muchas cosas a la vez: confusión, dolor y un fuerte conflicto interno. Me sentía sola y todavía no se había marchado. Me pasaban por la cabeza muchos pensamientos sin sentido.

«Quédate. Vete. No te vayas. Márchate. Quiéreme. Déjame en paz. Devuélveme las ganas de vivir. Déjame morir. Quédate. Vete...».

—Lo siento —susurré.

Sabía que no era lo que quería escuchar, pero fue lo único que se me ocurrió decir.

—Venga ya.

—Lo siento. No...

—Grace. —Avanzó un paso hacia mí, pero levanté la mano y se detuvo. Si se acercaba más, me derrumbaría entre sus brazos y sabía que no me sujetaría. Respiró hondo y susurró—: Cometí un error. Ella no significaba nada para mí.

Ella.

—Di su nombre —exigí.

Sabía que estaba siendo mezquina, pero no me importaba. Estaba harta. Harta de que Finn siempre evitase hablar de su infidelidad. Odiaba que quisiera hacerme ver que era culpa mía que besase a otra mujer en los labios, en los pechos, en las caderas, en el cuello, en el estómago, en los muslos...

Basta.

No quería pensarlo. Nunca creí que mi cerebro fuese capaz de imaginar de manera tan vívida a mi marido en brazos de otra mujer, pero, sin duda, la mente es un arma muy poderosa.

—¿Qué? —preguntó, haciéndose el tonto.

Era muchas cosas, pero tonto no era una de ellas. Sabía a la perfección qué le había pedido.

—Después de tanto tiempo, ni siquiera me has dicho cómo se llama porque, si lo hicieras, sería real. Sería el final de verdad.

Abrió la boca un segundo mientras se libraba una lucha en su mente y consideraba si quería que aquello fuera real o no. Entonces, habló.

—No puedo.

Apenas fue un murmullo, teñido de culpa y asco.

—Si alguna vez me quisiste, dímelo.

Hizo una mueca.

—No puedo, Grace. Además, se acabó.

—Da igual. En realidad, no me importa. Aunque espero que fuera fea —bromeé, aunque él no supiera cómo me ardía el pecho en el interior.

Tenía el corazón destrozado y los pedazos todavía se rompían.

Sollocé.

Suspiró.

—Deberíamos irnos.

—Voy a echar un último vistazo a las habitaciones —dije.

Quiso reprenderme, pero calló. Estaba cansado de discutir, igual que yo. Habíamos llegado a un punto en que las palabras resultaban agotadoras porque ninguno de los dos escuchaba de

verdad.

—Te veo en el banco, ¿vale?

La puerta principal se cerró y vagué por la casa mientras acariciaba todas las superficies, los marcos de las puertas y las paredes. Cuando llegué a la última habitación vacía, entré y miré esas cuatro paredes para las que habíamos hecho tantos planes y que un día pensé que serían mi futuro.

—Aquí pondremos la cómoda y el cambiador, ¡y la cuna, allí! Podemos poner una de esas que luego se convierte en cama y, encima, quiero escribir el nombre del bebé en letras mayúsculas y poner alguna frase y... —Estaba sin aliento por la emoción.

Finn se acercó y me abrazó.

Sonreía y negaba con la cabeza.

—¿No deberíamos esperar a que estés embarazada para decorar el cuarto del bebé?

—Sí —acordé y me mordí el labio—, pero después de diez test de embarazo positivos en los últimos dos días, me parece que vamos por buen camino.

Los ojos se le iluminaron. Me encantaba el azul de sus ojos, me dejaba sin respiración. Me provocaba mariposas en el estómago, incluso después de tanto tiempo.

—¿Estás...? —empezó.

Asentí.

—Entonces, ¿vamos a...?

Asentí.

—¿Vamos a tener...?

Asentí.

Se le empañaron los ojos, me levantó en brazos y me dio vueltas en el aire mientras me cubría la cara de besos. Cuando me dejó en el suelo, me miró de tal manera que, sin decir nada, sentí cuánto me quería.

—Vamos a tener un bebé —susurró y me dio un beso dulce en los labios.

—Sí. —Le devolví el beso y, cuando se separó, respiré hondo—. Vamos a tener un bebé.

La habitación se oscureció al accionar el interruptor para apagar la luz y, cuando me fui, el recuerdo todavía me perseguía.

Creí que siempre recordaría aquellos momentos con alegría pero, con el paso de los días y los años, se convirtieron en algo doloroso.

Tras apagar todas las luces, levanté la última maleta negra con flores rosas del suelo. Era de nuestra luna de miel, cuando compramos demasiados *souvenirs*.

Saqué la maleta de un lugar que pensé que siempre sería mi hogar y me lamenté por la idea de un futuro que ya no era mío.

Capítulo 2

Grace

Solo tardamos unos minutos en firmar los papeles en el banco y entregar las llaves al banquero. Estaba sentada al lado de Finn, pero lo sentía a kilómetros de distancia. Cuando nos levantamos para irnos, él se dirigió a su coche y yo al mío.

—Finley —lo llamé, sin saber muy bien por qué.

Me miró y arqueó una ceja, a la espera de que hablase. Abrí los labios, pero las palabras se negaron a salir. «Vamos a comer algo y a ver una peli. Hagamos planes hasta que vuelvas a quererme».

—Nada. Da igual.

Suspiró.

—¿Qué pasa, Grace?

—Nada, de verdad. —Me froté los brazos con las manos.

—Ya empezamos —masculló, y sentí un pinchazo en el pecho.

—¿Qué quieres decir?

—Vas a hacer lo mismo que haces siempre.

—¿Qué hago siempre?

—Empiezas a contarme lo que sientes y después te callas y no dices nada. ¿Sabes lo complicado que es comunicarse contigo?

—Lo siento —murmuré.

—Claro que sí —replicó—. Oye, tengo que irme. Cuando lleguemos a Chester, le contaremos a nuestros padres que nos divorciamos. Deberíamos hacerlo por separado. Vamos a tener que acostumbrarnos a hacer las cosas solos, así que mejor empezar cuanto antes, ¿no?

«Sé fuerte. No llores».

—Vale.

Iba a pasar el verano en Chester, ya que el piso de Atlanta no estaría listo para mudarme hasta agosto. Por una parte, volver al pueblo me aterraba, pues la gente no tardaría en darse cuenta de que Finn y yo ya no estábamos juntos. Por otra parte, me gustaba la idea de que fuéramos a estar en el mismo sitio, en las mismas aceras en las que nos enamoramos por primera vez. Tal vez esa conexión con el pasado haría que volviera a mirarme como antes. Tenía un verano entero para

conseguir que mi marido volviera a enamorarse de mí.

Me metí en el coche y, al girar la llave, el motor petardeó. «Mierda». Volví a intentarlo e hizo un ruido muy feo. Finn me miró con una ceja levantada, pero lo ignoré. Mi coche era viejísimo, un Buick rosa que me había acompañado desde que empecé la universidad. Lo único que llevaba en mi vida más tiempo que este coche era Finn, pero ahora que iba a marcharse, Rosie pasaba a ser mi posesión más antigua.

Aquella mañana, se puso enferma.

—¿Quieres que le eche un ojo al motor? —preguntó Finn, pero no quise mirarlo. No después de como me había hablado y me hiciera sentir como una mierda por ser como soy.

—No, no hace falta —dije.

—¿Seguro que esa cosa será capaz de llegar hasta Chester? Deberías haber alquilado un coche y tirado esa chatarra.

—Está bien —respondí, giré la llave e hizo el mismo ruido.

—Gracelyn... —empezó y ya no aguanté más.

—Márchate, Finn. Has dejado bien claro que no quieres estar aquí, así que lárgate de una vez. «O quédate...».

Frunció el ceño y se enderezó.

—Vale, me voy.

—Es lo mejor.

«O quédate».

Era patética.

Frunció los labios.

—Adiós.

Se fue y me dejó allí. Dejó atrás nuestra historia y puso punto final a nuestro capítulo, mientras yo intentaba reescribirlo.

Sentí una punzada en el pecho y lo llamé.

—Finley —grité y se volvió hacia mí.

—¿Sí?

Apreté el volante con los dedos. Las palabras luchaban por escapar. Querían que mis labios las pronunciasen, pero no podían. No quería suplicarle que se quedase conmigo después de todo lo que habíamos pasado.

—¿Cómo ha pasado esto? ¿Dónde nos equivocamos?

—No lo sé. —Hizo una mueca—. Algunas cosas no están destinadas a durar para siempre.

¿Y si nosotros sí lo estábamos, pero en vez de intentar reconducir la relación habíamos dejado que se hundiera sin pelear?

Los ojos se me llenaron de lágrimas. Odiaba que me viera llorar, pero también necesitaba que fuera consciente de mi dolor y de cuánto daño me había hecho. Tenía que verme sufrir y debía recordarme a mí misma que ya no era el hombre que me consolaría.

Se frotó la nuca.

—¿Grace?

—¿Qué?

—Te quiero.

Asentí, despacio.

—Lo sé.

También le creí. Judy me habría dicho que era una estúpida por creerlo, pero sabía algunas cosas sobre el amor que mi hermana pequeña nunca había aprendido. El amor era complicado, no funcionaba en línea recta. Se movía en círculos y curvas. Era una emoción de locos que era capaz de existir incluso bajo el dolor y la traición.

Finn me quería y yo a él, de una manera retorcida y dolorosa. Ojalá hubiese alguna forma de dejar de hacerlo, un interruptor que apagase el amor e hiciese que mi corazón dejase de sentir.

Pero todavía sentía, todavía dolía.

En el oscuro maletero de su coche había cinco maletas desaparejadas, todas estaban viejas y rotas y todas contenían una parte de mí.

Miré cómo se alejaban.

Sentada en el aparcamiento, recé y deseé que el coche arrancase. Por suerte, mis padres me habían enseñado que eso era todo lo que se necesitaba en la vida. Con un poco de fe, las cosas se solucionarán.

Giré la llave una y otra vez, hasta que paré un segundo.

«Dios, por favor, soy yo, Gracelyn Mae...».

Tras otros cinco intentos más, Rosie por fin arrancó. Cerré los ojos y respiré hondo antes de salir a la carretera.

—Gracias —murmuré.

Sentaba bien saber que, incluso cuando más sola me sentía, había algo mucho más grande que yo en lo que creer.

—Espero haber tomado la decisión adecuada —musité mientras llegaba a Chester.

En el pueblo, todos creían que Finn y yo estábamos enamorados y vivíamos nuestro final feliz.

Finn no se lo había contado a nadie y yo tampoco. Tal vez porque éramos conscientes de cómo era la gente del pueblo donde crecimos. Tal vez no habíamos dicho nada porque no estábamos listos para escuchar las críticas y las opiniones de los demás.

Los consejos.

Chester era un pequeño pueblo del estado de Georgia, a cinco horas en coche de Atlanta. Lo de pequeño no es un eufemismo. Todos conocían el segundo nombre del resto y sabían cuándo y con quién se habían dado su primer beso; al menos, la historia bonita y romántica, no la de verdad.

En un lugar como Chester, la gente vivía rodeada de verdades a medias, esas en las que solo se contaba la mitad de la historia que les hacía quedar bien.

Todos sabían que volvía al pueblo porque Finn había conseguido un puesto en el hospital, pero nadie se esperaba que, cuando llegase, no estaría a su lado.

No había planeado dónde quedarme. Una parte de mí creía que Finn volvería y nos enamorábamos de nuevo. Aunque las cosas no hubieran ido así, no me preocupaba mucho encontrar un sitio donde dormir esa noche. Mi familia estaría a mi lado por y para siempre.

Toda la actividad del pueblo giraba en torno a la iglesia de Sion, que estaba en el centro. Era

el corazón de Chester y mi padre, Samuel Harris, era el pastor, igual que el abuelo James antes que él y el bisabuelo Joseph antes que este. Nunca había dicho nada, pero le decepcionaba no haber tenido un hijo que se hiciese cargo de la iglesia cuando él ya no estuviera.

Me lo pidió y lo rechacé con todo el respeto. Finn había entrado en la facultad de medicina en Tennessee y, como buena esposa, le seguí hasta allí. Le acompañé por muchos caminos mientras estudiaba y creí que Atlanta sería la última parada. Cuando me contó que había solicitado un puesto en Chester, me sorprendió.

Decía que jamás volvería a vivir en un pueblo pequeño, que le resultaba asfixiante.

Mi padre respetó mi decisión de no hacerme cargo de la iglesia y me dijo que estaba orgulloso de mí. Mi madre respetó mi decisión de quedarme junto a mi marido. Había un motivo por el que su canción favorita era «Stand by Your Man», de Tammy Wynette.

La iglesia era una parte fundamental de la historia de mi familia y todo el pueblo acudía al edificio más de una vez a la semana para los sermones, los círculos de oración, los estudios de la Biblia o para cualquier venta de tartas que se celebrase. Ir a la iglesia los domingos por la mañana era tan habitual como ver el partido los viernes o beber *whisky* los sábados.

De alguna manera, mi familia era como la realeza de Chester. Si conocías la iglesia, conocías a mi familia y, si conocías a mi familia, sabías que era rica.

Mi padre decía que el dinero daba igual y que lo importante era ayudar a la comunidad y servir a Dios, pero los zapatos de suela roja y las joyas llamativas de mamá contaban otra historia.

Le encantaba ser la realeza de un pueblo pequeño. Era la reina Loretta Harris, la mujer del pastor, y se lo tomaba muy en serio.

Cuanto más cerca estaba de Chester, más me dolía el estómago.

Habían pasado años desde que había hecho las maletas para marcharme con Finn, por lo que la idea de volver a casa me aterrorizaba. Últimamente, me sentía cada vez más insegura y no soportaba que me importase tanto lo que los habitantes del pueblo opinasen sobre mí.

¿Qué pensaría la gente?

¿Qué dirían?

Y lo peor de todo, ¿cómo reaccionaría mi madre?

Capítulo 3

Jackson

—Cinco mil hoy y cinco mil la semana que viene —le dije con sequedad a la mujer que me hacía ojitos. También intentó sacar pecho en mi dirección, pero no me importaba. Ya había visto lo que había debajo de la blusa y no había mucho que sacar.

—Pero... —intentó protestar, pero le interrumpí. Nada de lo que pudiera decir me interesaba. Nada sobre este diminuto pueblo me interesaba lo más mínimo.

Chester, Georgia, era como un grano en el culo y odiaba haberme quedado atrapado aquí.

Estaba cansado de los cotilleos de pueblo y de las mentes cerradas de los habitantes. Todos se comportaban como si hubieran salido de una película de tópicos, con todos los estereotipos cursis y ficticios que caracterizaban a los pueblos pequeños, aunque supongo que los clichés no surgen de la nada. Es posible que Chester hubiera sido el modelo que usaron para todas esas películas de mierda. Fuera como fuera, lo odiaba.

No se podía decir que los habitantes de Chester ignorasen lo que acontecía en el mundo real, fuera de su pequeño espacio, porque no era así. Sabían perfectamente lo que pasaba más allá del pueblo.

Eran conscientes del terrible estado de la unión. Entendían que la pobreza arrasaba el país y conocían las historias sobre el tráfico de drogas. No eran ajenos a los incendios forestales, los tiroteos en colegios, las protestas en la capital ni las manifestaciones para exigir más agua potable. Sabían quién era el presidente, tanto el actual como el anterior. Los habitantes de Georgia conocían todos los pormenores del mundo exterior, pero preferían hablar de por qué Louise Honey no había ido a estudios bíblicos el jueves por la noche o por qué Justine Homemaker estaba demasiado cansada como para preparar magdalenas caseras para la venta de la iglesia del viernes.

Les encantaba cotillear sobre tonterías sin importancia, una de las muchas razones por las que odiaba vivir allí.

A pesar de todo el asco que sentía por el pueblo, me gustaba saber que el sentimiento era mutuo. Los habitantes de Chester me odiaban tanto como yo a ellos, tal vez incluso más.

Más de una vez los había escuchado murmurar a mis espaldas, pero me daba igual. Me llamaban hijo del diablo, lo cual me había molestado cuando era un niño, pero al crecer dejó de

parecerme mal. La gente había desarrollado un miedo irracional hacia mi padre y hacia mí desde hacía casi quince años. Nos llamaban monstruos y, después de un tiempo, asumimos el papel.

Éramos las ovejas negras de Chester y no me importaba lo más mínimo. Me preocupaba más bien poco que me odiasen, de hecho, no me quitaba el sueño.

No llamaba la atención y me ocupaba del taller de mi padre con la ayuda de mi tío. Lo peor del trabajo era lidiar con la gente del pueblo. Podían salir de Chester e ir a otro taller, pero, para ellos, aventurarse en el mundo exterior daba incluso más miedo que enfrentarse a mi padre y a mí.

Por eso mi situación actual era tan desesperante: tenía que tratar con idiotas.

—Me debes cinco mil dólares para antes de que acabe el día. Puedes pagar con tarjeta, cheque o efectivo —le dije a Louise Honey, que con un vestido rosa y unos tacones altos tamborileaba las uñas postizas en el mostrador.

—Pensaba que el jueves llegamos a un acuerdo —respondió, confundida por mi frialdad—. Cuando me pasé para hablar...

Para hablar significaba follar, cosa que hicimos toda la noche.

Por eso no fue a estudios bíblicos, porque tenía sus diminutas tetas botándome en la cara.

Las mujeres del pueblo no tenían problema en odiarme de día y gemir mi nombre de noche. Era su forma secreta de escapar de su falsa realidad. Un desafío para sus almas de buenas señoritas sureñas.

—¿Ese acuerdo tuvo lugar antes o después de que me la chuparas? —espeté.

—Mientras —susurró y se sonrojó.

Se hacía la tímida, pero debía de ser parte de su actuación para conseguir un descuento porque no había sido tan vergonzosa para pedirme que la atara y la azotara.

—Cualquier trato que hiciéramos con mi polla en tu boca, es nulo y sin efecto —dije—. Deja el dinero en el mostrador. La mitad hoy y la otra mitad la semana que viene, ¿queda claro? Si no, llamaré a tu novio para pedírselo a él.

—¡No te atreverías! —gritó. La miré en silencio. Se incorporó y se apresuró a sacar la chequera—. ¡Jackson Emery, eres un monstruo!

«Si me dieran un dólar por cada vez que he oído eso...».

—Gracias por tu tiempo. En el taller de Mike agradecemos tu fidelidad al negocio. Que tengas un buen día, preciosa. Ahora, Louise, si no te importa, lárgate cagando leches de mi tienda.

—¡Me llamo Justine, capullo!

Ah, Justine.

Los nombres no me importaban demasiado. Hacían que las cosas se volvieran personales, y no estaba interesado en eso.

—Mientras pongas el nombre correcto en el cheque, me vale.

—Eres un hombre horrible y vas a morir solo —ladró antes de salir hecha una furia.

—Qué cosa —mascullé—. Casi todos morimos solos.

Cuando se marchó, me puse con el coche en el que había estado trabajando mientras Tucker dormía en su cama en la esquina del fondo del taller. Si algo se le daba bien a ese labrador negro, era dormir.

Era viejo, tenía ya quince años, pero de los dos, yo era el cascarrabias. Tucker se dejaba llevar igual que había hecho siempre. Cuando la oscuridad me consumía, siempre era quien me traía una chispa de luz.

Mi compañero fiel.

Mientras trabajaba en el coche, mi padre entró con paso tambaleante en la tienda, y cuando digo con paso tambaleante, me refiero a que apenas se mantenía en pie. No lo veía desde el día anterior, cuando le había llevado la compra. Su casa estaba hecha un desastre, pero no me sorprendió. La tenía así porque no le importaba lo suficiente como para limpiarla.

Éramos casi idénticos, excepto por los ojos inyectados en sangre y lo esmirriado que estaba. Se rascó la barba, ya más blanca que negra, y gruñó:

—¿Dónde están mis llaves?

Le había quitado las llaves del coche cuatro noches atrás. Me resultó increíble que acabase de darse cuenta.

—Puedes caminar a cualquier parte en el pueblo, papá. No necesitas conducir.

—No me digas lo que necesito —farfulló, y levantó los brazos.

Vestía con una camiseta sucia y unos pantalones de chándal desgastados y rotos. Era lo que solía llevar, a pesar de que, de vez en cuando, le compraba alguna prenda nueva.

—¿Qué quieres? Te lo traigo yo —le dije.

Ni en broma dejaría que se pusiera al volante. Aunque le habían quitado el carné hacía un año, intentaba conducir de todas formas.

Desde que se meó en la puñetera carroza del desfile del Día de los Fundadores, todo el pueblo deseaba encontrar una razón para volver a encerrarlo. No me apetecía hacerme cargo de ello.

—Necesito comprar comida.

—Te acabo de llenar la nevera, deberías tener de todo.

—No quiero esas mierdas, quiero una *pizza*.

Eché un vistazo al reloj y me aclaré la garganta.

—Iba a ir ahora a por una *pizza*. Te traeré otra.

Gruñó un poco más antes de darse la vuelta para volver a casa.

—Y cerveza.

Qué casualidad que siempre se me olvidaba de la cerveza.

—Tuck, ¿te apetece dar un paseo? —le pregunté al perro.

Levantó un poco la cabeza y sacudió el rabo, pero volvió a bajarla y siguió durmiendo.

Lo interpreté como un no.

Ir al centro siempre resultaba bastante estresante. Mi padre y yo no encajábamos en un sitio como Chester, sin embargo, ahí estábamos. Con los años, mi padre se las había ingeniado para que todos nos odiasen. Era el borracho del pueblo, la vergüenza, el monstruo original. Yo solo tenía veinticuatro años y ya albergaba más odio en mi interior que cualquier persona normal. Todo lo que había aprendido sobre odiar a los demás, me lo había enseñado mi padre.

Nadie se molestaba en conocerme debido a la reputación de mi padre, así que evitaba exponerme a ellos y sus juicios.

Además, yo también podía ser un monstruo y no era necesario indagar mucho para descubrirlo.

Me parecía a él.

Mientras caminaba hacia la pizzería, la gente murmuraba a mi alrededor. Siempre me

percataba de cómo se apartaban cuando me acercaba. Me consideraban un yonqui porque antes me drogaba, un borracho porque mi padre lo era y chusma blanca porque era lo más original que se les podía ocurrir.

Nada de eso me importaba porque no me interesaba lo que pensarán.

«Gente de pueblo con mentalidad de pueblo».

Cuando era más joven, me metía en un montón de peleas con todo aquel que hablase mal de nosotros, pero con el tiempo aprendí que no se merecían ni mi tiempo ni mi esfuerzo.

Cada vez que empezaba una pelea, lo disfrutaban. Cada vez que le daba un puñetazo a un imbécil, lo usaban para justificar sus mentiras de mierda.

—¿Lo veis? Es un salvaje. No es más que escoria.

No me gustaba que tuvieran ese poder sobre mí, así que dejé de decir nada y eso los asustó todavía más.

Cuando murmuraban, no respondía.

Cuando me escupían, seguía mi camino como si nada, aunque, a veces, si me sentía rebelde, les gruñía. Los aterrorizaba. Estaba seguro de que algunos hasta pensaban que era un hombre lobo.

Imbéciles.

—Es igual que su padre, escoria inútil —masculló alguien.

—No me sorprendería que Mike el Loco acabase muerto en un charco de su propio vómito —comentó otro cliente en voz baja, pero no lo bastante como para que no lo oyera.

Me paré y respiré hondo.

Estas palabras me afectaron más que las demás porque a mí tampoco me sorprendería.

Los escuché hablar de la muerte de mi padre y me vinieron a la cabeza recuerdos del pasado. Cerré los ojos y respiré. Tenía ganas de meterme un chute, algo que aliviase mi estado mental actual. Solo un poco, nada exagerado...

Se me aceleró el corazón y los latidos retumbaron por todo mi cuerpo, que me pedía volver a un estado de entumecimiento y recuperar aquella comodidad que tanto echaba de menos.

Bajé la vista y me miré la muñeca, donde llevaba una de esas pulseras de goma de mierda que decía: «Momentos poderosos». El doctor Thompson me la dio hacía unos años cuando entré en rehabilitación. Casi veía su pelo canoso y sus ojos mirándome fijamente para recordarme que era más fuerte que mi peor momento.

«Cuando te sientas perdido, débil y asustado, ese es el momento de dar un paso adelante. Detrás de esos momentos oscuros se esconde tu poder. Usa esa debilidad y conviértela en tu fuerza. Haz que cuente, Jackson, que sirva para algo».

El doctor Thompson me había aconsejado que estirase la pulsera y dejase que me golpease la muñeca cuando me sintiera débil o tuviera ganas de drogarme.

Tenía la muñeca roja como un tomate.

Aun así, estiré la pulsera. Me recordaba que lo próximo que hiciera sería real, igual que el dolor. La próxima decisión que tomase controlaría todas las que vendrían después.

No podía elegir las drogas.

Ya no las usaba para controlar las emociones.

Ya no las usaba para sentirme vacío.

Llevaba años limpio y no quería que eso cambiase, mucho menos por culpa de la gente de

Chester.

Hice lo que pude por ignorar a todos los que me rodeaban. Eché un vistazo a la calle y me paré al ver un coche saltarse el único semáforo del pueblo, que siempre parpadeaba en ámbar, a toda velocidad. El coche se movía de forma imprudente y se me formó un nudo en el estómago al darme cuenta de que no tenía intención de frenar.

Gruñí.

—Vas a chocar —exclamé entre dientes antes de suspirar y correr hacia el vehículo descontrolado—. ¡Vas a chocar, joder!

Capítulo 4

Grace

«¡Voy a chocar, joder!».

—¡No, no, no! —grité mientras intentaba recuperar el control del coche.

Justo antes de entrar en Chester, empezó a hacer ruidos extraños, pero creí que llegaría sin problemas a la casa de mi hermana antes de que me dejase tirada del todo. No fue así.

Pisé el freno, pero aplasté el pedal hasta el fondo y no pasó nada.

—No, por Dios, no —supliqué, y el coche tembló.

Me salté el semáforo en ámbar del cruce de las calles Grate y Michigan y grité a la gente para que se apartase y, así, no llevármelos por delante. Choqué con el bordillo un par de veces al maniobrar con el coche para frenar, pero nada funcionaba. Respiré hondo y recé en silencio, sin embargo, mi conexión con Dios tenía mala cobertura en ese momento.

Entré en pánico al ver que iba directa hacia el taller del final de la calle.

¿No era muy irónico? Estrellarse contra un taller.

Busqué el teléfono, que estaba conectado al cargador, pero el coche no lo había cargado en absoluto y la batería había muerto. Menuda suerte.

—Levanta el pie del freno. Lo vas a ahogar —exclamó una voz profunda que llamó mi atención hacia la ventana del conductor.

—¡No se detiene! —dije, temblando.

Corría junto al coche y mantenía el ritmo del vehículo desbocado.

—No me digas, Sherlock. Quita el seguro y pasa al asiento del pasajero —me ordenó.

—Pero no puedo soltar el freno.

—¡Muévete! —gritó y sentí un escalofrío.

Obedecí. Se subió al coche de un salto, hizo un par de movimientos mágicos con la llave y el coche se detuvo.

—Madre mía —dije, sin aliento—. ¿Cómo lo has hecho?

—Lo he puesto en punto muerto y he apagado el motor. Tampoco hay que ser un genio —respondió con muchísimo asco. Abrió la puerta del conductor y se bajó—. Te empujaré hasta el arcén.

—Pero... —intenté protestar, sin saber muy bien qué hacer—. ¿Te ayudo?

—Si quisiera ayuda, la habría pedido —gruñó molesto.

«Pues vale».

El coche se movió y miré cómo aquel chico empujaba los mil ochocientos kilos de vehículo. Se le veía oscuro y melancólico, con una camiseta negra de cuello redondo, unos vaqueros oscuros y unas Converse negras. Escondía el pelo debajo de una gorra de béisbol, pero las puntas se le rizaban en los bordes. Tenía las cejas muy juntas y el gesto tan rígido que daba la sensación de no haber sonreído jamás. Se le marcaban los músculos de los brazos mientras empujaba el coche con todas sus fuerzas hasta un lado de la carretera. En cuanto llegamos al bordillo, me bajé de un salto.

Sabía quién era, todo el pueblo lo sabía, pero nunca nos habíamos visto. Jackson Emery, la oveja negra de Chester. Corrían rumores de que fue él quien había causado los incendios del parque en 2013 y de que había provocado un buen puñado de divorcios. Se le conocía por haberse acostado con más de la mitad de las mujeres del pueblo, no era ningún secreto.

Saltaba a la vista que aquel chico era problemático.

—Gracias, no tenías por qué ayudarme —le agradecí con una sonrisa.

Ni siquiera me miró, solo gruñó:

—No parecía que fueras a salir de esta tú solita. No deberías conducir esa mierda de coche, es una trampa mortal —respondió cortante.

Sin reír.

Sin sonreír.

Sin nada de diversión o sarcasmo en la voz.

—¿Perdona?

Siguió con la misma cara de pocos amigos y le tembló el labio superior. Se quitó la gorra y se pasó una mano por el pelo. Sin esconder el desagrado en su tono de voz, dijo:

—Casi matas a alguien, conducías como una loca.

—No sabía que iba a averiarse —dije con un nudo en el estómago.

Cuando levantó la vista y me dedicó una mirada gélida, sentí un escalofrío en la columna. Sus ojos eran tan intensos, tan oscuros, que parecían estar vacíos. Al principio, me miró confundido y, después, intrigado, como si me reconociera de un sueño dentro de otro sueño. No era el momento de descifrar las expresiones faciales de Jackson Emery, pero no pude evitarlo. Me había cruzado con muchas personas a lo largo de la vida, pero nunca con nadie tan atormentado. Su mirada confusa e intrigante me desconcertó e inquietó.

—¿Eres una Harris? —preguntó. Me resultó raro que me llamasen Harris después de tantos años siendo una Braun.

Por cómo dijo mi apellido, parecía que tuviera el ébola. Dejó patente que no era el mayor admirador de mi familia, así que no supe cómo responder.

—Sí.

Hizo una mueca.

—No sabía que estaba en presencia de la realeza de Chester. Supongo que tu estupidez no debería sorprenderme.

—Eso no es muy amable —murmuré.

—No soy amable.

—También te conozco —dije y asentí en su dirección—. Eres el hijo de Mike Emery, Jackson. Era, al menos, cinco años más joven que yo, pero las arrugas en la frente y la barba de varios días lo hacían parecer mayor.

—Créeme, preciosa, que sepas cómo me llamo no significa que me conozcas. —Se frotó la nariz con la mano—. No sabes nada de mí.

Jamás me habían llamado «preciosa» de forma tan poco halagadora.

—Tú tampoco sabes nada de mí, pero tienes tus propias opiniones sobre mi familia.

—Tengo mis razones.

—¿Y cuáles son?

Parpadeó y recuperó esa mirada fría y distante. Volvió a ponerse la gorra antes de hablar.

—Tu coche es una mierda. Podrías haber herido a alguien.

—No lo sabía.

—En el estado en el que está, es imposible que no te diera ninguna pista.

Vale, en eso tenía razón.

Cuanto más hablaba, más irritado parecía.

—Sabías que estaba muy mal. Tomaste una decisión y fue una decisión estúpida —protestó—. Da igual, seguro que tu papi te comprará uno nuevo.

Menudo imbécil. Estaba a la altura de las historias que había oído sobre él.

—Me compré este coche yo sola —repliqué molesta.

Fue la primera compra que hice en mi vida adulta y había estado conmigo en muchos momentos, tanto buenos como malos. Mi querida Rosie. Era una de las pocas cosas que eran mías, aparte del título de magisterio, aunque este sí que me ayudaron a pagarlo mis padres. Jackson no sabía cuánto significaba este coche para mí, lo mucho que significaba haber hecho algo por mí misma. Que se fuera a la mierda.

—Que mi familia tenga dinero no significa que yo lo tenga.

—Ese es el tipo de tonterías que dicen los niños ricos para sentirse mejor consigo mismos.

—¿Siempre eres así de gilipollas? —pregunté con las manos en las caderas.

—Anda, la catequista dice tacos. Será mejor que te confieses —ladró y levantó el capó del coche.

—¿Qué haces? —pregunté, pero me ignoró y trasteó con el motor.

—¿A ti qué te parece? Intento arreglar lo que has roto.

Salió humo del motor y lo toqueteó todo mientras lo observaba de cerca.

—Ten cuidado, no quiero que lo empeores.

Ladeó la cabeza y arqueó una ceja.

—Es imposible empeorarlo más. Ya he descubierto el problema.

—¿Qué le pasa?

—Que es una mierda.

Resoplé.

—¿Es el nombre técnico?

—Algo así —Se enderezó y se limpió la grasa de las manos en los vaqueros—. ¿Quieres mi opinión?

—¿Es una opinión de capullo?

—Sí.

—Adelante.

—No vuelvas a subirte a ese coche. Hay un noventa y cinco por ciento de posibilidades de que explote. Voy a llamar a la grúa para que lo lleve al taller. —Sacó el móvil y envió un mensaje. Cuando me miró, sus ojos eran aún más sombríos—. Mierda, no quería... —Se calló, se frotó la frente con los dedos y se manchó de aceite—. Venga ya, joder, no hagas eso —gruñó y me señaló.

—¿El qué?

—Llorar.

—No estoy llorando.

Arqueó una ceja y me miró como si fuera tonta.

Me toqué las mejillas y las noté húmedas.

Mierda. Estaba llorando.

Me ahogué al respirar, sollocé y me tapé la boca con la mano.

—¿Puedes no hacer eso? No te desmorones ahora. —Fue casi como una orden.

—Lo intento —farfullé sin poder controlarme.

Lo odiaba. Odiaba no tener el control de mis emociones. Últimamente, los más mínimos detalles me lanzaban a una espiral de tristeza y no lo soportaba. Perder el coche, lo único que era mío, me partía el corazón.

Volvió a suspirar.

—Deberías calmarte.

—No me digas qué hacer —sollocé molesta porque estuviera allí y por no poder parar de llorar.

—Estás hecha un desastre.

—¡No soy un desastre! —espeté. Pero a veces tendía a ello.

Hizo una mueca, algo que asumí que hacía a menudo.

—Lo pareces.

—¿Te puedes ir? ¿Por favor?

—No hasta que llegue Alex con la grúa. Invita la casa.

—¿Qué?

—Que no tienes que pagar.

—Sé lo que significa.

—Pues para qué preguntas.

Me ofendía su actitud y que quisiera ayudarme con el coche. ¿Cómo podía ser tan maleducado y a la vez tan considerado? Las cosas no funcionaban así en el mundo real. La vida no era un anuncio de Sour Patch Kids, no se podía ser amargo y, de repente, dulce.

—No quiero que me ayudes.

—Antes te hacía falta.

—No te lo pedí.

—Tampoco te negaste.

Respiré hondo. ¿Qué le pasaba a este tío? Daba la sensación de que disfrutaba discutiendo conmigo.

—Ahora sí que me niego.

—Demasiado tarde. Alex está de camino —dijo, y señaló con la cabeza la grúa que venía hacia nosotros.

—¡No quiero!

—Vale. Cuando aparque, se lo dices y le explicas que le has hecho perder el tiempo. —Puso los ojos en blanco y se encogió de hombros—. Es cosa tuya, mapache.

—Ni siquiera sé a qué te refieres —grité.

Me señaló los ojos.

Otra vez, mierda.

Se me había corrido el rímel.

—¿Un tío te ha hecho daño? —preguntó muy serio.

—Sí.

Le tembló el labio inferior y retrocedió. Justo cuando pensaba que se abriría y me daría algunas palabras de ánimo para hacerme sentir mejor, dijo:

—No seas tan dramática. Ningún gilipollas merece que te derrumbes así.

«Pues vale».

—Justo lo que quería oír.

—Es la verdad. Lloras por alguien que seguramente no vale la pena.

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque estás llorando. La gente no llora por alguien que le hace feliz.

Un escalofrío me recorrió la columna mientras me reprendía.

—¿Tienes que ser tan directo? —estallé, con las emociones a flor de piel por culpa de su crueldad—. ¿No puedes decir algo agradable y ya está? ¿O mejor, quedarte callado?

—Lo que la gente necesita no son palabras agradables, necesita la verdad. Me parece ridículo que un hombre tenga tanto poder sobre ti. Respétate un poco. Es una tontería dejar que alguien a quien le importas un carajo controle lo que sientes.

—Sí le importo —rebatí, a sabiendas de que era mentira, pero me sentía obligada a justificar aquel dolor. Si Jackson supiera que a Finn no le importaba en absoluto, sería como una derrota—. No lo entiendes, hemos pasado mucho juntos. No es un rollo de una noche, como lo que tú tienes con mujeres aleatorias.

Se enderezó y se le tensó el gesto.

—Vaya, claro, lo sabes todo sobre mí, ¿eh, princesa?

Era evidente que el comentario le había molestado y me sentí culpable.

—No pretendía ofenderte.

—No me ofendes, no me importa lo que pienses, igual que al tío que te ha hecho daño.

—No hace falta ser tan borde. Lo que quería decir es que entre Finn y yo... —Me callé un segundo para respirar— Lo nuestro era de verdad.

—Era. Pasado.

—Eso no cambia el hecho de que sea el amor de mi vida.

Jackson puso los ojos en blanco de forma tan exagerada que pensé que le darían la vuelta de campana.

—Es la gilipollez más grande que he oído nunca. Por supuesto, el amor de tu vida es el

hombre que te ha hecho llorar y al que le importa una mierda cómo te sientes.

—¿Cómo sabes que no le importa?

—Créeme, le da igual.

—¿Qué sabrás tú sobre lo que es el amor?

—No hace falta saber lo que es para darse cuenta de lo que no es. Adelante, llora por un capullo que no dedica ni medio segundo a pensar en ti. Créeme, princesa, no importa cuántas lágrimas derrames, no van a hacer que te quiera. Pero adelante, llora. A mí me da igual.

No dijo nada más. Cuando la grúa aparcó, me dispuse a decirle al conductor que no necesitaba su ayuda, pero al salir del vehículo, me dedicó la más amable de las sonrisas. Era un tío grande, no gordo, sino musculoso y estaba cubierto de tatuajes. Era algo mayor y tenía algunas canas. La forma que tenía de sonreír canceló de golpe la mala educación de Jackson.

—¿Qué tenemos, Jack-Jack? —preguntó, y dio una palmada al techo del coche. Eché un vistazo al nombre de la camiseta: Alex.

—Una tartana. Iba a pedirte que lo remolcases hasta el taller para llevarlo luego al desguace, pero la señorita dice que no requiere de tus servicios. Solo quería hacerte perder el tiempo — respondió Jackson con sequedad y Alex frunció el ceño.

—Vaya...

— ¡No he dicho eso! —protesté y le dediqué una mirada asesina a Jackson. Después me volví hacia Alex—. Me encantaría que me ayudases.

Sonrió de oreja a oreja, como si no supiera hacer otra cosa.

—Será un placer ayudarte. Déjame que lo enganche. ¿Quieres que te lleve a algún sitio?

—No, no hace falta. Caminaré. Solo tengo que sacar las maletas.

Fui a la parte de atrás del coche y abrí el maletero. Antes de que me diera tiempo a moverme, Jackson se colocó a mi lado con esa cara de malas pulgas y sacó el equipaje por mí.

—Para —espeté y le quité las maletas.

—¿Qué?

—Deja de hacer cosas amables mientras sigues siendo un capullo.

—Joder. —Silbó—. Vas a tener que rezar mucho para limpiar esa lengua tan sucia, princesa.

—No me llames princesa.

—Vale, princesa.

«Dios, le odio». No creía en el amor a primera vista, pero ahora sabía que el odio a primera vista existía.

—¿Lo tienes todo controlado, Alex? Voy a por algo de comer —dijo Jackson.

—Todo bien, Jack-Jack. —Jackson frunció el ceño.

—Deja de llamarme Jack-Jack.

—Vale, Jack-Jack —contestó y me guiñó un ojo.

—No tiene tanta gracia cuando te lo hacen a ti, ¿a que no? —me burlé.

Jackson gruñó y se marchó.

Lo miré marcharse y sentí otro escalofrío en la columna.

—¿Siempre es así de desagradable? —le pregunté a Alex mientras enganchaba el coche a la grúa.

—Tiene una reputación que mantener en Chester, no te lo tomes como algo personal. Jackson

ladra, pero no muerde. Es inofensivo.

—No es lo que he oído.

—A la gente le encanta el cotilleo. Seguro que también hay rumores sobre tu familia, pero prefiero juzgar por mí mismo.—Sonrió e hizo un gesto con la cabeza hacia el coche—. Ya está listo, eres libre. Sé que Jackson ha dicho que no tiene arreglo, pero si te parece bien, me gustaría echarle un vistazo y trastear un poco con el motor.

—No es necesario que te molestes, sé que es muy viejo.—Suspiré.

Estaba agotada de perder cosas.

—Significa mucho para ti, ¿verdad?—preguntó.

—Así es.

—Pues déjame intentarlo.

Sonreí.

—Eres muy amable. Gracias.

—No hay de qué. Los coches son como puzles, me encanta averiguar cómo hacer que las piezas rotas encajen. Toma, rellena este formulario y me perderás de vista. La semana que viene te llamaré para contarte cómo va.

—Estupendo. Muchas gracias, no sabes cuánto significa para mí.

Rellené el papeleo y volví a agradecerle todo lo que había hecho antes de agarrar las maletas y echar a andar.

No sé si Alex lo había notado, pero necesitaba que alguien me tratase con amabilidad, sobre todo después de cruzarme con Jackson Emery y la nube gris que lo acompañaba.

Capítulo 5

Grace

—Grace, ¿qué ha pasado? ¿qué haces aquí? —me preguntó Autumn cuando me presenté en la puerta de su casa con la maleta.

Es una suerte que existan las mejores amigas para cuando nuestra vida se hacía añicos.

—Perdona que haya venido sin avisar, pero no tengo batería en el móvil, se me ha muerto el coche... —Hice una pausa cuando los ojos se me llenaron de lágrimas—. ¡Y creo que mi matrimonio también!

Sollocé, me cubrí la cara con las manos y sacudí la cabeza. Respiré hondo para intentar recomponerme un poco y los ojos de Autumn también se llenaron de lágrimas. Éramos de ese tipo de amigas que cuando una lloraba, la otra no tardaba en acompañarla.

—Dios mío, Grace —susurró y se le quebró la voz.

—¿Puedo quedarme unos días? —le pregunté y entré en su casa con la maleta—. Te habría llamado antes, pero soy una idiota y hasta el último momento he tenido la esperanza de que Finn cambiase de opinión y volviese.

Me senté en el sofá y respiré hondo con la cabeza gacha.

Estaba agotada, física y mentalmente.

Había sido un día largo.

—Ojalá hubieras llamado —dijo Autumn.

—Lo sé, pero sabía que estabas ocupada —le expliqué y la miré.

Sus ojos seguían anegados de lágrimas y el pesar que se reflejaba en su mirada parecía tan profundo como el mío.

—No pasa nada, Autumn. Sé que estoy hecha un desastre, pero ya estoy mejor. —Miré la mesa, donde había un vaso de agua y una lata de cerveza abierta. Autumn no bebía cerveza, siempre le había parecido asquerosa—. Lo siento, ¿tienes compañía? —Entonces, un diminuto tanga rojo llamó mi atención desde debajo del sillón—. Dios, ¿tienes una cita? ¡Lo siento muchísimo! Debería haber llamado.

—Grace —susurró.

Trató de hablar, pero no dijo nada. Temblaba y no le salían las palabras. Miré alrededor y vi unos zapatos que me resultaban familiares. También había una camisa en la silla.

Me fijé en el jersey amarillo.

Me levanté despacio y me acerqué a él.

—Gracelyn —gimió Autumn, aunque ahora sabía que no lloraba por mí, sino por ella misma.

Levanté el jersey y lo estudié. Estaba rasgado debajo del brazo y tenía una mancha asquerosa a la altura de la muñeca que, por más que frotase, me había sido imposible limpiar.

Miré a mi amiga.

Mi mejor amiga.

Mi persona.

Mi vida.

Sentí que me ardía el estómago y se le llenaron los ojos de lágrimas. La gravedad de la situación fue más fuerte que ella y sollozó sin control.

—¿Eras tú? —susurré.

—¡Dios, Grace! —gritó. Se llevó la mano a la boca para controlar el llanto, pero aun así se desmoronó delante de mí.

Era ella.

No una desconocida, sino ella.

Autumn.

La mujer que siempre me había acompañado.

Hacía tiempo que me costaba contactar con ella y, cuando lo hacía, se apresuraba a colgar y me decía que volvería a llamarme, aunque nunca lo hacía.

Ahora lo entendía.

Lo que no comprendía era que me hubiera hecho algo así.

Había estado en mi casa, habíamos reído juntas, me había dicho que Finn y yo formábamos una pareja extraordinaria y que nos tenía envidia. Había preparado la cena para ella y su ex, Erik. Cuando Erik la engañó, la consolé y le dije que estaba mejor sin él, que ya encontraría a alguien que fuera digno de ella. Pero, por supuesto, no me refería a mi marido.

—Dios mío —sollozó.

Sentí sus lágrimas en las mejillas.

«No, un momento».

Eran mis lágrimas. La incredulidad me paralizó. ¿Cómo podía estar pasando? No era posible. Era una pesadilla de la que no podía despertar a salvo en la cama. ¿Era un espejismo? Autumn jamás me haría algo así. Finn nunca me haría tanto daño, al menos eso creía. Al parecer, me equivocaba y no tenían ni una pizca de compasión.

Parpadeé, pero aún la veía.

La miré de arriba abajo y analicé cada centímetro. Estudié sus curvas y sus lágrimas. Estaba guapa cuando lloraba. Odiaba que pareciera una diosa incluso en un momento así. Era todo lo que hacía tiempo que yo no era.

«Eso duele».

—¿Está aquí? —pregunté con un nudo en la garganta y me enderecé, aunque sentía que estaba a punto de desmayarme. Todavía lloraba. Lo estaba. Eran sus zapatos. Tomé aire—. ¡Finley! —grité y corrí por la casa.

Conocía cada rincón de aquel sitio. Cuando se mudó, vine un fin de semana a Chester para

ayudarla a instalarse. Miré en los armarios, en el baño, debajo de la cama, en cada esquina.

Cuando abrí la despensa, se me encogió el corazón al encontrarme con sus ojos azules. Mi marido estaba escondido entre el ajo en polvo y la sal para evitar enfrentarse a mí.

Sin camiseta.

—Grace —empezó a decir, pero se calló de golpe cuando lo abofeteé—. ¡Joder! —gritó.

—¡Dios mío! —chillé, abrumada por el dolor, la tristeza y la traición. Me llevé las manos a la boca—. ¡Dios mío!

Yo no estaba guapa cuando lloraba y no quería pensar en lo horrible que estaba en ese momento.

No como ella.

Durante muchas noches deseé ser como ella.

—Lo siento mucho —gimió Autumn, con las manos en el corazón y llorando desconsoladamente—. Lo siento mucho, Grace.

Cada vez que hablaba, me quería morir.

La aparté para llegar a la puerta. Se me nubló la vista y la cabeza me daba vueltas; no pensaba con claridad.

—Grace.

Le escuché llamarme a mis espaldas y me estremecí al oír su voz. Hubo un tiempo en que esa voz me había hecho feliz. Había sido una de las cosas de las que me enamoré, tan suave y profunda. Ahora solo me hacía daño.

—No —dije con firmeza mientras se acercaba a mí en aquella pesadilla. No estaba molesto como en Atlanta, sino que la culpabilidad se reflejaba en su mirada—. No me hables.

—Solo... —Se pellizcó el puente de la nariz—. No sabía cómo decírtelo. No sabíamos cómo...

—¿Autumn? ¿De verdad? —grité, y le golpeé en el pecho—. ¡Mi Autumn! ¡Eres un monstruo!

Dejó que le pegase y eso me enfadó. Quería que pelease. Quería que me tocase, no que me dejase atacarle sin hacer nada. Quería que le doliera.

—Dijiste que no significaba nada. ¡Dijiste que ella no era nadie! ¡Te has acostado con mi mejor amiga!

—Lo sé. Es...

—Lo juro por Dios, Finley, como digas que es complicado, te arranco la cabeza. —Nunca juraba por Dios en vano.

—Todavía me importas, Grace. No quería decírtelo porque no quería hacerte daño.

¡Paf!

Lo abofeteé otra vez. ¿Cómo se atrevía a decir aquello? ¿Y por qué una minúscula parte de mí todavía lo creía?

—¿Cuánto? —pregunté.

—Grace...

—¿Cuánto tiempo?

Bajó la cabeza.

—Desde que volví.

—Espera, entonces no era ella... —Respiré hondo—. ¿Me engañaste con otra antes que con

ella?

—Gracelyn...

—¿Hubo más? ¿Más de dos?

Se quedó callado.

«Dios mío».

—Te odio —le espeté—. ¡Te odio!

Le pegué. Le golpeé con los puños en el pecho una y otra vez y no intentó pararme porque sabía que se lo merecía.

—Iba a decírtelo, pero... Después de todo lo que hemos pasado...

—No —gemí—. Tú no has pasado por nada. Yo sí. Yo —grité y me abracé. Nadie iba a hacerlo por mí—. Yo pasé por ello, mientras tú... —Las lágrimas me cegaron al mirar al hombre que una vez creí que me pertenecía. El dolor en el pecho me rasgaba por dentro y me atraganté con las palabras—. Me destrozaste, Finn.

Me ardía el pecho y cada vez me costaba más respirar. Se acercó y le aparté de un manotazo. No quería que me tocara, ya no quería que me abrazara.

Salí a la calle para tomar el aire e intentar procesar lo que había pasado, aunque no tardé en caer en la cuenta de que había cometido un error al pasear por el centro de Chester. Fuera donde fuera, me encontraba con una cara conocida, alguien que quería hablar conmigo, hacerme preguntas y saber por qué lloraba.

Cada persona me rompía el corazón un poco más, cada pregunta se me grababa en la piel. No estaba preparada para hablar con nadie.

«No puedo respirar».

Aceleré el paso para evitar cruzar la mirada con algún conocido. Todos parecían muy felices y no lo soportaba. Atravesar una calle repleta de felicidad me costó mucho más de lo que esperaba; todos estaban llenos de vida y yo me sentía vacía.

Cada vez que parpadeaba sentía que estaba a punto de desmayarme.

¿Por qué me sentía tan sola en un pueblo lleno de gente que me conocía?

Reduje el paso delante de la pizzería, me apoyé en la pared de ladrillo e intenté respirar, pero el aire se negaba a entrar en mis pulmones.

Estaba sudorosa y veía borroso. Cuando cerraba los ojos, los veía juntos. Cuando respiraba, sentía un pinchazo en el corazón.

En el momento en que estaba al borde de una crisis nerviosa y de perder la cabeza, alguien me puso la mano en el hombro. Me volví y me sorprendí al encontrarme con Jackson. Me sudaban las manos y el corazón me latía a toda velocidad.

—Hola —me saludó y levantó las manos en señal de rendición. Su expresión era de verdadera preocupación y me impresionó que fuera capaz de sentir algo así.

Debía de tener una pinta horrible.

—E-e-es... E-estoy bien. Creo q-que... —No me salían las palabras, así que me abanique con las manos e intenté tomar aire. Jackson sacudió la cabeza.

—Estás sufriendo un ataque de pánico.

Asentí.

—Sí. Eso.

Me llevé las manos al pecho y me prometí que, en cualquier momento, todo pasaría y estaría bien. Debía estarlo. En algún momento los trozos dejarían de romperse, ¿no?

—Ven aquí —dijo y levantó las manos.

—E-estoy bien —tartamudeé, pero negó con la cabeza mientras la gente que pasaba a nuestro lado murmuraba y nos miraba.

—Princesa —dijo en voz baja. Me acercó más las manos y me miró con amabilidad—. Confía en mí.

No lo hacía. Ya no sabía en quién confiar. Las dos personas que iban a estar siempre a mi lado habían acabado con mi capacidad para confiar en la gente, pero...

Necesitaba respirar.

Solo un momento.

Le di la mano y tiró de mí hacia la esquina para entrar en el callejón. Nos acercamos a un mural y nos apoyamos en la pared de ladrillo. Mientras me desmoronaba, traté de disculparme, pero no conseguía pronunciar ninguna palabra con sentido.

—Estás bien —me dijo con firmeza.

Jadeé y resoplé, pero seguía sin poder respirar. Las piernas estaban a punto de fallarme y caería sobre el asfalto al rendirme al dolor, pero, entonces, me sorprendió sentir los brazos de Jackson Emery rodeándome.

Me sujetó.

Me abrazó.

No me dejó caer.

Me aferré a su camisa, lo acerqué y me apoyé por completo en él. Quería ser valiente y recomponerme del todo, pero, por un segundo, mientras Jackson me abrazaba, me sentí bien al permitirme venirme abajo. Cuando los sollozos se volvieron demasiado fuertes y parecía que el pánico y la ansiedad iban a tragarme viva, me abrazó más fuerte.

—Estás bien —me consoló con voz profunda y firme. Me soltó mientras trataba de recuperarme—. Ven aquí. —Se agachó—. Siéntate un segundo. Respira.

Era más fácil decirlo que hacerlo. Me senté a su lado con la espalda apoyada en el mural.

—Muy bien. Ahora coloca la cabeza entre las piernas y respira hondo.

—N-no...

—Sí puedes, princesa. No te aceleres. Baja la cabeza y entrelaza los dedos en la nuca. Puedes con esto.

Obedecí y, cada vez que intentaba disculparme, me callaba y me decía que respirase. Muy despacio, mi corazón volvió a latir a un ritmo normal y, poco a poco, me sentí cada vez más avergonzada tras levantar la cabeza y encontrarme con la intensa mirada de Jackson.

Me froté los ojos y tomé aire.

—Lo siento.

—Deja de disculparte.

—Perdón —murmuré y puso los ojos en blanco.

—Te he dicho que pares.

—Per... —Tosí y me interrumpí—. Vale.

Suspiró, aún con el gesto serio.

—Vale.

Me pasé las manos por el pelo y sacudí la cabeza.

—Ya puedes irte, de verdad. Soy un desastre, ¿recuerdas? Yo también debería irme. —Me dispuse a levantarme, pero me colocó la mano en el brazo.

—Espera un minuto. Deja que tu cuerpo se calme. Los ataques de pánico no desaparecen del todo así como así.

—¿Has tenido alguno?

Jugueteó con las manos y bajó la vista al suelo.

—Mi madre los tenía. —Siguió con la mirada gacha—. Te pondrás bien, pero descansa un minuto, ¿vale? Respira despacio.

«Respirar despacio. Puedo hacerlo».

Nos sentamos en silencio, con la vista al frente, mientras el calor de la noche nos acariciaba la piel.

—¿Cuál es tu historia? —pregunté, y ladeé la cabeza para mirarlo, confusa por todo lo que era y hacía. Aunque daba la impresión de ser desagradable y oscuro, también era amable a su manera.

Un monstruo amable.

—¿No la sabes ya? Dijiste que me conocías. Aquí todos creen conocerme —contestó, casi gruñó—. Soy el capullo del pueblo, no hace falta saber más. —Se levantó y carraspeó—. Espera cinco minutos antes de levantarte.

—Vale, gracias.

Se frotó la nuca con las manos y sacudió la cabeza.

—No hables. Respira.

Me miró con los ojos color avellana y nos quedamos un momento en silencio. Fue como si nos mirásemos por primera vez, como si al mirarlo a los ojos, viera reflejado en él algo de mí misma: la soledad.

Creo que él también se dio cuenta.

Me observó una última vez. No sonrió, pero tampoco frunció el ceño, así que me lo tomé como una victoria.

Entonces se marchó y le di las gracias en silencio una vez más. Después de una de las peores noches de mi vida en la que me hundía una y otra vez, la oveja negra del pueblo había sido quien me había ayudado a salir a la superficie y respirar.

Capítulo 6

Jackson

—**E**stá vivito y coleando, señores —dijo Alex cuando volví al taller con una *pizza* un rato después. La dejé en la sala de descanso y volví a salir a la vez que le dirigía una mirada inquisitiva.

—¿Qué narices haces? —le pregunté al verlo con la cabeza metida en el capó de aquella horrible chatarra rosa.

—¿A ti que te parece? Trabajo en el coche de Grace.

—Te dije que lo llevaras al desguace, no aquí.

—¿No me digas? Te entendería mal —mintió. Alex oía perfectamente y nunca se le escapaba ni una palabra de lo que se le decía—. Bueno, ya que está aquí... —Me sonrió y puse los ojos en blanco, lo que lo hizo reír—. Anda, venga, será nuestro nuevo proyecto. Hace tiempo que buscamos algo con lo que divertirnos, algo apasionante.

Rodeé el coche y le di una patada a una de las ruedas.

—Esa cosa no tiene nada de apasionante. Es un gran montón de mierda. Si fuera la mierda de un animal, sería de mono. Si fuera de una persona, sería la tuya. Es la peor mierda que ha existido nunca.

—Guau —silbó Alex—. Me alegra que te esfuerces por controlar los tacos. Por cierto, ¿de verdad crees que la mierda de mono es peor que la de hipopótamo?

—Supongo que depende del tamaño del mono.

—No, que va. —Negó con la cabeza.

—Déjate de tonterías. Saca esta chatarra del taller.

—Escucha, chaval. Sabes que te quiero como si fueras mi hijo, pero que rechaces una fantástica oportunidad de aprendizaje con esta preciosidad rosa porque odias a la familia a quien pertenece, es infantil.

—Esa familia está podrida —ladré—. Tú también deberías odiarlos.

—No te lo niego, pero este bebé no tiene la culpa. —Se abrazó al coche—. No ha elegido la familia que le ha tocado. No tiene voz ni voto en quién es su dueño. Solo está aquí, en nuestro taller, en busca de un poco de amor. ¿Por qué no se lo damos, Jack-Jack?

Me miró con ojos de cordero degollado, consciente de cuánto odiaba que lo hiciera.

Alex era mi tío, el hermano mayor de mi madre, y se había mudado de vuelta a Chester cuando mi padre ya no fue capaz de encargarse del taller ni de mí. Era prácticamente la única persona del pueblo que me importaba.

Teníamos una relación cercana, al menos tanto como me permitía acercarme, lo cual no era mucho. Tenía el cuerpo lleno de tatuajes y, si encontraba algún rincón vacío, lo solucionaba rápidamente. En su tiempo libre trabajaba en un estudio de tatuajes a las afueras. Tenía el pelo negro y gris, siempre lo llevaba peinado hacia atrás, y llevaba varios *piercings*. Si pasabas por su lado en la calle, es posible que te diera miedo, al menos hasta que empezara a hablar de la nueva mascarilla de aguacate que acababa de probar.

Era una de las personas más positivas del planeta, todo lo contrario a mí. Sin embargo, al mismo tiempo, nuestro vínculo tenía sentido; nos complementábamos.

—A mi padre le dará algo si se entera que tenemos el coche de una Harris en el taller — advertí. Si alguien odiaba la iglesia más que yo, ese era mi padre.

—No se enterará. Será nuestro pequeño secreto.

—Tu secreto. No voy a tocar ese coche, no quiero tener nada que ver con esa familia. —La única razón por la que había aceptado que el coche se quedase es porque sabía que no iba a parar hasta salirse con la suya—. Pero que quede claro, no me gusta.

—Para que quede claro, no te gusta nada, así que no me preocupa. Y sé que tu padre y tú tenéis vuestras historias con esa familia, pero la chica me ha caído bien.

—A ti te cae bien todo el mundo —repliqué.

—Cierto, pero reconoce, al menos, que era muy guapa, incluso con los ojos hinchados.

No se equivocaba. Grace Harris era preciosa. Tenía el pelo largo y rubio y unos enormes ojos azules que miraban con miedo y asombro a la vez. Mentiría si dijera que no me había fijado en sus curvas, pero no era algo sorprendente. Todas las Harris eran atractivas. Caminaban y hablaban como perfectas damas sureñas, excepto Grace cuando estaba en plena crisis. En general, siempre iban perfectas, eran encantadoras y elegantes, al menos en apariencia. Por dentro, tenían el alma podrida y no quería tener nada que ver con ellas ni con su coche de mierda.

No entendía por qué me había molestado en ayudarla delante de la pizzería.

No tenía ningún sentido, salvo porque verla así me recordó a mi madre.

—Oye, Jack-Jack —me llamó Alex y, al fijarme en él, noté la preocupación en sus ojos. Así era como me miraba siempre que temía que fuera a perder el rumbo—. ¿Cómo estás? ¿Va todo bien?

—Estoy bien —contesté. Siempre le respondía lo mismo a esa pregunta.

Incluso después de la sobredosis y de haber estado a punto de morir hace un año, siempre le respondía lo mismo: «Estoy bien».

Siempre estaba bien, incluso cuando no era cierto.

—Vale. Oye, si no quieres hacer de este coche tu nuevo proyecto, deberías buscarte un *hobby* o algo con lo que distraerte. ¿Todavía pintas? A lo mejor deberías retomarlos. ¿Sales con alguien? Porque deberías salir más, o tejer un jersey o, yo qué sé, cualquier cosa.

—Sí. Vale.

—Estoy orgulloso de ti.

—No he hecho nada —respondí secamente.

—Exacto. No te has desviado del camino ni has recaído en viejos hábitos. Estoy orgullosos y,

si necesitas hablar con alguien, aquí me tienes.

Me encogí de hombros.

—Gracias.

—Lo que necesites, Jack-Jack.

—Por cierto, ¿Alex?

—¿Qué?

—Deja de llamarme Jack-Jack.

Volví a la sala de descanso y cogí algunos trozos de *pizza* para llevárselos a mi padre. Cuando entré en su salón, me lo encontré inconsciente en el sofá. A veces, fingía que era por agotamiento, pero lo cierto es que, la mayoría de las veces, era cosa del *whisky*.

Metí la *pizza* en la nevera y maldije entre dientes mientras limpiaba un poco. Mi padre todavía estaba inconsciente en el sofá y, de vez en cuando, me acercaba a comprobar si aún respiraba.

Hubo un tiempo en que creía que mi padre viviría para siempre. Un tiempo en que era mi héroe y lo creía capaz de derrotar a cualquier villano en el mundo.

Tiene gracia cómo mi héroe se convirtió en mi peor pesadilla.

Tiene gracia cómo la vida le destruyó el alma.

Cuando acabé en su casa, me marché a mi cabaña. Todos los rincones de aquel lugar conservaban algo de mi padre antes de que el alcohol lo consumiera: la pintura de las paredes, los suelos de madera, las baldosas del baño... Todo contaba la historia del hombre que era antes de que su vida se desmoronase.

Le ayudé a reformar este sitio cuando era niño, antes de que mi madre se fuera y mi padre se convirtiera en un borracho.

Todas las noches, me sentaba en la oscuridad y miraba a mi alrededor. En la esquina del salón había un caballete y materiales para pintar. En la habitación de invitados, las estanterías estaban llenas de libros. Estaba repleta de cuadros enmarcados, no había una sola habitación que no tuviera alguna obra de mi madre. Era lo único que conservaba de ella. La cabaña era, al mismo tiempo, un regalo y una tortura. Me recordaba al pasado y contrastaba dolorosamente con el presente. Ahora era un lugar consumido por el vacío.

Aceptaba el silencio y dejaba que la soledad me envolviese y, después, cuando la situación me superaba, me centraba en mi afición.

Alex no sabía que ya tenía algo que me mantenía alejado de las drogas.

En los últimos años, pasaba casi todas las noches en la cama acompañado de una mujer distinta. No era algo de lo que me sintiera orgulloso, pero me distraía de la realidad. Con algunas, resultaba no ser la primera vez que nos acostábamos, pero no caía en la cuenta hasta que ellas lo mencionaban. Otras se comportaban como si meterse en mi cama fuese una especie de logro y soltaban risitas como adolescentes idiotas.

Sarah, Michelle, Jamie, Kay, Lisa, Rebecca, Susie...

Ojos azul cielo, ojos marrón chocolate, color avellana, marrón claro, verdes, negros...

Todas me servían para olvidarme del mundo durante un rato y desconectar el cerebro.

Todas se convirtieron en mi nueva droga y, poco a poco, me volví un adicto.

Nunca se quedaban a dormir. No quería que lo hicieran, solo que me ayudasen a olvidar durante unas pocas horas. Siempre era lo mismo: sexo, nada de hablar y adiós. La noche en que Ojos Avellana se marchó, me dijo que ya nos habíamos acostado antes y que le había gustado más cuando estaba colocado.

—¿No me digas? A mí me gustas más cuando solo abres la boca para chupármela.

—Eres un capullo —replicó, como si su comentario no hubiera sido igual de desagradable—. Me das asco.

—Hace quince minutos no lo parecía —respondí con sequedad.

Le tocaba mandarme a la mierda y, seguramente, me lo merecía. A veces, era un auténtico gilipollas. Sin embargo, por algún motivo, a la gente le gustaban más los gilipollas que los chicos simpáticos y serviciales.

Era probable que Ojos Avellana me llamase para echar un polvo pronto. Era como si las mujeres tuvieran un imán para los hombres que las trataban como una si fueran una auténtica mierda.

Después, cuando se iban, me quedaba solo.

Bueno, no del todo.

Tucker ya era mayor, pero todavía era igual de fiel. Cada noche, se me acercaba despacio, meneando el rabo, y se me subía al regazo en el sofá. A veces, tenía que ayudarlo, pero siempre venía, incluso en las noches en que sentía que me merecía estar solo.

Aun así, siempre se quedaba sin importar lo que le hiciera o le dijera. Era mi amigo, el único que tenía y el único que necesitaba.

«Buen chico, Tucker», pensé, mientras lo abrazaba con fuerza. «Buen chico».

Jackson

Seis años

—Mamá, ¿puedo cambiarme el nombre? —pregunté un día mientras caminaba hacia el porche donde se sentaba a pintar el cielo. Siempre pintaba el cielo y siempre lo hacía muy bien.

Se colocó el pincel detrás de la oreja y arqueó una ceja.

—¿Cómo que si puedes cambiarte el nombre?

—Hoy en el cole me han dicho que mi nombre era estúpido y que por eso no querían jugar conmigo.

Mamá se quedó boquiabierta y se le pusieron los ojos vidriosos.

—¿Eso te han dicho?

—Sí. ¿Puedo cambiarme el nombre para tener amigos?

Era todo lo que quería.

Quería gustarle a los niños del colegio. Solo llevábamos en Chester unos pocos meses y todavía no tenía ningún amigo. Papá decía que me diera tiempo, pero cuanto más esperaba,

más razones les daba para no estar conmigo. Tim Reeves iba a celebrar una fiesta de cumpleaños y había invitado a toda la clase menos a mí porque era el niño rarito nuevo.

Solo quería ir a una fiesta.

—Jackson, cariño, tu nombre está bien. Si alguien te dice que no quiere ser tu amigo por eso, no es la clase de persona que quieres tener como amigo, ¿de acuerdo?

—Me haré amigo de cualquiera —le prometí—. A lo mejor si me llamase Eric o algo parecido.

Fruunció el ceño.

—Ven aquí, cariño. Vamos a dar una clase de arte.

Gruñí. No quería pintar. Siempre que había un problema, mamá intentaba solucionarlo así, con una clase. Pero yo no quería aprender.

Quería tener amigos.

—Pero mamá... —protesté, pero me dedicó una mirada severa.

—Jackson Paul —me regañó y callé. Cuando mamá usaba mi segundo nombre, sabía que no iba a dejarlo pasar.

Entró en casa a por algunas cosas: pintura, pinceles, una sábana blanca, dos palos largos, alambre y pinzas para la ropa.

—¿Qué haces? —pregunté.

—Ya lo verás. Ven. Salgamos al campo.

Caminamos entre los árboles que había detrás de casa hasta llegar a campo abierto. Me llevaba a pintar el amanecer allí, al menos, un par de veces a la semana.

Esperé con impaciencia mientras preparaba el «lienzo».

Clavó los palos en el suelo, a cierta distancia el uno del otro, ató el alambre a la parte de arriba de cada uno y los conectó. Luego, enganchó la sábana al alambre con las pinzas y los conectó. Se volvió y me sonrió.

—¿Sabes de dónde viene tu nombre?

Negué con la cabeza.

Cogió una brocha, la empapó de pintura azul y salpicó la sábana de pintura. Añadió otro color a la brocha y repitió el movimiento. Era caótico, pero bonito.

No sabía que el caos pudiera ser bonito.

—Se llamaba Jackson Pollock y era único. Era famoso por sus técnicas de salpicado, como estas. Inténtalo. —Me pasó la brocha y la imité—. Era todo un personaje e iba a contracorriente. No intentaba ser alguien que no era para gustar a los demás, no le importaba lo que otros pensasen. Era él mismo y era extraordinario. —Se me acercó y me dio un toque en la nariz con el índice—. Igual que tú. ¿Sabes cuál era su nombre de nacimiento?

—¿Cuál?

—Paul.

Sonreí de oreja a oreja.

—¿Cómo mi segundo nombre? ¿Jackson Paul?

—Exacto. Tu padre y yo te llamamos así porque también eres extraordinario. Un día, las personas adecuadas aparecerán y se darán cuenta de lo especial que eres. Verán cómo eres de verdad y te querrán tanto como tu padre y yo. Serán tus amigos, ¿vale?

Asentí.

—Hasta que esos amigos lleguen, supongo que os tengo a papá y a ti.

—Sí, Jackson. —Me abrazó y me besó en la frente—. Siempre nos tendrás.

Pintamos y lo pasamos de maravilla.

—Oye, ¿mamá?

—Dime.

—¿Crees que algún día pintaré tan bien como tú?

—No, Jackson —me dijo y negó con la cabeza—, lo harás mejor.

Capítulo 7

Grace

De pequeñas, a mi hermana y a mí nunca nos faltó de nada. Crecimos en un terreno del sur de varias hectáreas, en una casa más grande de lo necesario. A mí padre nunca le importó mucho de qué tamaño fuera nuestra casa, pero mi madre creía que se lo merecían. Como si Dios les hubiera otorgado todo ese dinero y, por todo lo que habían hecho por la comunidad, se les permitiera disfrutar de su bendición.

Mi madre llevaba razón en algo: mi padre se lo merecía. Había trabajado muy duro para llegar a donde estaba y nunca dio nada por sentado. Creía en la iglesia más que nadie que conociera y, por cada hectárea de terreno que poseía, más se volcaba en la comunidad.

A mi hermana Judy y a mí nos tocaba representar cierto papel como hijas del pastor. Mi madre nos había enseñado cómo debíamos comportarnos a lo largo de nuestras vidas. Siempre se esperaba elegancia, educación y belleza de las chicas Harris. No solo belleza exterior, sino también de espíritu.

En general, nos lo tomábamos muy en serio. La gente admiraba a nuestra familia, así que debíamos ser dignas de dicha admiración. Habíamos sido bendecidas, por lo que debíamos ser la bendición de otros.

Por ello, siempre aparecíamos perfectas en público. No había lugar para debilidades, así que, cuando tropezábamos, cuando el mundo nos fallaba, mi hermana y yo nos apoyábamos la una en la otra.

Llamé a la puerta de Judy y, en el instante en que la abrió, se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¡Por el amor de Dios, Grace! ¿Qué ha pasado? ¿Qué te pasa? —preguntó, pero no esperó a que respondiera antes de abrazarme.

Sollocé sin control sobre el hombro de mi hermana pequeña y me acarició la espalda con cariño.

—¿Puedo quedarme con Hank y contigo? —pregunté con la voz ahogada, incapaz de decir nada más, pero para Judy fue más que suficiente.

—Siempre, Grace —susurró y me apretó con fuerza—. Por y para siempre.

Se lo conté todo a los dos. Casi vomité las palabras y muchas todavía me resultaban imposibles de creer. Era como una pesadilla de la que no conseguía despertar.

Sentados en el sofá del salón, Hank nos rellenaba las copas de vino sin descanso. Era un caballero. Jamás le había escuchado levantar la voz y siempre veía lo mejor de los demás.

Incluso cuando Judy y yo nos dejábamos llevar por el cotilleo, nunca decía nada de nadie. Sus únicos objetivos eran vivir al máximo y cuidar del amor de su vida. Estaba loco por mi hermana. A veces lo pillaba mirándola sin que ella se enterase y me hacía sentir mariposas en el estómago.

—Lo siento mucho, Grace —me dijo, con el ceño algo fruncido—. No puedo creer que te haya hecho esto. Que te lo hayan hecho. Me resulta inconcebible.

Parecía muy sorprendido. Finn era uno de sus amigos más cercanos y no dejaba de repetir que no se creía lo que me había hecho.

«Yo tampoco».

Hablamos un rato y, entonces, sonó el timbre. Judy se levantó de un salto para abrir y yo me volví hacia Hank con los brazos cruzados.

—¿Puedo preguntarte algo?

—No lo sabía, Grace —dijo, como si me le leyera la mente—. No tenía ni idea de que Finn te engañaba y, de haberlo sabido, te lo habría dicho. Entiendo por qué crees que no lo haría, porque es mi amigo, pero tú eres mi familia. Te prometo por la tumba de mi abuelo que te lo habría contado. Si te soy sincero, ya no estoy seguro de saber quién es después de esto.

Bajé la mirada hacia la alfombra.

—Gracias, Hank.

—Por y para siempre —respondió con la frase favorita de mi familia.

Desde siempre, nos habíamos dicho esas palabras. Eran la promesa de que, pasara lo que pasase, siempre estaríamos juntos, para lo bueno y para lo malo.

Cuando las escuchaba, me sentía menos sola.

—¡Cómo te atreves a presentarte aquí! —rugió Judy y tanto Hank como yo dimos un salto en el sofá. Mi hermana nunca levantaba la voz, jamás.

—Perdona, Judy. Solo quería...

Se me puso la carne de gallina al oír la voz de Finn.

—¿Está Grace?

—No es asunto tuyo —espetó Judy—. Deberías irte.

«Te quiero, hermanita».

—Sí, claro, solo... —Hizo una pausa y escuché algo moverse—. Se dejó la maleta en casa de Autumn.

Era doloroso cuando los corazones dejaban de latir.

Escuché cómo Judy metía la maleta en casa.

—Gracias. Ahora lárgate.

No dijo nada más y supe que se marchaba otra vez con Autumn.

—Por cierto, Finley James —Judy mencionó su segundo nombre. Si mi hermana usaba tu segundo nombre, sabías que hablaba muy en serio.

—¿Sí?

—Deberías avergonzarte de ti mismo. Los dos deberíais.

—¿Está bien? —preguntó, y casi pareció que le importaba.

—Lo estará —juró—. Es fuerte. Mucho más fuerte que cualquiera de tus traiciones.

Entonces, cerró de un portazo.

Judith Rae nunca daba portazos.

Cuando entró en el salón, nos miramos. Podríamos haber sido gemelas. Ella me decía que tenía los ojos azules como el cristal, igual que papá, y yo que los suyos eran los más azules del mundo. También teníamos la misma sonrisa, algo torcida hacia la izquierda. Llevábamos el pelo largo y éramos rubias naturales. Mamá nos habría matado nos lo hubiéramos teñido; una no interviene en la creación de Dios. Nuestros corazones también latían al mismo ritmo.

Si las hermanas eran almas gemelas, Judy era la mía.

—Bueno. —Suspiró y me sonrió con cariño—. ¿Más vino?

Aquella noche no pegué ojo. A la mañana siguiente vi el amanecer con una taza de café en las manos. Salí al porche trasero para sentir el calor en la piel. Me sorprendía lo vacía que me sentía mientras veía cómo la luz de la mañana llenaba el cielo. Papá solía decirnos a Judy y mí que el sol mañanero era como un beso de Jesús en la frente.

De niña, nunca mencionaba los hechos científicos que aprendía en el colegio sobre cómo y por qué el sol salía y se escondía. No me correspondía. A veces, la gente necesita creer en algo para afrontar el día a día.

Aquella mañana, yo necesitaba creer en la historia del beso.

—Te has levantado pronto —dijo Judy entre bostezos mientras salía de la casa en pijama.

—Quería sentir los besos de Jesús —bromeé y tomé una bocanada de aire frío.

Se puso a mi lado, me quitó la taza de café y le dio un sorbo.

—¿Qué tal has dormido?

—No he dormido.

—Era lo que esperaba. Yo tampoco. Me ha costado mucho no entrar en tu habitación a ver cómo estabas, me tenías preocupada.

—Estaré bien —dije, aunque no estaba segura de ello, pero tenía fe. La suficiente, al menos, para respirar—. Las cosas siempre se arreglan al final, ¿no? No te preocupes por mí.

—Eres mi hermana, mi corazón. Siempre me preocupo por ti.

La creía. Yo sentía lo mismo por ella.

—Ojalá pudiera hacer algo por ti. Ojalá pudiera quitarte el dolor. Lo siento mucho —se sinceró—. Siento lo que te han hecho.

Vimos el amanecer con las manos entrelazadas sobre la barandilla del porche. No sé por qué, pero sentir su tacto me hizo llorar. Por un segundo, me sentí menos sola. Tal vez, pensé, este es el sentido de la familia, no sentirse sola en un mundo solitario. A veces, la familia también se equivoca, hace o dice algo mal, ya que, al fin y al cabo, todos somos humanos. Sin embargo, hay otros momentos en los que llegan justo a tiempo para revivirte.

«El hogar cura».

—¿Has traído ropa para ir a la iglesia? —me preguntó Judy y bostezó otra vez— ¿Quieres que te preste algo?

—No creo que vaya. No tengo muchas ganas.

Judy se rio, echó la cabeza hacia atrás y, cuando paró, me observó boquiabierta.

—¿Hablas en serio?

—Muy en serio.

—Grace, eres la hija del pastor y has vuelto a Chester. Todos saben que has vuelto. ¿Sabes cómo se pondrá mamá si no apareces? Le dará un ataque.

—Estará bien —mentí. Sabía que se volvería loca.

Judy levantó una ceja.

—Ya me imagino a la señora Grove acosando a mamá con preguntas sobre por qué no has ido, y mamá acabe acosándote a ti. ¿Seguro que quieres pasar por eso?

Suspiré. No quería, pero no estaba segura de estar lista para hablar con nadie. Ni siquiera había sido capaz de mirarme al espejo sin romper a llorar. Además, ya me habían llegado varios mensajes de gente del pueblo que me había visto el día anterior, en mi peor momento, acompañada de Jackson. Me preguntaba si estaba bien y la situación me superaba. La idea de enfrentarme a toda la congregación se me hacía insoportable.

Judy debió de darse cuenta, porque me apretó la mano.

—No te preocupes. Mamá se pondrá algo pesada, pero no es nada nuevo. Lo importante ahora es cuidar de ti y de tu corazoncito, así que te cubriré y diré que estás enferma.

Me reí.

—¿Mentirías en la iglesia por mí?

—Haría cualquier cosa por ti.

—¿Me ayudarías a deshacerme de un cadáver? —bromeé.

—Solo si es el de Finley James.

Sonreí, aunque me sentí culpable por pensar en que Finn estuviera muerto.

A veces, era difícil seguir el camino de Dios cuando el diablo te susurraba al oído.

Volvimos a mirar al horizonte y, de vez en cuando, respiré hondo.

Capítulo 8

Grace

Había muy pocas personas en el pueblo que no iban a la iglesia los domingos y una de ellas era Josie Parker. Su madre, Betty, había abierto la librería El Silencio hacía unos años, después de que su marido, Frank, se quedase sordo en un accidente de coche. Este luchó contra la depresión durante mucho tiempo y lo único que lo mantuvo a flote fue la lectura.

Durante meses, Betty se sentaba todas las noches con su marido y un libro en la mano y juntos leían en silencio, mientras pasaban las páginas con los dedos entrelazados.

En el pueblo siempre se los veía cogidos de la mano o con un libro. Vivían refugiados entre su amor y sus novelas y, cuando se les ocurrió la idea de abrir una librería donde la única norma era el silencio absoluto, Betty no lo dudó.

Pasé gran parte de la adolescencia dentro de aquella tienda, sentada en la esquina del fondo y enamorándome de hombres y mujeres de lugares lejanos. Allí me di cuenta de que quería ser profesora de literatura. Quería enseñar a los niños la importancia de las palabras.

Las palabras tienen el poder de transportar a una joven de pueblo a mundos inimaginables. Cuando cumplí dieciséis años, también tuve mi primer trabajo allí. A veces, aquel lugar me hacía sentir más en casa que la mía propia.

Cuando entré en la tienda, sentí el olor de todas las historias escondidas en las estanterías. Historias desgarradoras, conmovedoras, de amor perdido y encontrado, para descubrirse a una misma, para sentirme menos sola en un mundo solitario.

No existía mejor sensación que la de enamorarse de personas a las que nunca habías conocido y, aun así, parecían parte de la familia.

La librería tenía una distribución única. Al entrar, estaba el vestíbulo, donde se podía hablar. Se habilitó una pequeña cafetería con mostradores y taburetes. En los mostradores había crucigramas que cambiaban a diario y, mientras te tomabas una bebida, rellenabas los puzles y charlabas con la camarera sobre los últimos cotilleos de Chester.

A la izquierda, había varias puertas de madera tallada, obra de Frank, en las que había escritas a mano una serie de citas de obras clásicas. Sobre ellas había un letrero: «Detrás de estas puertas empieza la historia». Cuando entrabas, te rodeaban cientos de libros. Las estanterías llegaban hasta el techo y había escaleras por toda la sala para buscar esa novela que ni siquiera

sabías que buscabas.

Había mesas repartidas aquí y allá para que la gente leyera. La única norma era el silencio, como en la cueva de un oso en mitad del invierno. Solo se escuchaba a la gente caminar de puntillas por la sala mientras buscaban su siguiente lectura.

Me encantaba la soledad que ofrecía El Silencio. Era un lugar seguro donde los únicos dramas permitidos eran los que se escondían en las páginas.

—Pero qué tenemos aquí, Gracelyn Mae ha vuelto a casa —comentó Josie, con lengua de signos, cuando entré en la tienda. Siempre signaba cuando hablaba, como si fuera su lengua materna. Todos los que conocía me los había enseñado ella.

Llevaba el pelo rubio recogido en un moño alto y todavía tenía aquel hoyuelo en la mejilla derecha que siempre aparecía cuando sonreía, y Josie Parker siempre sonreía.

Fuimos juntas al instituto y era, sin duda, la payasa de la clase, además de una persona muy buena. Sus bromas nunca eran a expensas de otros. Se reía de sí misma antes que de los demás. Siempre me había fascinado la positividad con la que veía el mundo. Además, era una de las pocas personas del pueblo en las que confiaba. Cuando éramos niñas, Josie me traía Coca-Cola Light con unos chorritos de *whisky* y nos sentábamos en el parque a observar a la gente un poco achispadas.

Mamá me hubiera matado si hubiera sabido que bebía *whisky* en el instituto, pero con Josie a mi lado, nunca tuve que preocuparme por eso.

Con ella, mis secretos estaban a salvo.

Tal vez, por eso estaba aquí. Quizá tenía la esperanza de que arrojara algo de luz sobre la oscuridad de estos días.

—Ha pasado mucho tiempo —dijo antes de abrazarme.

—Lo sé. Echaba de menos este sitio, hasta el último rincón.

—También te ha echado de menos, aunque entendimos que te largaras de este pueblucho. Irte con Finn a perseguir sus sueños fue muy noble, aunque he de admitir que me alegré al enterarme de que trabajaba en el hospital. Significa que tú también vuelves, ¿no?

—Sí, pero solo durante el verano. Todavía soy profesora en Atlanta.

—¿Vais a probar la relación a distancia?

—Pues...

Me tembló el labio inferior y se percató de ello.

—¿Sabes qué? No me contestes. Mejor me callo. —Estar con Josie te alegraba el corazón. Desprendía energía positiva y tenía un alma pura—. Anda, ven aquí. Siéntate. ¿Aún prefieres el café al té? —me preguntó.

—Por supuesto.

Negó con la cabeza, decepcionada.

—Un día te voy a preparar una taza de té que te cambiará la vida para siempre. De momento, te traeré un café.

Me reí.

—Pasaste un semestre en Inglaterra y volviste como una mujer nueva.

—También me casé con un chico inglés que conocí en esos meses y lo arrastré conmigo hasta Chester, así que beber té es lo mínimo que puedo hacer. —Tomó la taza más grande de la tienda y la llenó de café, luego se sentó frente a mí—. ¿Cómo es volver al pueblo?

Se me llenaron los ojos de lágrimas y se me formó un nudo en el estómago, pero me esforcé por no llorar.

Frunció el ceño.

—¿Estás bien?

—¿Quieres la verdad o te miento?

—Siempre la verdad. —Salió de detrás de la barra y se sentó en el taburete a mi lado con una taza de té en las manos—. ¿Cuál es la historia?

Me reí sin ganas.

—No sé ni por dónde empezar.

—No me gustan los libros que empiezan por la mitad —bromeó—. Así que, ¿qué tal por el principio?

Y eso hice.

Le conté todo lo que había pasado con Finn y, cuando empecé a llorar, me limpió las lágrimas. No me dio ningún consejo y no intentó decirme lo que debía o no debía hacer, solo me escuchó.

A veces, lo único que necesitamos es que alguien nos escuche para calmar nuestros corazones. Cuando terminé de hablar, me dio un apretón en la rodilla.

—Vamos, que no estás bien.

—Lo estaré.

—Sí. —Asintió—. Lo estarás. Pero, mientras tanto, si necesitas un lugar donde esconderte, puedes venir aquí. Además, siempre habrá un puesto para ti, si lo quieres.

—No tienes que hacer esto por mí.

—Lo sé, pero quiero hacerlo y sabes que mi madre no querría que fuera de otra manera. Aunque me encanta este pueblo, sé que a veces puede resultar apabullante. Además, tengo la sensación de que necesitas un descanso. Si quieres, tómatelo aquí.

—A lo mejor te tomo la palabra.

—Eso espero. —Hizo una pausa y se rascó la nariz—. Autumn nunca me cayó demasiado bien.

—Ojalá pudiera decir lo mismo.

Cuando me disponía a cambiar de tema, se abrió la puerta principal y entró Jackson. No le intrigó lo más mínimo vernos a Josie y a mí allí. Lo cierto es que se movió como si ni siquiera nos hubiera visto. Por la forma en que caminaba, daba la sensación de que estaba aburrido de todo. Iba del punto A al punto B sin ningún interés real en explorar la idea de un punto C.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo mientras avanzaba directo hacia una de las puertas de madera, sin pararse a mirarnos.

—Sin duda resulta intrigante —mascullé.

Josie se rio.

—Así es Jackson Emery. No suele interactuar con nadie cuando viene, y lo hace todos los días.

—¿De verdad?

—De la buena. Es uno de nuestros mejores clientes. Se sienta al fondo unas dos o tres horas a leer y siempre compra un libro al irse. La mitad de los ingresos de la librería salen de su bolsillo.

—¿Qué tipo de libros lee? —pregunté con curiosidad. Se podía saber mucho de una persona

por los libros que tenía en su mesita de noche.

—Solo un género: literatura juvenil.

—¿De verdad?

—Del todo. Raro, ¿verdad? No le pega nada, ¿a que no?

—Para nada. —«Interesante»—. Todos lo llaman el diablo del pueblo y, la primera vez que me crucé con él, estuve de acuerdo. Se comportó fatal, fue muy mezquino. Pero después, ha tenido algunos momentos de amabilidad, como susurros aislados.

Josie asintió.

—Es un poco bruto, pero no es el diablo, ni de lejos. Tampoco es ningún santo. No conozco muy bien su historia, pero no lo ha tenido fácil. Su padre es un verdadero elemento y Jackson es el único que cuida de él. Su tío le ayuda un poco, pero tiene su propio estudio de tatuajes fuera de Chester, así que está muy ocupado, y a Jackson le toca cuidar de su padre solo. Mike Emery pasa más tiempo en el calabozo por borracho que fuera de él y Jackson es el único que le paga las fianzas. No es nada fácil tener que hacer de padre de tus padres.

Josie era única, sobre todo en Chester. Veía el mundo de una forma que nadie más hacía. Lo mismo se podía decir de sus padres. Veían la belleza en las sombras más terroríficas y admiraba esa cualidad de su familia. Había que ser muy especial para ver más allá de las cicatrices de los demás.

—¿Cómo lo haces, Josie? Ves lo bueno en todo el mundo y buscas la manera de entender por qué son como son.

Se encogió de hombros.

—Mis padres me enseñaron a observar con atención. Juzgar desde lejos es fácil, no cuesta nada mirar a alguien desde fuera y sacar conclusiones sobre quiénes son, porque cuando ves los defectos de los demás, de alguna manera, justificas los tuyos y te consideras mejor que ellos. Pero si pones atención, verás a la persona que tienes delante de verdad y cuánto os parecéis. Esperanza, amor, miedo, rabia... Todos sangramos y hasta los corazones de los monstruos se rompen. Solo hay que recordar observar con atención.

«Observar siempre con atención».

Me gustaba mucho esa idea. Yo no era perfecta. A veces, juzgaba a otros sin darme cuenta y ese era uno de los defectos en los que tenía que trabajar. Como Jackson, yo tampoco era ninguna santa. Tenía que observar de cerca más a menudo.

—Después del accidente, mi padre también empezó a beber, ¿lo sabías? —me preguntó Josie.

—No tenía ni idea.

—Éramos muy pequeñas, así que no me sorprende. Durante un tiempo, sufrió de depresión. La gente lo juzgó con dureza y, si no hubiera tenido a mi madre para ayudarlo a superar los peores días, habría terminado como Mike Emery. Y yo como Jackson. Todos podríamos ser Mike o Jackson, solo hace falta un mal giro de los acontecimientos.

—Es verdad. —Tragué saliva—. Nunca lo había pensado así.

—Pero bueno, ¿quién sabe? Podría equivocarme y, a lo mejor, Jackson solo es un capullo que se tira a todo lo que se mueve —bromeó—. Aunque verlo con ese perro realmente hace que me tiemblen las piernas.

—¿Qué perro?

—Un viejo labrador negro. Ya lo verás por el pueblo con él. Mira cómo lo trata y entenderás

que no solo hay oscuridad en ese chico.

Hablamos un rato más y después, entré en la zona de lectura en silencio. Cuando las puertas se cerraron a mi espalda, respiré hondo y disfruté de la maravillosa vista de las estanterías.

«Hola, amigos».

Había tantas palabras en aquel espacio que no sabía por dónde empezar. La idea de perderme entre las páginas me resultaba más atractiva que nunca, ahora que mi propia historia se había ido al garete. Prefería leer el final feliz de otra persona en lugar de pasar horas pensando en lo que le había pasado al mío.

Caminé por los pasillos repletos de libros y acaricié los lomos con las puntas de los dedos. Sonreí a los clientes que me miraron y casi todos me devolvieron la sonrisa con amabilidad y cariño. Todos menos uno...

Jackson estaba sentado en la esquina más alejada de la librería. Era el rincón más oscuro, iluminado por un resquicio de luz que entraba por una pequeña ventana. Me fijé en el libro que tenía en el regazo, *Hijos de sangre y hueso*, de Tomi Adeyemi.

Qué complejo era aquel hombre grande y musculoso que leía literatura juvenil.

Fascinante.

Mientras estudiaba la cubierta del libro, sentí que me miraba. Levanté la vista y sus ojos me taladraron con asco. No cambió la mueca de disgusto y masculló algo entre dientes antes de volver a centrarse en el libro y pasar la página. Se me formó un nudo en el estómago y me sentí algo nerviosa y confusa. ¿Por qué me odiaba más que a nada en el mundo? Me esforcé por prestar atención y ver quién era de verdad.

—Oye, Jackson —dije y asentí en su dirección.

Levantó la vista y, luego, se centró de nuevo en el libro.

—No se puede hablar aquí —contestó entre dientes y pasó la página.

—Lo sé, solo quería darte las gracias por lo de ayer, cuando...

—No puedes hablar aquí —siseó otra vez.

Sentí un escalofrío.

—Lo sé, pero...

—Mira, princesa, sé que crees que estás por encima del mundo y que las normas no te afectan, pero te pido por favor que te vayas con tus comentarios a otra parte, porque no me interesan.

«Vaya».

Jackson el mezquino en todo su esplendor.

—Lárgate —espetó con dureza.

Sin decir nada más, eso hice.

Capítulo 9

Grace

Cuando entré en casa de Judy y Hank después de pasar casi todo el día en El Silencio, me percaté de la expresión de pánico de mi hermana antes de que dijera nada.

Corrí hasta la puerta mientras gritaba entre susurros.

—Grace, lo siento, lo siento mucho, no sabía que esto iba a pasar, me vas a matar por esto, se me ha escapado, ¡lo siento muchísimo!

Levanté una ceja.

—¿De qué hablas?

—Mamá.

—¿Qué le pasa?

—Esta aquí y sabe lo de Finn.

—¿Qué? ¿Cómo?

—No lo sabe todo, pero en la iglesia la gente comentó que os habían visto discutir anoche. Le preguntaron por ello y si estabais bien.

Genial, ya cotilleaban sobre Finn y sobre mí. Les había faltado tiempo.

—Mamá no entendía nada, pero mantuvo la compostura y no perdió la sonrisa en ningún momento. Después, me echó un buen sermón y se ha autoinvitado a cenar. Esta noche. —Judy me miró arrepentida, pero no era culpa suya.

Esbocé una sonrisa nerviosa y le dije que no pasaba nada. Mamá se enteraría de todas maneras, aunque me habría gustado que no hubiera sido a través de extraños en la iglesia. Mamá sabía mantener las formas, pero estaba segura de que le habría dolido enterarse por terceros.

—Será mejor que entremos antes de que se vuelva loca del todo —dijo Judy.

—¿Dónde está Hank?

—¿Me tomas el pelo? En cuanto se ha enterado de que mamá iba a venir, ha huido.

«Tipo listo».

—¿Y papá? ¿Va a venir?

Se le daba bastante bien hacer de árbitro entre mamá y yo cuando discutíamos, algo que era inevitable. Debía reconocer que era una niña de papá, así que las cenas familiares siempre salían

mejor cuando él estaba.

—Mamá me ha dicho que esta noche tiene trabajo en la iglesia, estamos las tres solas.

—Vaya —protesté—. Genial.

Al entrar en el vestíbulo, encontramos a mamá con el ceño fruncido más pronunciado que le había visto en la vida y los brazos abiertos para abrazarme.

—Gracelyn Mae, querida. —Suspiró y sacudió la cabeza—. Estás horrible.

«Hogar dulce hogar».

—Hoy en la iglesia me han pillado totalmente desprevenida —comentó mamá cuando nos sentamos a la mesa del comedor—. Me podrías haber advertido, Gracelyn Mae.

—Lo sé, lo siento, mamá. No sabía que anoche nos vieron a Finn y a mí.

—Estamos en Chester, siempre hay alguien mirando.

No se equivocaba.

—No me creo que esto esté pasando —chilló mamá al enterarse de lo que había pasado entre Finn y yo. Nunca la había visto tan angustiada. No dejaba de negar con la cabeza, incrédula.

—No pasa nada, mamá. No tienes que sentirte tan mal —le respondí mientras empujaba con el tenedor la comida del plato.

—No puedes rendirte sin más, Grace. No puedes abandonar tu matrimonio. ¡Hiciste unos votos! —exclamó—. ¿Es que no significan nada para ti? —No creo que quisiera hacerme daño con sus palabras, pero lo hizo.

—Venga ya, mamá —intervino Judy para intentar protegerme.

—Claro que significan algo —susurré con un nudo en la garganta. Lo eran todo para mí.

—En la salud y en la enfermedad, Grace. Sin duda, un demonio se ha apoderado de la mente de Finn. No te haría daño a propósito. Nunca ha habido ningún divorcio en nuestra familia, jamás. —Su reacción desproporcionada era justo lo que esperaba, así de dramática era mamá—. ¿Qué dirá la gente?

¿Qué dirá la gente?

¿Eso era lo que le preocupaba?

No supe ni qué contestar.

Ya tenía bastante con lidiar con mi corazón roto.

—Grace, parece que ni siquiera quieres luchar por él —protestó mamá.

—No lo hago —repliqué.

—¿No le quieres?

No iba a contestar.

—¿No te importa?

Seguía sin ser capaz de dar voz a lo que sentía.

—¿Cómo eres tan egoísta? —me preguntó y se me escapó una risita. Lo decía totalmente en serio. A veces, reír era lo único que impedía que me desmoronase.

—¿Egoísta? Explícame por qué soy egoísta —pregunté mientras le pasaba la cesta de pan a Judy, que frunció el ceño, preocupada.

Me sentí muy agradecida de tenerla. Si no estuviera aquí, ya estaría hecha polvo.

—En nuestra familia hay generaciones de matrimonios, largos y felices, y ningún divorcio. ¿Es que quieres echarlo todo a perder y arruinar nuestra reputación?

Puse los ojos en blanco.

—Mamá, papá y tú ni siquiera dormís en la misma habitación.

—Tu padre ronca.

—Y, seguramente, no te aguanta —mascullé.

—Habla claro, Grace. Odio cuando murmuras—me regañó—. Siempre lo haces, hablas entre dientes. La pronunciación es importante. Se supone que eres profesora, deberías saberlo.

—Perdona. Mira, Finley y yo estamos de acuerdo en que el divorcio es lo mejor.

Era mentira. Una parte de mí aún deseaba que mi marido volviera a quererme, pero no era así. Había elegido a otra y estaba bastante segura de que no tenía intención de cambiar de idea.

—Ha dicho que sí para complacerte, Grace. No quiere divorciarse, lo hace porque cree que te hará feliz. Siempre ha intentado hacerte feliz.

—¿Hacerme feliz? —pregunté y me metí un trozo de pan en la boca. Comía carbohidratos a un ritmo nada saludable cuando estaba nerviosa, irritada o feliz, por eso tenía esas caderas—. Se ha acostado con mi mejor amiga, mamá. Así que cuéntame otra vez cómo quiere hacerme feliz.

—¿Se ha acostado con Autumn? —preguntó asombrada.

—Sí.

—Dios mío —se lamentó, con la misma mueca de asco que puso Judy cuando se enteró, aunque lo siguiente que dijo no tuvo nada que ver—. ¿Cómo has dejado que pasara?

Me quedé boquiabierta.

—¿Perdona?

—Me he explicado mal, pero ¿es que no lo ves? —exclamó—. Lo has empujado a los brazos de otra mujer.

—Espero que te hayas vuelto a explicar mal.

—Lo ves, ¿verdad? Después del último incidente...

—Aborto —la corregí y se estremeció.

Siempre lo llamaba «incidente» porque la verdadera palabra la hacía sentir incómoda. Mala suerte. Yo lo había pasado mucho peor con esa palabra que ella.

—Sí, eso. Después del último, te cerraste en banda. Te mandé todos esos artículos sobre adopción y vientres de alquiler, pero ni siquiera quisiste intentarlo por Finley. La iglesia te ofreció un círculo de oración y no apareciste.

—A veces, rezar no es la solución para todo —le espeté.

Me ardía la sangre. No me creía lo que me decía, aunque en el fondo sí lo hacía. Conocía a mi madre y sabía cuánto se centraba en mis defectos.

Se le llenaron los ojos de lágrimas, pero no lloró.

—No lo dices en serio. Estás dolida. Rezar lo cambia todo.

—Todo menos esto —dije.

Recé por un bebé. Recé todos los días y no obtuve respuesta. Luego, recé por mi marido y, de nuevo, solo hubo silencio.

—Ni siquiera lo has intentado, Grace —respondió sin molestarse en esconder la decepción.

Hablaba como si no se diera cuenta de la crueldad que reflejaban sus palabras. ¿Que no lo había intentado? Ella no sabía lo que mi cuerpo sabía de los intentos fallidos, cómo me sentía al mirarme al espejo cada mañana, sabiendo que era incapaz de darle a mi marido lo que siempre había querido. No se daba cuenta de que, durante años, lo único que había hecho era intentarlo, para después fallar.

—Hasta aquí he llegado —solté, cansada de hablar de mi matrimonio, mis defectos y mis decepciones. No tenía nada más que decirle. Aparté la silla de la mesa, me levanté, me marché a la habitación de invitados y cerré la puerta.

Me tumbé en la cama de matrimonio y escuché cómo Judy intentaba explicarle a nuestra madre lo equivocada que estaba. No la escuchó, claro. Ella tenía su modo de ver la vida y era incapaz de comprender que las vidas de los demás no tenían por qué ceñirse a esa visión.

—Judith, tienes que dejar de proteger a tu hermana. Al fin y al cabo, es tu hermana mayor, no es responsabilidad tuya inventar excusas por ella —la regañó mamá.

—No son excusas —contestó Judy—. Intento que lo veas desde otro ángulo. Es tu hija y dos personas que creía que la querían la han traicionado de la peor manera posible. No quiero faltarte al respeto, pero no creo que sea el mejor momento para que la ataques así.

—Ya, bueno, voy a hablar con ella una última vez antes de irme.

Me incorporé en la cama y maldije entre dientes.

A medida que sus pasos se acercaban, más crecía el nudo en el estómago.

—¿Grace? —llamó y abrió la puerta sin esperar respuesta. Me miró y le devolví la mirada, sentada con una almohada en el regazo—. Siento que te hayas molestado.

Así se disculpaba mamá, con falsas disculpas. No decía «siento haberte molestado», sino «siento que te hayas molestado». Era muy diferente. Nunca asumía la culpa por sus acciones, solo se disculpaba porque los demás se hubieran ofendido por ellas.

—No tiene importancia.

Negó con la cabeza.

—Pero sí la tiene. Es tu vida, Grace. ¿Quieres echarla a la basura a estas alturas? Tienes casi cuarenta años. ¿De verdad quieres volver a empezar?

Tenía treinta años, ¿en qué universo eso era casi cuarenta?

Aunque hubiera tenido cuarenta, ¿empezar de cero era tan horrible?

Prefería reconstruir mi vida a los cuarenta que vivir infeliz los próximos cuarenta años.

—Mamá, no te ofendas, pero no quiero seguir con esto esta noche. Estoy agotada física y mentalmente.

Asintió.

—De acuerdo, ya hablaremos. A lo mejor podemos plantearnos la terapia. —Así es como mamá lo arreglaba todo: primero con rezos y luego con terapia. Se acercó y me dio un beso en la frente—. Soy así porque te quiero, Grace. Espero que lo sepas.

—Yo también te quiero, mamá. —No era mentira.

La quería, aunque, a veces, dudaba de si me caía bien. Si no fuera mi madre, me preguntaba si me gustaría como persona. Casi todo indicaba que no, pero la quería por ser mi madre, incluso cuando me decía que necesitaba la ayuda de Jesús para reparar mi útero.

Judy se despidió de mamá y, cuando la puerta se cerró, suspiró aliviada.

Solo tardó unos segundos en entrar en mi habitación mientras se frotaba los ojos con las

palmas de las manos.

—Ha sido mil veces peor de lo que esperaba y esperaba que fuera horrible —gruñó. Le hice sitio en la cama y di una palmada sobre el colchón a mi lado. Se sentó de buena gana y apoyó la cabeza en mi hombro—. Lo siento, Grace. Si hubiera sabido que se pondría así...

—¿Qué habrías hecho? ¿Decirle que no viniera? Seamos realistas, esta noche iba a ocurrir, tarde o temprano. No pasa nada.

—Lo sé, pero es tan... ¡Agh! Es muy mala contigo. No me imagino decirle algo así a nadie, mucho menos a mi propia hija. Me saca de quicio.

Tenía la cara enrojecida y le temblaba el cuerpo a la vez que se enfadaba cada vez más por las cosas que mamá me había dicho. Casi me reí al verla tan enfadada, todo lo contrario a cómo era el noventa y nueve por ciento del tiempo. Decir que la sacaba de quicio era casi una palabrota para ella y le costaba mucho llegar a ese punto. Por lo general, solo se enfadaba cuando atacaban a los que quería.

—Eres mi persona favorita —le dije.

—Y tú la mía —contestó—. Me sorprende que ninguna de las dos fumemos para lidiar con el estrés que nos provoca esa mujer.

Me reí.

—O que nos droguemos.

Judy sonrió y se encogió de hombros.

—No sé cómo papá aguanta sus dramas después de tantos años.

—Dormir separados ayuda.

Judy me miró y aplaudió.

—Esto será bueno para ti, Grace. Un reinicio, una página en blanco. Hazme un favor y no dejes que mamá te coma la cabeza. Sé que piensas demasiado las cosas, pero esto es bueno. Has tomado la decisión correcta. Finn es un capullo y no me hagas hablar de Autumn. Desde el primer día que la conocí, supe que no era trigo limpio. La odio. Lo odio. Los odio.

—Gracias por odiarlos.

—Siempre odiaré por ti. Te quiero, hermana.

—Y yo a ti.

—¿Qué hago? ¿Cómo hago que te sientas mejor?

Me encogí de hombros.

—Creo que necesito estar sola un rato.

Frunció el ceño.

—No pienses demasiado.

—Creo que es lo único que soy capaz de hacer ahora mismo.

—Grace...

—Estoy bien, Judy. Solo necesito tiempo.

Aceptó a regañadientes, se marchó y me tumbé a solas con mis pensamientos, la peor compañía posible para pasar la noche.

Un rato después, sonó el móvil y el nombre de Finn apareció en la pantalla. No contesté. Si lo hacía, era posible que me mintiera y que me creyera sus mentiras como una tonta.

Me llamó tres veces más y dejó un mensaje de voz con cada llamada.

Como era tonta, los escuché.

Me pidió que hablásemos. Me suplicó que le escuchara.

No tenía intención de verlo pronto, así que me senté a oscuras mientras la ansiedad aparecía. La ansiedad es una bestia salvaje. Me atacaba en los momentos de calma, en los que el mundo estaba tranquilo y yo también debería estarlo. Sin embargo, era en esos momentos cuando todos los problemas me venían a la mente. Me quedé en la cama y analicé todos los aspectos de mi vida. Tenía al corazón y a la razón en guerra.

Me resultaba imposible dormir. Estaba agotada, pero cada vez que cerraba los ojos, aparecía Finn y, a su lado, veía a Autumn, con sus preciosas lágrimas y su cuerpo perfecto.

Me acerqué al espejo de cuerpo entero de la esquina y respiré hondo. Tenía bolsas de color púrpura debajo de los ojos, la camiseta metida por un solo lado de los vaqueros y el pelo hecho un desastre.

No podía echarle la culpa a Finn. No me había esforzado mucho en los últimos años. A pesar de que me dolía, entendí por qué se había fijado en otras. Tal vez mamá tenía razón. Tal vez, una parte del fracaso de nuestro matrimonio fuera cosa mía.

Incapaz de librarme del dolor y de los insultos de mamá, hice lo único que se me ocurrió que me haría sentir mejor: fui a ver a papá a la iglesia. Si alguien sabía cómo calmar la tristeza de un corazón, era el primer hombre que me había querido.

Al entrar en la iglesia, sentí un vacío en aquel espacio que no hacía mucho estaba atestado de personas llenas de fe o en busca de esperanza. Sonreí al ver a papá en el atril, con las gafas de montura gruesa mientras repasaba el próximo sermón. Era un hombre muy guapo. Tenía el pelo gris y abundante, unos ojos azules como el mar y una sonrisa que haría que el alma más triste se sintiera completa.

Judy siempre decía que teníamos los mismos ojos y yo que ella tenía su sonrisa.

Al hablar por el micrófono, su voz resonó en las paredes. Entonces sonrió, asintió con la cabeza y escribió algo en las hojas.

—No, así no —murmuró en el micrófono, contrariado por su discurso.

—A mí me suena bien —grité y levantó la vista del papel.

Crucé el pasillo hasta el fondo de la iglesia y, a medida que me acercaba, más crecía su sonrisa.

—Dime que no es un fantasma lo que veo y que mi hija ha vuelto al pueblo de verdad —dijo mientras se colocaba las gafas en la cabeza.

—Todavía no soy un fantasma —respondí y me acerqué. No tardó más de dos segundos en abrazarme.

—Ha pasado mucho tiempo. —Me estrechó más fuerte—. Te hemos echado de menos esta mañana.

—Lo sé, siento no haber venido. Me habría gustado.

Cuando me soltó, retrocedió un paso y me sonrió.

—Estás preciosa.

Me reí.

—El maquillaje hace milagros.

Negó con la cabeza.

—No es el maquillaje. —Enlazó un brazo con el mío y bajamos hasta el primer banco. Nos sentamos y no dejé de sonreírme ni un momento—. No es que no me alegre de verte, pero ¿qué haces en Chester, cariño?

Levanté una ceja, sorprendida.

—¿Mamá no te lo ha contado? Estaba segura de que lo haría después de nuestra discusión.

—¿Qué discusión? —preguntó sorprendido. Frunció el ceño y se frotó la nuca—. No me ha dicho nada. ¿Qué ha pasado?

Sentí una punzada en el pecho. Una parte de mí esperaba que mamá ya se lo hubiera contado todo para, así, no tener que ver la decepción en sus ojos al enterarse del fracaso de mi matrimonio. Me tragué el orgullo y le conté todo lo que había pasado con Finn. No fui capaz de mirarlo mientras hablaba. La culpa y la vergüenza me atormentaban, así que me concentré en mirarme las manos temblorosas.

Cuando acabé, cerré los ojos y esperé a que hablase.

—Vaya. —Suspiró y me puso una mano en la rodilla—. El matrimonio es difícil.

—Más de lo que imaginaba —coincidí.

—¿Se ha acabado del todo?

Se me escapó una risita.

—Está con mi mejor amiga, papá. No se me ocurre una forma más clara de acabarlo.

—Lo sé, eso lo entiendo, ¿pero tu corazón lo ha superado? ¿Alguna parte de ti todavía espera que vuelva?

Me quedé callada porque la respuesta era sí y me avergonzaba.

Me avergonzaba que una parte de mí todavía lo quisiera.

—No tienes por qué avergonzarte, Grace —dijo, como si me leyera la mente—. Es normal querer a alguien incluso cuando te ha hecho daño. No puedes fingir que tus sentimientos no existen solo porque tienes miedo de lo que significan. A veces, lo más difícil es querer a alguien que te ha roto el corazón.

—Sí que lo quiero —susurré con la garganta seca—. Aunque también lo odio. ¿Cómo es posible?

—Fuimos creados para sentir, Grace. A veces, esos sentimientos llegan desordenados. Es increíble cómo somos capaces de sentir amor un segundo y odio al siguiente. Nada de lo que sientes está mal.

—Mamá no está de acuerdo. Cree que cometo un error por no luchar por nuestro matrimonio.

—¿Tú que opinas?

Me encogí de hombros.

—No estoy segura. Todo va demasiado rápido. Me siento perdida.

—No estás perdida, necesitas tiempo para resolverlo. Ahora pasarás una temporada en casa, eso es bueno. Necesitas estar rodeada por lugares y personas que conoces. Solo tienes que volver a encontrar el camino, y el hogar te ayudará a sanar.

—Gracias, papá —dije con sinceridad y apoyé la cabeza en su hombro.

—Por y para siempre.

—Me has aconsejado mejor que mamá.

—¿Qué te dijo ella?

—Terapia.

Se rio y asintió despacio.

—No me sorprende.

Capítulo 10

Grace

—Hola, Grace. Soy Alex, del taller. Te llamo para ver si puedes pasarte hoy para hablar del coche. Gracias, ¡nos vemos pronto!

Habían pasado unos días desde que llegué a Chester. Apenas había salido de casa de Judy desde entonces y, cuando lo hacía, era para ir a El Silencio. Eran los dos mejores sitios en los que estar para evitar encontrarme con nadie.

Me había empeñado en evitar a Autumn y a Finn como a la peste.

Sin embargo, ahora que Alex había llamado, no me quedaba otra que abandonar mis refugios e ir al taller. Después de ponerme los zapatos, salí a la calle y la brisa veraniega me acarició la cara. No había nada comparable a los cálidos veranos de Georgia y a los árboles que se teñían de los verdes más brillantes.

Chester tenía el tamaño perfecto: se podía andar a todas partes. Aunque el taller de Mike quedaba un poco más lejos, pues estaba justo a las afueras de la ciudad. Los Emery eran dueños de varias hectáreas de terreno, no tantas como mi familia, pero sí más que la mayoría de los habitantes del pueblo. En la parte derecha de la propiedad había una preciosa casa de dos pisos y en el centro estaba el taller de coches. Frente al negocio había algunos vehículos averiados y oxidados colocados sobre ruedas de repuesto que servían como decoración. Era cuco.

Había un cartel de madera donde se leía «Taller de Mike» apoyado en la pared del edificio. Justo al lado del taller, había una casita de madera frente a unos arbustos. No era nada especial, pero era bonita y daba una sensación hogareña.

Cuando soñaba con tener una familia, siempre nos imaginaba de vacaciones en una cabaña como aquella.

La puerta del taller chirrió e hizo sonar la campana que había sobre ella al abrirla. Eché un vistazo, pero no había nadie. Caminé hasta el mostrador y le di al timbre a ver si aparecía alguien. No vino nadie, así que di una vuelta por el taller.

Como salido de la nada, un enorme labrador negro apareció. Se movía muy despacio, aunque sin dejar de mover el rabo. Cuando llegó hasta mí, se sentó y siguió con el meneo.

—Debes de ser el chico del que me habló Josie —comenté y me agaché para acariciarlo. Meneaba el rabo mientras respiraba acelerado, como si el corto paseo lo hubiera agotado. Le

miré el collar. «Tucker».

—Eres adorable, Tucker —le dije antes de que se levantara y, despacio, se marchara a su cama.

Qué monada.

—¿Hola? —grité, pero nadie respondió—. Pues vaya.

Esperé un poco más en el vestíbulo hasta que oí un fuerte golpe. Fui a la parte de atrás y encontré una puerta abierta que daba al patio trasero. Los golpes se oían cada vez más alto, así que la crucé. Entre algunos árboles, había un coche que parecía haber sido víctima de un tornado varias veces. A su lado, con un mazo en la mano, Jackson lo aporreaba.

Iba sin camiseta y toda su piel estaba cubierta de sudor mientras golpeaba el coche una y otra vez. Tenía los músculos en tensión y me resultó imposible no mirar. Jackson sería el capullo del pueblo, pero tenía un cuerpo de infarto. No se encuentran hombres tan atractivos todos los días, una pena que la personalidad no fuera acorde a la apariencia.

—¡Eh! —llamé, pero no me miró. Siguió golpeando con agresividad. Llevaba taponos en los oídos, algo que no facilitaba que me oyera. Me acerqué más—. ¡Eh! —grité y di un manotazo al coche.

Se sobresaltó al verme, dejó caer el mazo y maldijo.

—¡Me cago en la puta! —gritó y se cogió el pie izquierdo con la mano, pues tuvo la mala suerte de que el mazo le cayera encima—. Mierda, eso duele.

—¡Dios mío, lo siento muchísimo! —exclamé y me llevé la mano a la boca—. ¿Estás bien?

—Se me acaba de caer un puto mazo en el pie. ¿Tú que crees? —espetó.

En otra ocasión, le habría llamado la atención por las malas formas, pero era cierto lo que decía, así que vi el enfado justificado.

Masculló algo y me fulminó con la mirada.

—¿Qué quieres?

—Alex me llamó para que me pasara a ver el coche, pero no había nadie delante. Entonces te oí. —Señalé con la mano el coche destrozado—. Con lo que sea que estés haciendo.

Masculló otra vez, bajó el pie al suelo y se marchó al taller. Me quedé allí sin estar segura de si debía seguirlo.

Me miró por encima del hombro y resopló.

—¿Vienes o qué?

—Ah, vale —contesté y me apresuré a ir detrás de él.

Una vez dentro, nos acercamos a mi coche.

—Alex ha tenido que salir con la grúa —me explicó. Llevaba una barba de varios días y se la frotó con la mano—. Me pidió que te pusiera al corriente si no estaba cuando vinieras.

Puse una mano sobre la cadera y miré el coche.

—¿Cómo está mi chica?

—¿Chica? —preguntó y enarcó una ceja—. Los coches no tienen género.

—Te digo yo que sí. Que no sepas distinguirlos no significa que no los tengan. Rosie es, sin duda, una chica.

—No me sorprende que seas de las que ponen nombre a los coches.

—Ni a mí que seas de los que se quejan de las que ponemos nombre a los coches —repliqué.

Gruñó entre dientes y sonreí. Me dio la sensación de que mi sonrisa lo había irritado y disfruté un poco de ello, ya que él parecía disfrutar con fastidiarme.

—El coche es una basura, Alex debería de haberlo llevado al desguace —afirmó Jackson—. Has perdido el tiempo viniendo hasta aquí. Es chatarra. —Suspiré hondo y me señaló con la mano—. Te juro por Dios, princesa, que como llores voy a perder los nervios. Yo soy el que, seguramente, se ha roto el pie y no me verás ponerme sentimental.

Gemí e hice lo posible para controlarme.

—Perdona, Rosie y yo hemos pasado muchas cosas juntas.

—Deja de llamar al coche con nombre de persona.

—Deja de llamarme princesa.

—No.

—Pues la llamaré Rosie y a ti, Oscar.

—¿A qué viene eso?

—Porque eres un gruñón, como Oscar el Gruñón.

Me lanzó una mirada asesina.

—Qué original, princesa.

—Gracias, Oscar. Claro, llamar a una mujer princesa es de lo más innovador —me burlé.

—Eres un grano en el culo.

—Y tú un gruñón. Pero... —Se me formó un nudo en la garganta y me froté la nuca con las manos—. Siento mucho lo del pie. Si quieres, puedo...

—No —me cortó.

—¿Qué?

—He dicho que no. No vamos a hacerlo. Dejemos una cosa clara. Este rollo que nos traemos, este tira y afloja, no es nada.

Me quedé perpleja.

—Nunca he dicho que fuera nada. Solo iba a decir...

—No. No digas nada.

—¡Deja de interrumpirme!

—Pues deja de hablar. ¿Crees que no he visto cómo me miras cada vez que nos encontramos en la librería? Como si hubiera algo en mí que no acabas de entender. No hay nada. Así que, por favor, déjame en paz de una puñetera vez, sería genial. —Como siempre, masculló otra vez—. Lo estás haciendo otra vez.

—¿El qué?

—Llorar.

«¿Qué? ¡Porras!».

—Un auténtico desastre —susurró—. Espera a que vuelva Alex —espetó—. No quiero hablar más contigo.

«Creo que te odio».

Fui a la sala de espera y me senté. Dejé el bolso en la mesa mientras esperaba a que Alex volviera. Cuando entró por la puerta principal, me dedicó aquella cálida sonrisa.

—¡Hola, Grace! ¡Gracias por venir! ¿Ya te han atendido?

—No exactamente. Bueno, he hablado con Jack, pero no ha sido muy atento, que digamos. Me

dijo que el coche era una chatarra y que no merecía la pena salvarlo.

Alex se cruzó de brazos.

—¿Dónde está?

—Fuera, golpeando con un mazo a un coche como un poseso.

—Ah. —Alex frunció el ceño y se estremeció, como si hubiera sentido un escalofrío—. No te lo tomes como algo personal. Tiene un mal día.

Me reí con sarcasmo.

—¿Cómo lo sabes? Parece que siempre está de mal humor.

—Sí, pero... —Frunció el ceño—. Cuando está fuera dando golpes a los coches significa que tiene un día muy, muy malo. Es imposible hablar con él cuando está así.

—No es una persona fácil con la que tratar.

—Eso es verdad. —Se rio y asintió, luego nos acercamos a mi coche—. No es tan malo como dicen.

—No, es peor.

—Lo dices porque no lo conoces. El Jackson del que hablo es muy buena persona, pero no lo muestra de la misma manera que los demás. Si te fijas bien, te darás cuenta.

—¿Lo que intentas decir es que en algún rincón de ese cuerpo se esconde un corazón?

—Exacto. —Alex sonrió y se inclinó para susurrar—. A veces hasta late.

«Vaya».

Qué concepto más extraño.

—Mira, soy consciente de todo lo que dicen de él y los rumores que corren por ahí, pero esas mentiras no le representan. La verdad es que es una de las mejores personas del planeta. Una pena que el mundo no se moleste en conocerlo porque solo se centran en la falsa realidad que proyecta. Será mi único sobrino, pero si tuviera más, no dejaría de ser mi favorito.

—¿Es tu sobrino? —pregunté—. ¿Eres hermano de Mike?

—No. —Negó con la cabeza—. Su madre era mi hermana.

Era. La palabra me golpeó tan fuerte que me dejó sin aliento.

—Lo siento.

—Gracias. Ya hace catorce años. Hannah era... —Le falló la voz y se aclaró la garganta. Lo vi fruncir el ceño por primera vez y fue de lo más triste. Sus ojos, siempre felices, se apagaron un poco—. Era una buena persona. No pasa un día sin que piense en ella. Jackson tampoco.

—Lo siento, de verdad. No me imagino lo que debe de ser pasar por algo así.

—Es mucho peor de lo que creerías. Lo que Mike y Jackson tuvieron que pasar. —Suspiró—. Nadie comprende esa clase de sufrimiento. Ni siquiera yo.

Sonaba como si hubiera más detalles de la historia que desconocía, pero no pregunté. No tenía derecho.

Sacudió la cabeza y se deshizo del gesto sombrío.

—No has venido hasta aquí para escuchar las penas de esta familia. Hablemos de tu coche.

—Ah, ya. El coche —murmuré, sin dejar de pensar en el monstruo que me había recibido.

—Hazme un favor. —Alex se rascó la nariz, se frotó la nuca y me pasó las llaves—. Arráncalo.

Hice lo que me pidió. Se oyó un pitido y el motor humeó.

—No puede ser bueno. —Reí.

Asintió.

—No, pero suena mejor que antes. No voy a rendirme todavía.

—¡Sí, claro que sí, no es más que un trozo de mierda! —gritó alguien, que entró a trompicones en la sala—. No sé por qué has metido esa chatarra en mi puñetero taller.

Levanté la vista y me encontré con un hombre que se tambaleaba con una botella de *whisky* en la mano. Casi parecía el gemelo de Jackson, solo que mayor, con arrugas, el pelo gris y un ceño fruncido más pronunciado.

No creí que nadie pudiera fruncir el ceño más que Jackson.

La actitud de Alex cambió al verlo.

—Mike, no creí que fueras a venir hoy.

—Es mi negocio. Puedo ir y venir cuando me plazca, que no se te olvide —replicó y se acercó al coche. Cerró el capó y le dio dos palmadas—. Llévalo al desguace. —Dio un trago al *whisky* y, por fin, me miró. Cuando cruzamos la mirada, sus ojos se llenaron de odio—. Te conozco.

—Lo dudo —contesté, hecha un manojo de nervios. De reojo, vi que Jackson nos observaba desde una esquina.

Tenía el mismo ceño fruncido que su padre.

—Conozco a los de tu calaña. ¿Eres pariente de la gente de la iglesia?

—Mi padre es el pastor.

—Puj. Una HP —gruñó y dio otro trago.

—¿El qué? —preguntó Alex, pero yo conocía perfectamente el término. Me lo habían llamado toda la vida.

—Hija del pastor —respondí.

—No quiero tener nada que ver con vosotros —espetó—. Saca esa chatarra de mierda de mi taller y lárgate.

—Pero Mike, creo que puedo arreglarlo —intervino Alex. Era obvio que el padre de Jackson lo ponía nervioso. A mí también. Estar cerca de individuos inestables asustaba porque nunca sabías lo que iban a hacer.

—No vamos a arreglar nada para esta zorra.

Sentí un escalofrío.

Se me formó un nudo en el estómago.

—Papá, déjalo. No seas tan capullo —ladró Jackson a lo lejos, con la cara algo enrojecida. No creí que alguien pudiera parecer dulce, pero su padre lo conseguía—. Estás borracho.

—Estaré borracho, pero no soy imbécil. —No dejó de mirarme en ningún momento—. Conozco el tipo de gente que sale de esa iglesia y no quiero tener nada que ver con ellos. Fingen que les importan los demás, pero en realidad solo se quedan con su dinero mientras viven como reyes en sus mansiones de mierda. ¿Crees que no veo cómo me miráis cuando voy al pueblo? ¿Cómo miráis a mi hijo? Como si no valiéramos nada.

—No le conozco —susurré. Me temblaba la voz.

Solo conocía las historias que contaban y eran aterradoras. Visto lo visto, las historias parecían estar basadas en hechos reales.

—Ya, pero yo os conozco a ti y a los tuyos. No quiero volver a verte asomar la cabeza en este taller, ¿me oyes? Llévate tu asqueroso dinero a otra parte. Aquí no queremos la mierda de los Harris. Sobre todo de las hijas. Todo el mundo sabe que las hijas de un pastor son las más putas. Vete a freír espárragos y dile a tu Dios que haga lo mismo.

¿Había dicho todo aquello de verdad?

No quería llorar delante del señor Emery, pues era muy probable que lo viera como una victoria. Estaba decidido a hacerme sentir como una persona horrible y la manera en que me taladraba con la mirada me daba ganas de vomitar. No sabía qué hacer, así que me di la vuelta y salí a toda prisa de allí.

—¡Eh! —me gritó Jackson—. ¡Espera!

Me di la vuelta, nerviosa.

—Lo he entendido, ¿vale? Me odiáis. No volveré más.

—No es eso. —Suspiró y se frotó la cara con las manos.

No añadió nada y recuperó su expresión oscura y enfurruñada.

—¿Qué pasa, Jackson?! —espeté, molesta por él y su padre.

Habló en voz baja.

—Te has dejado el bolso —dijo y me lo tendió.

Se lo arranqué de las manos y masculé un gracias, aunque no se lo merecía.

—Oye. —Se aclaró la garganta—. Lo que te ha dicho... Se ha pasado.

—Bastante.

—Sí —reconoció—. A veces mi padre es algo difícil.

—Bonita forma de decirlo.

—Tiene asuntos sin resolver con tu familia. Hace años, después del incidente, tuvo algunos problemas con la iglesia.

—¿Te refieres a cuando estrelló el coche borracho en la fachada? ¿O a cuando irrumpió en misa e insultó a todo el mundo? Por algo lo llaman Mike el Loco.

Hizo una mueca.

—No lo llames así.

—Todos lo hacen.

—Ya sé que todos lo hacen, joder —gruñó y retrocedí un paso. Me miró a los ojos, pero, a diferencia de su padre, en los suyos vi dolor. Como si intentara controlar sus impulsos. Respiré hondo. «Observar con atención»—. Que todos lo llamen así no quiere decir que tú también lo hagas.

—Lo siento.

Era evidente que el apodo le afectaba y le dolía, así que, al instante, me arrepentí de haberlo dicho. Me pregunté cuántas veces lo habría oído en el pueblo y cuántas habría sentido una punzada en el corazón por ello.

—Sé que es un capullo, pero todo el mundo saca a relucir aquel incidente, lo ha marcado para siempre. Aquella fue una mañana dura para él.

—Por lo que he oído, mucho más que eso. Arremetió contra los bancos con un mazo. —Igual que Jackson con los coches del patio trasero.

—Fue una mañana muy dura —repitió.

—Venga ya, Jackson —rebatí, molesta por cómo defendía a ese monstruo adulto y sus actos. Levantó las manos, derrotado.

—Sí, lo sé, ¿vale? Mi padre es un cabrón. Nadie lo sabe mejor que yo. Por aquel entonces cometió un error, uno grande, pero la forma en que todos le dieron la espalda estuvo fuera de lugar. ¡Intentaron cerrarnos el taller! Intentaron quemarlo, echarnos del pueblo, venían a protestar a nuestro patio y nos gritaban cosas que jamás creería que saldrían de la boca de «gentes de Dios».

—Pero lo que...

—Sí, lo que hizo estuvo mal. Lo sé. Pero estaba hundido y en lugar de demostrarle la compasión que en este pueblo de mierda todo el mundo finge tener, actuaron con malicia. Lo hundieron todavía más y lo convirtieron en una persona más ruda y fría. Nos convirtieron en monstruos y se enfadaron cuando asumimos los papeles que nos habían dado. Yo solo era un crío. Vi a este pueblo atacar a mi padre sin piedad por un error.

—Siento mucho lo que pasó, Jackson, de verdad, pero sigo sin entender por qué tu padre y tú odiáis tanto a mi familia. Nosotros no somos los que atacamos el taller.

No habíamos hecho nada. No participamos en las maldades que les hicieron.

—Venga ya, no eres tan tonta —dijo y parecía decepcionado porque no lo entendiera—. Todos sabemos quien manda en Chester. Tu familia es como la realeza.

—¿Y qué? Aun así, no fueron los que os atacaron.

Se llevó las manos a la nuca y arqueó una ceja.

—Mira, princesa, si tu padre o tu madre hubieran alzado la voz en la iglesia y les hubieran pedido que parasen, todo habría acabado. Podrían haber tenido compasión con mi padre, que claramente no estaba bien, pero se quedaron callados. Nunca lo defendieron. Ni a mí.

Me dolía el estómago.

—¿Por qué no os fuisteis? ¿Por qué os quedasteis en un sitio donde nadie os quería?

Echó un vistazo a la tienda, donde su padre seguía dando vueltas como una cuba, mientras discutía con Alex con las manos en los bolsillos.

—Teníamos nuestros motivos y no tenemos por qué dar explicaciones a nadie —masculló—. Y menos a una Harris.

—¿Siempre eres tan difícil?

Cerró los ojos y le tembló el labio inferior.

—Sí.

—Si odiara este pueblo tanto como tú, me marcharía.

—¿A dónde? Es el único hogar que tenemos. —Cambió el peso de un pie al otro. Se notaba que se debatía entre contarme más o callarse—. Fui a ver a tu madre —dijo con voz fría.

—¿Qué?

—Tenía dieciséis cuando fui a tu casa. Lo recuerdo como si fuera ayer. Llamé a la puerta y hablé con tu madre, le pedí ayuda. Fue después de que unos imbéciles me asaltaran y me pegaran una paliza cuando iba a comprar.

—¿Qué te dijo?

—Que mi padre había tomado sus decisiones y la gente del pueblo tenía derecho a hacer lo mismo. Que no nos debía nada.

«No, imposible».

—Mientes. Mi madre es dura a veces, pero no es mala. No diría algo así. No le daría la espalda a nadie —le juré—, y menos a un niño.

—Lo que tú digas, princesa. Cree en tu reina —espetó—. No tendría que haber esperado que lo entendieras, considerando quién te ha criado.

—¿Qué te hizo tan capullo? —espeté.

Se le tensó la mandíbula y la forma en que me miró me hizo temblar un poco. Pero, entonces, pasó algo. Fue solo un segundo y, si no hubiera prestado atención, no lo habría visto. Parpadeó y sus ojos se suavizaron. Retrocedió un paso, como si la pregunta lo hubiera pillado por sorpresa. Nunca había visto a nadie sentir tanto dolor.

Sabía la respuesta a la pregunta. Sabía a la perfección cómo se había convertido en el hombre que era y le dolía profundamente.

—Jackson —susurré.

Había cruzado una línea invisible.

—Hazme un favor —gruñó y su mirada se volvió siniestra—. Lárgate. Corre con tu mamaíta. Seguro que tiene más mentiras que contarte —respondió antes de darse la vuelta e irse.

Sentí un escalofrío. Siempre me pasaba cuando nos separábamos.

Crucé el pueblo a pie y, de pronto, escuché la voz de pito de Charlotte Lawrence, que me llamaba. Aceleré el paso y fingí no escucharla, pero se cruzó en mi camino.

—¡Grace! ¡Soy yo, Charlotte! —gritó por encima del ruido de sus tacones al golpear el asfalto.

Suspiré y me detuve. Me habría perseguido por todo el pueblo si hubiera sido necesario para llamar mi atención.

Me di la vuelta y me encontré a Charlotte en todo su esplendor. Fue al instituto con Finn y llevaba enamorada de mi marido tanto tiempo como yo. Aunque lo negaría hasta la saciedad.

Vestía vestido veraniego amarillo y unos tacones rosa fucsia de doce centímetros de altura, como siempre. Nunca la había visto sin zapatos de tacón.

—Ah, hola, Charlotte —dije con una sonrisa falsa.

Se inclinó un segundo para recuperar el aliento.

—¡Cielo santo, Grace! Creí que no te alcanzaría.

—Bueno, lo has hecho.

—Intenté hablar contigo ayer cuando te vi de camino a la librería, pero no debiste de oírme.

«Sí que te oí».

—Perdona, no me di cuenta. La verdad es que tengo que irme. Tengo muchas...

Me puso la mano en el hombro y me ignoró.

—¿Estás bien? Bueno, ya sabes, he oído rumores sobre Finn y tú.

—Estamos bien —mentí con una sonrisa—. Finn y yo estamos bien.

Me sentí un poco mal por mentirle, pero la última persona con la que me apetecía lidiar en ese momento era Charlotte Lawrence. Era la editora jefe del periódico de Chester y la mujer más cotilla del pueblo. En realidad, el periódico parecía más una columna de cotilleos que una publicación seria. El lema de su vida era «si el río suena, agua lleva». Además, debido al amor que sentía por mi marido, estaba segura de que habría bailado de felicidad cuando los rumores aparecieron.

—Pero es complicado, ¿no? —preguntó—. Dicen que os vieron discutir frente a la casa de Autumn. ¿Es verdad? También he oído que lo abofeteaste.

—Charlotte —dije con un suspiro.

Sonrió.

—Perdona, tienes razón. No es asunto mío. Dios sabe que el matrimonio es complicado.

Levanté una ceja.

—Nunca has estado casada.

—Lo sé, pero me imagino lo duro que será pasar por un divorcio —comentó.

—Nadie ha dicho que nos vayamos a divorciar.

—Ah, ¿vais a seguir juntos? —preguntó, se cruzó de brazos y se fijó en cómo reaccionaba.

—Mira, Charlotte, no me siento cómoda hablando de esto contigo ahora.

—Claro, por supuesto, no te presionaré. Pero si necesitas hablar con alguien, aquí me tienes. Siempre he envidiado tu relación con Finn. Siempre he dicho que, si me caso, será con un hombre como él. Te trataba como a una reina.

—Ya —resoplé—. Algo así. Bueno, tengo que...

—¡Ah! Casi se me olvida —me interrumpió y me puso la mano en el hombro otra vez—. Algunas chicas del pueblo y yo nos reunimos en casa de mis padres los viernes por la noche para charlar y empoderarnos. Quería invitarte. Como mujer, es muy importante sentirte arropada por otras para ayudarte a levantarte. Bebemos vino, comentamos las últimas noticias y nos animamos a ser la mejor versión de nosotras mismas. La semana pasada, alentamos a la entrenadora Lacey Weeds a solicitar un puesto mejor en el periódico. Quería más responsabilidad, así que la ayudamos a entender cuánto valía y le dimos el último empujoncito para lanzarse. Por supuesto, rechacé su solicitud cuando habló conmigo en el trabajo, pero, al menos, lo intentó, que era lo importante.

—¿La animaste a solicitar un puesto de trabajo y luego la rechazaste cuando lo hizo?

Frunció los labios.

—Sí, pobre, Dios la bendiga. No era adecuada para el puesto. Pero puede intentarlo el año que viene. —Menuda joya era Charlotte—. De todas formas, seguro que podemos ayudarte y tu situación inspirará a otras.

—Lo cierto es que estoy ocupada y...

—¿De verdad? Tu madre me dijo que estabas libre y que seguro que vendrías. Es a las siete, te encargas del postre. Espero que no sea un problema. Bueno, tengo que irme. ¡Nos vemos el viernes! —Me lanzó un beso y desapareció antes de darme tiempo a negarme.

Ahora debía buscar una receta de *brownies*.

Capítulo 11

Jackson

Grace dedicaba tiempo y energía a todos los habitantes del pueblo sin dudarlo. Había observado cómo un cotilla tras otro la paraban por la calle para meter las narices en su vida privada. Sin embargo, en vez de ignorarlos, sonreía, aguantaba el tipo y respondía a lo que le preguntaban con elegancia.

Me ponía enfermo.

La agotaban emocionalmente y ella se dejaba, como si le diera igual lo bruscos o maleducados que fueran.

—Que Dios te bendiga, Gracelyn Mae. No sé qué haría si mi matrimonio tuviera problemas. Pero eres fuerte, seguro que sales adelante. Además, no eres tan mayor, tienes tiempo para encontrar a alguien. A lo mejor Finn vuelve. Si no, siempre existen los gatos. Rezaré por ti, cariño —le dijo una anciana en el mercado mientras Grace hacía cola tranquilamente para comprar una flores. Hacía diez minutos que esperaba para pagar, pero la gente le preguntaba sin cesar sin importarles sus sentimientos.

Cuando la vieja se largó, pasé junto a Grace.

—¿Vas a dejar que todo el mundo te trate como a una mierda? —pregunté.

Se volvió hacia mí. Tenía unos ojos preciosos. Me pregunté si dejarían de parecérmelo en algún momento.

Parpadeó.

—¿Qué dices?

—Llevas aquí una eternidad dejando que te denigren.

—¿Cómo? No, para nada. Solo son amables y me dedican sus oraciones.

—Con oraciones así, ¿quién necesita maldiciones?

Entrecerró los ojos.

—¿De qué hablas, Jackson?

—Hace días que la gente del pueblo te acribilla a preguntas y tú se lo permite sin más.

—¿Me has estado observando?

—No.

«Sí. Puede».

Se aclaró la garganta.

—Sea como sea, no los conoces como yo. Solo se preocupan.

—¡Abusan de ti y les dejas hacerlo! —bramé, molesto por lo ignorante que era. Casi le escupían en la cara y hacía como si nada.

—¿Por qué te importa, Jackson? —preguntó y levantó una ceja.

—No me importa.

—Entonces, ¿qué haces aquí?

Gruñí.

—Tienes razón. Deja que se rían en tu cara. Deja que te traten como a basura, te miren con superioridad y te absorban la energía. Cuando hayan acabado contigo y ya no quede nada, recuerda que te lo advertí.

—¿Por qué estás tan seguro? ¿Cómo sabes que me están usando?

—Porque sé cómo funciona la gente. Te desprecian, ¿sabes por qué?

—¿Por qué? —preguntó, y le tembló la voz.

—Porque tú te desprecias. Los demás te tratan como te tratas a ti misma. No tengo ninguna duda de cómo terminarás si sigues así. —Me incliné hacia ella y nos miramos a los ojos—. Te van a desangrar hasta que no quede nada y luego se preguntarán qué te ha pasado.

Tragó saliva y se le llenaron los ojos de lágrimas, pero se mantuvo firme e intentó ocultar cómo le temblaban las manos al sujetar las flores.

—Déjame adivinar —dije—. Ahora es cuando lloras.

—Sí. —Asintió despacio y respiró hondo—. Y cuando tú te marchas.

Me tembló la comisura del labio y me di la vuelta. Entonces, me llamó de nuevo.

—¿Por qué te tratas así?

—¿Cómo? —pregunté.

—Dices que los demás te tratan como te tratas a ti mismo. ¿Por qué te ves como un monstruo? Sus palabras me afectaron y casi flaqueé.

—Porque es lo que soy.

Jackson

Ocho años

—*¡Esto es una tontería!* —exclamé y lancé el lienzo al suelo.

Estábamos en campo abierto y mamá intentaba enseñarme una nueva técnica para pintar el amanecer. Llevábamos con ello una hora y no me salía. Era una tontería, el arte era una tontería y estaba cansado.

—*Bueno, bueno* —comentó mamá y arqueó una ceja—. *¿Qué ha sido eso? ¿Desde cuándo nos portamos así?*

—*¡No me sale! No quiero seguir.*

Estaba enfadado y no quería pintar más. Quería irme a casa.

No a la casa nueva, sino a la vieja.

Donde tenía amigos.

—¿Qué pasa? —preguntó mamá.

—Nada.

—Jackson, ¿qué te pasa? Sé que no estás enfadado con el cuadro porque lo estás haciendo genial. Dime la verdad. ¿Qué te ocurre?

Respiré hondo.

—¡No sé por qué hemos venido a este estúpido pueblo! No le gusto a nadie y siempre se burlan de mí. Lo odio, ¡quiero mudarme!

—¿Te acosan otra vez? —preguntó.

Empecé a llorar. «Otra vez», como si hubieran parado en algún momento. Estaba cansado de que me juzgasen por mi aspecto. Cansado de que se rieran de mí cuando no conseguía marcar un gol en clase de gimnasia. Cansado de no encajar.

Cansado de todo.

—Ven aquí —dijo.

—No.

—Jackson Paul.

Suspiré. Caminé hasta ella y me tomó las manos.

—¿Qué eres? —me preguntó.

Farfullé la respuesta.

—Más alto —dijo.

—Soy extraordinario.

—Exacto, incluso en los peores días, eres extraordinario. La gente mala no te echará. No te harán daño. El lunes iré al colegio para hablar con el director sobre todo esto, pero nos quedaremos en el pueblo.

—¿Por qué?

—Porque no vamos a huir. No dejaremos que nos echen. Tenemos derecho a estar aquí y ser felices y es justo lo que vamos a hacer, ¿vale? Vamos a ser felices.

Me sorbí la nariz.

—Vale.

—Y vas a conseguir dominar esta técnica. ¿Sabes por qué?

—¿Por qué soy extraordinario?

—Sí, mi vida, lo eres.

Capítulo 12

Grace

Finn me llamaba todos los días, pero nunca le respondía. Cuando dejaba un mensaje de voz, lo borraba. Sabía que, si lo escuchaba, lo echaría de menos y no se lo merecía. Mi cabeza lo entendía, pero mi corazón tenía su propia opinión al respecto. Evitarlo era lo mejor.

Hice todo lo posible por reprimir lo que sentía. En El Silencio me encontraba a Jackson, pero no hablábamos. Él se sentaba en el rincón más alejado a la izquierda y yo en la mesa de la derecha, en la otra punta.

A veces, nos cruzábamos en busca de algún libro, pero al parecer había decidido no mirarme, así que me esforzaba por mantenerme alejada y seguirle el juego.

Había algo en él que me inquietaba. La forma en que se me acercó en el mercado fue de lo más extraña. Fue muy agresivo, pero protector a la vez, y tanta contradicción me provocaba dolor de cabeza.

Una tarde lo vi con Tucker, y Josie tenía razón: me derretí. Paseaba por Kap Park cuando llegaron. Parecía que a Tucker le costaba caminar solo, así que Jackson cargaba con él. Llevaba también una mochila y, cuando encontró un buen sitio al sol, sacó una manta y algunos juguetes para el perro. Dejó a su amigo en el suelo con cuidado y se sentó con él. De vez en cuando, lo acariciaba y lo llamaba «buen chico». Daba la sensación de que Tucker sonreía mientras meneaba el rabo despacio y descansaba.

Jackson lo cuidaba con muchísimo amor. No imaginaba que alguien así fuera capaz de tener tales sentimientos. Era un amor tranquilo, pero que, al mismo tiempo, destacaba. La forma en que quería a Tucker era la misma en la que todos deberíamos ser amados: incondicional.

Cuando levantó la vista y se dio cuenta de que los miraba, aceleré el paso.

No me observaba como a Tucker.

Cuando me miraba solo percibía odio.

El viernes por la noche, Judy vino conmigo a la librería. Era inusual en ella, pero insistía en hacerlo para asegurarse de que estaba bien. No le gustaba leer tanto como a mí, así que, sentadas

en mi rincón, pasaba las páginas distraída.

—Podemos irnos —susurré al verla jugar con los pulgares recostada en la silla, muerta de aburrimiento.

—Calla —me regañó—. El silencio es un tesoro.

Me reí.

—Te mueres de aburrimiento.

—¿Qué dices? Me encanta. Libros y palabras. Palabras y libros. Una maravilla.

Alguien nos chistó desde lejos, pero no dejé de reírme.

—¿Quieres ir a por un helado?

Se le iluminaron los ojos.

—Ahora nos entendemos.

Mientras nos íbamos, miré hacia donde estaba Jackson y me percaté de que ya se había ido. Me pregunté qué libros se habría llevado aquella noche.

Luego me cuestioné por qué me importaba.

Paseamos por las calles de Chester y Judy me contó cómo iba la planificación del Festival del Melocotón. La escuché con atención hasta que vi a un grupo de adolescentes que se reían y lanzaban cosas a algo. Algunos llevaban un cubo de basura en las manos, que volcaron encima de su objetivo. Al acercarme, me puse nerviosa.

No le tiraban cosas a algo, sino a alguien.

—¡Eh! —grité y me acerqué corriendo—. ¡Ya basta!

En cuanto se dieron la vuelta y me vieron, corrieron en distintas direcciones. Cuando me acerqué y vi al hombre cubierto de basura, me preocupé.

—Señor Emery, ¿se encuentra bien? —pregunté y me agaché para ayudarlo a incorporarse.

Estaba muy borracho y olía a *whisky* y orina. Se había meado encima. Dios mío...

—¿Está bien? —preguntó Judy con voz temblorosa.

—Señor Emery, deje que le ayude —me ofrecí cuando me dio un manotazo.

—¡Déjame en paz! —bramó.

—Déjeme que le ayude a volver a casa y...

—¡Que me dejes, zorra! —gritó, arrastrando las palabras.

No me ofendí. Dudaba que supiera quién era en ese momento. Apenas podía abrir los ojos. Estaba totalmente ido.

—Grace, tal vez deberíamos dejarlo —susurró Judy. Le temblaba la voz de los nervios.

—No voy a dejarlo aquí tirado.

—¿Voy a buscar al *sheriff* Camps? —ofreció y me volví a mirarla como un resorte.

—No. Nada de policía. Yo me ocupo.

Lo último que Jackson necesitaba era lidiar con el estrés de tener que pagarle la fianza a su padre.

—Pero Grace...

—De verdad, Judy, no pasa nada. Vete a casa. —Me miró preocupada, pero le sonreí para tranquilizarla—. De verdad, yo me encargo.

—No, te ayudo —dijo. No iba a dejarme cargar sola con Mike Emery.

Volví a mirar al padre de Jackson, que estaba cubierto de basura. Farfullaba que nos

fuéramos, pero lo ignoré. De ninguna manera iba a dejarlo en ese estado y Judy no iba a dejarme a mí. No quería que aparecieran más críos para maltratarlo o, peor, que la policía lo encontrara y lo encerrase.

Hice lo único que se me ocurrió: lo levanté de la basura con ayuda de Judy. Lo llevamos a su casa, aunque no dejaba de oponer resistencia.

—Marchaos, zorras de mierda —gruñó.

Por un segundo, lo consideré, pero me acordé de lo que papá siempre decía: «Si le das la espalda a una persona, se la das a todas».

A medio camino, paró de revolverse y dejó que lo arrastrásemos.

—No os necesito —masculló.

Le caía la baba por la comisura de los labios al arrastrar las palabras. Le metí la mano en el bolsillo para buscar las llaves de su casa, abrí la puerta y entramos.

Era un completo desastre. Había latas de cerveza vacías por todas partes y restos de comida en los platos sucios apilados en el fregadero. Arrastré al señor Emery por la casa hasta llegar al baño.

—Hay que meterlo en la ducha —le dije a Judy, que me ayudó sin rechistar.

—Me odiarás por esto —susurré—. Pero, como de todas formas ya me odias, tampoco importa mucho.

Se sentó y se encogió mientras murmuraba entre dientes. Le saqué el móvil del bolsillo delantero antes de abrir el agua fría.

—¿Qué cojones? —gritó, pero era incapaz de levantarse.

No podía dejarlo allí sentado sobre su propia orina y los restos de basura que le habían lanzado.

—Está bien —le contesté.

—No necesito ayuda. Que te den, puta —repitió, pero se le hundieron los hombros cuando cerró los ojos y dejó que el agua lo mojase. Cambié el grifo a una temperatura algo más cálida y tomé el móvil para llamar a Jackson.

Jackson respondió al primer tono.

—¿Papá?

—Hola, Jackson. En realidad, soy Grace.

Se puso alerta.

—¿Qué pasa? ¿Mi padre está bien?

—Sí, está bien. Algo ebrio. Lo he encontrado en el pueblo casi inconsciente y unos chavales lo estaban molestando. Lo he traído a su casa. Pensé que deberías saberlo.

—Mierda —maldijo entre dientes—. Lo siento mucho. Llegaré enseguida, no hace falta que te quedes con él.

—No, no importa. Esperaré. Voy a necesitar tu ayuda para ponerle ropa limpia.

—Lo...

—Jackson.

—¿Qué?

—No te disculpes. Ahora nos vemos. —Colgué el teléfono y me volví hacia Judy, que me miraba con preocupación, aunque supe que esta vez era por la vida del señor Emery. Se

preocupaba por todo el mundo, así funcionaba su corazón—. Vete a casa, Judy. No tardaré mucho, te lo prometo.

—¿Estás segura? Puedo quedarme y ayudar —dijo.

—No, de verdad, tranquila. Jackson llegará pronto y luego volveré a casa. —Me miró con el ceño fruncido, intranquila. Le di un leve apretón en el brazo—. En serio, estaremos bien.

—Vale. Pero llámame si pasa algo.

—Lo haré. ¿Judy?

—¿Sí?

—No le cuentes a mamá nada de esto.

—Por supuesto que no.

Le di las gracias y se fue.

Cerré el grifo y le sequé el pelo al señor Emery, pero me apartaba las manos y me insultaba. Aun así, no dejé de intentar ayudarle.

Una vez lo sequé lo mejor que pude, fui a buscar ropa limpia para que se cambiase cuando Jackson llegara. Entré en la habitación y me detuve delante de la cómoda. Había una foto enmarcada de Jackson, Mike y su difunta esposa. Se reían. Un bonito recuerdo de aquella realidad pasada convertido en una reliquia. Acaricié la foto con los dedos y estudié a la familia.

Parecían muy felices y llenos de vida.

Es increíble cómo una tragedia nos cambia la vida para siempre.

Alejí la sensación de tristeza y tomé algo de ropa para Mike.

Luego, volví al baño y me senté en el suelo mientras esperaba para asegurarme de que Mike no se marease y se ahogase con su propio vómito. Estaba apoyado en los azulejos con los ojos cerrados y la boca medio abierta. De vez en cuando, le pasaba la mano por delante de los labios para comprobar que respiraba.

Cuando la puerta principal se abrió, sentí una oleada de alivio. Jackson cruzó la casa a toda prisa a la vez que llamaba a su padre.

—Aquí, en el baño —le indiqué.

Entró y miró directamente a Mike.

—Joder, papá... —susurró y la decepción se reflejó en sus palabras. Se pasó la mano por el pelo, desesperado—. ¿Se ha meado encima?

—Sí.

Hizo una mueca.

—Ya sigo yo. Te puedes ir.

—¿Estás seguro?

—Sí —contestó, sin ganas de hablar—. Vete.

Me levanté y le dediqué una sonrisa triste.

—Si necesitáis algo...

—No lo haremos.

—Vale.

Pasé junto a él y sentí un ligero roce en el brazo. Miré la mano de Jackson sobre mi piel y el estómago me dio un vuelco.

«Vaya...».

Se me había olvidado lo que se sentía cuando alguien te tocaba con cariño.

Levanté la vista y me encontré con una mirada penetrante. Un torrente de palabras abandonó sus labios.

—Gracias por traerlo. No tenías por qué.

—Claro que sí.

Me alejé de Jackson para que ayudase a su padre a ponerse ropa limpia, pero no me sentí capaz de marcharme y dejarlo solo para lidiar con todo aquello. Mientras él se ocupaba de su padre, limpié un poco la casa, metí los platos en el lavavajillas y tiré las latas vacías a la basura.

Después de acostarlo en la cama, salió con una mirada llena de angustia.

—Se ha dormido. Le he dejado un cubo al lado por si acaso, aunque esperemos que no lo necesite.

—Espero que esté bien.

—¿Por qué sigues aquí? —preguntó y no supe qué responder. Echó un vistazo alrededor—. ¿Has limpiado?

—Un poco. Quería asegurarme de que estabas bien. ¿Lo estás? —En cuanto lo dije, me di cuenta de que era un pregunta estúpida. Claro que no estaba bien.

—Lo estaré —contestó con el ceño fruncido.

No dejaba de golpearse en la muñeca con una goma, hasta el punto que la piel se le había enrojecido.

—Tiene que ser duro vivir en un sitio donde te sientes un extraño. No dudo de que tengas buenas razones para quedarte, pero sigue siendo duro. Además, con tu padre así, no debe de ser fácil. —No contestó, así que seguí hablando—. Ya sé que no me conoces, pero si alguna vez necesitas hablar...

—No —espetó con dureza.

—Vale.

Le tembló el labio inferior.

—No es por ti. No hablo con extraños y resulta que todos lo son.

—Excepto Alex.

—Sí, excepto Alex y, a veces, incluso él.

Asentí y me balanceé un poco, juguetona.

—Me llamo Grace. Me encantan los puzles, pero nunca los acabo. Soy la peor compañía posible para salir a comer porque nunca sé qué pedir. Los plátanos me parecen raros, pero adoro el pastel de plátano. No sé hacer la voltereta, pero me como una *pizza* entera de una sentada, algo que a algunos les parece asqueroso, pero yo lo considero bastante impresionante. Todavía tengo las muelas del juicio, aunque me molestan cuando hay luna llena y...

Entrecerró los ojos.

—¿Qué haces?

—Te hablo de mí para dejar de ser una extraña. Así no te sentirás raro al hablar conmigo.

Casi sonrió o, al menos, lo fingió. De vez en cuando, me imaginaba cómo sería su sonrisa. Estaba segura de que le favorecería.

—¿Por qué intentas que me abra contigo? —preguntó.

—Porque, aunque no lo veas, creo que tenemos mucho en común. Además, eres la única

persona aquí con la que no siento que tengo que fingir ser lo que no soy.

—¿Qué finges ser?

Tragué saliva y me encogí de hombros.

—Perfecta.

—Sé lo que es eso —dijo en voz baja, algo intranquilo—. Fingir ser algo que no eres.

Poco a poco empezaba a abrirse.

«No te cierres otra vez, por favor».

—¿Qué finges? —pregunté.

—Estar enfadado.

—¿Y cómo estás en realidad?

—Perdido —confesó, y sus palabras resonaron en lo más profundo de mi alma.

Dejó caer los hombros y miró al suelo, pero no dijo nada más. Avancé un paso hacia él.

—Si necesitas cualquier cosa...

—No, nada.

—Si en algún momento lo necesitas, estoy aquí. Aunque solo sea para llenar el lavavajillas.

Se quedó perplejo por el ofrecimiento, casi parecía que le molestase, pero no respondió y eso me hizo sentir algo incómoda.

—Debería irme ya. No quiero entretenerte toda la noche.

Asintió y me acompañó al porche.

—Te acompaño a casa —se ofreció con voz tensa, pero no me molestó. Jackson siempre estaba en tensión, creo que no sabía vivir de otra manera.

Negué con la cabeza.

—No hace falta.

—No digas tonterías, es tarde.

—Es Chester —bromeé—. Es bastante seguro.

—Nunca se sabe qué raritos andan por ahí.

—Me las apañaré.

—Pero...

—De verdad —le corté—, no pasa nada.

—¿Siempre eres tan cabezota?

—Qué gracioso —sonreí—. Te podría preguntar lo mismo.

Casi sonrió y casi me encantó.

—Bueno, si insistes —dijo, algo inseguro.

—Así es, pero gracias por la oferta.

Me volví para irme, pero habló otra vez.

—¿Por qué no llamaste a la poli?

—¿Qué?

—Por mi padre. ¿Por qué no llamaste a la poli como habría hecho cualquiera del pueblo?

Nos miramos a los ojos y, aunque sus palabras sonaban duras, su mirada no lo era. Solo era triste. Pobre Jackson. Era demasiado joven para estar tan triste y enfadado, tan roto por dentro.

—Fácil —respondí—. No soy cualquiera.

—¿Grace?

—¿Sí?

Se metió las manos en los bolsillos y suspiró.

—No te pareces en nada a tu madre.

Lo que dijo me alivió y me rompió el corazón al mismo tiempo.

No dijimos nada más. Volvió a entrar en casa de su padre y bajé los escalones del porche. De camino a casa de mi hermana, no dejé de pensar en Jackson y Mike Emery.

Recé en silencio por sus corazones y deseé que algún día se curase.

Capítulo 13

Jackson

Le ayudó, aunque no tenía por qué.

No lo entendía. No acababa de procesar lo que había pasado la noche anterior. Grace Harris, miembro de la familia que más odiaba, había ayudado a mi padre. ¿Por qué lo hizo? ¿Por qué le tendió una mano y lo llevó a casa? ¿Por qué lo duchó y limpió la casa?

Podría haber llamado a la policía. Habría tenido que sacarlo de la cárcel, pero no se dio el caso.

Todo lo que sabía de su familia contradecía lo que había hecho, y aun así...

—¿Dónde está el puñetero café? —masculló papá al entrar en el taller mientras se rascaba la barba. Estaba horrible, pero no me sorprendió. De hecho, me impresionó bastante que se hubiera levantado antes de las cinco.

—En la sala de descanso, como siempre —contesté, seco.

Entró allí y se sirvió una taza. Me esforcé por ignorar la petaca de *whisky* que vertió en él antes de beberlo.

—¿Qué tal anoche? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—Bien. Me dormí.

«Te desmayaste, más bien».

—¿Estuviste con alguien? —pregunté para intentar averiguar cuánto recordaba.

Arqueó una ceja y dio un sorbo al «café».

—¿Con quién iba a estar?

—Con nadie. Olvídalo.

—Ya está olvidado. Deberías limpiar esto, está hecho una mierda. ¿Llevamos un negocio o un vertedero? —gruñó.

«Nosotros» no llevábamos nada. Hacía años que mi padre no tocaba un motor, aunque antes era todo un experto. Lo admiraba mucho, hasta que el alcohol lo arrastró al abismo.

Ahora solo era un fantasma del hombre al que antes admiraba.

No tenía ni idea de lo que había pasado anoche. Yo no estaba seguro de si considerarlo algo

bueno o malo, aunque, si descubría que una Harris lo había salvado de sí mismo, era probable que volviera a destrozar los bancos de la iglesia.

No nos gustaban las limosnas, sobre todo de esa gente.

Pero no podía ignorar que Grace lo había salvado. Si no lo hubiera llevado a casa y lo hubiera vigilado, a saber cómo habría acabado.

Tenía sentimientos encontrados y la mente llena de dudas que no sabía cómo despejar.

Sentía un intenso odio hacia Grace Harris y todo lo que representaba, pero, al mismo tiempo, le estaba inmensamente agradecido.

¿Cómo era posible? ¿Cómo podía odiar y sentir agradecimiento a la vez?

No sabía cómo sentirme, así que decidí no sentir nada y volví al trabajo. Era lo único que tenía bajo control y, en aquel momento, me hacía mucha falta ejercer algún tipo de control.

Sin embargo, incluso allí, sus ojos me asaltaban los pensamientos. Esos puñeteros ojos enormes que rebosaban bondad.

Ojalá no pareciera tan amable.

Sentía que aquel conflicto interno se agravaba cada vez que pensaba en ella. Una parte de mí se sentía muy agradecido porque nos hubiera ayudado; quería creer que la amabilidad que me había demostrado era genuina y que lo había hecho por pura bondad. Sin embargo, otra parte de mí deseaba que no hubiera ayudado a mi padre porque me hacía sentir que le debía algo, que ahora tenía algo que echarnos en cara y que éramos como una obra benéfica para ella. No me gustaba, así que decidí devolverle el favor como fuera.

No importaba lo que costara.

—Hola, Jackson. Querías que me pasara por el taller, ¿verdad? —me saludó Grace cuando entró aquella tarde—. ¿Pasa algo con el coche?

Al verla, Tucker se levantó de su cama y se le acercó. Era lento y se quejaba al moverse, pero siempre meneaba el rabo. Saludaba a todo aquel que entrase en el taller, a pesar de estar medio ciego y que la artrosis le hubiese destrozado el cuerpo. Le dolía cada vez que se movía, pero la idea de no saludar a alguien y darle un lametazo en la cara era mucho peor.

Grace le devolvió el saludo con ganas y lo acarició detrás de las orejas cuando Tucker le lamió la cara. Después, volvió a la cama. El veterinario acababa de recetarte una medicación nueva y me preocupaba que lo volviera somnoliento, pero, al menos, lo ayudaba con el dolor.

Me aclaré la garganta y me incorporé desde el capó de una camioneta en la que estaba trabajando.

—Tu coche sigue siendo una chatarra. Creo que Alex debería tirarlo, pero no te he llamado por eso.

—Ah. ¿Qué pasa? —Se puso rígida—. ¿Tu padre está bien?

—Sí, bueno, en realidad, no, pero en lo que respecta a anoche, ni siquiera lo recuerda. Por eso te he llamado, por lo de anoche.

—¿Sí? ¿Por qué?

Caminé hasta ella y me crucé de brazos.

—No quiero estar en deuda contigo.

—¿Cómo? ¿A qué te refieres? —preguntó. Odiaba lo grandes que eran sus ojos. Y preciosos. Y amables.

«Deja de ser tan dulce y amable».

—No quiero deberte nada por haber ayudado a mi padre —dijo sin rodeos.

—Ah. —Dejé escapar una especie de risita y lo odié porque me pareció un sonido maravilloso. Era lo último que necesitaba—. No me debes nada. Solo quería ayudar.

—No queremos caridad —dije.

Levantó una ceja y entrecerró los ojos.

—No fue caridad. Solo le eché una mano.

—Tienes que querer algo a cambio, no quiero deberos nada a ti ni a tu familia.

—No sé qué piensas sobre mis intenciones, pero te equivocas. Ayudar a tu padre no fue ningún juego. No buscaba nada a cambio. No quiero nada.

A pesar de lo que dijo, me costaba creerla. Metí las manos en los bolsillos de los vaqueros y me encogí de hombros.

—Pues no lo entiendo.

—¿Qué no entiendes?

—Nos hemos portado fatal contigo y, sin embargo, tú nos has tratado con amabilidad. ¿Por qué?

—Jackson —dijo en un leve susurro. Se le dulcificó la mirada de tal manera que ojalá no lo hubiera hecho. Parecía preocupada de verdad por la pregunta, por mi desconfianza—. Mi padre me enseñó que no puedes tratar bien solo a algunos. Hay que tratar a todo el mundo por igual. Con cariño, respeto y comprensión.

—Tu padre —mascullé y fruncí el ceño—. ¿Os lleváis bien?

—Sí. Es el mejor hombre que conozco.

No iba a hacer comentarios al respecto.

—Déjame que te lo pague —me ofrecí casi con agresividad.

—Vais a repararme el coche. Es más que suficiente.

—No. Alex lo está reparando, yo no.

—Jackson, de verdad...

—Por favor —supliqué. Sí, supliqué. Le rogué que me dejase hacer algo por ella, cualquier cosa, para no sentirme en deuda con esa mujer ni con su familia. Respiré hondo y cerré los ojos—. Por favor, déjame hacer algo por ti.

—Te resulta muy difícil, ¿verdad? —me preguntó—. Creer que las personas son buenas.

No contesté y no creo que esperase que lo hiciera. Había visto suficiente para saber que el mundo no rebosaba bondad.

—Bueno —añadió—, ¿qué se te ocurre?

Hice una mueca.

No lo sabía.

Solo sabía que no quería que me atormentase el hecho de estar en deuda con ella.

—En fin —dijo, consciente de que no se me ocurría nada—. Ya lo pensaremos cuando llegue el momento. ¿Qué te parece? ¿Trato hecho? —Me tendió la mano y se la estreché.

—Trato hecho.

Jackson

Nueve años

—¿Qué te ha pasado? —me preguntó papá cuando entré en el taller maldiciendo entre dientes y mirando el suelo—. Jackson Paul, mírame.

Levanté la cabeza e hizo una mueca al verme. Soltó la herramienta que tenía en la mano.

—Por Dios —gruñó y se me acercó.

—Estoy bien.

—¡Tienes un ojo morado! —gritó y se enfadó por momentos. Papá casi nunca se enfadaba, pero cuando me acosaban, se enfurecía—. ¿Quién ha sido? —preguntó y me tocó la cara con cuidado.

—Los idiotas del cole. Me empujaron contra una taquilla y me di en la cara con el metal.

Frunció los labios y me agarró las manos.

—Ven aquí.

Salimos al patio, donde mamá pintaba.

Papá resopló y bufó.

—Hannah, mira. —Me señaló la cara—. Mira lo que le han hecho.

Mamá jadeó y se levantó de la silla.

Miré al suelo y ella me acarició dulcemente las mejillas.

—Jackson, cariño, ¿quién ha sido?

—Unos chicos del cole. No pasa nada.

—Claro que sí —rugió papá y se volvió hacia mamá—. Hablar con el director no sirve de nada. Ya es hora de que aprenda a defenderse.

Mamá negó con la cabeza.

—¿Para que sea igual que ellos? No. Pelear no es la respuesta.

—¿Ignorarlo sí lo es? Esos monstruitos se han atrevido a ponerle la mano encima a mi hijo mientras el profesor miraba sin hacer nada. Lo vamos a apuntar a clases de defensa personal.

—Mike... —dijo mamá, pero papá la interrumpió. Luego ella lo interrumpió a él y empezaron a gritarse.

Me dolió el estómago.

—¿Os estáis peleando? —Me tembló la voz.

Odiaba cómo me sentía al verlos discutir. Nunca los había visto enfadarse el uno con el otro y ahora se peleaban por mi culpa. No quería verlos tristes. Eran los únicos amigos que tenía, y que se gritasen me entristecía.

Los dos se callaron y me miraron.

Papá suspiró.

—No, hijo, perdona. —Se pasó una mano por el pelo—. Es que me disgusta que te hagan daño. —Le tendió la mano a mamá y ella la aceptó. La atrajo hacia sí—. A los dos nos

disgusta.

—Pero, ¿por qué os gritabais?

—Solo hablábamos alto. —Mamá sonrió—. Queremos encontrar la manera de ayudarte y, a veces, la conversación se acalora. Lo siento, cariño.

—Los dos lo sentimos —reconoció papá.

Respiré hondo, nervioso.

Cada vez que alguien me acosaba, mamá y papá se enfadaban entre ellos.

—Voy a limpiar todo esto y luego entraré a hacer la cena, ¿vale? —dijo mamá—. ¿Por qué no vais a leer un capítulo de Harry Potter y os relajáis un rato?

Cuando no pintaba con mamá, leía libros de literatura juvenil con papá. Ella me enseñó a amar el arte y él las palabras.

No pasaba una noche sin que nos sentásemos en mi cuarto y me leyera.

Era uno de mis momentos favoritos.

Era mi mejor amigo.

Entramos en casa y nos sentamos en el sofá a leer. En cuanto empezó, lo escuché con atención. De vez en cuando, me miraba, preocupado, y me abrazaba con fuerza.

—¿Mamá y tú os odiáis? —pregunté, preocupado.

Arqueó las cejas.

—¿Cómo?

—Os peleabais y gritabais mucho.

—A veces, la gente se pelea. No significa que se odien.

—Pero...

—Tu madre es mi mejor amiga, Jackson. —Se le pusieron los ojos vidriosos y sollozó un poco—. Es todo mi mundo, como tú. Los dos me importáis más de lo que imagináis.

—¿La quieres?

—Sí, hijo. —Se le cayó una lágrima y asintió—. Con todo el corazón.

—Vale. —Dejó de dolerme tanto el estómago. Me apoyé en papá y asentí—. Sigue leyendo. Se aclaró la garganta y suspiró antes de centrarse en el libro.

—Capítulo catorce...

Capítulo 14

Grace

La misa del domingo por la mañana era el momento más importante de la semana en Chester. Era un elemento fundamental en nuestras vidas y mi padre era el hombre que lo dirigía. Se le daba de maravilla. Ojalá aquella mañana le hubiera prestado más atención.

—Siéntate erguida, Gracelyn Mae —me regañó mamá entre susurros en el banco de la iglesia—. Una señorita no se encorva.

Enderecé la espalda y cuadré los hombros mientras escuchaba a papá dar el sermón. Algunas personas que estaban sentadas detrás murmuraron y capté el nombre de Finn.

—Sí, ayer vino directo desde casa de Autumn. Me pregunto si lo sabe —decían, y se me revolvió el estómago.

—Es triste ver cómo su matrimonio se desmorona. Creí que lo conseguirían.

—Son las generaciones de hoy en día. Ya no se esfuerzan en sus matrimonios. He oído que él no fue el primero en descarriarse de la relación.

—Siempre son las que parecen buenas, ¿a que sí?

Quise darme la vuelta y contestar a esa panda de cotillas, pero mamá me puso una mano en la rodilla y negó con la cabeza de manera casi imperceptible.

—Erguida, Gracelyn Mae —repitió.

Me estiré todo lo que pude.

—He oído que Finley quería formar una familia, pero Grace no quería quedarse embarazada. No quería estropear su figura. Cualquiera lo diría.

—También me he dado cuenta de que ha engordado. Es una pena.

La cabeza me daba vueltas mientras no me quedaba otra que permanecer sentada escuchando cómo me ponían en ridículo. No se me permitía defenderme porque era Gracelyn Mae Harris, la niña buena de Chester.

Lo que más me dolía era que las personas que cotilleaban sobre mí eran las mismas que me abrazaban en el mercado. Me sonreían a la cara para después hablar de mí a mis espaldas.

«Te van a desangrar hasta que no quede nada y luego se preguntarán qué te ha pasado».

Hice lo posible por contener las lágrimas, porque las princesas perfectas tampoco lloran.

—¿Podéis parar? —espetó una voz en medio del silencio.

Papá dejó de hablar, sobresaltado por la interrupción. Me volví hacia Judy, que se había dado la vuelta para encarar al grupo de maleducadas que la miraban estupefactas.

—¿Qué tal si escucháis el sermón y dejáis de cotillear sobre cosas de las que no tenéis ni idea? —Se volvió otra vez hacia delante y toda la sala se quedó en silencio. Asintió a nuestro padre y se aclaró la garganta, para volver a sentarse erguida como una auténtica dama—. Perdona, papá. Puedes seguir.

Y él hizo exactamente eso, sin inmutarse por la interrupción.

Después del sermón, pillé a mamá regañando a Judy en una esquina de la iglesia. Me acerqué lo bastante para escuchar.

—¿Cómo te atreves a avergonzarnos así, Judith Rae!

—Lo siento, no soportaba escucharlas hablar de Grace así, me sorprende que tú sí. ¡No tienen ni idea de todo lo que está sufriendo!

—Allá ellas con sus conciencias, pero no te corresponde a ti educarlas. Sus chismorreos son cosa suya y de Jesús.

—Ya, bueno, decidí unirme a la conversación, por si acaso Jesús no estaba prestando la suficiente atención —espetó Judy.

Le replicó a mamá.

¿Quién era esta nueva hermana y cómo podía dejarle claro cuantísimo la quería?

—Te comportas como una cría, Judith. Basta.

—Tú te portas como si esa gente fuera tu familia. Te preocupa tanto lo que piensen de ti que te da igual lo que les pase a tus hijas. ¿Dónde queda el por y para siempre, mamá? ¿Has dejado de creer en ello? —preguntó, antes de marcharse con un bufido.

Me quedé de piedra. Anonadada. Ni Judy ni yo le habíamos hablado así a mamá jamás. Siempre esperábamos a que se marchase enfurruñada sin decir nada, así era como tenía que ser. Nunca le replicábamos y ella siempre tenía la última palabra. Hasta esa tarde.

Me sentía como si hubiera entrado en un universo paralelo y no sabía cómo funcionaba.

Mamá me miró y se me acercó.

—¿Estás contenta, Grace? ¿Te alegra que tu hermana se comporte como tú?

—No —susurré y negué con la cabeza—. Claro que no. No planeé nada de esto, mamá.

Frunció el ceño y negó.

—Pero no haces nada por arreglarlo.

—¿Cómo que arreglarlo? Mi marido me ha dejado por mi mejor amiga.

—No te ha dejado. ¿Ha mencionado el divorcio?

Tragué saliva.

—No.

—Así que todavía es tu marido.

—Técnicamente, sí, pero...

—Lo llamé anoche.

—¿Cómo que lo llamaste?

—Lo llamé —dijo sin más.

—¿Por qué lo hiciste?

—Quería escuchar su versión de la historia y asegurarme de que estaba bien.

Se me partió el corazón un poco más.

—Me engañó, mamá. Me dejó, ¿y le preguntas a él si está bien?

A mí no me lo había preguntado ni una vez. Nunca me preguntaba si estaba bien.

Se enderezó, tan bella como siempre, y frunció los labios.

—Todavía es mi yerno, Grace. Es de la familia.

—Yo soy tu hija —le rebatí.

—Escúchame, Grace —susurró—. Dice que todavía te quiere.

—Es un mentiroso.

—Muérdete la lengua —me regañó—. Conocemos a los Braun de toda la vida y Finley Braun no mentiría sobre lo que siente por ti.

—Te sorprendería sobre lo que es capaz de mentir. Además, hace falta algo más que amor para sacar adelante un matrimonio.

—Es cierto. Se necesita perdón y fe.

—Era mi mejor amiga. Está con mi mejor amiga. Aún siguen juntos.

—Sé que es complicado... —le excusó, pero la interrumpí con un bufido.

—¿Complicado? —hablé en un tono algo más alto de lo que le hubiera gustado—. Venga ya, mamá. No seas ridícula.

—No lo soy. La gente comete errores y, si no le demuestras que todavía lo quieres, lo perderás por completo. Como su mujer, es tu deber estar a su lado cuando se sienta perdido. Tienes que guiarlo de vuelta a casa.

—Pero Autumn...

—Autumn no pronunció unos votos ante ti. Lo que te ha hecho es horrible, pero no es lo importante. Ella no es nadie en tu vida. Finley lo es todo. ¿Quién eres sin él, Grace? Ha estado a tu lado más de la mitad de tu vida. Sois parte el uno del otro. Solo porque las cosas vayan mal no significa que dejes de intentarlo. Los jóvenes de hoy en día desecháis las relaciones con muchísima facilidad sin siquiera darles una oportunidad de recuperarse. El tiempo cura.

Tenía un nudo en el estómago y no sabía qué responderle, porque lo cierto es que una parte de mí se preguntaba lo mismo. ¿Quién era sin Finn? Había sido una parte muy importante en mi vida y ahora no estaba segura de cómo vivir sin él.

Nuestras vidas habían estado siempre entrelazadas hasta el punto de que estaba segura de que, al separarnos, se había llevado una parte de mí con él.

¿Quién se suponía que era ahora?

¿Viviría por mí misma alguna vez?

Sin Finley, ¿existía siquiera?

Aun así, nada de eso importaba.

Aunque luchase por recuperar su amor, aunque rezase porque volviera, la aventura que había tenido con mi mejor amiga no desaparecería. Si hubiera sido con una extraña, tal vez lo habría superado. Tal vez habría encontrado la fuerza para perdonarlo, pero ¿con Autumn?

No.

Nunca volvería a confiar en él y cada minuto que pasásemos separados me lo imaginaría entre sus brazos.

¿Qué clase de vida sería esa?

¿Qué clase de mujer sería si me lanzase de nuevo a los brazos del hombre que me había traicionado una y otra vez?

—No vas a intentarlo, ¿verdad? —Mamá frunció el ceño—. ¿No vas a darle una oportunidad? Me dijo que te ha estado llamando.

—No tengo nada que decirle.

—Si sigues así, arruinarás tu vida.

—Mamá... —Parpadeé para contener las lágrimas y me froté la nuca—. Solo por una vez, ¿no puedes ponerte de mi parte?

Sus ojos no reflejaron ni un ápice de compasión cuando miró alrededor de la iglesia.

—Gracelyn, empieza a comportarte como alguien de tu edad y no como una cría. Si vas a quedarte una temporada en Chester, más vale que te portes de forma adecuada.

—¿A qué te refieres?

—Eres la hija del pastor, lo que, de algún modo, te convierte en la hija del pueblo. Tienes una responsabilidad para con tu familia y con todos los habitantes, debes mostrar siempre una sonrisa y actuar con clase.

—Mamá...

—Hablo en serio, Grace. No quiero discutir y estoy cansada de recibir llamadas de gente que me cuenta las cosas raras que haces.

—¿De qué me hablas?

—Me han contado que te han visto llorando por ahí y que pareces otra persona. —Se aclaró la garganta—. Te comportas de manera extraña. Además, ¿qué hacías en ese taller hablando con esa «cosa»?

—¿Has pedido a la gente que me espíe? —pregunté alucinada.

—Claro que no, Gracelyn. No seas absurda. Pero es un pueblo pequeño y la gente tiene ojos. Tienes que alejarte de los Emery. Son peligrosos.

—¿Acaso los conoces de verdad?

—Sé lo suficiente.

—Por un error de Mike hace años.

Bufó.

—¿Un error? Debes de haberte vuelto loca si crees que Mike el Loco solo ha cometido un error.

—No deberías llamarlo así —contesté.

—¿Por qué? Es la verdad, es un demente. Desde que te fuiste, no ha dejado de entrar y salir de la cárcel y de pasearse borracho por el pueblo. Es un fastidio para Chester y estaríamos mucho mejor sin él y su diabólico hijo.

—¿Diabólico? Eso es sobrepasarse.

No sabía por qué, pero la forma en que juzgaba a Jackson me parecía injusta. Sí, era algo mezquino, pero ¿se le podía culpar por ello si se tenía en cuenta cómo le trataba todo el mundo?

—¿Eso crees? Es un drogadicto.

—Se ha desintoxicado.

—Tal vez, de momento, pero, siendo la escoria que es, no aguantará mucho. ¿Sabes dónde van las mujeres cuando dejan que el diablo les susurre al oído que sean infieles? Directas a los

brazos de ese desgraciado. Ha arruinado las relaciones de muchísima gente con sus asquerosas acciones. Ese hombre es una enfermedad venérea con patas y es negativo para tu reputación que te vean con él. Has hecho que creen rumores que no son ciertos solo al dejarte ver a su lado. Es vergonzoso que hables con ese monstruo. Deberías mantenerte alejada de Jackson Emery.

—¿Te pidió ayuda hace años? Cuando todo el pueblo los atacaba a él y a su padre —pregunté. Cambió el peso del cuerpo de un pie al otro.

—Mucha gente me pide ayuda. Soy la esposa del pastor.

—Ya, pero ¿Jackson habló contigo y te pidió que hablastes con los feligreses para que los dejaran en paz?

Levantó la barbilla.

—No lo recuerdo.

—Él sí.

—Es un mentiroso, como su padre.

—Mamá —susurré y sacudí la cabeza—. ¿Cuándo te volviste tan fría? ¿Cómo pudiste darle la espalda?

—No merecían que los escuchase después de lo que Mike el Loco le hizo a nuestro lugar sagrado. Las reparaciones costaron miles de dólares. Podría haber matado a alguien.

—Pero ¿por qué los actos de Mike debían afectar a Jackson? Solo era un niño y vino a ti en su peor momento.

—No me hables de cómo ser buena persona. No tienes ni idea de lo que he pasado.

—Le diste la espalda a un niño.

—No merecían mi ayuda. No después de lo que Mike hizo. No después de la tormenta de problemas que inició.

—Si le das la espalda a una persona, se la das a todas —citó uno de los sermones favoritos de mi padre.

Mamá también lo conocía.

Se le empañó la mirada un segundo y la apartó, pero en cuanto parpadeó, toda emoción había desaparecido.

—No tengo por qué darte explicaciones. Mientras estés aquí, me escucharás. Deberás ser obediente y actuar con gracia o provocarás más rumores. Soy consciente de que eso es lo último que quieres. No llates la atención y haz lo que te diga, ¿entendido?

—No soy una niña.

—Entonces deja de comportarte como tal. —Pasó un grupo de gente a nuestro lado y el enfado de mamá creció. Se tensó y se alisó la ropa—. Vas a arruinar la reputación de la familia, todo por lo que hemos trabajado.

Antes de que me diera tiempo a responder, apareció mi padre.

—¿Todo bien?

Mamá le dedicó una mirada severa.

—¿Me tomas el pelo, Samuel? ¿No has visto la escena que ha montado tu hija hoy en la iglesia? ¡Nada va bien!

Papá sonrió y se encogió de hombros.

—Seguro que antes de acabar el día todo el mundo lo habrá olvidado.

—En este pueblo nada se olvida, deberías saberlo mejor que nadie —dijo mamá mientras se arreglaba el vestido—. Si me disculpáis, voy a intentar solucionar todo esto, puesto que soy la única persona cuerda que queda en esta familia.

Se marchó y papá se me acercó. Se puso las gafas en la cabeza, como siempre, y metió las manos en los bolsillos.

—¿Estás bien, calabacita?

Le dediqué una sonrisa tensa.

—Lo siento, papá. Sé que mi regreso no ha sido fácil.

—Que hayas vuelto a casa ha sido lo mejor que me ha pasado. No pidas perdón, Grace. Tu hermana y tú sois mi mayor bendición. —Me besó la frente y me abrazó—. Por y para siempre.

—¿Papá?

—¿Sí?

—No me sueltes, ¿vale?

Me abrazó más fuerte y apoyó la barbilla en mi cabeza.

—Vale.

Capítulo 15

Grace

En Chester, veías las mismas caras todos los días aunque no quisieras. No tardé en descubrir que Jackson no solo llevaba a Tucker al parque de vez en cuando, sino que también lo paseaba en brazos a diario y se sentaba con él al sol durante horas. Parecía ser el lugar favorito del labrador, y Jackson lo complacía de buen grado.

Odiaba tener el impulso de mirarlo, pero no podía contenerme.

Me intrigaba descubrir, poco a poco, todo lo que teníamos en común, aunque, en un principio, nos había considerado polos opuestos. A lo mejor no éramos tan distintos; a fin de cuentas, los dos nos sentíamos perdidos y fuera de lugar.

Por desgracia, no era la única persona a la que me encontraba durante los paseos por el pueblo.

Veía a Autumn continuamente, pero me esforzaba al máximo por esquivarla. La primera vez fue en la cafetería. Otro día me la encontré en la heladería, pero me escabullí antes de que dijera alguna cosa.

También nos cruzamos en el supermercado.

Llevaba tacones y el pelo rubio recogido en una coleta. Cuando apareció, empujando el carrito por el pasillo de productos frescos, me detuve. Miraba los plátanos como si fueran alienígenas y los analizaba de uno en uno, como si nunca hubiera visto fruta.

«Solo son plátanos, imbécil. Elige uno».

En cuanto lo pensé, me sentí culpable.

«Perdón por llamarte imbécil».

Un momento.

No.

Me había robado a mi marido, así que tenía derecho a insultarla mentalmente sin sentir ningún tipo de remordimiento.

Mientras elegía los plátanos, levantó la vista y me vio.

—Grace —dijo como si hubiera visto un fantasma.

Retrocedió, pero me mantuve inmóvil.

Se le encharcaron los ojos y la rabia se apoderó de mí. Empezó a llorar desconsoladamente y

las lágrimas salpicaron la fruta que estaba a punto de comprar. Odiaba verla así porque me recordaba a mi propio dolor.

El dolor que ella me había causado.

Avanzó hacia mí y me tensé. Empujé el carrito, dispuesta a ignorarla.

—Grace, espera. ¿Podemos hablar?

Las palabras se me clavaron como agujones.

Se acercó más.

Me di la vuelta y salí corriendo.

Corrí.

Para dejarlo claro, nunca corro. Ni siquiera estaba segura de saber hacerlo bien. A los veinte segundos, ya estaba sin aliento y sudaba en partes por las que no sabía que se podía sudar. Pero corrí porque oía el ruido de sus tacones al perseguirme.

Autumn sí que corría.

Lo hacía desde que éramos niñas y era una de las personas más rápidas que conocía.

Mientras corría por las calles de Chester, sin aliento y a punto de desfallecer, la escuchaba llamarme con la voz totalmente calmada. Ella ni siquiera jadeaba y yo necesitaba un masaje cardíaco. Mis brazos se zarandeaban flácidos, como los tentáculos de un pulpo, y Autumn corría como si fuera la próxima campeona olímpica de los Estados Unidos.

En cuanto pude, irrumpí en El Silencio. Josie se fijó en mi expresión de pánico, aunque no tenía tiempo de explicarle nada. Abrí las puertas dobles a toda prisa y entré en la zona silenciosa, donde me escondí entre las estanterías.

Me dolía todo el cuerpo y me llevé las manos al pecho. El corazón me latía a toda velocidad, aunque no era nada nuevo. Cuando oí que la puerta se abría, gemí presa del pánico. Deseé ser invisible. Ojalá hubiera tenido la capa de invisibilidad de Harry Potter para evitar tener que enfrentarme a Autumn.

—¿Gracelyn? Sé que estás aquí —dijo, y la escuché caminar en mi dirección—. No puedes evitarme siempre.

Algunas personas le chistaron, pero las ignoró.

¿Quién iba a pensar que una mujer que se acuesta con el marido de su mejor amiga no obedecería la norma de silencio de una librería?

Giró la esquina y permanecí inmóvil, encajada entre Narnia y Hogwarts.

Los libros me arrinconaban. Autumn se puso delante de mí y me impedía escapar.

Había corrido hasta aquí con tacones y ni siquiera sudaba. Cómo la odiaba.

Cómo odiaba su piel perfecta.

—Tenemos que hablar —me dijo mientras se limpiaba las lágrimas.

¿Qué marca de rímel llevaba, que no se le había corrido después de llorar?

—Aquí no se puede hablar y, aunque se pudiera, no quiero hablar contigo.

—Por favor, si las dos vamos a vivir en el pueblo, no podemos seguir así.

—Te sorprendería cuánto tiempo puedo aguantar así.

—Grace.

—Márchate.

—No. No hasta que hablemos —me dijo y se cruzó de brazos—. Necesito que lo entiendas.

—¿Que entienda qué? ¿Cómo me has traicionado? ¿Cómo me has apuñalado por la espalda? Creo que no me interesa.

—Se suponía que solo iba a pasar una vez.

«Se suponía que solo iba a pasar una vez».

Eso no lo mejoraba, para nada.

—Pasó cuando Finn vino a trabajar al hospital. Nos veíamos todos los días, ya que soy la recepcionista. Una noche, fuimos a tomar algo y se desmoronó. Me dijo que lo habías dejado.

Resoplé.

—¿Qué yo lo había dejado?

—Sí. Aquella noche bebimos demasiado y... —Se le quebró la voz.

—Me traicionaste. Nunca me llamaste para asegurarte de que lo que Finn te había contado era verdad.

—No lo creía capaz de mentir —dijo.

—Pero eras mi persona, no la suya. Eras mi mejor amiga.

—Grace...

—Por favor, déjame en paz —supliqué.

Era lo único que quería. Que me dejaran tranquila.

Josie entró en la sala y me miró. Le pedí que me salvara con la mirada.

Miró a Autumn con desprecio.

—Lo siento. Esta es una zona silenciosa. Si quieres hablar, tienes que salir al vestíbulo.

—Pero no va a venir conmigo —se quejó—, y tenemos que hablar.

—No vamos a hablar —espeté—. Nada de lo que digas hará que quiera...

—Estoy embarazada —dijo de repente, y las palabras me golpearon como una bofetada.

Por un momento, me quedé en blanco. Sentí cómo la bilis me subía desde el estómago y me quemaba la lengua. Estaba paralizada por el *shock*.

Se removió inquieta.

—Finn iba a contártelo cuando os visteis para vender la casa, pero me dijo que no pudo, no después de todos los abortos por los que habíais pasado.

Al contrario que mamá y Finn, Autumn no tenía ningún reparo en pronunciar la palabra «aborto».

Ojalá lo hubiera tenido, porque escucharlo de su boca me provocó náuseas.

—¿Estás embarazada? —repetí con la voz estrangulada mientras temblaba como una hoja.

Asintió.

—Esto... —Respiró hondo y se limpió las lágrimas otra vez—. Esto no tenía que pasar. Te lo juro, nada de esto tenía que pasar. No esperaba enamorarme de él, ni esto.

Me evadí. Dejé de escuchar e ignoré todos los sonidos que me rodeaban. Autumn hablaba, pero Josie la agarró del brazo y la sacó de allí.

Se me nubló la vista y me mareé.

Iba a vomitar.

No, iba a desmayarme.

No.

Iba a morirme.

Lo había hecho.

Había hecho lo único que yo no podía. Iba a darle un hijo a mi marido. Seguro que tendría sus ojos.

Sus ojos de un azul cristalino.

Pasé mucho tiempo creyendo que, tal vez, el problema era de los dos, tanto de Finley como mío. Al final, resultó que no era su culpa. Él sí podía tener hijos.

Era yo y solo yo la defectuosa.

—Grace.

Oí mi nombre, pero no reaccioné. Estaba paralizada. No podía moverme ni respirar. Tan solo permanecí allí de pie.

—¡Eh! ¡Reacciona! —me gritó Jackson.

Me puso las manos en los hombros y me sacudió. Se me aclaró la visión, lo miré a los ojos y parpadeé un par de veces.

Entonces, llegaron las lágrimas. Despacio, se deslizaron por mis mejillas.

—Está embarazada —susurré, y lo miré a los ojos, que no eran tan duros y fríos como solían serlo—. Mi mejor amiga está embarazada de mi marido.

—Ya. —Frunció el ceño, pero no como siempre. Esta vez era porque sentía pena por mí—. Lo he oído.

Tartamudeé y la vista dejó de funcionar. Solo veía negro. No podía hablar ni moverme. No sabía qué hacer ni cómo reaccionar, solo era consciente de que aquello no era un ataque de pánico.

Sabía cómo eran.

Conocía muy bien la ansiedad, ya me había consumido en el pasado, pero esto era nuevo.

Me sentía como si estuviera a punto de iniciar el descenso final hacia la nada.

Nunca olvidaré aquel momento en El Silencio. Fue uno de esos momentos importantes, que definiría quién iba a ser a partir de entonces y que cambió por completo la persona que siempre había sido.

Allí, perdí la última pizca de fe que me quedaba. Entonces, dejé de creer en Dios.

—Ven conmigo —susurró Jackson.

—Pero...

—Princesa —dijo, con la voz ronca de siempre. Me tomó las manos y las apretó sin hacer fuerza—. Ven conmigo.

Dejé que me guiase y lo seguí.

Cruzamos las calles de Chester cogidos de la mano. Me sentía como si el tiempo se hubiera congelado. Llegamos al taller y me llevó a la parte de atrás, donde estaba aquel coche destrozado.

Me dejó delante del coche y me puso unas gafas de seguridad. Después, levantó el mazo del suelo y me lo pasó.

—Vale —dijo y señaló el coche con la cabeza—. Vuélvete loca.

Respiré hondo, levanté el mazo por encima de la cabeza y lo dejé caer con fuerza sobre el coche. Repetí el movimiento una y otra vez, y perdí la noción del tiempo. Golpeaba el trozo de chatarra que tenía delante sin parar. Arrojé el martillo contra la ventana trasera y el cristal se hizo pedazos. Entonces, lloré. No veía nada a través de las gafas, pero dejé caer el mazo contra el

vehículo con la poca fuerza que me quedaba en el cuerpo. Tal vez estaba vacía por dentro, pero tenía lo suficiente para liberar la ira que sentía.

—Muy bien —dijo Jackson—. Ya basta.

Pero no paré. Seguí golpeando el maltratado metal.

—Princesa, ya vale —insistió, esta vez algo más serio, pero no le escuché.

Me dolía todo, por dentro y por fuera, con una intensidad que no creí que fuera posible. Era como si tuviera el alma en llamas y fuera a arder para siempre.

Levanté el mazo por encima de la cabeza, pero no lo bajé. Me di la vuelta y vi que Jackson lo sujetaba.

—Suéltalo —ordené.

—No.

—Jackson, suéltalo —supliqué y me quité las gafas.

—No.

—¡Suéltalo! —grité, con las lágrimas cayéndome por las mejillas y el corazón acelerado.

—Grace, por favor —susurró y me miró a los ojos. Se acercó a mí, colocó los dedos sobre los míos e hizo que soltase el agarre—. Déjalo.

Dejé ir el mazo y retrocedí unos pasos.

Jackson lo colocó en el suelo y me miró apenado.

—Estoy bien —mentí entre sollozos—. Estoy bien.

—No lo estás.

—No, de verdad. No pasa nada. Estoy bien, como siempre.

Se acercó y me miró con los ojos entrecerrados. Cuanto más cerca estaba, más nerviosa me sentía.

—En serio, estoy bien. He perdido el control un segundo, pero ya está.

—Estás sangrando.

«¿De verdad?».

Me frotó la mejilla con el pulgar y, cuando lo apartó, vi la sangre en su dedo. Sentí un pinchazo.

—Es un corte profundo. Ha debido de saltar un cristal del coche. Ven a mi casa a limpiarte.

Me pasé la mano por la mejilla y negué con la cabeza.

—No pasa nada. Estoy bien. —No dejaba de repetirlo una y otra vez. Con suerte, me lo creería.

—Ven —repitió y me tendió la mano.

La acepté y sentí un escalofrío de camino a la cabaña. No dije nada en todo el trayecto, todavía tenía la mente entumecida.

Entramos en la casa y me quedé en el salón, donde había un caballete montado y un piano en la esquina más alejada. Los cuadros de las paredes, distintas pinturas de atardeceres y amaneceres, eran impresionantes.

—Siéntate aquí —me ordenó Jackson y me llevó hasta el sofá.

Obedecí y salió a buscar una toalla y algunas tiritas. Tucker no tardó en venir a saludarme y, cuando no consiguió subirse al sofá él solo, lo ayudé. Se acurrucó sobre mi regazo y meneó el rabo.

—Buen chico —susurré, y me sentí reconfortada.

Cuando Jackson volvió, se arrodilló delante de mí con una toallita caliente y me la puso en la mejilla. Me estremecí y frunció el ceño.

—Perdona —murmuró.

—No pasa nada.

Nos quedamos en silencio mientras me curaba la herida y Tucker se me durmió en el regazo.

—Jackson...

—Oye...

Hablamos a la vez y me reí nerviosa cuando me rozó la cara con los dedos.

—Tú primero —dije.

Tragó saliva.

—No quería que te hicieras daño. Lo siento. Pensé que te vendría bien soltar algo de energía.

—¿Por eso aporreas los coches? ¿Para soltar energía?

No contestó.

Bajé la cabeza.

—Puede que necesites puntos —dijo. Se aclaró la garganta y, cuando me miró a los ojos, la culpa que noté en los suyos me conmovió—. Lo siento.

—No te preocupes. Después de todo, yo hice que te tirases un mazo en el pie, así que estamos en paz —bromeé.

—No me refería a eso.

Me miró con severidad y frunció los labios.

—Siento cómo me he portado contigo. Cómo te he tratado.

—Si hubiera sabido que lo único que hacía falta para que fueras amable conmigo era conseguir que mi marido dejase embarazada a mi mejor amiga, lo habría hecho mucho antes. — Me reí, pero siguió con el ceño fruncido.

—No tienes que hacer eso.

—¿El qué?

—Reírte aunque no te haga gracia.

—Sí, tengo que hacerlo, porque si no... —Me miraba de tal manera que, si no apartaba la vista, las emociones me sobrepasarían. Solté una risita incómoda—. Porque si no, te enfadarás conmigo —advertí.

—¿Por qué?

Me tembló el labio inferior; me tembló todo el cuerpo y enterré la cara en las manos.

—Porque esta es la parte en la que lloro.

—Sí —respondió. Colocó las manos sobre las mías y me las apartó de la cara—. Y esta es la parte en la que te dejo.

Me quitó a Tucker del regazo y lo colocó en el otro lado del sofá. Después, me agarró las manos, me levantó y me rodeó con los brazos. Me abrazó y me sujetó cuando me desmoroné. Sollocé sobre su camiseta y recordé todos los años de sufrimiento y dolor para intentar crear aquello que Autumn me había robado delante de las narices.

De vez en cuando, Jackson me frotaba la espalda con delicadeza y me reconfortaba de una manera extraña.

Al apartarme un poco, le di las gracias por el abrazo y por permitirme venirme abajo. Me acaricié las mejillas con los pulgares para limpiarme las lágrimas que seguían cayendo.

Me reí, nerviosa.

—Un desastre —repetí lo que me había llamado tantas veces.

Me limpió las lágrimas.

—Lo siento —se disculpó con voz profunda y dulce—. Siento haberte dicho que eras un desastre cuando nos conocimos.

—No lo sientas, es la verdad.

—Todo el mundo es un desastre —insistió—. Pero algunos lo esconden mejor que otros.

No sabía por qué, pero esas palabras me calmaron un poco.

Jackson se frotó el cuello y se aclaró la garganta.

—¿Quieres agua?

—Sí, por favor.

Se marchó a la cocina y respiré hondo. Toqué la tirita que tenía en la cara con cuidado y me acerqué a la pared para ver los atardeceres de cerca. Eran impresionantes, tan realistas que casi parecían fotografías. En todos se leían las iniciales H. E. en la esquina inferior.

—Son preciosos —le dije cuando volvió con el agua y me pasó el vaso—. ¿Quién es H. E.? —pregunté.

—Hannah Emery —contestó en voz baja y metió las manos en los bolsillos—. Mi madre.

—Era una gran artista.

Asintió.

—Mucho más que eso. —Antes de que pudiera preguntarle más cosas sobre su madre, desvió la conversación otra vez hacia mí—. ¿Estás bien?

Hice una mueca.

—¿Quieres la verdad o te miento?

—La verdad —respondió—. Siempre la verdad.

Respiré hondo y lloré otra vez, incapaz de contestar.

—Siento que lo estés pasando mal.

—Estoy bien.

—No lo estás.

Tenía razón, no lo estaba y no estaba segura de si alguna vez volvería a estarlo.

—Tenías razón sobre la gente del pueblo. Solo me consolaban para sacar más cotilleos. Les da igual cómo me sienta o lo que sufra. Solo buscaban algo de que hablar.

—Siento haber tenido razón.

—No pasa nada. Es que tengo la sensación de no tener a nadie, ¿sabes? Puedo hablar con mi hermana y con mi padre, pero ya está, y no quiero que carguen con esto. Todos los demás son unos desconocidos.

—¿Incluso tu madre?

Resoplé.

—Sobre todo mi madre.

Se aclaró la garganta y cuadró los hombros.

—Me llamo Jackson Paul Emery —explicó tranquilo y me miró a los ojos—. No sé silbar,

pero puedo hacer tres mortales hacia atrás seguidos. Aprendí todo lo que sé sobre coches de mi padre y todo lo que sé sobre arte de mi madre. El verano pasado, me comí veinticinco perritos calientes de una sentada como un profesional. Alex lo grabó todo. Preparo un arroz con gambas para chuparse los dedos y...

—¿Qué haces? —pregunté.

—Hablarle de mí.

—Ya, pero ¿por qué?

Se frotó la nuca y se encogió de hombros.

—Para dejar de ser un desconocido y que puedas hablar conmigo.

«Dios, Jackson. Pasas de ser desagradable a la persona más dulce del mundo».

El monstruo amable.

El gesto me sorprendió, pero, tal vez, se estaba esforzando por observarme con atención como yo hacía con él. A lo mejor era la primera vez que nos veíamos el uno al otro de verdad.

—No sé cómo hablar de ello —confesé. No sabía qué decir.

—¿Qué es lo más duro? ¿Qué duele más?

—Esa es fácil. —Bajé la cabeza y me abracé—. La traición y, después de eso, estar sola. No sé cómo hacerlo. Cuando Finn y yo nos casamos, creí que sería para siempre. Construyes toda una vida alrededor de otra persona y crees que nunca estarás sola, pero, de pronto, lo estás. Es lo más duro de todo. La soledad duele. Quema más que el fuego.

—Ese dolor nunca desaparece —añadió—. Pero, al final, lo anestestas.

—¿Cuánto tiempo llevas solo?

Me dedicó una sonrisa triste con la que lo entendí todo.

—Dios, Jackson —susurré y le acaricié la mejilla con delicadeza—. Eres demasiado joven para estar tan triste.

Cerró los ojos y sentí el calor de su aliento salir de sus labios.

—Lo estás haciendo otra vez, princesa.

—¿El qué?

—Poner el dolor de otros por encima del tuyo.

Sonreí y me encogí de hombros.

—Es mi don y mi maldición.

—No es egoísta, ¿sabes? —Abrió los ojos y sentí un escalofrío por la intensidad con que me miraba. Se acercó y me susurró al oído, como si fuera a contarme el secreto mejor guardado del mundo—. Se te permite pensar en ti primero.

Era un pensamiento bonito, pero el mundo en el que me crié me enseñó justo lo contrario. De donde venía, siempre te entregabas a los demás, y lo que quedase después es lo que invertías en ti misma.

La mayoría de las veces, no quedaba nada y mis reservas de amor propio estaban vacías.

Cuando llegó el momento de irme, se ofreció a acompañarme a casa y, de nuevo, le dije que no.

—Pero gracias por todo, por ayudarme.

Me dedicó una media sonrisa, o al menos fingí que lo hizo.

—¿Estás bien?

—No.

—No pasa nada —dijo—. No tienes por qué estarlo.

¿Por qué me hizo sentir un poco mejor?

—¿Jackson?

—¿Sí?

—No te pareces en nada a tu padre.

Frunció el ceño y se aclaró la garganta.

—Sí me parezco, cuando está sobrio.

Capítulo 16

Grace

De camino a casa de Judy, sonreí al ver una cara amable que me esperaba en el porche.

—Hola, amiga —dije y me acerqué a Josie, que sujetaba dos vasos gigantes del KitKat's 1950s Diner.

—Hola, amiga —contestó y se levantó.

—¿Cuánto llevas aquí?

—Lo bastante para haberme terminado dos bebidas como estas y haber vuelto al KitKat's para pedir otras dos. —Frunció el ceño y me miró—. ¿Qué te ha pasado?

Me toqué la mejilla.

—Nada, he descargado algo de energía.

—¿Estás bien?

—Si en esos vasos hay lo que creo, pronto estaré mejor.

Sonrió y me pasó uno.

—Si no recuerdo mal, te gustaba la Coca-Cola Light con un chorrito de *whisky*.

Cuando éramos jóvenes, siempre usábamos los vasos grandes del KitKat's Diner a la hora de emborracharnos en el pueblo para que nadie se enterase de que la niña perfecta de los Harris sabía lo que era el alcohol. Por supuesto, había sido idea de Josie. Se le daba muy bien ayudarme a soltarme durante un rato, aunque fuera en secreto.

Agarré el vaso y me reí.

—Exacto. —Di un sorbo y puse una mueca—. ¡Dios, Josie!

—A lo mejor me he pasado un poco con el *whisky*.

—Esto es *whisky* con un chorrito de Coca-Cola Light.

—Lo confieso, no lleva Cola Light. —Me puso la mano en el hombro y lo apretó con cariño—. Si alguien se merece tomarse un *whisky* solo, eres tú. ¿Cómo lo llevas?

—Podría estar mejor.

—¿Quieres tirarle huevos a la casa de Autumn? Tengo una docena escondidos en la esquina —bromeó. O al menos eso creía, pero su expresión era seria.

—No vamos a tirarle huevos a nada.

—¿Y papel higiénico? Lo tengo de doble capa. De muy buena calidad y acolchado. Suave como un edredón de plumas. Sería como envolver la casa de esa cretina con una mantita. —Se mordió el labio inferior—. Después, tiramos huevos sobre el papel.

Me reí y me sentí rara. No sé cómo lo hacía, pero Josie conseguía hacer reír a la persona más triste del mundo.

—Mejor posponemos la venganza.

—Vale, pero cuando llegue el momento, avísame.

—Lo prometo.

—¿Quieres ir a nuestro viejo banco a mirar a la gente y a emborracharnos sin que se enteren? —preguntó Josie y alzó las cejas para animarme a aceptar.

—Suena bien.

Caminamos hasta Kap Park y nos sentamos en un banco desde el que se veía el centro de Chester. Cuando éramos jóvenes, presenciábamos todo tipo de locuras allí sentadas, mientras bebíamos «Coca-Cola Light» y nos reíamos a carcajadas.

Pero aquel día fue diferente. El pueblo que antes me hacía reír me parecía un lugar del todo desconocido.

—Estás bien, chica —dijo Josie mientras observábamos lo que pasaba bajo la noche de Chester—. Bueno, no, pero lo estarás.

Una parte de mí la creía, pero a la otra le parecía una gran mentira.

—Josephine y Gracelyn Mae, hacía siglos que nos os veía juntas en este banco —nos saludó Charlotte, que se nos acercó a la vez que se contoneaba con sus tacones. Nos sonrió, con los labios pintados de rosa, y sentí un retortijón. No tenía ganas ni fuerzas de lidiar con la entrometida de Charlotte.

Se acopló a la conversación y se sentó a mi lado.

—¿Cómo estás, Grace? Me han llegado ciertos rumores. La verdad es que yo misma te he visto antes correr de la mano de Jackson Emery. ¿De qué iba eso? ¿Va todo bien? —dijo, como si le preocupase mi bienestar, aunque sabía que no era así.

Así era Charlotte, la reina del cotilleo.

Si no tenía cuidado, habría una columna sobre mi vida en el periódico del domingo.

—¿Por qué piensas que tienes derecho a preguntarle algo así? —espetó Josie para defenderme, consciente de que yo no lo haría.

No sabía cómo.

—Lo siento, ¿he dicho algo malo? —preguntó Charlotte y se llevó una mano al pecho.

—Todo. Ahora, si no te importa, teníamos una conversación privada y nos gustaría seguir con ella sin que nos interrumpa una metomentodo como tú —replicó Josie.

—No hace falta ser tan borde —bufó Charlotte y se levantó.

—Ya, tampoco hace falta entrometerse en todo. Que tengas un buen día —respondió Josie y le dedicó una sonrisa de oreja a oreja cuando se marchó echa una furia.

Me reí sin poder evitarlo.

—Si le hubiera hablado así, mi madre me lo habría echado en cara el resto de mi vida.

—Me lo imagino, pero yo no soy tú, y mi madre tampoco la soporta. A fin de cuentas, es mi prima. Si alguien debe ponerla en su sitio, mejor que sea la familia.

—Gracias, Josie, por ser como eres.

—No sabría ser de otra manera —dijo y me dio un codazo suave—. Si quieres que nos quedemos en silencio, no hay problema. Si quieres hablar de ello, adelante. Lo que necesites.

—La odio —confesé—. No debería, porque me enseñaron que el odio no hace ningún bien a nadie, pero lo hago. La odio muchísimo.

—No eres la única. Autumn nunca me ha caído bien. Siempre me ha parecido muy falsa.

—Siempre me han dicho que nos parecíamos.

—Esa gente es idiota. Tú eres auténtica. Siempre lo has sido, incluso con aquellos que no se lo merecían. Pero, ¿ella? Es... puaj. La odio de verdad. Y a sus padres. Siempre me han sacado de quicio. ¿Quién llama Autumn a su hija, que ha nacido en febrero? ¡Por favor! ¿Quién? Le podrían haber puesto cualquier otro nombre. Tengo varias listas con sugerencias. Como Karla.

—O Mia.

—O Rebecca y la llamarían Becca —sugirió.

—Evette. Tal vez Harper.

—Me encanta Harper —coincidió, se llevó la taza a los labios y sopló el té para enfriarlo—. O Alexandria.

—Para llamarla Lexie.

—O Andie.

—O Alex.

—Me encantan los nombres así, que sirven tanto para chico como para chica. Como Jamie, Chris o Dylan —explicó.

—Morgan, Reese o Taylor.

—Jordan. Sawyer.

—Emerson —susurré y el nombre se me clavó en el corazón al pronunciarlo—. Habría llamado a mi hija Emerson.

Cuando abrí ojos, Josie me miraba con dolor. Le dediqué una sonrisa no muy convincente y sacudí la cabeza.

—Perdona.

Siempre me guardaba mis problemas de fertilidad para mí y sonreía delante de los demás, pero, a veces, no lo conseguía.

Sobre todo cuando mi mejor amiga se había quedado embarazada de mi marido.

Josie me hizo una seña para indicarme que no tenía por qué disculparme.

—No lo sientas. Se te permite estar mal. —Me dedicó una sonrisa triste que supe lo que significaba a la perfección—. Hace tiempo, tu madre me comentó que Finn y tú intentabais formar una familia y lo mal que lo estabas pasando —me contó con más amabilidad que nunca. Debió de notar cuánto daño me hacían sus palabras porque se apresuró a añadir algo más—. Perdona, no quiero ser cotilla, pero... —Respiró hondo y se levantó la manga izquierda. Llevaba tatuados tres corazones pequeños con unas alas de ángel en el antebrazo—. Quería que supieras que no eres la única que se siente así.

Solté el aire que no me había dado cuenta que contenía.

—Veo a la gente con niños por la calle y me pregunto si son conscientes de la suerte que tienen —susurré con la voz temblorosa.

—Sí, y te alegras por ellos, pero al mismo tiempo te enfadas, ¿no es así?

Asentí y me sentí culpable por ese resentimiento. Llevaba mucho tiempo enfadada conmigo misma. Estaba molesta con mi cuerpo y su incapacidad de hacer aquello que debía: crear una familia.

Cuando volvió a hablar, la voz de Josie era apenas un susurro.

—No quiero que te sientas incómoda, pero quería que supieras que no estás sola. Si alguna vez necesitas hablar o alguien con quien enfadarte, estoy aquí.

—Gracias, Josie. Significa mucho para mí.

—Siempre. Sé lo solitario que puede ser este camino y, con todo lo que estás pasando... —Dejó la frase a medias y sonrió—. Si necesitas una amiga, cuenta conmigo.

Le tomé la palabra y me aferré a esa promesa. Necesitaba una amiga más que ninguna otra cosa. «El hogar cura».

—Lo siento —me disculpé y le señalé el tatuaje con la cabeza—. Por tus tres corazones.

—Gracias, significa mucho. ¿Cuántos has tenido?

Suspiré despacio.

—Siete.

—Dios, cielo... —Se llevó las manos al pecho porque lo entendía. Cualquiera mujer que haya perdido un hijo conoce el vacío que deja en el alma—. Lo siento mucho.

—No pasa nada. Estoy bien.

Frunció el ceño.

—Estás cansada.

—Sí —susurré y respiré aún más despacio—. Lo estoy.

Me abrazó. Con tanta fuerza que no habría podido soltarme aunque hubiera querido. Dejé que me consolara y le devolví el abrazo por sus tres corazones, igual que ella lo hacía por mis siete.

La sensación de no estar sola me invadió en aquel abrazo.

Sin soltarme, susurró:

—Ellis. —Se apartó y se limpió las lágrimas mientras me sonreía—. El último se habría llamado Ellis.

—Y habría sido precioso.

—Seguro que habría tenido los ojos de Harry —dijo, se rio un poco y negó con la cabeza al pensar en su marido.

—Y tu sonrisa —apunté.

La amplió y me sentí feliz.

—Es duro. Autumn le ha dado a Finn lo que siempre ha querido, lo único que yo nunca he podido, sin ni siquiera intentarlo —expliqué—. Es como si estuvieran viviendo mi cuento de hadas. Se han llevado mi final feliz.

—Ya, bueno, pero su historia tiene un gran problema.

—¿Cuál?

—Que Autumn no es tú. Nunca lo será, así que no puede robarte tu final feliz. A fin de cuentas, es tuyo. Que no haya llegado de la forma en que esperabas no significa que no vaya a ocurrir.

La escuché, pero me resultaba imposible creer que encontraría la manera de ser feliz mientras

estuviera atrapada en aquella película de terror.

Nos quedamos en el banco hasta que ya no quedó ni luz ni *whisky*.

Cuando se ofreció a acompañarme a casa, le dije que no, ya que tendría que desviarse de su camino. Mientras cruzaba el pueblo, vi a Jackson salir de El Silencio y nos miramos. Tenía el mismo ceño fruncido que antes y llevaba las manos en los bolsillos.

Le sonreí y negó con la cabeza. «Respira hondo». Fruncí un poco el ceño y asintió. «Sí, ahora sí».

No quería que fingiera estar bien, quería ver lo que sentía de verdad. Aquello que nunca antes me había permitido expresar en público.

Avanzó un paso hacia mí, pero negué con la cabeza para que se detuviera.

No quería tenerlo cerca en aquel momento, con él podía desmoronarme sin importar quién estuviera mirando. Si se acercaba, me derrumbaría y él me sostendría. Luego, lloraría. Aunque una parte de mí quería hacer todo eso y desatarme, no dejaría que me consolase. No debía dejar que me vieran triste y en los brazos de Jackson Emery en medio de Chester.

Demasiada gente haría preguntas.

A demasiada gente le importaría.

Bajó la cabeza y se alejó hacia su casa entre las sombras de la noche.

Sentí un escalofrío y supe que era por él.

Aunque, en realidad, apenas nos conocíamos, su tristeza me resultaba muy familiar.

De todas las personas del pueblo, a la que más me parecía era al monstruo que me habían dicho que no albergaba más que oscuridad.

Es lo que anhelaba.

Quería sentarme en la oscuridad y aceptar lo que sentía.

Quería empaparme de oscuridad y olvidarme de la luz.

Quería ser libre para sentir lo que quisiera sin temer que los demás me juzgasen.

Quería ser libre.

Aunque fuera por una noche.

Capítulo 17

Grace

Mamá me tendió una trampa.

Cuando me llamó y me dijo que quería disculparse por lo que había pasado el domingo en la iglesia, debí darme cuenta de que pasaba algo raro. Mamá nunca se disculpaba, más bien exigía disculpas.

Al entrar en casa de mis padres unos días después de enterarme del embarazo de Autumn, la encontré con una sonrisa de oreja a oreja y sospeché. Debería haberme quedado en El Silencio y evitar todo contacto humano.

Sobre todo con mamá, porque, al parecer, sus intereses no eran los mismos que los míos.

Miré al hombre que tenía delante.

—Finley.

Llevaba el jersey amarillo que tanto detestaba y se había afeitado hacía poco.

Odié darme cuenta.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté.

Mamá se me acercó y sonrió.

—Es hora de que hables con tu marido.

—¿Me tomas el pelo?

—Grace, he intentado llamarte —dijo Finn.

—¿No me digas? No me había dado cuenta porque he bloqueado tu número.

—Escúchame...

Paf.

Le di una bofetada con todas mis fuerzas y mamá gritó.

—¿Gracelyn Mae! ¿Es que te has vuelto loca? —exclamó, horrorizada.

Me volví hacia ella.

—¿Por qué lo has traído aquí?

—No había otra forma de que hablaras con él.

—¿Te extraña? ¿Después de lo que pasó?

Se quedó desconcertada y volví a mirar a Finn.

—No se lo has dicho, ¿no? No me sorprende, ya que no tuviste valor para decírmelo a mí. Es increíble que tuviera que enterarme por Autumn.

—Espera, ¿te lo ha contado? —Finn bajó los hombros, parecía patético—. Grace...

—¿Qué pasa? —preguntó mamá, pero no tenía ganas de explicárselo.

La miré y negué con la cabeza, incrédula.

—¿Tan terrible sería ponerte de mi parte por una vez? ¿Sería el fin del mundo pensar en tu primero? —escupí y me marché dando un portazo.

—¿Grace, espera! —me llamó Finn mientras me seguía.

Me quité los tacones y corrí hacia la plaza del pueblo, que estaba llena de gente y donde un grupo tocaba música en directo. Finn me seguía de cerca y, cuando me alcanzó, me agarró del brazo y tiró de mí, lo que me hizo tropezar.

—Tenemos que hablar —dijo.

—No tengo nada que decirte —espeté.

Masculló y negó con la cabeza.

—Tenemos que hablar las cosas, Grace. Sé que te costará creerlo, pero todavía te quiero. Estoy muy confuso.

—Finley, te juro que como no me sueltes, te mato —grité y algunas personas se volvieron a mirarnos. El corazón se me aceleraba por momentos. Me entraron náuseas. Que me tocara mientras confesaba su amor por mí me provocó ganas de vomitar.

Todo aquello era absurdo.

Perdía el tiempo hablando de amor, porque ya no creía en él.

—Este comportamiento es vergonzoso, Grace. Deja de gritar en público —me ordenó alguien desde atrás—. Baja la voz.

Miré a mi madre, anonadada por su elección de palabras.

—Mamá, por el amor de Dios, ¡déjame en paz!

—Gracelyn Mae, no menciones al señor en vano —me ordenó, pero puse los ojos en blanco.

—¿Qué importa? Ni siquiera existe.

—¿Qué te pasa? ¿O debería decir «quién»?

—¿Y eso qué significa?

—Te han visto varias veces con Jackson Emery —dijo Finn—. Tu madre me llamó porque está preocupada por ti.

Resoplé.

—Le preocupa que me vean por ahí con Jackson, pero no que mi marido sea infiel.

—¿Te acuestas con él? —preguntó mamá.

—¿Perdona? —Me quedé boquiabierta.

—Ni hablar —dijo Finn para defenderme, lo que me irritó todavía más—. En fin, es Grace.

—¿Qué significa eso? —pregunté. Me ardía la sangre.

—Que eres tú. No harías nada malo. Nunca me engañarías.

—Dijo el infiel.

—Solo digo que tú no... No sé, no eres así. No eres una rebelde ni nada parecido. No eres capaz de hacer algo así. Siempre eliges la opción más segura.

Lo odiaba. Estaba claro lo que acababa de llamarme: dócil, aburrida, simple. Tampoco lo

soportaba porque tenía razón.

Era fiel a los demás, siempre lo había sido. Nunca me portaba mal, por muy tentada que me sintiera, porque tenía miedo de cómo afectaría a las vidas de los demás. Me preocupaba lo que pensasen de mí. Me asustaba cómo me verían si hacía ciertas cosas que consideraban de mal gusto.

Había vivido toda la vida pasando desapercibida y siguiendo las normas, tal como mamá me había enseñado.

Lo había hecho todo bien.

Fui fiel, honesta, amable y obediente.

Sin embargo, al final, nada había importado. La eligió a ella a pesar de todo, aunque me había esforzado por ser todo lo que creí que él quería que fuese. Aun así, se metió en su cama, por mucho que yo fuera la «opción más segura».

—No te dirigiré la palabra nunca más. ¿Lo has entendido, Finley James? Jamás —exclamé.

—Por favor, Grace, cállate —me regañó mamá—. Vayamos dentro a discutir esto en privado. No seas inmadura.

¿Inmadura?

Nunca me había visto ser inmadura, pero aquella tarde estaba cansada de que me dijera qué hacer, cómo actuar y cómo ser. Ni siquiera recordaba la última vez que había tomado una decisión por mí misma.

Y tenía el valor de llamarme inmadura.

Pues así me portaría.

—Perdón, perdón —dije mientras corría hacia el escenario donde tocaba la banda. Los interrumpí—. Perdona, Josh, ahora te devuelvo el micro —me disculpé con una perfecta voz de damisela sureña mientras lo quitaba del pie—. Quería aclarar un par de cosas sobre los rumores que circulan por el pueblo sobre mi relación con Finley.

—¡Gracelyn Mae, baja de ahí ahora mismo! —rugió mamá desde un lateral de escenario.

La señalé.

—Por si no os habíais dado cuenta, la reina de Chester ha venido conmigo esta noche. Démosle a mi madre, Loretta Harris, un gran aplauso. ¿No es preciosa? —Todos aplaudieron y ella les dedicó una sonrisa totalmente falsa mientras saludaba.

Luego, se volvió hacia mí y murmuró:

—Dame el micrófono.

—Lo siento, alteza —me negué con una pequeña reverencia—. Te lo daré en un segundo, pero antes, la princesa Grace va a decir unas palabras, si no te importa. —Me volví hacia el grupo de gente que me miraba y respiré hondo—. Para empezar, me alegro mucho de haber vuelto a Chester. Este lugar siempre ha sido mi hogar y...

Antes de que me diera tiempo a terminar la frase, el micrófono se apagó. Mamá sujetaba el cable desconectado en la mano. Parecía complacida por haberme interrumpido, y eso me enfureció más.

Solté el micrófono.

—Parece que tenemos problemas técnicos, así que voy a necesitar que permanezcáis un momento en silencio para daros la maravillosa noticia. ¡Vamos a tener un bebé! —exclamé y escuché los gritos de sorpresa. Miré a Finn—. Pero cuando digo «vamos», no me refiero a Finley

y a mí. Eso es agua pasada. Me refiero a Finley y Autumn Langston, mi mejor amiga. Todos la conocéis. Autumn, que enseña estudios bíblicos y lleva varios meses acostándose con mi marido. —La vi entre el público, petrificada—. Esperan su primer hijo, así que démosles un gran aplauso.

El silencio inundó la plaza y empecé a aplaudir muy despacio. Fui la única que lo hizo. Miré a Finn a los ojos y respiré hondo.

—Enhorabuena por el embarazo, Finley James. —Parpadeé para contener las lágrimas—. Es lo que siempre has querido.

Después, me fui corriendo del escenario. Mamá me miraba horrorizada.

—Grace, no lo sabía —dijo, pero no me importó.

—¿No tienes un hijo al que consolar en este duro momento? —le pregunté—. Seguro que Finn agradecerá tu apoyo.

Pasé junto a ella e ignoré a todo el mundo, que ahora murmuraba sobre mí y la pesadilla en que se había convertido mi vida. Caminé a paso rápido hasta que me encontré en la puerta de Jackson y la aporreé. Por fin había hecho algo que no encajaba con mi imagen de niña buena. No había hecho lo correcto, Dios sabía que no había estado bien, pero cómo lo había disfrutado.

Capítulo 18

Jackson

Cuando abrí la puerta, Grace estaba sin aliento. Había golpeado la madera como una loca y, cuando la vi, era justo lo que parecía.

—Hola —dijo mientras jadeaba.

—Hola.

—¿Puedo pasar?

Me aparté para dejarla entrar.

Dio vueltas por el salón. Era evidente que estaba fuera de sí. Daba pasos rápidos y erráticos; su mente debía de ir a mil por hora.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Quiero que te acuestes conmigo —contestó.

—¿Cómo?

—He dicho que quiero...

—Te he oído.

—Entonces, ¿por qué has preguntado?

—Porque es absurdo. —Levanté una ceja—. ¿Estás borracha?

—No. La verdad es que pienso con claridad por primera vez en mucho tiempo.

—¿Pensar con claridad significa querer acostarte conmigo?

—Sí.

No bajé la ceja.

—¿Estás borracha? —repetí y se sonrojó.

—No, Jackson. Venga ya, hablo en serio.

Me apoyé en la pared y me crucé de brazos.

—¿Quién te ha hecho enfadar?

Siguió dando vueltas por el salón.

—Eso da igual. Solo quiero saber si te acostarás conmigo o no.

—Princesa...

—¡No soy ninguna princesa! —gritó y se detuvo. Me miró a los ojos y suspiró—. Estoy

cansada de todo. De ser la princesa, la chica buena. Lo he sido toda la vida y no me ha llevado a ningún sitio. No he conseguido nada.

—Así que el siguiente paso, obviamente, es acostarte conmigo —bromeé. Se acercó y se colocó frente a mí.

—Sí.

—¿Y eso por qué?

—Porque eres todo lo contrario a portarse bien.

—Me lo tomaré como un cumplido. —Esbocé un amago de sonrisa.

—Sabía que lo harías.

—Grace, no quieres esto —le advertí cuando se acercó.

—Sí lo quiero.

—En el pueblo dicen que soy peligroso y no se equivocan. A veces soy inestable. Exploto sin avisar.

—No me da miedo. —Avanzó hasta que estuvimos a pocos centímetros. Yo seguía apoyado en la pared y su respiración se aceleraba por momentos—. Además, es posible que necesite algo de peligro en mi vida.

Me acarició el cuello y cerré los ojos al notar el roce de las yemas de sus dedos sobre la piel.

—Te arrepentirás —le prometí.

Soltó una risita incrédula.

—¿Alguna vez te arrepientes del sexo?

Abrí los ojos y clavé mi mirada en la suya.

Entendió la respuesta sin tener que pronunciarla. Dudó un instante y noté la confusión en su mirada.

—Lo uso para olvidar —confesé.

—¿Olvidar qué?

—Todo.

Asintió despacio.

—Yo también quiero olvidar.

—¿El qué?

—Todo.

Dos personas que querían olvidarse de todo juntas. Había, al menos, un millón de maneras en que aquello podía salir mal.

—Es una mala idea —le advertí.

—Sí. Pero lo quiero.

Sonreí.

—Estás triste.

—Sí. —Asintió—. Tú más.

«Sí».

Me puso las manos en el pecho y me miró a los ojos.

—No me das miedo, Jackson Emery.

—Debería.

—¿Por qué?

—Porque a veces me lo doy a mí mismo.

Seguía muy cerca. Su cuerpo presionaba el mío y no me resistí a la urgencia de acercarla más, ¿cómo hacerlo? Gracelyn Mae me provocaba una extraña sensación de familiaridad que nunca antes había sentido.

Aunque no la quisiera cerca, siempre iba hacia ella.

Puse las manos en la parte baja de su espalda cuando nuestras caderas se tocaron. ¿Qué tenía que me empujaba a ir en contra de lo que me dictaba la cabeza?

—He leído sobre los hombres como tú en los libros —susurró mientras me dibujaba espirales con los dedos en el pecho.

—¿No me digas? ¿Qué te enseñaron esos libros sobre los hombres como yo?

Se mordió el labio inferior, tomó aire y susurró:

—Que me mantenga alejada.

—Entonces, ¿qué haces tan cerca?

Ladeó la cabeza y me miró a los ojos.

—Porque en los libros, la heroína nunca hace caso.

—¿Y empiezan los problemas? —pregunté.

—Sí, empiezan los problemas.

Por cómo lo dijo, eso era justo lo que buscaba. Éramos el típico cliché. La chica buena y el monstruo vecino. Éramos polos opuestos que formarían la tormenta perfecta y me estaba pidiendo que fuera su próximo fallo, su mayor error.

¿Quién era yo para negarme?

—Te destruiré —le advertí.

—O me salvarás.

—¿Merece la pena el riesgo?

—¿Acaso no lo merece siempre?

Cuanto más me tocaba, más quería tocarla yo. La agarré por las muñecas y nos di la vuelta de modo que fuera ella quien quedase apoyada en la pared, con las manos sobre la cabeza.

—Tengo ciertas reglas. —Me incliné y le rocé el cuello con los labios. Qué bien olía. A melocotón y a pecado—. No puedes romperlas. —Dibujé círculos con la lengua sobre su piel y después aspiré con delicadeza.

Se estremeció.

—¿Cuáles son?

—Regla número uno —susurré y le recorrí la clavícula con los labios—. Nunca pasarás aquí la noche.

—Hecho.

—Regla número dos —dije y le solté el brazo izquierdo para levantarle la blusa despacio y acariciarle la piel—. Nada de sentimientos.

—Esa es fácil —dijo con la respiración acelerada mientras yo jugueteaba con el botón de sus vaqueros—. Ya no creo en los sentimientos.

No sabía por qué, pero sentí pena por ella. Yo tampoco creía en el amor, pero era mi norma. Grace parecía el tipo de persona que sí creía en él, así que descubrir que ya no era así me sorprendió.

Tal vez teníamos más en común de lo que pensaba.

—Regla número tres: no hablamos de mi vida.

—¿Nunca?

—Nunca.

—Vale.

—Por último, regla número cuatro. —Acerqué la boca a la suya y le acaricié el labio inferior con la lengua—. Si tus bragas favoritas se rompen, no esperes que te compre otras.

Enrojeció. Se sonrojaba con mucha facilidad y decidí que la mantendría así toda la noche.

Nuestros labios se rozaban y respiré su aliento mientras me apoyaba la mano en el pecho.

—Yo también tengo una regla —dijo.

Levanté una ceja.

—¿Cuál?

—No te acostarás con otras mientras lo hagas conmigo. —Levantó la vista y me miró a los ojos—. Necesito ser la única mientras esto dure, no podré hacerlo si estás con otras.

—¿Quieres fidelidad?

—Sí.

No era un deseo, sino más bien una necesidad. La reciente traición que había sufrido le había afectado tanto que necesitaba tener algo suyo, aunque fuera por un breve periodo de tiempo. Necesitaba que solo la besase a ella, que sus piernas fueran las únicas que separase y sus gemidos los únicos que provocase.

—Hay un problema —le expliqué y me miré la pulsera—. Uso el sexo para olvidar. Para no usar otras cosas. Así que, si llegara el momento en que te necesitase de repente...

—Vendré —prometió—. No te dejaré solo.

Le acaricié el cuello con el dedo sin dejar de mirarla. Era preciosa, eso era indudable, pero también estaba rota, como yo. Mis piezas desperdigadas se mezclaban con las suyas.

Éramos dos personas rotas sin ningún interés en repararnos.

—¿Harías algo por mí? —le susurré en el cuello, la besé con suavidad y respiré su aliento.

—¿El qué?

—Ve a la habitación y quítate los pantalones.

Tragó saliva y se mordió el labio.

—¿Ahora? —preguntó, algo insegura.

—Sí —asentí—. Ahora.

Pasó a mi lado y se empezó a desabrochar la blusa de camino a la habitación. Su inseguridad, su timidez y su nerviosismo me provocaron una sonrisa.

Siempre me hacía gracia que las chicas buenas intentaran ser malas.

—¿Gracelyn Mae?

—¿Sí?

—Más te vale rezar muchas plegarias a ese dios tuyo para pedirle que te perdone.

Se giró de sopetón y me miró.

—¿Y eso por qué?

Miré el sujetador rosa que sujetaba unos pechos perfectos, más que suficientes para llenarme las manos. Me quité la camiseta, caminé hacia ella y dije:

—Porque esta noche vas a pecar.

Capítulo 19

Grace

Estaba de los nervios. Quería hacerlo, me moría por sentir el cuerpo de Jackson sobre el mío, pero todo lo que me habían enseñado me resonaba en la cabeza y me gritaba todos los fallos que había en la decisión que había tomado.

«Sigues legalmente casada».

«Es peligroso».

«No eres de esa clase de chicas».

«Eres una buena chica».

Silencié todas las voces como pude, porque era una chica buena, pero estaba cansada de ser dócil. Por una vez, quería ser salvaje y ver qué se sentía al dejarse llevar.

—¿Estás bien? —me preguntó.

Asentí despacio.

—Sí.

—Bien. —Caminó hasta mí, lentamente, sin vacilar—. Siéntate al borde de la cama. —Obedecí y se arrodilló delante de mí—. Eres preciosa —me dijo, y se me erizó la piel—. ¿Lo sabes, Grace? ¿Sabes lo preciosa que eres?

No respondí. No recordaba la última vez que alguien me había dicho algo así y, aunque quería creerlo, me resultaba imposible.

Después de cómo Finn me había traicionado, era difícil no dudar de lo que valía, pero aquella noche, Jackson estaba dispuesto a recordármelo con cada caricia.

Puso las manos sobre mis piernas desnudas y, con delicadeza, me besó el interior del muslo antes de mirarme.

—Estás nerviosa.

—Sí.

—¿Quieres que pare?

—No.

Acercó los dedos a mis bragas y, con el pulgar, me acarició el clítoris en círculos. Cerré los ojos y me tumbé sobre el colchón mientras me aferraba a la sábana con los puños cerrados. Se me

aceleró el corazón más de lo que creía posible cuando me las bajó y el calor de su aliento me acarició. Arqueé las caderas, pero me provocó sin prisa.

—Paciencia, princesa —susurró y me besó el muslo. Me agarró los tobillos y me separó las piernas—. Tenemos toda la noche.

Entonces, con tranquilidad y una gran habilidad, acercó los labios y me probó, me chupó y me acarició con la lengua; después, se separó unos segundos antes de seguir.

No sabía que pudiera sentirme así.

No sabía que pudiera ser tan...

«Dios».

—Ja... —jadeé y levanté las caderas hacia su boca mientras me demolía en todos los sentidos. Cuanto más gemía, más rápido movía la lengua. «Más profundo»—. Sí...

Respiraba con dificultad mientras me sujetaba los muslos para explorarme con la boca. Le enredé las manos en el pelo y lo empujé más abajo.

Nunca me había sentido así, nunca había sabido que con las manos y la lengua se podía hacer algo tan...

—¡Dios! —grité cuando me penetró con la lengua cada vez más rápido y perdí el contacto con la realidad.

—No. —Sonrió—. Más bien al contrario.

Controlaba las sacudidas de mi cuerpo con la lengua y me agarraba para que no me moviese cuando retorció las piernas, de manera que me dejé llevar mientras saboreaba cada rincón hasta casi explotar. Gimió como si disfrutara de la experiencia tanto como yo. Cuanto más me retorció, más exploraba, más profundo se movía y más me deshacía en su lengua.

Cuando se apartó, intenté recomponerme con las piernas temblorosas y la respiración acelerada.

—Ha sido... Vaya —jadeé—. Joder.

Sonrió y me miró; estaba empapada en sudor. Se levantó del suelo, se desabrochó los vaqueros y se los quitó, para después librarse de los calzoncillos.

Miré su erección mientras se lamía los dedos para saborearme. Sabía que era una tontería, pero no podía apartar la vista. Me sonrojé por el deseo y los nervios; lo que quería y lo que necesitaba en ese momento era a Jackson.

Solo había estado con un hombre antes y no era ningún secreto que Finley no estaba tan bien equipado como Jackson.

Me agarró de los tobillos y me miró a los ojos.

—Solo ha sido un aperitivo. —Sin esfuerzo, me dio la vuelta y me tumbó boca abajo. Gemí cuando lo sentí sobre mí. Noté su erección en las nalgas mientras, con los labios, me recorría la espalda hasta llegar a la oreja—. ¿Lista para el plato principal?

Aunque quería decir que sí, no me sentía lista para nada.

Cuando Jackson Emery se deslizó dentro de mí y me embistió hasta lo más profundo, supe que aquella era una decisión que una chica buena jamás tomaría.

Era lo contrario a lo que se esperaba de mí. Y sentaba de maravilla.

Me azotó el culo y le pedí más. Quería que lo hiciera más fuerte y me concedió mi deseo.

No se detuvo ahí.

Me volvió a dar la vuelta, me apoyó en la pared y me folló desde todos los ángulos posibles.

Gemí, grité y supliqué que no parase.

Era indomable y no se cortaba a la hora de susurrarme guarradas al oído mientras me penetraba. Cuando me colocó sobre él, volví a sentirme nerviosa y me preocupó que me viera desde esa perspectiva.

Sin embargo, con un solo toque en la espalda, me hizo inclinarme sobre él y me besó.

—Eres preciosa —repitió—. Ahora fóllame como no lo has hecho nunca.

Así lo hice.

Lo monté como si fuera mío, aunque no fuera cierto. Pero aquella falsa realidad merecía la pena. Aquellos momentos me ayudaron a que la cabeza y el corazón fueran al mismo ritmo.

No era mío y yo no era suya, pero aquella noche éramos algo. No tenía nombre, solo sensaciones.

Me asustaba, pero también me hacía sentir segura.

Era rápido y lento a la vez.

Estaba mal, pero bien al mismo tiempo.

Aquella noche hizo que me corriera más veces que en quince años de matrimonio.

Ahora entendía por qué merecía la pena jugar con los chicos malos. Entendía por qué las chicas buenas acudían a su puerta. Nunca había sabido lo que era que me temblasen las piernas de verdad hasta aquella noche.

Cuando llegó la hora de irme, me vestí y me siguió hasta la puerta.

—Te acompaño a casa —se ofreció.

—No hace falta —respondí, me mordí el labio inferior y lo miré—. Lo de esta noche ha sido...

—Sí. —Asintió y se apoyó en el marco de la puerta, como si me hubiera leído la mente—. Lo ha sido.

—¿Te parece bien que este acuerdo quede entre nosotros? No es que me avergüence, pero por primera vez tengo algo que es solo mío.

—Venga ya, princesa. —Sonrió de verdad. Era la primera vez que lo veía hacerlo. Cuando vi el hoyuelo que se le formó en la mejilla izquierda, el corazón, aún hecho pedazos, se me paró un segundo—. ¿A quién se lo iba a contar?

Capítulo 20

Grace

El secreto que tenía con Jackson era solo nuestro. Los únicos momentos en que interactuábamos eran dentro de su cabaña. Cuando me tocaba, me transportaba a otro mundo. A veces me besaba con rabia e intensidad y, otras, lo hacía lento y suave.

Me encantaba cómo me hacía sentir y cómo, por un instante, se preocupaba por mí. Exploraba mi cuerpo como si fuera lo único que deseaba en la vida y, después, me marchaba de su casa con nada más que el recuerdo de sus besos hasta la próxima vez que cayera en su cama.

Nadie lo sabía, y eso lo hacía más divertido. Había creado un nuevo mundo que solo me pertenecía a mí. Nadie me regañaba por mis acciones y las elecciones que tomaba eran solo mías, sin preocuparme por qué opinarían los demás.

Era lo que más me gustaba, aparte de la boca de Jackson cuando me exploraba, claro.

Esa sí que era la parte que más me gustaba.

Cuando nos cruzábamos por el pueblo, ni siquiera nos mirábamos, pero siempre era consciente de cuándo estaba ahí y sé que a él le ocurría lo mismo.

Disfrutaba de nuestro secreto, uno que el mundo no podía estropear.

Cada vez que me iba de su casa, una nueva parte de mí me dolía de una forma agradable.

No sabía que unas manos pudieran tocar un cuerpo así, de forma tan suave y salvaje a la vez. Me hizo sentir más segura que nunca mientras doblaba mi cuerpo en posturas que no sabía que eran posibles.

Jackson Emery me besaba como nunca lo habían hecho.

Me besaba en rincones que mi marido nunca había explorado.

Disfrutaba de cada segundo.

Se comportaba como una bestia al desvestirme, pero de una forma considerada.

Un monstruo amable.

Tenía el control, pero, al mismo tiempo, me hacía sentir que era yo quien llevaba el mando. Con cada uno de mis gemidos, se esforzaba con más ahínco. Cada vez que me corría, buscaba la forma de que volviera a hacerlo.

Cada vez que me marchaba, lo hacía pensando en la próxima vez que el monstruo saliera a jugar.

—¿Te has torcido el tobillo? —me preguntó Josie a la mañana siguiente cuando entré en El Silencio cojeando un poco. En realidad, me dolían todos los músculos del cuerpo por haber pasado la noche anterior en casa de Jackson. Había tardado diez minutos en levantarme de la cama sin llorar.

Le sonreí y me puso una taza de café delante.

—Ayer hice mucho ejercicio —dije.

—Qué bien. Es bueno soltar algo de energía.

No tenía ni idea.

Se llevó la taza de té a los labios y dio un sorbo. Sonó la campana de la entrada y las dos nos volvimos cuando Jackson apareció. Siempre que entraba en la librería, no miraba a nadie, atravesaba las puertas de madera hasta su oscuro rincón.

Aquella mañana, sin embargo, hizo algo diferente. Al llegar, me miró y me dedicó una media sonrisa. Le respondí. Después, apartó la mirada y se marchó al área de lectura.

Fue muy rápido, una breve interacción. Durante unos pocos segundos, cruzamos las miradas y sonreímos, pero fue suficiente para que Josie arquease las cejas.

—¿Qué acaba de pasar? —preguntó, confundida.

—¿A qué te refieres?

—¿Acaba...? —Se calló, dudosa—. ¿Jackson acaba de sonreírte?

—Apenas ha sido una sonrisa —observé.

—Pero te ha mirado.

—No le des importancia —dije y me sonrojé—. Ha sido un vistazo rápido.

Entrecerró los ojos.

—Entonces, ¿por qué te pones colorada?

—No lo hago.

—Pareces la nariz de Ronald McDonald, estás rojísima —contestó y las mejillas se me calentaron todavía más.

—Basta, Josie.

Abrió la boca.

—Ay, madre —chilló, se inclinó hacia delante y dio un golpe en el mostrador—. ¿Gracelyn Mae, qué tipo de ejercicio hiciste ayer?

Tragué saliva y puse las manos sobre las suyas.

—No se lo cuentes a nadie, Josie.

La expresión de Josie alcanzó un nivel de emoción que se salía de la gráfica. Lo celebró en silencio con un bailecito.

—Por dios, ¿Jackson Emery y tú? ¿Jackson y tú? Pero ¿cómo? ¿Cuándo? ¿Cómo? —gritó en susurros.

—Lo sé, es una locura.

—Es genial —me corrigió—. Si alguien se merece echar un polvo con el chico malo del pueblo eres tú. —Levantó una ceja—. No es que sea asunto mío, pero ¿los rumores son cierto?

¿Sobre el tamaño de su... miembro?

Me sonrojé más y me llevé las manos a las mejillas.

—¡Toma ya! —gritó y dio saltitos—. No me malinterpretes. Quiero a mi marido más que a nada, pero he visto a Jackson Emery sin camiseta e imaginaba que un hombre tan bien formado en la parte superior tenía que estar igual de proporcionado en la inferior.

—Los rumores son más que ciertos —le susurré al oído—. Multiplicados por mil.

—Ya entiendo por qué cojeas —bromeó.

—Es raro. Ahora mismo mi vida es un desastre. Todo es difícil y confuso, excepto cuando estoy con Jackson. No es complicado. Se limita a ser. Cuando vuelva a Atlanta después del verano, se habrá acabado.

—Un amor de verano.

—Un polvo de verano —corregí—. Lujuria y nada más.

—Aun así, me alegro de que hayas encontrado algo que te ayude a escapar de la locura. Todos nos merecemos un refugio, Grace, un lugar donde ir a respirar cuando la vida se vuelve demasiado tóxica.

—Sí, pero me preocupa, la verdad. Si la gente se entera, será horrible para nosotros y para mi familia. A mi madre le daría algo.

—Muy fácil —dijo—. No dejéis que nadie se entere. Aunque no deberíais miraros así.

—¿Cómo?

—Como si guardaras un secreto entre las piernas.

—Es una tontería, pero es divertido. Casi como un juego. Da cierta sensación de peligro.

—Te mereces vivir al límite. Diviértete. Has pasado la vida siendo todo lo que los demás querían, te toca a ti vivir un poco. Ahora cuéntamelo todo, ¿es bueno?

Me mordí el labio inferior y me incliné sobre el mostrador.

—¿Has oído hablar de una postura llamada la araña?

—Ah, sí. —Asintió—. Sospecho que te han atado hace poco. ¿Has probado el tango? —me preguntó.

Arqueé una ceja.

—No lo había oído nunca.

—Déjame el móvil. —Se lo pasé y escribió a toda velocidad—. Acabo de descargarte el Kamasutra; Harry y yo nos lo acabamos en un abrir y cerrar de ojos. Te encantará y no necesitarás ir al gimnasio. No tengo este culo de hacer sentadillas, te lo aseguro.

—Todo esto es nuevo para mí. Lo único que hacía con Finn era el misionero.

Josie hizo una mueca.

—¿Ni siquiera te ponías encima?

—Decía que no le gustaba verme el cuerpo desde ese ángulo.

—Vale, ya lo entiendo —comentó y asintió—. Es gay.

—¿Cómo?

—Cariño, a ningún tío hetero le molestaría tener la figura de una mujer encima. Lo único que vería es un festival de tetas en su cara, se volvería loco. Así que, o es gay o un capullo integral. Sea como sea, estás mejor sin él.

Sonreí.

Estaba muy feliz de haber vuelto a conectar con Josie. Me hacía mucha falta una dosis de humor.

—La próxima vez que veas a Jackson, probad la supernova —me dijo. Meneó los hombros y me dedicó una sonrisa pícar—. Es explosiva.

Capítulo 21

Grace

—¡Gracelyn Mae! ¡Soy yo, Grace! ¡Charlotte!

Caminaba por la calle y se me tensó todo el cuerpo al escuchar a Charlotte llamarme a gritos. Solo tenía dos opciones: huir (no, gracias, correr era un asco) o pararme, aguantar unos minutos de charla y, después, esconderme del mundo.

Me detuve, respiré hondo y puse la mejor sonrisa falsa que pude.

—Hola, Charlotte. ¿Qué tal llevas esta maravillosa mañana de viernes?

—Mírate qué contenta. Me alegra verte tan animada después del discurso tan raro que diste en el festival de la semana pasada. —Frunció los labios y se cruzó de brazos—. Es una pena, ¿verdad? Crees que conoces a alguien y, de pronto, ¡bam!, se convierten en otra persona. Aunque seguro que hubo algunas señales que ignoraste, ¿no?

Abrí la boca para hablar, pero me cortó.

—¿Qué es lo que dice siempre tu padre? Los caminos del Señor son inescrutables. Qué gran verdad. Espero que reces todas las noches.

«Solo al cuerpo de Jackson».

—En fin, Charlotte, gracias por la charla, pero tengo que irme. Ya hablaremos.

—¡Sí! En la quedada de esta noche —dijo.

—Lo siento, no voy a poder ir. Estoy ocupada.

—¡Pero tu madre me dijo que vendrías, así que luego nos vemos! Te toca traer un pastel de manzana. Bueno, tengo que irme. ¡Adiós! —añadió y se marchó antes de darme tiempo a responder.

Iba de camino a casa de Judy, pero hice un pequeño desvío. Era hora de tener una conversación seria con mamá.

Ya no soportaba que intentase controlar mi vida.

—Gracelyn Mae, vas a ir a casa de Charlotte esta noche —me ordenó mamá mientras ojeaba las

carpetas de los talleres estivales de la iglesia. Daba vueltas por el salón, hecha una furia y cansada de tanto numerito.

—No, no voy a ir. No puedes hacer esto, mamá. Deja de decirle a la gente que voy a hacer lo que no quiero hacer.

—Vas a ir —repitió y cerró la carpeta—. Sobre todo después del arrebato de la semana pasada. Lo entiendo, pasas por una crisis de mediana edad y te sientes perdida, pero tienes que dejar de huir de la gente que intenta ayudarte.

Resoplé.

—Charlotte Lawrence no intenta ayudarme. Ninguna de las mujeres que van a ese tipo de reuniones lo hace. Solo quieren sacar más cotilleos.

—Si no fueras por ahí haciendo comentarios sobre maridos infieles, a lo mejor no tendrían nada de lo que cotillear.

Me echaba la culpa otra vez.

—Yo no he provocado esto, mamá. No lo he buscado.

—Muy bien —concedió y asintió despacio mientras se ponía de pie—. Sigue pensando solo en ti.

—Alguien tiene que hacerlo, y está claro que tú no lo harás.

—¿Qué esperas de mí? ¿Quieres que grite a Finley en mitad de la calle? ¿Quieres que humille a Autumn en público? ¿Quieres que vete a sus familias de la iglesia y monte una escena para que Charlotte tenga cotilleos suficientes para varios meses? En esta familia no somos así. No cogemos un micrófono y aireamos los trapos sucios de los demás a los cuatro vientos. Te he criado mejor que eso.

—Me dejé llevar —me defendí con un nudo en la garganta.

—¡No nos dejamos llevar! —gritó—. No se nos permite equivocarnos. ¿Cómo crees que afectan tus payasadas a los que te rodean? ¿Cómo crees que me afectan a mí? Vale, si te doy igual, al menos piensa en tu padre, ¿sabes en qué posición los dejas a él y a la iglesia? Dudan de su capacidad de llevar la iglesia si no es capaz de controlar a su propia hija.

No supe qué decir porque no había pensado en nada de eso.

—Los actos tienen consecuencias y tus decisiones afectan a otros. Así que déjate de pataletas y de comportarte como una niña de cinco años. Recuerda que todo lo que tienes es gracias a tu padre y a mí y vuelve a portarte como es debido.

—¿Ya te marchas? —preguntó Jackson al entrar en la habitación con dos vasos de agua.

—Sí, lo siento. Tengo que ir a una estúpida reunión a casa de Charlotte Lawrence.

—¿Charlotte Lawrence? ¿Esa cotilla insoportable?

—Esa misma. —Suspiré.

Dejó los vasos en la mesita y se subió a la cama. Me abrazó desde atrás.

—Está como una cabra.

—Lo sé, pero después de lo que hice el otro día, mi madre insiste en que me toca hacer control de daños, lo que incluye ir a las reuniones de Charlotte.

—Qué gilipollez —bufó y me dio la vuelta para que lo mirase—. No hiciste nada malo.

—Soy una Harris, no perdemos la compostura en público, es la norma.

—A la mierda las normas. Tu marido es un cabrón y tu mejor amiga, una zorra. Se merecen que se sepa.

—Es posible, pero no por mí. No tengo ese derecho.

—Joder. —Silbó—. Tu reina te ha lavado bien el cerebro si crees que no tienes ningún poder sobre ti misma.

—No lo entiendes.

—Cierto, no lo hago. —Me soltó y se apartó un poco—. Dejas que los demás controlen cada aspecto de tu vida. Como si no te importase —dijo con la voz más firme de lo que debería.

—No importa

—No, sí importa.

—Solo es una noche.

—No seas ingenua, Grace. Eres la puñetera oveja que va directa a meterse en la boca del lobo.

—¿Por qué te importa? Se supone que lo nuestro es solo sexo —pregunté y entrecerré los ojos.

—No me importa —espetó y apartó la vista—. Vete y sé exactamente quien quieren que seas. Te ha funcionado muy bien hasta ahora. Te casaste con el hombre que tu madre quería para ti, perfecto. Fuiste la mejor amiga de la chica que tu padre eligió, genial. Todo lo que has hecho ha salido a pedir de boca. Sería una lástima que tomases una decisión por ti misma. Eres demasiado débil para hacerlo.

—Que te jodan —espeté y se me llenaron los ojos de lágrimas.

—Ya lo has hecho, princesa —contestó.

Me levanté de un salto, sintiéndome estúpida, y recogí mis cosas.

—Tal vez tengas razón. Es posible que deje que los demás me controlen, pero mira, la primera vez que he tomado una decisión por mí misma, he acabado con un monstruo como tú —grité con la respiración acelerada.

—Sí, esa fue una decisión de mierda. Deberías haberlo pensado mejor. —Volvía a ser frío. A veces, estar con Jackson era como meterse en un remolino, pasaba de amargo a dulce en un segundo.

Se quedó sentado mientras se golpeaba el brazo con la pulsera que llevaba en la muñeca. Luego lo miré.

—Acudí a ti porque te sentía cercano —confesé—. Porque de toda la gente del pueblo, eras el único que parecía real porque no eres una marioneta. Pero, a veces, te comportas así. Saltas sin razón y no lo entiendo. No eres un monstruo, Jackson, no sé por qué sientes la necesidad de portarte como si lo fueras. Estoy cansada de intentar entenderlo —le confesé y me di la vuelta para irme. Llegué hasta el porche, pero cuando me llamó, me detuve.

Me volví a mirarlo. Tenía la cara enrojecida y la respiración acelerada. Me miró a los ojos y noté cómo se debatía por dentro apoyado en el marco de la puerta.

—No se me dan bien las palabras —admitió—. Tengo todos estos pensamientos en la cabeza y no sé cómo expresarlos, así que exploto. Me pongo agresivo cuando no sé explicarme.

—¿Qué intentabas decirme ahora al gritarme?

—Que... —Respiró hondo, cerró los ojos y estiró la pulsera—. Que me molesta. —Volvió a abrir los ojos y, cuando lo miré, ya no había enfado en ellos, solo la amabilidad que a veces se le escapaba—. Me molesta que esa panda de capullos te traten así. Me molesta ver que les dejas hacerlo y que te comportes como si no tuvieras derecho a opinar. Me molesta tanto que no sé cómo expresarlo.

Se me aceleró el corazón. Jackson metió las manos en los bolsillos y miró al suelo.

—Sé que no tiene sentido, Grace, pero creo que te mereces algo mejor, algo que la gente de este pueblo no está dispuesta a darte. Te están haciendo pedazos, no te ayudan a sanar y me enfurece de tal manera que no tengo palabras para explicarlo.

Tragué saliva.

—Acabas de hacerlo —levantó la vista y me limpié las lágrimas—. No sé quién soy —confesé.

—¿Qué quieres decir?

—Justo lo que he dicho. No sé quién soy. Siempre he dejado que los demás decidieran por mí. Salí con Finn en una cita a ciegas. Me hice profesora porque mi madre me dijo que era una buena opción. He seguido a Finn como un perrito. Nunca he tomado una decisión por mí misma. Lo único que he hecho sola fue comprarme ese coche rosa hace años. —Sacudí las manos y empecé a dar vueltas con el corazón acelerado—. ¿Quién soy? ¿Quién es Gracelyn Mae? ¿Existe siquiera o es solo una creación artificial moldeada por quienes la rodean? ¿Entiendes lo que digo?

—Grace...

—No sé cómo me gustan los huevos.

Entrecerró los ojos, confundido.

—¿Qué?

—Los huevos, no sé cómo me gustan. Desde que tengo memoria, siempre que he comido fuera, nunca he pedido por mí. Siempre digo «tomaré lo mismo que él o ella». No he elegido mi propia comida ni una sola vez. Finn siempre pedía huevos revueltos, ¿adivinas qué pedía yo?

—¿Huevos revueltos? —me siguió la corriente.

—¡Exacto! Pero eso no es todo. Acabo de darme cuenta de que no sé nada de mí misma. No sé qué películas me gustan ni qué ropa me queda bien. Si tuviera la oportunidad de irme de viaje a cualquier parte del mundo, ¿a dónde iría? Sé a dónde iría mi hermana. Sé a donde iría Finn. Joder, incluso sé a dónde iría mi madre, pero ¿yo? No tengo ni idea, porque no sé qué me gusta ni qué me interesa experimentar. Creo que es la parte más dura de estar sola.

Tomé aire e intenté ordenar mis pensamientos.

—No sé cómo hacerlo. No sé cómo estar sola porque no sé quién soy. Siempre he sido la hija del pastor y luego pasé a ser una esposa. Después, fui la profesora de mis alumnos y, si el universo me lo hubiera permitido, habría pasado de ser esposa a ser madre. Nunca ha existido un momento en que solo fuera Grace. Ahora tengo la oportunidad de serlo, pero no sé cómo.

Jackson me miró un instante con los ojos entrecerrados y los brazos cruzados. Me intrigó la forma en que ladeó la cabeza a ambos lados. ¿En qué pensaba? ¿Qué se le había ocurrido?

—Vale —respondió, dejó caer las manos y se enderezó—. Vamos a empezar por lo fácil.

—¿A qué te refieres?

Me tomó las manos y me volvió a meter en la cabaña. Me llevó hasta la cocina, sacó una silla

y me pidió que me sentara. Después, se acercó a la nevera, sacó un cartón de huevos y se sentó delante de mí.

—Vamos a descubrir cómo te gustan los huevos.

Sonreí y sentí que estaba a punto de llorar.

—Suenan bien.

Me senté pacientemente mientras Jackson cocinaba.

—Primero los haremos revueltos. Secos y cremosos.

—Ni siquiera sabía que había más de una forma de hacer huevos revueltos —dije.

—Cuando acabemos, estarás muy sorprendida por mis habilidades para cocinar huevos. Los como todos los días después de entrenar.

—Vaya, ¿entrenas? —bromeé—. No me había dado cuenta. Estás muy delgado para ser un tío que hace deporte —lo piqué.

Jackson tenía más músculos que nadie que hubiera conocido. La verdad es que parecía un dios griego.

—Cállate —bufó, pero sin mucho ímpetu. Hasta me pareció que se sonrojaba un poco.

—¿Te da vergüenza lo guapo que eres? —pregunté.

—No me llames guapo.

—Ay, sí que te da vergüenza, ¿a que sí, guapo?

Me fulminó con la mirada, pero con una expresión divertida.

—No me hagas escupir en los huevos.

—*Touché.*

Me pasó el primer plato de autodescubrimiento: unos huevos revueltos secos y unos cremosos.

Tomé un tenedor y me los comí.

Bueno.

No me volvieron loca.

—No me gusta la sensación que me dejan en la boca —le expliqué.

—Dicen que las chicas prefieren los huevos duros porque son más fáciles de tragar —añadió como si recitase una definición del diccionario.

—Ya, pero... —Me callé. Repetí mentalmente lo que acababa de decir y me sonrojé—. ¡Por Dios, Jackson! ¡Qué basto eres!

—Pues claro, soy un tío. —Se terminó los huevos por mí—. Vale, probemos con una tortilla —dijo y volvió a los fogones.

La tortilla no me pareció gran cosa. También se la comió. Luego hizo huevos escalfados y cocidos, mucho y poco. Cuando puso un huevo frito frente a mí, lo corté y me llevé la mano a la boca.—¡Te has olvidado de cocinar este! —protesté.

Se rio y me deleité con el sonido. No sabía que era capaz de reírse.

—Se supone que es así, líquido —dijo.

—Parece que me hayas puesto el cerebro de un alienígena en el plato y que luego haya explotado. Es asqueroso.

Se acercó a la encimera, tomó un trozo de pan y volvió a la mesa. Procedió a remojar el pan en la repugnante mezcla hasta que no quedó ni una gota. Luego, se sentó.

—Pues ya hemos acabado. No me quedan huevos.

Asentí, despacio.

—¿Sabes qué? Creo que no me gustan los huevos.

Sonrió y fue sincero.

—Hemos descubierto la primera cosa sobre Gracelyn Mae: es una mujer que odia los huevos.

—Te aparece un hoyuelo cuando sonríes —comenté—. En la mejilla izquierda.

Dejó de sonreír y me arrepentí de haber dicho nada.

—Mi madre también tenía uno en la derecha.

—Siento lo de tu madre.

Se removió en la silla y se encogió de hombros.

—No pasa nada. La gente muere.

—Eso no hace que importe menos.

Frunció el ceño y negó con la cabeza.

—Ya, bueno, esta noche no se trata de mí, sino de ti. Vamos a centrarnos. ¿Qué es lo siguiente que quieres descubrir de ti misma?

—No lo sé. —Me encogí de hombros—. Pero quiero saber quién soy de verdad. ¿Te puedo contar un secreto? ¿Una de las cosas más difíciles para mí?

—¿Cuál es?

—Tengo un miedo irracional a decepcionar a los demás.

Jackson hizo una mueca y se encogió de hombros.

—Tendrás que decepcionar a algunas personas si quieres encontrarte a ti misma.

—¿Merece la pena?

—Sí —contestó con firmeza—. Siempre merece la pena y aquellos que te quieran de verdad seguirán a tu lado. Los que no, no se merecían estar en tu vida.

—¿Tú te has encontrado, Jackson? —le pregunté con curiosidad.

—No. —Negó con la cabeza y jugueteó con la pulsera de la muñeca. La miré y leí lo que ponía: «Momentos poderosos»—. No sé si queda algo que encontrar.

Estaba segura de que se equivocaba, pero se le tensó el cuerpo y supe que era mejor dejarlo ahí.

—Debería irme ya —dije y carraspeé. Asintió y se levantó—. Gracias por lo de esta noche. De verdad.

—No ha sido nada. Siento ser tan borde a veces.

Sonreí y, de camino a la puerta, le di las gracias otra vez. Nuestros brazos se rozaron y sentí un escalofrío por todo el cuerpo.

—Buenas noches, Gracelyn.

—Buenas noches, Jackson.

Mientras me iba, todavía sentía el calor de su piel.

—¿Grace? —me llamó una voz chillona, y cuando me di la vuelta, suspiré mentalmente al ver quién era.

—Hola, Charlotte. Hola, chicas —saludé a la reina del cotilleo y a su grupito de seguidoras—. ¿Qué tal?

—Nada, venimos de la noche de chicas. Vamos a por un helado. No teníamos postre, puesto

que no trajiste el pastel de manzana. Por cierto, no quiero ser cotilla. —«Dios, allá vamos»—, pero ¿acabo de verte con Jackson Emery?

Parpadeé, sin saber cómo responder. Era obvio que nos había visto, si no, no habría dicho nada.

—Sí, nos hemos cruzado.

—Ya veo. —Me dedicó una sonrisa llena de malicia y se mordió el labio inferior mientras las demás se reían y murmuraban—. Bueno, ya sabes lo que dicen de él, es de piedra, incluso en las partes bajas, no sé si sabes a lo que me refiero, seguro que sí. —Soltó una risita.

Le dediqué una sonrisa falsa.

—No, no lo sé, Charlotte. —Empecé a sudar por rincones que no debería, aunque disimulé lo mejor que pude.

—Solo digo que lo entiendo. A veces, una chica necesita un descanso. No debes avergonzarte por haberlo hecho con él. Es una persona horrible, pero es innegable que deja sin aliento cuando se quita la camiseta en el taller.

—Sus abdominales tienen abdominales —añadió una de las chicas.

—No tenéis ni idea de qué habláis —dije y traté de no perder los nervios.

—Tranquila, cielo. Tu secreto está a salvo con nosotras. —Me guiñó un ojo antes de marcharse seguida de su grupito de mujeres, con sus tacones y su falsa simpatía.

Se me formó un nudo en la garganta que intenté tragar.

Los rumores sobre Jackson Paul Emery y sobre mí empezaban a circular y no me traería nada bueno que salieran de boca de Charlotte.

Ya casi escuchaba la voz de mamá al decirme «te lo dije».

—Te lo dije —refunfuñó mamá detrás de mí cuando nos sentamos en la iglesia el domingo por la mañana.

La gente murmuraba sobre mí, pero ahora también pronunciaban el nombre de Jackson.

Tenía ganas de vomitar, pero no lo hice. Mantuve la cabeza alta sin vacilar. «Finge hasta que te lo creas, Grace». Todavía no me sentía del todo cómoda en aquella aventura de ser yo misma, pero sabía que cualquiera que se sentara detrás de mí iba a juzgarme, me acostase con Jackson o no, porque era lo único que sus mentes cerradas sabían hacer: hablar de los demás.

—¿Estás contenta? —me preguntó mamá—. ¿Estás orgullosa de lo que dicen?

Respiré hondo.

—Me da igual.

—¿Perdona? —exclamó, anonadada.

Miré cómo mi padre daba su sermón y me encogí de hombros.

—He dicho que me da igual. No me importa lo que piensen de mí.

—Pues eres idiota.

—Silencio, mamá, o te perderás algo importante. Papá predica para nosotras.

Se sentó erguida, con la vena del cuello a punto de estallar, pero no dijo nada más.

Por primera vez le había plantado cara y mentiría si dijera que no había sido maravilloso y

aterrador a la vez.

Movía el pie a toda velocidad mientras trataba de mantener las emociones a raya. Judy me puso una mano en la rodilla.

—¿Estás bien? —preguntó en un susurro.

—No. —Puse la mano sobre la suya y la apreté—. Pero estoy en ello.

Para encontrarse a una misma, a veces hace falta decepcionar a algunas personas, incluso a los padres.

Capítulo 22

Jackson

—¡Mantente alejado de mi hija! —siseó Loretta Harris al entrar en el taller el martes por la tarde—. ¡No es una mujer más de la que puedas aprovecharte en tus retorcidas «sexcapadas»!

La miré, se me escapó un profundo suspiro y seguí trabajando en el coche que tenía delante.

¿Acababa de decir «sexcapadas»?

Tenía una nueva palabra favorita.

—A menos que traigas un coche, te aconsejo que te vayas —mascullé y saqué una llave inglesa de la caja de herramientas.

Cruzó la estancia taconeando y se puso las manos en las caderas.

—Lo digo en serio, salvaje. ¡Deja en paz a Grace o verás!

—¿O veré? —Arqueé una ceja—. No respondo bien a las amenazas.

—Yo no respondo bien a la gente que se mete con mi familia.

—Nadie se mete con nadie, alteza —me burlé—. Ahora, por favor, lárgate.

—¿Qué quieres de mi hija? ¿Intentas vengarte de mí?

Presioné las manos contra el coche y la miré. Tenía los mismos ojos que su hija, pero estaban llenos de odio.

—¿Por qué cojones querría vengarme?

—Por aquella vez que viniste a verme de niño para pedirme ayuda.

Estiré la pulsera. «Respira hondo».

—No tengo tiempo para esto. —Me froté las manos en los vaqueros y me di la vuelta—. Sabes donde está la salida.

—Mantente alejado de mi hija o te arrepentirás.

—De nuevo —rugí y estiré la pulsera—, no me gustan las amenazas.

—No es una amenaza, es una promesa. Si no sales de la vida de Grace, te haré sufrir.

Arqueé una ceja.

—¿Qué diferencia habrá con la forma en que me habéis tratado todos estos años?

—Escucha...

—No, escucha tú —dije entre dientes y me acerqué a ella—. No tienes derecho a entrar en mi

taller a exigirme nada. No me digas lo que tengo que hacer ni cómo hacerlo, ¿está claro? Es mi vida y no tienes ningún control sobre ella. Sé que estás acostumbrada a que todos te sigan como perritos falderos, pero yo no soy una de tus mascotas, ¿queda claro? Cuando me digas que salte, no te voy a preguntar cuánto, así que déjate de amenazas vacías y sal de mi vista.

—Ojalá no hubieras vuelto después de los años que pasaste en rehabilitación.

—Deberías haberle rezado más a tu querido dios.

Le tembló el labio inferior, el único signo de debilidad que Loretta Harris se permitía mostrar. Luego metió la mano en el bolso y sacó un talonario.

—¿Cuánto?

—¿Cómo?

—¿Cuánto quieres? Te pagaré lo que sea para que dejes en paz a Gracelyn Mae.

—¿Así es como consigues lo que quieres? ¿Con un cheque? —bufé—. No quiero tu dinero.

—¿Cuánto? Te compraré las tierras también si así consigo que te vayas del pueblo con el desgraciado de tu padre.

—No te atrevas a hablar de mi padre —gruñí. Por mucho que lo odiara, una Harris no tenía derecho a insultarlo—. Lárgate.

—Jackson...

—¡Fuera!

—¡Pero aléjate de ella! —gritó y tembló. Nunca la había visto así. Parecía aterrorizada.

—¿Qué te da tanto miedo? —pregunté y entrecerré los ojos—. ¿Te asusta no ser capaz de controlarla como hacías antes?

—No tienes ni idea de lo que hablas, pero déjala en paz. Te lo juro, Jackson, si no lo haces, te arruinaré la vida.

—¿Qué vida? —le pregunté. Nada en mi existencia podía llamarse «vida»—. Es la última vez que te lo pido: sal de mi puñetero taller.

Se dio la vuelta para irse y la llamé una última vez.

—No soportas no controlarla, ¿no es cierto? —Levantó una ceja y seguí—. En vez de atacarme a mí, deberías ir a por el cabrón que le rompió el corazón y dejó embarazada a su mejor amiga. Eres leal a quien no debes.

En ese momento, mi padre entro en el taller y se encontró de frente con Loretta. Llevaba una botella de *whisky* en la mano e hizo una mueca antes de hablar.

—¿Qué cojones haces en mi propiedad?

—Marcharme —dijo ella—. Qué ganas tengo de que te vayas de este pueblo con tu hijo y dejéis de dar problemas.

—Vete a la mierda —gritó papá y le lanzó la botella, que se estampó en la pared.

—¡Hostia, papá! ¿Has perdido la puta cabeza?

—¿Y tú? ¿Cómo dejas a esta mujer entrar aquí? —Gruñó y se tambaleó hacia los lados.

—Veo que de tal palo, tal astilla —comentó Loretta—. Cuando estés listo para vender esto, llámame. Mientras tanto, no te acerques a mi hija. —Salió hecha una furia. Ahora me tocaba lidiar con el desastre que era mi vida.

—Putá —masculló papá, luego me miró—. Necesito que hagas la compra —me pidió antes de darse la vuelta para marcharse otra vez a su casa—. Y compra más *whisky*.

Odiaba ir al supermercado, siempre había gente dando vueltas como si no tuvieran nada más que hacer. Cuando cambié de pasillo para buscar la mantequilla de cacahuete, me detuve al ver a Grace y sentí una punzada en el pecho.

Debería haber apartado la mirada, pero no lo hice. No pude.

Caminaba nerviosa mientras la gente la paraba para decirle algo cada dos pasos. No se daban cuenta de lo incómoda que estaba, o sí lo hacían, pero les daba igual.

Respondía con elegancia, abrazaba a todas las personas que la detenían y les sonreía con amabilidad, pero esos gestos no importaban. Eran su lenguaje corporal y sus movimientos los que la delataban. Tenía los hombros en tensión y tamborileaba los dedos en el carrito. La sonrisa que esbozaba era la más falsa que había visto.

En cuanto se despedía de alguien, otra persona aparecía a cotillear. Las preguntas que le hacían eran ofensivas e indiscretas, pero Grace se manejaba de maravilla, mejor de lo que lo haría yo.

Hacía honor a su apellido y al papel de princesa que le tocaba interpretar.

Cuando se alejó, los escuché soltar una sarta de comentarios y mentiras.

Me costó mucho no lanzarme sobre las personas de la tienda. Tal vez mi padre y yo nos merecíamos los comentarios malintencionados. Éramos tan mezquinos y desagradables que nos habíamos ganado el odio del pueblo, pero ¿Grace?

No había hecho nada malo.

Quería decir algo, pero no sabía qué. No sabía cómo empezar una conversación, sobre todo con ella, pero quería intentarlo.

—Me sorprende que no vayas a comprar huevos —dije al acercarme a ella en el pasillo de los congelados.

Luego me di cuenta de lo patético y cursi que había sido el comentario. «Esfuézrate más, Jackson».

Casi le dio un infarto cuando se giró con un bote de helado en las manos.

—Dios, Jackson, qué susto.

—Perdona, no era mi intención.

Sonrió y me alegró ver que no era una sonrisa falsa.

¿Por qué me alegró?

No debería importarme.

Aun así, sonrió y lo aprecié.

—No es culpa tuya. Me alegro de verte. Lo cierto es que estaba pensando en ti. Te vi leyendo *Una canción salvaje*, de Victoria Schwab, hace unas semanas, así que me compré un ejemplar. Es maravilloso.

—Espera a leer la segunda parte de la bilogía, *Un dueto oscuro*. Es de mis favoritos.

—Me fascina que te guste tanto la literatura juvenil —confesó—. No te imaginaba como ese tipo de lector.

—¿Qué te imaginabas?

—No sé. —Se encogió de hombros—. ¿Terror?

Ambos sonreímos y se formó un silencio incómodo.

—¡Ah! —Se aclaró la garganta y se balanceó sobre los talones—. Se me olvidó contártelo, ya sé cómo me gustan los huevos.

—¿No me digas? ¿Cómo?

—En una tarta.

Me reí.

—Me encanta cuando haces esas cosas —añadió.

—¿Qué cosas?

—Reír, sonreír, cualquier cosa menos fruncir el ceño.

No respondí, pero me gustaba cómo me hacía reír y sonreír.

—Tu madre se pasó por el taller para charlar un rato —le corté y torció el gesto.

—Dios, no sé que te habrá dicho, pero conociendo a mi madre, seguro que te debo una disculpa.

—No pasa nada. Se puso un poco protectora.

Levantó una ceja.

—¿Te amenazó?

—Solo cuatro o cinco veces.

—Diría que fue suave contigo.

—A lo mejor se ha ablandado con la edad.

En ese momento, alguien pasó junto a nosotras e hizo un comentario reprobatorio sobre que estuviéramos juntos en público. Grace se tensó.

—Los he escuchado hablar sobre ti y tu relación con tu marido —dije.

Asintió.

—Sacar a la luz que mi marido era infiel no me trajo la atención deseada. Mi madre me echó un buen sermón por comportarme de manera tan vulgar. Ahora los cotillas pasan los días en busca de carne fresca. Supongo que no lo pensé bien. Me dejé llevar por el momento.

—A veces hay que hacerlo.

—Sí, pero no ayuda que hace poco me vieran salir de tu casa y que ahora piensen que... —Calló y se sonrojó—. Que hacemos lo que hacemos.

—¿Te molesta que lo sepan?

—No, es cosa nuestra. Me molesta la falta de tacto de la gente. Ahora dicen que tanto Finn como yo fuimos infieles y les encanta comentarlo. Se comportan como si no oyese lo que dicen cuando me voy, pero lo hago.

—Siempre lo haces.

—¿Sabes qué es lo peor? Cuando tienen el descaro de decírmelo a la cara. Hoy mismo, una mujer me ha dicho que tal vez Dios me bendeciría con un niño si volviera con mi marido y dejara de acostarme con malas influencias. ¿Te lo puedes creer? Así, sin más, y después de revelar que Finn ha dejado a Autumn embarazada. Pero ha oído que me acuesto contigo y eso es lo único que importa.

—Odio a la gente —espeté. Me ardía la sangre.

¿Por qué alguien le diría algo así?

¿Por qué la gente era tan cruel?

Entonces, me acordé de todas las cosas desagradables que le dije cuando llegó al pueblo. No era mejor que los demás.

—No importa, de verdad. Lo superaré. Podría ser peor, podría ser como ellos. —Sonrió. Su sonrisa era preciosa—. ¿Sabías que te llaman el reparador?

—¿El qué?

—Reparador, y no solo porque repares coches.

Levanté una ceja, nunca había oído ese apodo.

—Por favor, cuéntame más.

—Se rumorea que, después de acostarse contigo, las mujeres arreglan los problemas que tenían en sus vidas, ya fuera en sus relaciones, en el trabajo o de autoestima. Como si tu destreza sexual tuviera el poder de reparar todos los problemas conocidos por el ser humano.

—No todos los héroes llevan capa. —Sonreí—. Solo trato de hacer de Chester un lugar mejor, de vagina en vagina.

—Una cosa te digo, si mantenemos este ritmo, vas a reparar mi vida en unas semanas. —Sonrió y se mordió el labio inferior.

Dejaba sin aliento y ni siquiera lo sabía.

—Podemos subir el ritmo todo lo que quieras, estoy dispuesto a ayudarte.

—No hagas promesas que no puedas cumplir.

—Créeme, princesa —susurré y me incliné—, siempre cumplo mis promesas.

Me encantó cómo su cuerpo reaccionó al acercarme. Entonces, recordé dónde estábamos y comprendí que tocarla, aunque solo fuera un roce, no era buena idea.

Se mordió el labio y miró a un grupo de personas que nos observaban. Parecíamos el *reality show* favorito del pueblo.

—Se lo pasan en grande con solo vernos hablar.

—Si quieres, me voy —me apresuré a decir. No quería que la torturasen más por mi culpa.

—No, da igual. Ya nos acostamos, ¿no? Estoy cansada de cambiar mi vida para encajar con las expectativas de los demás.

—¿Un nuevo descubrimiento? —pregunté.

—Al parecer descubrirse a una misma es bastante divertido. Si quieren cotillear, adelante, pero no dejaré de hablar contigo ni me avergonzaré de nada. Somos dos adultos que hacen cosas de adultos. Qué importa que les demos más material para inventar historias.

—Cuidado. Una vez te juntas con la oveja negra del pueblo, tu lana se oscurece.

—Mi lana ya ha cambiado. Me arriesgaré a hablar contigo. Pero ¿siempre es así para ti? ¿Siempre te miran así?

—Sí, pero te acostumbras. Muy pocas veces me molesta.

—¿Cuándo?

—Cuando hablan de mi padre o, peor aún, de mi madre.

Me dedicó una mirada amable e hice un gran esfuerzo para no hundirme en el azul de sus ojos.

—Creo que te debo una disculpa —dijo y me miró—. Antes de conocernos, tenía una idea preconcebida de quién eras. Me dabas miedo por los rumores que corrían por el pueblo. Había escuchado historias terribles sobre tu padre y sobre ti y me siento fatal por haberlas creído.

—No pasa nada, no tienes que disculparte. Gran parte de lo que te han contado es cierto. Además, seguro que recuerdas la primera vez que nos vimos. Puedo ser un capullo.

—Sí, pero un capullo majo —apuntó.

—Eso no existe.

—Desde luego que sí.

—Además, yo también te juzgué. Me había formado la idea de que eras una persona horrible antes de conocerte.

—¿Por qué me odiabas tanto?

Esa pregunta era fácil de responder.

—Porque es lo que me han enseñado.

—¿Todavía me odias?

—No. ¿Todavía me tienes miedo?

—No —respondió.

—Lástima. Esperaba conservar la imagen de monstruo por aquí.

—No te preocupes. —Señaló a un grupo de chicas a nuestra izquierda que murmuraban—. Seguro que muchos todavía piensan que eres un engendro de Satán.

—Eso espero, tengo una reputación que mantener —añadió y se rio.

Me gustaba cuando se reía.

—Si quieres mantener tu reputación, deberías dejar de hacer eso.

—¿El qué?

—Sonreír.

Fruncí los labios en una mueca dramática. Antes de decir nada más, vi a un hombre que nos grababa con el móvil por el rabillo del ojo y lo escuché llamar a Grace «zorra puritana».

Ella también lo oyó y se dio cuenta de cómo me tensé.

—Ignóralo, Jackson —susurró.

Al parecer, se le habían olvidado las normas de Chester.

Ella era la chica buena.

Pero ¿yo?

Yo era el monstruo.

Sin pensármelo dos veces, me acerqué al hombre, le arranqué el móvil de las manos y lo partí en dos. Luego tiré los trozos en el carrito que empujaba y lo fulminé con la mirada.

—Haz algo —lo amenacé con los brazos cruzados—. Vamos, atrévete.

Abrió los ojos aterrorizado y se marchó empujando el carrito.

Volví con Grace, que me miraba atónita.

—No sabía que los teléfonos se pudiesen partir así.

—Ya, yo tampoco —respondí con sinceridad.

—Debería regañarte por lo que acabas de hacer, pero la verdad es que me ha sentado de maravilla.

—A mí también.

—Es raro —añadió.

—¿El qué?

—Que mi príncipe azul sea la bestia para el resto del mundo.

Capítulo 23

Grace

Cada día que pasaba era como un sueño mezclado con una pesadilla. Veía a Autumn y a Finn casi siempre que salía de casa y, cuando no lo hacía, pensaba en ellos. Mi cabeza se esforzaba mucho por acabar conmigo, pero los libros y Jackson eran una gran distracción.

Aun cuando el mundo era oscuro, las palabras de los libros seguían ahí. Así sabía que siempre habría luz, incluso en los peores días. A menudo me preguntaba si esa también era la razón por la que Jackson leía, para encontrar unos momentos de luz.

Cuando llegué a El Silencio, Jackson estaba en su esquina y, al levantar la vista, sonrió y le apareció el hoyuelo. Ojalá a partir de entonces siempre sonriera al verme.

Le devolví la sonrisa y fui hasta mi rincón. Cuando llegué, había un libro en la mesa con una nota encima. La novela era *El odio que das*, de Angie Thomas y la nota decía:

Creo que te gustará, princesa.

Oscar

Pasé los dedos por la cubierta y me senté a leer durante lo que me parecieron horas. Las palabras me atraparon sin intención de soltarme y el corazón se me aceleró. Se sabe que un libro es bueno cuando no te das cuenta de que ha anochecido y ya no queda luz. Me quedé hasta la hora de cierre y, cuando salí al rellano, me encontré con Betty, la madre de Josie.

Se parecía mucho a su hija, tenía los mismos ojos amables. Me señaló al verme.

—Llevas ahí un buen rato, eso significa que era un buen libro.

—Mejor que bueno —respondí y lo abracé mientras los ojos se me llenaban de lágrimas—. Es una de esas historias que te dan ganas de gritar.

Era la clase de libro que te atravesaba el pecho y que, aunque quisieras soltarlo para descansar un rato, al final seguías pasando las páginas para saber cómo continuaba la historia, en vez de preocuparte por algo tan banal como respirar.

Jackson tenía razón: me encantó.

—Vi a Jackson dejártelo en la mesa —comentó mientras me cobraba—. ¿Sois amigos?

—No. Pero tampoco enemigos.

Suspiró.

—Es un buen hombre.

Era la primera persona a la que escuchaba decir algo así de Jackson.

—Está roto —siguió—, pero es bueno.

No me sacaba de la cabeza la idea de que las cosas rotas podían ser buenas.

—Empiezo a verla. La bondad —le dije.

—Su madre estuvo en el mismo accidente de coche que mi marido la noche de la tormenta.

¿Lo sabías?

—Dios, no, no tenía ni idea.

—Sí. Solo era un crío cuando la perdió. La adoraba y ella a él. Cuando murió, una parte de él se fue con ella. Es triste. Vi al niño tímido del pueblo convertirse en la oveja negra. La quería más que a nada y perder a alguien tan cercano es más que suficiente para oscurecer el corazón de una persona. Por eso, significa tanto para mí que venga a la librería. Aunque no hable conmigo ni me deje acercarme demasiado, es como si lo vigilase. Seguro que es lo que su madre hubiera querido. Es lo que querría para Josie si alguna vez me pasa algo. Alguien que cuidase de ella.

—Eres una buena persona, Betty.

Sonrió.

—Y él también.

—¿Te parece bien si le dejo un libro para mañana? —pregunté.

—Por supuesto, cielo. No lo moveré.

Volví a entrar en la zona silenciosa y busqué un libro para Jackson. Repasé mentalmente los que había leído, los que habían hecho que se me acelerase el corazón y me pregunté cuál le causaría el mismo efecto.

Acabé con los dedos sobre el lomo de *Largo descenso*, de Jason Reynolds.

Aquella historia me tuvo en vela toda una noche.

Lo cogí, le pegué una nota y escribí:

*Está escrito en verso
y te hará sentir cada palabra.*

Princesa

Seguimos pasándonos notas y libros. Era agradable escapar de la realidad al mundo de las novelas. Además, Jackson tenía un gusto fantástico para los libros, lo que facilitaba que las historias me atrapasen. Siempre que encontraba una nota, sentía que estaba a punto de vivir una aventura. Aunque las únicas palabras que intercambiábamos estaban escritas en trozos de papel, aprendía mucho de aquel hombre solitario.

Por fin veía de cerca a la oveja negra del pueblo y él a mí.

Este te hará daño.

Deja que lo haga.

Oscar

*Este te curará.
Deja que lo haga.
Princesa*

*Esta heroína me recuerda a ti.
Llora en todas las páginas.
Oscar*

*Este héroe es un capullo.
¿Sois parientes?
Princesa*

*El último libro que me dejaste
era la hostia de triste.
¿La niña buena del pueblo tiene
en realidad un alma oscura?
Me ha encantado. Ahora lee este, es aún peor.
Oscar*

*GUAU
Cinco estrellas.
¿Más así, por favor?
Princesa*

*Te vi hoy en la pastelería.
Tenías la mirada triste.
Con este libro te aseguro que te reirás.
Oscar*

Había reparado en mí cuando yo ni siquiera lo había visto. Me hizo pensar en todas las veces que iba con Tucker en brazos o paseaba sin saber que lo miraba.

¿En cuántas ocasiones nos habríamos observado en secreto?

Empecé a leer el libro que me había dejado. Tenía razón, me hizo reír como una tonta. Otros clientes me chistaron para que me callase porque me reía demasiado alto, pero no podía evitarlo. A veces, lo mejor para un corazón triste es un libro que te saque una carcajada.

Sabía que en los próximos capítulos me resultaría imposible no reírme, así que me marché a casa leer para no molestar a nadie.

Mientras cruzaba la sala, pensé en los personajes de la novela y me seguí riendo en voz baja. Cuando pasé junto a Jackson, me miró.

Le dediqué media sonrisa y abracé el libro contra el pecho.

—Gracias —articulé.

Me devolvió otra media sonrisa y asintió antes de bajar la mirada para seguir con su libro.

Una media sonrisa de Jackson Emery brillaba mucho más que una sonrisa de oreja a oreja de cualquier otra persona.

Capítulo 24

Jackson

Grace era todo lo contrario a lo que me habían enseñado a pensar de ella. Era amable, cariñosa y divertida; no tenía nada que ver con la mujer altiva, grosera y desconsiderada que esperaba que fuera.

Era lo que más me costaba aceptar.

Descubrir que no has hecho más que malgastar energía en despreciar a alguien que ni siquiera existe es toda una lección de humildad.

Gracelyn Mae Harris estaba aprendiendo a conocerse a sí misma mientras yo aprendía a dejar de juzgarla por quien había creído que era.

Era rara, valiente y estaba rota, aunque completa. Nunca me había cruzado con alguien así.

La verdad era que me gustaba.

Eso también era extraño. No sabía qué significaba porque nunca entendía el caos de mis sentimientos.

Los días siguientes, hice lo posible por dejar de pensar en ella. Si algo había aprendido sobre los sentimientos era que no tenían ningún sentido. Me mantuve ocupado en el taller. Cuando tenía la cabeza metida en el motor de un coche y la música sonaba a todo volumen en los auriculares, me olvidaba del mundo que me rodeaba.

Conseguía dejar de pensar en sus ojos por un instante.

Al oír la campanilla de la puerta principal, me quité los auriculares y levanté la cabeza. Había un hombre con traje que llevaba las manos en los bolsillos. Tucker se le acercó, sin dejar de mover el rabo, para saludar al desconocido.

El hombre lo apartó con la pierna y le dijo que se largara.

Me tensé.

Ya me caía mal.

Me acerqué y arqueé una ceja.

—Está cerrado.

—El cartel dice que está abierto.

—Ya, pero has empujado a mi perro, así que está cerrado. Márchate y llévate tu coche de mierda a otra parte.

—No vengo por mi coche, vengo por Grace. Soy su marido, Finn.

—Me da igual —contesté con sequedad.

—¿Cómo?

—Que me da igual quién seas. Has empujado a mi perro, así que vete a la mierda.

—Ese perro tiene los días contados. Es muy probable que le haya hecho un favor.

—¿Tienes ganas de morir hoy o es que eres gilipollas? Vete.

No se fue.

—Quiero que te alejes de Grace.

—Ya me cansa que la gente venga aquí a decirme qué hacer.

Finn parecía justo el tipo de imbécil con el que Grace se casaría. Su forma de andar mostraba que tenía dinero, y el traje que llevaba debía de costar más que todo mi armario junto. Si la princesa tenía que enamorarse, sería de aquel caballero de brillante armadura. No nos parecíamos en nada.

Me preguntaba cómo había acabado conmigo.

—Escucha, estamos en proceso de arreglar lo nuestro.

—Te follaste a su mejor amiga. Creo que no hay nada más que decir.

Entrecerró los ojos.

—No te comportes como si supieras toda la historia, solo conoces algunos capítulos.

—No me importáis ni la historia ni tú.

—Te has metido en su cabeza. Su familia está preocupada y yo también. No parece ella misma.

—A lo mejor eso es bueno.

—No lo es —espetó. El comentario le había molestado—. No es ella misma. Nunca se enamoraría de alguien como tú.

—¿Alguien como yo?

—Ya sabes... —Se calló y se encogió de hombros—. No eres su tipo.

—Le gustan más los cabrones infieles.

—No te comportes como si nos conocieras a mí o a mi mujer. Hemos pasado por más de lo que imaginas. Así que hazme un favor y déjala en paz.

—No.

Arqueó una ceja.

—¿Perdona?

—Es adulta. Toma sus propias decisiones. Ahora márchate de mi taller antes de que no puedas hacerlo por tu propio pie.

Silbó.

—Menudo temperamento. Muy bien, ya me voy. Pero si eres inteligente, te alejarás de Grace.

—No se me conoce por ser el más listo de la clase —añadí con desdén.

Asintió y se dio la vuelta para irse. Antes de salir, miró a Tucker.

—Deberías plantearte sacrificar a esa cosa. Es inhumano dejarlo con vida en ese estado.

Abrió la puerta y se marchó, pero sus palabras me calaron hondo.

Me acerqué a Tucker, que estaba en su cama, y le acaricié la cabeza.

—Eres un buen chico, Tuck —dije y le rasqué detrás de las orejas. Se me quebró la voz al

observar lo cansado que estaba.

«Eres un bueno chico».

Cuando acabé en el taller, fui a casa de mi padre a ver cómo estaba. Los últimos días había estado tranquilo, lo que significaba que estaba borracho o, bueno, muy borracho.

Al entrar, lo encontré sentado en el sofá, cenando, mientras veía la tele con una lata de cerveza en la mano. Lo único que le interesaban eran las noticias porque le recordaban por qué odiaba el mundo.

Me oyó, pero ni me miró ni me saludó. En realidad, nunca lo hacía. No teníamos una relación padre e hijo en la que hablásemos mucho. Por lo general, nos gruñíamos el uno al otro y nos recriminábamos lo tocachuevos que éramos.

—Esa chatarra sigue en mi taller —protestó con la boca llena y dio un trago de cerveza—. Han pasado semanas y el coche de esa zorra sigue allí.

Hice una mueca.

—No la llames zorra.

Me miró y entrecerró los ojos. Habló con la voz tan grave que sonó como un rugido.

—¿Quién cojones te crees que eres para decirme qué hacer? No olvides de quién es esta casa, chico.

Le encantaba decir eso, también sobre el taller y la cabaña de al lado. Le gustaba sentir que era el dueño de todo lo que teníamos. De lo que nunca se percataba era quién pagaba las facturas, quién llevaba el negocio ni quién limpiaba la casa. Lo único que hacía era beber y ver las noticias.

No era una persona, era un muerto viviente.

—No te lo voy a repetir, saca ese coche del taller —me ordenó, pero sus palabras no significaban nada para mí. No tenía la determinación ni la ética de trabajo suficientes para mover el coche por sí mismo.

Perro ladrador, poco mordedor. No era más que un viejo amargado con un corazón que ya no latía.

Se lo tenía que agradecer a mi madre.

—¿Es que no sabes lo que esa gente le ha hecho a esta familia? Nunca nos ayudaron, ni una vez. Nos han hecho pasar un infierno.

—Lo sé. —¿Él sabía la verdad? ¿Sabía que Grace lo había arrastrado por todo el pueblo para ponerlo a salvo? ¿Sabía que lo había duchado, limpiado su casa y sentado a su lado para asegurarse de que no se ahogaba en su propio vómito?

¿No se daba cuenta de lo azules que eran sus ojos cuando lloraba y de cómo temblaba cuando se asustaba?

¿No veía que era mucho más que una Harris? ¿Que a ella también le habían hecho daño y había pasado por su propio infierno?

Cerré los ojos.

Ahí estaba otra vez, dentro de mi cabeza.

¿Por qué no dejaba de pensar en ella?

«Supéralo, Jackson».

Me acerqué a la nevera y la abrí. La comida que había comprado ya no estaba.

—Tienes que avisarme cuando se te acabe la comida.

—No tengo que decirte una mierda —contestó y me hizo un corte de manga. Se lo devolví.

«De tal palo, tal astilla».

—¿Es cierto? —preguntó.

—¿El qué?

—Los rumores de que te has acostado con ella.

Se me tensó todo el cuerpo.

—¿Qué acabas de decir?

—¿Es cierto que te estás follando a una Harris?

No respondí, no merecía una respuesta. No era asunto suyo lo que hiciera o dejara de hacer.

Se levantó y se acercó despacio.

—Aléjate de esa familia.

—No me digas lo que tengo que hacer —gruñí, cada vez más enfadado.

—¿Pues claro que te lo voy a decir! Eres mi hijo y vives en mi propiedad. Harás lo que te diga. Aléjate de esa chica —gritó y me empujó.

—Papá, no me toques.

Volvió a empujarme.

—¿Qué vas a hacer, eh? ¿Vas a pegarle a tu padre? ¿Vas a defenderte? —espetó y chocó contra mí. Respiré hondo y apreté los puños—. ¡Pégame, Jackson! ¡Pégame!

A pesar de todo, no le hice nada. Jamás le había puesto la mano encima a mi padre, no importaba cuántas veces me hubiera hecho pasar por aquello. Si lo hacía, sería tan ruin como él.

—Estás borracho.

—Te gusta, ¿no es así?

—¿Qué?

—Joder —refunfuñó atónito—. ¿Te has pillado de una Harris? No debería sorprenderme, eres débil. Eres un trozo de mierda y un pusilánime. No debería sorprenderme que te acuestes con una Harris. No eres más que un miserable.

—Cállate.

—Eres imbécil si crees que de verdad querrá estar contigo.

—Deja de hablar —exclamé, pero no lo hizo. No podía.

—Nunca te elegiré, Jackson. La gente que vive en el paraíso no se enamora de la que está en los suburbios. ¿De verdad crees que se enamorará de un monstruo?

—Déjame.

—No. ¿En serio piensas que querrá estar con alguien como tú? ¿Un miserable? ¿Escoria humana? ¿Un monstruo?

—No soy un monstruo.

—Sí lo eres. Lo has heredado de tu viejo.

—No me parezco en nada a ti.

—No, eres peor. —Respiró hondo—. Yo trato a todo el mundo como una mierda porque soy un puñetero borracho. ¿Cuál es tu excusa?

Se alejó hacia su habitación. Cerré los ojos y respiré despacio.

—Aléjate de la chica Harris. Te lo advierto.

Inspiré hondo y tiré de la pulsera. Miles de pensamientos me abordaron la mente a la vez que intentaba aclararme. Era lo peor, la única persona que de verdad me afectaba y me hacía dudar de mis decisiones.

«Quiero meterme».

El corazón me latía deprisa, se me nubló la vista y caminé en círculos.

«Quiero meterme».

Estiré la pulsera.

«Momentos poderosos, Jackson. Sé fuerte».

Mi padre era mi peor pesadilla. Odiaba que, al mirarlo a los ojos, me viera reflejado en ellos.

«Quiero meterme».

—¡Mierda! —grité.

Me pasé las manos por el pelo y me senté en el sofá de mi padre. Zapateé la madera y saqué el móvil. Busqué entre viejos contactos a alguien que me diera algo con que colocarme y joderme.

Es lo único que era para mi padre. A lo mejor tenía razón.

«Quiero meterme».

Marqué el número. Lo escuché sonar y, cuando la voz contestó, tragué saliva.

—¿Diga?

Suspiré.

—Hola —susurré con un nudo en el estómago—. Te necesito.

Capítulo 25

Grace

La voz de Jackson al teléfono sonaba quebrada, y en solo unos segundos me calcé los zapatos.

Cuando llegué a su casa, no dijo ni una palabra. Me besó con intensidad. Un beso largo y profundo, como si no me hubiera besado antes.

Me quitó la camisa por la cabeza y, con un movimiento rápido, me desabrochó el sujetador. Nuestros cuerpos se enredaron, se puso sobre mí y me penetró. Casi grité por la forma en que me dominó. Con cada embestida sentía que un fragmento de su alma se entrelazaba con la mía. Sabía que aquella tarde estaba atormentado, pero aun así disfruté de la sensación. Yo tampoco había tenido un buen día. Lo necesitaba dentro de mí, necesitaba que fuera duro, rápido, doloroso...

Me agarró por las muñecas y me sujetó los brazos sobre la cabeza mientras embestía con más fuerza. Gemí su nombre cuando alcancé el clímax. Estábamos cubiertos de sudor y llenos de emociones contradictorias cuando se inclinó sobre mí y me susurró al oído:

—Te deseo. —Me lamió el lóbulo—. Te necesito. —Se deslizó más profundo y se retiró despacio—. Te deseo —repitió mientras arremetía sin parar y jadeé—. Te necesito.

Arqueé las caderas, suplicando más, consciente de que nunca sería suficiente.

La forma en que nos usábamos el uno al otro era algo más que sexo, más que deseo o necesidad...

Era curativo.

Si nuestros cuerpos no estaban juntos, cabía la posibilidad de que cayéramos en el olvido.

La tristeza que compartíamos era lo único que nos mantenía a flote.

Era extraño cómo dos personas tristes se ayudaban la una a la otra a respirar.

—¿Estás bien? —pregunté mientras me vestía. Estaba sentado con las manos aferradas al colchón.

—Siempre lo estoy —respondió con frialdad.

Me acerqué a él y lo besé en el hombro.

—Sabes que puedes hablar conmigo.

Hizo una mueca y cerró los ojos.

—Yo no hablo.

Suspiré y sentí el peso que Jackson llevaba sobre los hombros. Quería ayudarlo a llevar esa carga, pero no me lo permitiría. Sentía que tenía que cargar él solo con todo en su vida.

Me disponía a hablar, pero Tucker pasó por delante de la habitación, caminando despacio hacia el salón.

—Ha empezado a cojear —susurró Jackson.

—¿Está bien?

Se encogió de hombros.

—Este viejo, ciego de un ojo y apenas puede moverse sin ayuda.

—¿Por eso lo llevas en brazos por el pueblo?

—Le encanta el parque. Aun con todo lo que le pasa, le encanta.

—El otro día te vi con él, cuando lo tenías sobre el regazo.

Asintió y se miró las manos entrelazadas.

—Es muy bueno. Me pregunto si soy muy egoísta por hacerlo seguir con vida, pero... — Respiró hondo y me miró—. Es todo lo que tengo.

—Háblame de él. —Me senté en su regazo y le rodeé la cintura con las piernas.

Separó los labios y apoyó la frente en la mía.

—No sé cómo abrirme con la gente.

—No tienes que hacerlo, solo conmigo.

Antes de contestar, le sonó el móvil. Suspiró, me apartó para responder e hice lo posible por dejarle espacio.

—Hola, Alex, ¿qué pasa? —dijo e hizo una pausa—. ¡No me jodas! No, no pasa nada. Ahora mismo voy. De verdad, no te preocupes. Hasta ahora.

Colgó y de nuevo se hundió bajo el peso de sus hombros.

—Tengo que irme —comentó, recogió la ropa y se vistió.

—¿Va todo bien?

—Sí. Bueno, no. Mi padre es un borracho de mierda y está montando una escena en el taller. Tengo que ocuparme de él.

—Ah, vaya. ¿Quieres que vaya contigo?

Negó con la cabeza.

—No. Si te ve, será mucho peor. Luego hablamos. Cierra la puerta al salir.

Capítulo 26

Jackson

Se había vuelto loco.

Cuando llegué al taller, Alex hacía lo posible por contener la borrachera de mi padre. Eché un vistazo alrededor y vi cristales rotos por todas partes. Al ver el coche de Grace, torcí el gesto. Tenía los cristales destrozados y varias marcas en el capó, seguramente eran producto del bate que Alex intentaba arrancarle de la mano.

—Me cago en la puta —mascullé y corrí hacia ellos—. Papá, ¿qué cojones haces?

—¡Te dije que sacaras esa ch-chatarra de mi taller! —balbuceó entre gritos.

Agarré el bate y lo obligué a soltarlo, luego lo tiré a un lado. Ni siquiera intenté razonar con él, ya le había visto esa mirada perdida antes. Estaba a pocos segundos de desmayarse. Por la mañana, ni se acordaría.

Había dejado el coche de Grace hecho un desastre, pero el mayor problema no era ese, sino que había cargado contra gran parte del taller. Mi enfado crecía mientras arrastraba a mi padre por los brazos para sacarlo de allí. Lo llevé a su casa y lo tiré en la cama.

Farfulló sobre la familia Harris y cuánto los odiaba. Luego me mencionó a mí y lo mucho que le molestaba. Finalmente, perdió el conocimiento.

«Por fin».

Volví al taller, suspiré al mirar alrededor y me llevé las manos a la cabeza. Alex ya había sacado la escoba y barría los trozos de cristal.

—Siento haberte llamado. Se le cruzaron los cables. Estaba trabajando en el coche de Grace cuando, de repente, entró y se puso como un energúmeno.

—Suena exactamente a algo que haría mi padre —comenté con sarcasmo—. No tienes que limpiar, Alex. Ya lo hago yo.

—Tranquilo, no pasa nada.

—Sí que pasa. Nos vamos a gastar mucho dinero en arreglar todo esto. Como siempre, nunca es consciente del daño que causa.

—Necesita ayuda. Ayuda de verdad, o un día terminará... —No acabó la frase, pero supe lo que iba a decir: muerto.

Esa llamada era mi mayor miedo, que alguien me dijera que mi padre había muerto y, a cada

día que pasaba, ese temor parecía más real.

Ayudé a Alex a ordenar un poco el taller y le pedí que se fuera a casa, que ya seguiríamos al día siguiente. Se marchó y me dirigí a casa de mi padre. Me senté en las escaleras del porche y escuché con atención para asegurarme de que no la destrozaba también. Me quedé allí minutos, horas; solo me moví para entrar a comprobar que seguía respirando.

Luego, volví a sentarme en el porche, donde creí que pasaría la noche. No me atrevía a volver a mi casa por miedo a lo que me podría encontrar a la mañana siguiente.

—¿Jackson? —me llamó una vocecita. Levanté la vista de las manos y encontré a Grace frente a mí con una sonrisa amable.

—¿Qué haces aquí? —pregunté.

—Quería ver si estabas bien. Sé que me dijiste que no viniera, pero esperé un tiempo y necesitaba ver cómo estabas.

Suspiré.

—Estoy bien, como siempre.

Hizo una mueca.

—¿Puedo sentarme contigo?

—Si quieres.

Subió las escaleras y se sentó a mi lado. Se quedó en silencio al principio. Tal vez no sabía qué decir o creyó que necesitaba un poco de tranquilidad. Me sentí raro al tenerla ahí, me reconfortaba de una manera que no sabía que necesitaba.

—Odio las manzanas, a no ser que estén cortadas en rodajas —dijo, y ladeé la cabeza para mirarla—. Sé que la magia no existe, pero cuando veo un buen truco, siempre me sorprende. Se me da fatal jugar al Uno, pero al Monopoly te daría una paliza.

—¿Datos aleatorios?

Asintió.

—Para que te sientas cómodo.

Cada vez me gustaba más. Respiré hondo.

—Me gustan el *hip-hop* y el *country* por igual. Canto en la ducha. Como comida mexicana al menos tres veces por semana y, a veces, cuando tengo un mal día, canto «Tubthumping» de Chumbawamba.

Suspiró.

—No sé silbar.

—No sé chasquear los dedos.

—He llorado con todas las películas de Marvel —susurró.

—Todavía lloro cuando veo *El rey león*.

Esbozó el tipo de sonrisa que conseguiría animar a la persona más triste del mundo.

—Creo que eres buena persona.

—Creo que tú eres mejor —añadí. Tragué saliva y me miré las manos—. La vida es más fácil contigo.

—Vaya —dijo en voz baja y ladeó la cabeza—. Es mutuo. ¿Más datos?

—¿Auténticos o tontos?

—Auténticos. Me gusta lo auténtico. Pero creía que no te gustaba hablar de esas cosas.

—No me gusta.

—Pues cuéntame lo que te apetezca.

Respiré hondo y sentí el roce de su brazo, pero no dije nada. Estuvimos un largo rato en silencio, hasta que reuní el valor suficiente para hablar. Fue como si mi cabeza decidiese cuánto abrirme con ella. Hasta ahora, solo habíamos rozado la superficie de las verdades sin llegar a profundizar en ninguna.

—Tucker fue el último regalo que me hizo mi madre —confesé—. Me lo dio unas semanas antes de dejar a mi padre y empezar una nueva vida con otro hombre. Lo recuerdo como si fuera ayer. Mis padres no me habían dejado tener mascotas cuando era más pequeño porque era demasiado joven, pero cuando cumplí diez años, me permitieron tener un perro. Creo que fue por lo mucho que me acosaban en el colegio y porque no tenía amigos. Se sentían mal al verme tan solo. A las pocas semanas, hizo las maletas y se fue.

—¿Cómo te enteraste de que se iba?

—Vi a mis padres discutir en el salón. Se pelearon durante lo que me pareció una eternidad, hasta que él ya no aguantó más. Recuerdo lo derrotado que parecía. Creo que en aquel momento entendió que ella nunca volvería a quererlo. Lo era todo para él, pero que alguien lo sea todo para ti no significa que la otra persona sienta lo mismo. Mi padre salió del salón porque no podía más. Se había dado por vencido y tenía el corazón roto, pero yo solo era un niño que quería que su madre se quedase. Lloré abrazado a ella, me agarré a su ropa y ella me prometió una y otra vez que no se iba para siempre, que nunca me dejaría y que encontraríamos la manera de adaptarnos a la nueva situación. ¿Sabes qué fue lo último que me dijo?

—¿El qué?

—Me besó en la frente, me miró a los ojos y me pidió que cuidase de mi padre.

—Vaya...

—Poco después, supimos lo del accidente con el padre de Josie. Mi madre murió en el acto. No nos dio tiempo a odiarla por abandonarnos antes de tener que llorar su muerte.

—Lo siento mucho, Jackson. No me imagino cómo debe afectar vivir algo así.

Sentí una presión en el pecho y, al contarlo, recordé por qué nunca hablaba de aquello. Los recuerdos eran demasiado dolorosos. Era muy duro volver a enfrentarme a la culpa. Siempre que pensaba en la noche en que murió mi madre, volvía allí; me ahogaba de nuevo.

—A lo mejor, si le hubiera suplicado un poco más, no habría estado en aquella carretera justo en aquel momento. A lo mejor, si la hubiera abrazado más fuerte... —susurré.

Grace negó con la cabeza.

—No fue culpa tuya, Jackson. No fue culpa de nadie.

—Debería haber luchado más para que se quedara.

—No. Esa es una lección que me ha costado aprender. Da igual cuánto le supliques a alguien que se quede. Si quiere irse, se irá, y debemos aprender a dejarlos marchar. Además, no cabe duda de que te quería.

—Era todo mi mundo y, cuando la perdí, Tucker se convirtió en mi mejor amigo. Era como si, de alguna manera, fuera una parte de ella. —Bajé la cabeza y cerré los ojos—. Di algo para cambiar de tema —supliqué—. Lo que sea para que la cabeza no me dé vueltas.

Se aclaró la garganta un segundo y cantó «Tubthumping» de Chumbawamba.

Rompí a reír al instante. Lo necesitaba. La necesitaba a mi lado para alejarme de la

oscuridad.

—Muy oportuna.

—Siento mucho lo de tu madre.

—No pasa nada. Aunque es el principal motivo por el que no creo en el amor.

—¿No crees en el amor? ¿En absoluto?

—No. He visto su efecto cuando uno lo encuentra y en lo que se convierte al perderlo. Mi padre es quien es porque tiene el corazón roto, porque perdió al amor de su vida. Durante meses, ni siquiera salió de la cama. Luego empezó a beber para sentirse mejor. Intentó olvidar a mi madre con la bebida y, cuando no funcionó, bebió más y ahora está... roto.

—¿Cómo era tu padre antes de cambiar?

—Feliz. Es la única palabra que se me ocurre. Tenía una risa profunda, de las que te remueven por dentro y hacen que tú también te rías. Era muy bueno con los coches. Era capaz de reparar cualquier cosa. Me acuerdo de cuando era joven y lo miraba atónito.

—Y ahora es así porque ella le rompió el corazón.

—Exacto. Odio a la persona en la que se ha convertido, odio verlo así porque me enfada todos los días. Ya no sé quién es ese hombre, pero en el fondo no le culpo. El amor de su vida murió en un terrible accidente justo después de decirle que ya no le quería. Si fuera él, también me habría vuelto loco.

—¿Crees que algún día estará bien?

—No lo sé. Lo espero, pero no lo sé. He intentado llevarlo a rehabilitación, pero no quiere ni oír hablar del tema. Le parece una pérdida de tiempo. No importa lo que haga, ella seguirá muerta, esté sobrio o no. Además, seguiría triste, es probable que incluso más.

—¿Crees que los corazones rotos se pueden reparar?

—Sí —respondí sin un ápice de duda—. Solo laten diferente.

—A lo mejor algún día el corazón de tu padre se repara.

Negué con la cabeza.

—Para reparar un corazón roto, la persona tiene que quererlo. Es como el motor de un coche: puedes arreglarlo si empleas tiempo en trabajar con las partes rotas, pero mi padre se ha acostumbrado al dolor. Creo que se siente cómodo con él.

—¿Y tu corazón? ¿Está roto?

—Desapareció el día que mi madre murió.

—Ay, Jackson... —Le tembló la voz y sentí una punzada en el pecho—. Me duele que estés tan triste.

No dijimos nada más, pero se quedó conmigo un buen rato.

Grace no lo sabía, pero, en aquel momento, me sentí feliz por que se quedase.

Necesitaba que alguien se quedase conmigo desesperadamente.

Capítulo 27

Grace

Un lunes por la tarde, me crucé con Finn por la calle y me llamó.

Hice lo posible por ignorarlo, pero no se rindió.

—¡Gracelyn! ¡Grace!

Me rendí y me volví para enfrentarlo.

—¿Qué quieres, Finn? —grité entre susurros para no llamar la atención.

—Creo... —Se pasó la mano por el pelo rapado—. Creo que tenemos que hablar. Sé que estás enfadada, pero seguimos casados. No puedes seguir evitándome.

—¿Te refieres a como tú me has evitado los últimos ocho meses?

—Sé que no llevé bien las cosas y te pido perdón por eso. Todo es muy complicado.

—Autumn está embarazada de ti. Además, me dijo que le contaste que yo te había dejado. ¿En serio, Finley? ¿Así es como convences a las mujeres para que se acuesten contigo? ¿Me conviertes en la mala de la película?

Agachó la cabeza y se encogió un poco.

—He cometido muchos errores, pero intento aprender de ellos y compensarlos. Te debo más disculpas de las que puedo contar y solo quiero que hablemos. He pensado en la terapia de pareja. ¿O podríamos volver a rezar juntos? ¿Te acuerdas de cuando lo hacíamos?

—Sí, luego empezaste a decir que estabas demasiado cansado para arrodillarte conmigo.

—He estado muy perdido, Grace. Te necesito. No me va bien sin ti.

«¿Perdona?».

Me quedé de piedra.

Sus palabras me dejaron perpleja.

—Me das asco —espeté, me di la vuelta y empecé a caminar.

Él solito había destruido nuestra relación y las piezas nunca volverían a encajar.

—¿Por qué te acuestas con él? —preguntó y no lo hizo en voz baja, así que me di la vuelta.

—¿Cómo dices?

—¿Es para vengarte de mí por haberte hecho daño?

—No me creo que lo digas en serio.

—Es peligroso, Grace. ¿Y no le doblas la edad?

—Tiene veinticuatro. No es el doble ni de cerca.

—Pero es básicamente un crío comparado contigo. Además, se acuesta con todas las mujeres del pueblo.

—Mira, ya tenéis algo en común —comenté y puse los ojos en blanco.

—¿De verdad quieres ser otra más para él? No estás siendo inteligente, Grace, ni teniendo cuidado. Alguna de esas mujeres podría haberle contagiado algo. Te podría haber pasado algo.

¿De verdad no se daba cuenta? La ironía de que él, el marido infiel, me hablase de tener cuidado, cuando se había acostado conmigo después de sus incontables aventuras.

—No vamos a hablar de esto.

—Vale, está claro que no vas a hablar conmigo ni con tu madre, pero tienes que hacerlo con alguien. ¿Qué tal Judy? Siempre ha tenido los pies en la tierra. Necesitas alguien con quien desahogarte que no sea Jackson Emery.

—Ya no tienes derecho a meterte en mi vida. Ya no formas parte de lo que hago con mi tiempo, igual que yo no formo parte del tuyo.

Me marché a casa de Judy e intenté olvidar la conversación con Finn.

Era como un molesto picor que no se iba. Lo peor de todo es que vivía en la negación, como si esperase que olvidara su infidelidad sin más, porque debía perdonar todos sus errores por nuestro amor.

Cuando llegué a casa de mi hermana, me quedé un momento en el porche y miré por la ventana. Judy estaba frente a un atril con una cuchara de madera en la mano, como si fuera un micrófono, y hablaba como si lo hiciera para un auditorio lleno de gente. Cuanto más escuchaba, más comprendía lo que hacía: dar un sermón.

Se me aceleró el corazón porque, además, lo hacía de maravilla. Nunca había visto esta faceta suya. Ni siquiera sabía que le interesase predicar.

Cuando se giró hacia la ventana y me vio, soltó la cuchara de golpe. Corrió hacia mí y abrió la puerta de un tirón.

—Grace, ¿qué haces? —preguntó, completamente roja.

—Judy. —La miré con los ojos como platos—. Estabas predicando.

—No, qué va. No predicaba. Me aburría y estaba haciendo el tonto.

Negué con la cabeza.

—Pues parecías y sonabas como una predicadora.

Se le empañaron los ojos y le brillaron esperanzados.

—¿De verdad?

—De verdad de la buena.

Suspiró.

—Es una tontería. Solo pasaba el rato, nada más.

Entré en el vestíbulo y le sonreí.

—Si quisieras hacerlo para algo más que pasar el rato, podría hablar con papá.

—Por favor, no —se apresuró a decir—. No merece la pena. Soy feliz con las clases de estudios bíblicos y la organización de eventos.

—Pero te mereces más que eso. Antes de que papá supiera que quería ser profesora, me

ofreció hacerme cargo de la iglesia cuando él se jubilase. Dios sabe que no es mi vocación, pero ¡tú lo harías de maravilla! Es decir, eres...

—Grace, déjalo, ¿quieres? —suplicó, incómoda con la idea. Se estremeció, así que le hice caso y dejé el tema—. ¿Tienes ganas de que llegue el Festival de los Melocotones?

Todos los años, en el pueblo se celebraba un gran festival para conmemorar los grandiosos melocotones de Georgia. Era un acontecimiento muy importante, con atracciones de feria, barbacoas y fuegos artificiales, que se había celebrado durante años, pero era la primera vez que Judy estaba a cargo de todo.

—¡Muchas! Si necesitas algo, dímelo.

Se mordió el labio.

—¿Cualquier cosa?

Levanté una ceja.

—¿Qué quieres?

—Bueno, el día de la celebración, mamá necesita ayuda con las tartas...

Gruñí. No era ningún secreto que en aquel momento mi madre y yo no pasábamos por nuestro mejor momento. Pero el festival significaba mucho para Judy, así que haría lo posible por aguantar a mamá.

—Lo haré por ti.

Chilló.

—Gracias, muchas gracias. No tienes ni idea del peso que me quitas de encima.

—Por y para siempre —prometí—. La verdad es que solo venía a cambiarme, pero me voy enseguida.

—¿Sí? ¿Dónde vas? —Me sonrojé como respuesta a la forma en que hizo la pregunta, como si ya supiera la respuesta—. Circulan muchos rumores sobre Jackson Emery y tú. Mamá está bastante enfadada.

—¿Acaso no lo está por todo lo que hago últimamente? —bromeé, pero se me formó un nudo en el estómago por los nervios.

En realidad, me afectaba que la relación con mi madre estuviera tan mal en aquel momento. Siempre me había esforzado por que se sintiera orgullosa de mí, y ahora todo lo que hacía parecía decepcionarla.

Judy frunció el ceño.

—Solo quiero asegurarme de que estás bien. Sé que lo de Autumn y Finn ha sido demasiado para ti y no me imagino lo que se te pasará por la cabeza. Pero no quiero que alguien como Jackson Emery te haga daño. Es una persona horrible.

—Es mejor que Finn —contesté con voz temblorosa.

—Que sea mejor no significa que sea bueno.

—Judy...

—No quiero darte otro discurso, Grace. Dios sabe que no necesitas otra madre que no te deje tranquila, pero ten cuidado. Sé que tienes el corazón roto y no quiero que te lleves más golpes.

—Te preocupas demasiado, hermanita —bromeé.

—Me preocupo lo necesario porque te quiero, eso es todo.

—Yo también te quiero. Por y para siempre.

Si mamá me hubiera explicado sus preocupaciones de la misma forma que Judy, todo habría sido diferente. Pero si Judy era dulce, mamá era dura. Las dos querían lo mejor para mí, pero a mamá le costaba transmitirlo con amabilidad. Tenía más en común con Jackson de lo que creían. A los dos les costaba expresarse.

Comprendí por qué a todos les preocupaba la presencia de Jackson en mi vida. Todavía lo veían como el maleante de Chester.

Sin embargo, yo me había esforzado en prestarle atención.

Cuando llegué a casa de Jackson como habíamos planeado, me quedé algo confundida. Le envié un mensaje y esperé un rato, pero al final me rendí y volví a casa. Era la primera vez que no me respondía a los mensajes ni me devolvía las llamadas. Además, siempre que habíamos quedado en vernos, me estaba esperando.

Hice lo posible por no pensarlo demasiado. Jackson tenía su propia vida y yo la mía, aunque fuera agradable cuando se entrelazaban.

Pasaron unos días y seguía sin saber nada de él. Sabía que no teníamos el tipo de relación que me daba derecho a preocuparme, pero lo hacía. Era difícil evitarlo cuando conocía muchos de los nubarrones que le atormentaban.

Le dejé libros en su rincón de la librería, pero, al volver, las notas seguían donde las había puesto, lo que me puso más nerviosa.

Tras cinco días sin tener noticias tuyas, me vestí y me acerqué a su casa. Como no respondió al timbre, fui al taller, pero tampoco estaba. Di la vuelta al edificio y lo encontré con el mazo en la mano mientras aporreaba un nuevo coche destrozado. Llevaba la camisa blanca metida en los vaqueros y estrellaba la herramienta contra las ventanillas.

Tenía los brazos musculosos y bronceados, como si hubiera pasado los últimos días bajo el sol. Me aclaré la garganta de forma sonora y reaccionó. Sabía que estaba allí, pero no me miró.

Abrí y cerré la boca varias veces antes de reunir el valor para hablar.

—¿Va todo bien? Llevo días sin verte en la librería y cuando te llamé, no respondiste.

Levantó el mazo y lo dejó caer sobre el coche.

—He estado ocupado.

Seguía sin mirarme

—Vaya, vale. Solo quería asegurarme de que estabas bien.

No respondió.

Deseé poder meterme en su cabeza para ver qué pensaba. Sabía que tenía problemas mucho más profundos de lo que dejaba entrever. Debía irme y dejarlo a solas, pero algo en mi corazón me lo impidió. Algo me empujó a quedarme.

—Jackson, ¿qué pasa?

—Nada.

—Venga ya, Jackson. Puedes hablar conmigo.

—¿Tenemos que hacer esto? —rugió y dejó caer el mazo al suelo. Me miró por fin—. Puedes irte —espetó y sentí un escalofrío. Volvía a comportarse como el monstruo que conocí cuando llegué al pueblo y no sabía por qué.

Se me escapó una lágrima. Su frialdad me afectó más de lo que esperaba. La última vez que nos vimos, sentí que, por fin, avanzábamos y que empezaba a derribar los muros que había levantado a lo largo de los años.

Además, estar juntos era lo único que me ayudaba un poco, y estaba segura de que todos se equivocaban con él. Ahora, de repente, se portaba como lo veían los demás, como una bestia desagradable.

Me sorbí la nariz antes de limpiarme la lágrima y asentí.

—Lo siento.

Me volví para irme y lo escuché maldecir entre dientes y llamarme. Cuando lo miré, estaba cubierto de sudor por haber pasado tantas horas al sol. Tenía el cuerpo empapado. Me sonrojé y el estómago me dio un vuelco.

—Estoy de mal humor —dijo y se secó la frente con la mano. Intenté ignorar los nervios y el nudo en la garganta—. Tengo la cabeza hecha un lío.

Se apretó los ojos con las palmas antes de hablar.

—De verdad, un puto lío, pero no tengo ganas de analizar lo que pienso ni buscar una forma de sentirme mejor, así que he preferido estar de un humor de perros y venir a destrozar este coche. Sé lo que intentas y te agradezco el esfuerzo, pero si hablo contigo ahora, lo más seguro es que me porte como un gilipollas y no quiero ser así contigo porque eres buena. Eres buena de verdad, pero, si me presionas, explotaré y sabes que puedo ser un verdadero capullo. Entonces me odiarás y me sentiré mal por ello, así que necesito estar solo un tiempo hasta que se me pase.

Asentí. Golpear coches era su manera de liberar la rabia y el dolor. Era una forma segura de evitar caer en el pozo y lo había interrumpido.

De vuelta a casa, me sentí estúpida por haberme pasado de la raya con Jackson.

¿Cómo había sido tan ingenua de pensar que se abriría?

Capítulo 28

Grace

Habían pasado varios días desde que Jackson me había pedido que lo dejase solo y no supe nada de él hasta que se acercó a mi rincón de la librería un miércoles por la tarde.

—Hola —susurró, con las manos en los bolsillos de unos vaqueros oscuros.

—Hola —contesté en el mismo tono.

—Te debo una disculpa.

—No, te la debo yo. Me dejaste claro que necesitabas tiempo, pero no te escuché y lo siento. Me pediste espacio y no te lo di.

Alguien nos chistó, pero cuando Jackson lo fulminó con la mirada, se disculpó y se marchó.

Jamás había visto una mirada tan poderosa.

Se frotó la nuca con la mano y suspiró.

—No sé cómo gestionar que a alguien le preocupe si estoy bien. Reaccioné fatal y quería disculparme por cómo te traté. Te mereces algo mejor.

—De verdad que no pasa nada. ¿Estás bien?

—No —contestó—. Pero es normal.

Ojalá entendiera que no estar bien no era, para nada, lo normal.

—Puedes hablar conmigo. Ya sé que va contra las reglas, pero puedes hacerlo. Es seguro.

Se me movió la nuez al tragar saliva y le tembló el cuerpo. Abrió la boca para hablar, pero se le llenaron los ojos de lágrimas antes de decir nada. Hizo lo posible por contener el llanto aunque, por cómo temblaba, supe que estaba a punto de perder la batalla.

Me levanté y me acerqué a él.

—¿Qué ocurre? ¿Qué ha pasado?

Se aclaró la garganta y le tembló el labio inferior.

—Tucker ya no está.

—¿Qué? —Jadeé y le puse la mano en el brazo—. ¿Cómo que no está? ¿Qué ha pasado?

—Murió hace cinco días. Me desperté y no podía ni andar. Lo llevé al veterinario y me dijo que le estaban fallando los órganos, que lo más probable era que no sobreviviera a la semana y debía decidir si quería sacrificarlo.

—Dios, Jackson. —Me acerqué para abrazarlo y se tensó—. Lo siento mucho.

—No pasa nada.

—Sí pasa.

—Ya, pero...

—Jackson, no es momento de que me lleves la contraria.

—¿Y de qué es momento?

—De que te apoyes en mí.

Abrió la boca para replicar, pero se rindió y hundió los hombros. Asintió de forma casi imperceptible y, al segundo, lo abracé con fuerza. No lo solté hasta que noté que empezaba a relajarse.

Cuando me pidió que lo hiciera, lo apreté con más fuerza porque sabía que me necesitaba. Al cabo de un rato, retrocedió un paso y se frotó los ojos con las palmas mientras sacudía la cabeza.

—¿Harías algo por mí?

—Lo que sea —prometí—. Para lo que necesites, estoy aquí.

Cruzamos el bosque de la propiedad de Jackson. Llevaba una caja en las manos y caminamos entre los árboles hasta llegar a un claro. Era un espacio abierto y la luz del atardecer brillaba por todos los rincones. En medio del campo, había un caballete con un lienzo. Había pinturas alrededor y una pequeña cruz hecha con pinces.

—Ahí enterramos las cenizas de mi madre. Se supone que íbamos a construir su taller de arte aquí. Me pareció buena idea enterrar a Tucker a su lado.

—Es una idea maravillosa, Jackson.

Dejó la caja en el suelo y sacó el elefante de peluche de Tucker y sus cuencos de agua y comida. Luego, una pequeña urna con las cenizas que dejó en el suelo. Se aclaró la garganta, se levantó y se estremeció. Le di la mano y se la apreté un poco.

—Me salvó la vida —me contó con expresión sombría—. Hace unos años, cuando sufrí la sobredosis, Tucker me encontró y guio a Alex al taller para que me ayudara. —Tragó saliva y se le quebró la voz—. Gracias a él sigo vivo.

Se me partió el corazón al verlo sufrir. Le apreté más la mano, pero no dije nada. No había nada que añadir a una historia así, solo agradecer que Jackson siguiera sano y salvo.

—No sé cómo despedirme —añadió en voz baja y miró los cuencos vacíos.

—Pues no lo hagas. Solo di «hasta que nos volvamos a ver».

Jackson cerró los ojos y respiró hondo antes de acercarse donde yacían los restos de Tucker y arrodillarse. Retrocedí un poco para dejarle el espacio y el tiempo que necesitara. Sin embargo, no me alejé demasiado para que supiera que seguía con él y que no estaba solo aunque le dejara espacio.

—Hola, colega. No sé cómo hacer esto. No sé cómo dejarte ir. —Sollozó y se limpió la nariz con la mano—. Eras el mejor, la personificación del amor incondicional. Cuando todos me abandonaron, tú seguiste a mi lado. Me quisiste incluso en los días que no lo merecía. Estuviste a mi lado en los buenos momentos y en los malos. Soportaste mi mal humor y me quisiste a pesar de mis defectos. —Se inclinó hacia delante y puso las manos en la hierba—. Estuviste conmigo

cuando no tenía nada. Eres el mejor amigo que he tenido y, no te voy a mentir, esto duele.

»Duele más de lo que habría imaginado, pero no querrías que me desmoronase, así que no lo haré. No creo en el cielo, pero hoy creeré por ti. Espero que estés corriendo por un parque infinito lleno de huesos y juguetes. Te quiero, Tuck. Por y para siempre. Hasta que nos volvamos a ver.

Las palabras «por y para siempre» me llamaron la atención. Ni siquiera lo sabía, pero acababa de pronunciar el lema de mi familia. Sentí un escalofrío y se me puso la piel de gallina.

Cuando se levantó, se limpió las lágrimas de las mejillas y me miró con los ojos más tristes que había visto. Sin mediar palabra, lo abracé.

Apoyó la frente en la mía y suspiró despacio.

—¿Gracelyn Mae?

—¿Sí?

Me besó con suavidad en los labios y cerró los ojos.

—Me alegro mucho de que existas.

Capítulo 29

Jackson

Diez años

—¿De verdad? —Se me iluminó el rostro al mirar a mis padres—. ¿De verdad puedo tener uno?

Me dolía la cara de tanto sonreír. Estábamos en la tienda de mascotas mirando las jaulas de los cachorros.

—Sí. Has sacado muy buenas notas y creemos que ya eres lo bastante mayor para asumir algo de responsabilidad. Así que, adelante. —Papá señaló los perritos—. Vamos a buscarte un nuevo amigo.

Tenía ganas de llorar porque era lo que más deseaba.

Siempre había querido un amigo y ahora tendría uno.

Mis padres recorrieron la tienda conmigo y señalaron todos los perros que les gustaban. No se ponían de acuerdo en nada y de vez en cuando se hacían comentarios mezquinos. Por mucho que se esforzasen por esconderlo, era evidente que peleaban. No entendía por qué últimamente siempre se enfadaban el uno con el otro.

Lo único que tenían que hacer era decirse que se querían para arreglar las cosas.

Pero aquella tarde no dejé que su discusión me afectase.

Tenía la misión de encontrar al perro perfecto que se convertiría en mi nuevo compañero. Así, cuando mis padres se peleasen, tendría a alguien que me hiciera compañía.

—¿Qué tal este? —pregunté y señalé un cachorrillo negro que movía el rabo como una hélice y me miraba. Parecía tan emocionado como yo por tener un nuevo amigo.

El dependiente sacó al perro para nosotros. Luego, nos llevó a una sala en la que interactuar con él para ver si nos llevábamos bien. En cuanto lo dejó en el suelo, corrió hacia mí y saltó a mi regazo. Me lamió la cara y se restregó hasta que lo abracé.

Mamá sonrió.

—Creo que sois perfectos el uno para el otro.

Me reí mientras me llenaba la cara de lametazos.

—Ahora solo falta ponerle nombre —comentó papá.

Cada vez que lo apartaba un poco, se volvía a acurrucar en mi regazo con ímpetu.

—¿Qué tal Tucker? —Me reí—. Porque se me mete por todas partes.

—Tucker. —Asintió mamá con una sonrisa—. Me encanta.

—A mí también —dijo papá.

Estaban de acuerdo.

Era una buena señal.

—Hola, Tucker —susurré y lo abracé fuerte. Sentí que me devolvía el abrazo y me encantó. No quería soltarlo nunca—. Te voy a querer siempre.

Capítulo 30

Grace

—¡Gracelyn Mae! Ven aquí, ¿quieres? —gritó mamá.

Era el día del festival de los melocotones y había pasado toda la mañana en su casa ayudándola a hornear magdalenas. Todo el pueblo estaba ocupado con los preparativos y acababa de ponerme el vestido rojo que mi madre había elegido para mí.

No habíamos hablado de nada importante y, la verdad, me alegraba. Si lo hacíamos, discutiríamos otra vez y estaba cansada de pasar por eso con ella.

Cuando bajé las escaleras, me miró y ladeó la cabeza.

—Ah —musitó—. ¿Así es como queda puesto?

—Mamá, no empieces —le advertí y noté cómo todas mis inseguridades se revolvían.

—No, tranquila. Te queda bien.

Entonces Judy entró en la habitación y mamá dio un gritito con las manos en la boca.

—¡Dios mío, cariño, estás impresionante! —comentó al ver el vestido blanco de Judy.

Era exactamente igual que el mío, pero de otro color.

A Judy se le iluminó la cara y dio una vuelta.

—¿No es precioso? Madre mía, estoy muy nerviosa por lo de hoy y por el espectáculo de fuegos artificiales. Creo que vamos a recaudar muchísimo dinero.

—Con esa preciosa sonrisa tuya, conseguirás que todos te den lo que les pidas. ¿Has elegido a quién se donará el dinero?

Por el festival de los melocotones, la iglesia organizaba una feria y una barbacoa, y todo el dinero que se ganaba se donaba a una buena causa. Puesto que Judy se había encargado de organizarlo todo, era cosa suya decidir a dónde iría el dinero.

—Sí —respondió y me miró—. Quiero donarlo a la fundación MISS.

Se me paró el corazón.

—Judy —susurré y me sonrió con cariño.

—Me parece importante. Lo que hacen, sus valores y el apoyo que ofrecen salvan vidas.

Parpadeé para contener las lágrimas y asentí. Conocía muy bien su labor.

La fundación MISS ayudaba a familias que habían sufrido la terrible pérdida de un hijo.

Cuando sufrí el primer aborto, recurrí a ellos. Cuando tuve el séptimo, fueron los que impidieron que me hundiera del todo.

Hacía años, se lo había mencionado a Judy y no sabía si lo recordaría.

Por supuesto que lo hacía. Así era ella, la persona que restauraba mi fe en la humanidad todos los días.

Me acerqué y la abracé.

—Gracias —susurré.

—Siempre —respondió y me devolvió el abrazo—. El vestido te queda mejor a ti, por cierto.

«Hermanita, serás mentirosa».

La feria empezó y todo el pueblo asistió, excepto los Emery, por supuesto. Le pregunté a Jackson si iría y me contestó que preferiría comerse quinientas latas de anchoas que pasar el día rodeado de los agradables habitantes de Chester.

No lo culpaba. Si no fuera porque pertenecía a la realeza de Chester, tampoco habría asistido. Me alegré de que no estuviera, puesto que su nombre se mencionaba con una recurrencia exasperante. Jackson nunca hablaba de nadie del pueblo, lo más seguro era que ni siquiera supiera cómo se llamaba la mayoría, pero ellos no pasaban un día sin mencionarlo.

Cada vez que alguien decía algo malo de él, se me ponía la piel de gallina. Cada vez que alguien lo llamaba monstruo, me daban ganas de defenderlo. El auténtico Jackson no era ningún monstruo. Era bueno y amable. Me había salvado cuando más sola me sentía.

En el momento en que Susie Harper comentó que el pueblo sería perfecto si no dejaran quedarse a chusma blanca, estuve a punto de abalanzarme sobre ella y arrancarle las extensiones.

—Solo digo que estaríamos mejor si su padre se matase de una vez a golpe de botella. A ver si así Jackson se larga también —dijo con un tono despreciable.

¿Cómo se podía decir algo así?

¿Cómo se podía ser tan horrible? ¿Desearle la muerte a otra persona? Levanté el brazo y, si alguien no me hubiera puesto una mano en el hombro, la habría tirado al suelo.

—Quieta, fiera —susurró Alex. Cuando lo miré, sonreía y negó con la cabeza—. No merece la pena.

—¿Has oído lo que ha dicho?

—Sí, pero no vale la pena. Cuanto más dejes que te afecte, más poder les darás a esos comentarios. Ignóralos y ven conmigo a por un poco de algodón de azúcar. —Me rodeó los hombros con el brazo, sin dejar de sonreír, pero sentí náuseas.

—Querrían que estuviera muerto.

—Ya, bueno, allá ellos con su karma. Si le hubieras tirado del pelo a esa chica, tendrías mal karma, pero, como no lo has hecho, tu karma está limpio y consigues algodón de azúcar. Una victoria total. —Me invitó al algodón y negué con la cabeza, incrédula.

—¿Cómo eres tan positivo? ¿Con todo y con todos?

—Fácil, fumo mucha marihuana. —Sonrió—. Lo cierto es que hace tiempo que quiero hablar contigo sobre Jackson. Quería darte las gracias.

—¿Por qué?

—Por darle una oportunidad. Como sabes, una vez que apartas todas las capas, es una buena persona. Significa mucho para mí que te hayas molestado en hacerlo.

—No ha sido solo cosa mía, Alex. Ha hecho lo mismo por mí. Siempre que siento que no

puedo más, está ahí para ayudarme a seguir.

—Es esa clase de amigo, leal y siempre dispuesto a ayudar.

Se me paró el corazón un segundo.

—¿Crees que soy su amiga?

Se rio y levantó una ceja.

—¿Crees que no? Tengo entendido que te manda mensajes.

—Sí.

—No quiero ser dramático, pero a mí ni siquiera me los contesta, el muy capullo. Debes de ser su nueva persona favorita. Si fuera alguien más, me enfadaría, pero como eres tú, lo permitiré.

—¿Qué suele hacer el día del festival? ¿Lo pasa con su padre?

—Qué va. Normalmente sube al tejado del taller a beber y ver los fuegos.

—¿Solo?

—Sí. He intentado acompañarlo, pero no me deja. Está acostumbrado a estar solo y no le gusta cambiar sus tradiciones.

Tal vez era hora de que otra persona las cambiase.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Jackson cuando subí al tejado del taller con una bolsa en la mano.

—¿A ti qué te parece? Traigo la cena. —Le pasé la comida y me miró con expresión sombría.

—Gracias. Déjala y vete.

—O... —Puse mi mejor sonrisa y me senté a su lado—. Me quedo.

—O... —respondió con el ceño fruncido—. Te vas.

—¿Aun cuando te he traído comida? Qué maleducado. No hablaré, lo prometo. Solo quiero ver los fuegos desde un buen sitio.

—¿Te ha dicho Alex que estaba aquí?

—Quizá lo haya mencionado.

Puso los ojos en blanco.

—Por supuesto que sí. ¿Qué tal la feria?

Sonreí.

—¿De verdad te interesa conocer los devaneos de los acontecimientos de Chester?

—No, pero parece importante para ti, así que te pregunto.

Me derretí.

¿Me derretí de verdad?

¿Cuándo fue la última vez que me sentí así?

—Ha estado bien. Han recaudado mucho dinero para una buena causa.

Le hablé de la fundación MISS y lo mucho que significaba para mí, de cómo me habían ayudado cuando tuve los abortos.

—¿Siete? —preguntó.

Asentí, despacio.

—Siete. Lo hablé con Josie hace unas semanas. Ella ha pasado por lo mismo y lleva tres corazones con alas de ángel tatuados en la muñeca para recordarlos. He pensado hacer algo así,

pero mi familia odia los tatuajes. Como diría mi madre, no son elegantes.

—Tu cuerpo, tu decisión —añadió Jackson y me hizo sonreír—. Me parece buena idea tener algo que te los recuerde.

—Ya, tal vez. Es que estoy cansada de decepcionar a mi madre.

—A veces hay que decepcionar a los demás para ayudarnos a nosotros mismos.

—Tal vez —repetí, insegura.

—Ya llegarás al punto en que no te importe lo que piensen los demás.

—Parece fantástico.

—Créeme, lo es. —Se volvió a mirarme con sus preciosos ojos avellana—. Serías una gran madre.

«Ay, Jackson».

—Anda, princesa, ¿no habíamos superado ya lo de llorar? —bromeó y me limpió las lágrimas con el pulgar.

—Lo siento. Ha sido algo muy bonito, gracias.

—Es la verdad.

Nos quedamos en silencio y poco después empezó el espectáculo. Si había algo que hacían bien en Chester, además de cotillear, eran los fuegos artificiales.

—La última vez que pasé tiempo con mi madre fue durante el festival de los Melocotones —me contó, mirando las luces del cielo—. Vinimos aquí a comer polos y Cheetos mientras veíamos los fuegos. Estuvimos callados y recuerdo sentirme muy bien, como si fuera la primera vez en mucho tiempo en que todo estaba en su sitio. Murió poco después, pero en aquel momento el mundo se detuvo y fui feliz.

—Esos momentos son a los que debes aferrarte.

Esbozó media sonrisa.

—Este es un buen momento —dijo en voz baja y volvió a mirar los fuegos.

Sí, lo era.

—Jackson, ¿somos amigos?

Gruñó y puso los ojos en blanco de forma dramática.

—Por favor, no hagas eso.

—¿El qué?

—Ser tan cursi.

—¿Por qué es cursi?

—Porque no se le pregunta a la gente si sois amigos. Simplemente, lo sois.

—Ah. —Asentí despacio, con la mirada perdida en la noche—. Entonces, ¿lo somos?

—Sí. —Chocó el hombro con el mío—. Lo somos.

No le dije lo mucho que disfruté de aquello, de estar juntos.

Mientras miraba al cielo, habló con voz grave.

—Sé que no siempre soy fácil. Soy algo frío y difícil de entender, así que gracias.

—¿Por qué?

—Por ser mi amiga. Nunca pensé que necesitaría una, pero así es. —Giró la cabeza hacia mí e hizo aparecer esa sonrisa que siempre me paraba el corazón. Jackson Emery no sonreía a menudo, así que, cuando lo hacía, era como si me hiciera un regalo privado—. Tucker ha sido el

único amigo que he tenido hasta que llegaste tú.

—¿Quieres que te cuente un secreto?

—Sí.

—Me pareces la persona más elegante de este pueblo.

Se rio.

—Qué gilipollez.

—Lo digo en serio. No eres la persona que te obligan a ser, sino quien eres de verdad, alguien que lo da todo para ayudar a su padre, que ayuda a una chica que sufre un ataque de pánico en la calle y que no se defiende cuando el mundo entero lo ataca. Eres la persona más elegante que he conocido.

—¿Princesa?

—¿Sí, Oscar?

—Me lo pones muy difícil.

—¿El qué?

—Odiar a todo el mundo.

Capítulo 31

Grace

Jackson y yo empezamos a quedar casi todos los días. Era nuestra forma de escapar de la realidad o, más bien, de la fachada de superficialidad de Chester. Aquel pueblo siempre había sido mi hogar, pero ahora sentía que ya no encajaba. El único momento en que las cosas tenían sentido era cuando estaba con Jackson.

Su oscuridad se convirtió en mi luz.

Hacíamos todo tipo de actividades juntos para aprender más el uno del otro y de nosotros mismos. Él se había pasado la vida cuidando de su padre y yo intentando ser perfecta para mi madre, así que, por primera vez, nos esforzábamos por conocernos como individuos, juntos.

Fuimos al cine a ver películas que nunca habíamos visto y nos encantaron. Hicimos senderismo y lo odiamos. Intentamos construir muebles solo por el placer de decir que podíamos (él sí, yo no).

Sin embargo, algunos de mis momentos favoritos eran los que pasábamos en El Silencio leyendo uno al lado del otro, cada uno su libro. Era fácil estar en silencio con él. Me sentía como en casa.

Mi otro momento favorito era el tiempo que pasábamos en su sofá sin hacer absolutamente nada, excepto hablar de nada y de todo. Entonces, sentía que de verdad aprendía sobre el hombre que tenía al lado. Me encantaban esos pequeños momentos.

—No aprendí a nadar hasta los diecisiete. Solo he tenido una mascota, un gato al que llamé Ratón. Se me saltaron los incisivos cuando me caí de morros en el desfile del Día de los Fundadores. Entiendo el castellano, pero no sé decir ni una palabra, y los cardenales son mis pájaros favoritos —dije en una retahíla de datos aleatorios.

Se hundió un poco en el sofá.

—Me llamaron así por Jackson Pollock. Mi segundo nombre es Paul por su verdadero nombre. A los diecinueve casi me enamoré de una chica que pasó por el pueblo. Creo que la elegí porque sabía que no se quedaría. Odio los guisantes, aunque me gustan con la ternera Stroganoff. Estoy obsesionado con *Juego de tronos* y juzgo en secreto a cualquiera que no lo esté.

—Confesión: nunca he visto *Juego de tronos*.

Me miró y se apresuró a apartar la mirada.

—Vaya, bueno, no pasa nada.

Me reí.

—Para.

—¿El qué?

—De juzgarme en secreto.

Arqueó una ceja.

—No lo hago.

—¡Claro que sí! Te lo noto en los ojos.

—No, en serio, no es culpa tuya ser un peñazo.

Me reí y le di un codazo.

—Que te jodan.

—No, no jodo con nadie que no conozca a Jon Nieve.

Enrojé por el comentario y supliqué que no se diera cuenta, ya que la habitación estaba medio a oscuras.

—Seguro que tampoco has visto nunca *Breaking Bad* ni *The Walking Dead*.

—Culpable de todos los cargos.

—¿*Hijos de la Anarquía*?

—No me suena.

Abrió los ojos como platos.

—¡Pero vamos a ver! ¿Qué haces en tu tiempo libre?

Sonreí y me encogí de hombros.

—No sé, ¿vivir la vida?

Hizo una mueca.

—Apuesto a que haces ganchillo por diversión.

Me sonrojé.

Entrecerró los ojos.

—Haces ganchillo, ¿verdad?

Me mordí el pulgar.

Me encantaba el ganchillo.

—Madre mía, eres una abuelita —masculló y se golpeó la frente con la mano—. Pues si vamos a pasar más tiempo juntos, vas a tener que ver algunos capítulos de *Juego de tronos*. Te voy devolver la juventud.

Seguí riendo.

—Bueno, pero si vamos a ver *Juego de tronos*, pienso hacer ganchillo mientras tanto.

—No puedes. Tienes que centrarte al cien por cien en la serie o será una pérdida de tiempo. No te enterarás de lo que... ¿Grace?

—¿Qué?

Bajó la mirada y me di cuenta de que, en algún momento, nuestras manos habían acabado entrelazadas. Me había movido lo bastante cerca para tocarnos y ni me había dado cuenta.

Aparté la mano y respiré hondo.

—Perdona.

—No te disculpes —dijo. Despacio, acercó la mano a la mía y me acarició el meñique con el

suyo—. Los echas de menos, ¿verdad? ¿Los pequeños momentos?

Cerré los ojos.

—Sí.

Deslizó la mano bajo la mía y entrelazó nuestros dedos.

—¿Y esto? —preguntó con voz suave—. ¿Estar cogidos de la mano?

«Respira».

—Sí.

Se acercó más y me puso la otra mano en la nuca. Con los dedos me masajeó la piel y ladeé la cabeza.

—¿Echas de menos esto?

«Sí».

Dios, sí, lo echaba de menos.

Nuestros muslos se tocaron y respiramos al unísono.

«Sí, muchísimo».

—Lo echo de menos —confesé y apoye las manos en su pecho—. Echo de menos que me acaricien y que me abracen sin que tenga que llegar a nada más.

—Deja que lo haga —dijo con cariño y apoyó la frente en la mía. Su aliento me acarició los labios y cerré los ojos—. Deja que te abrace.

Me levantó en brazos y me sentó en su regazo. Lo rodeé con las piernas y me abrazó. Estábamos tan cerca que apoyé la cabeza en su pecho. Tan cerca que, cuando respiraba, escuchaba sus latidos.

Una respiración, un latido.

Dos respiraciones, dos latidos.

—Jackson —susurré mientras jugueteaba con mi pelo—. ¿Te puedo pedir una locura?

—Lo que sea.

—¿Me llevas a la habitación, te tumbas conmigo y me abrazas un rato?

Sin decir nada más, me sujetó por las piernas y me alzó en volandas. Fuimos a la habitación, me dejó en la cama con cuidado y se tumbó junto a mí. Cuando me acercó a él, me acomodé a su cuerpo. Su calor me envolvió y disfruté de su olor. Me sentía arropada por mi manta favorita y quería quedarme así el mayor tiempo posible.

No se oía nada a nuestro alrededor, solo nuestras respiraciones. Me rozó el cuello con los labios y, por primera vez en mucho tiempo, sentí que estaba donde debía estar.

—¿Jackson? —susurré y me acurruqué más cerca de él. Éramos piezas de dos puzles diferentes que encajaban a la perfección.

—¿Qué?

Respiré hondo y solté el aire despacio.

—Me gusta cómo te late el corazón.

Capítulo 32

Jackson

—Oye —dijo Grace, en el porche, el martes por la tarde. Sonrió de oreja a oreja y me miró con picardía—. ¿Te apetece cometer una locura?

—¡Espera, espera! —Grace se estremeció.

Estábamos en el estudio de tatuajes de Alex, que estaba a punto de ponerle la aguja en la piel del omóplato izquierdo.

—Llevamos media hora esperando. —Me reí—. Ahora o nunca.

—¿Me darás la mano?

Se la cogí.

—Por y para siempre.

Me miró como si hubiera visto un fantasma, abrió la boca para decir algo, pero no lo hizo. Ladeó la cabeza para mirar a Alex y asintió.

—Estoy lista.

Era mentira.

En cuanto la aguja le tocó la piel, gritó como una posesa y casi saltó hasta el techo mientras me apretaba la mano con muchísima fuerza.

—Piensa en cosas bonitas, princesa.

Respiró hondo y asintió.

—Huevos en tartas, cachorritos, vestidos, tacos.

—*Pizzas*, gofres, parques.

—Librerías, Navidad, Hallow... ¡hijo de fruta! —gritó y me estrujó más la mano.

—¿Estás bien? —preguntó Alex—. ¿Seguro que quieres siete corazones con alas? Podemos hacer menos.

—No. Puedo hacerlo. Es que... —Respiró y me dio la otra mano—. Puedo hacerlo.

—Vale, mientras tanto, vamos a comentar lo de que, en vez de decir un taco, has gritado «hijo

de fruta» —comenté.

Se rio.

—Llevo demasiado tiempo en casa de mi hermana. Empiezo a hablar como ella.

—¿Estáis muy unidas?

—Es una de las pocas cosas que restaura mi fe en la humanidad. Es una santa. Una persona buena de verdad.

—Me alegro de que esté ahí.

—Yo también. ¡Ay! —Saltó un poco.

—Concéntrate en mí, princesa. Habla conmigo. Hazme preguntas, cualquier cosa que haga que no pienses en la aguja.

—¿Te puedo hacer preguntas?

—Pregunta lo que sea.

Se mordió el labio inferior y me señaló la muñeca con la barbilla.

—¿Qué significa «Momentos poderosos»?

Me estremecí un poco.

—Vas lanzada, ¿eh?

—No tienes que contármelo. Me he fijado en que a veces la estiras y la sueltas sobre la muñeca.

Me removí en la silla. Alex me miró y asintió, como para decirme que no pasaba nada por abrirme un poco y enseñarle mis cicatrices a alguien.

—Me la dieron en rehabilitación. El médico me dijo que, cuando tuviera ganas de drogarme, estirase la pulsera para recordarme que la vida es real y que el dolor del golpe me hiciese sentir que el siguiente paso que diera sería real. Es la forma de mantener el control en momentos de oscuridad.

—Momentos poderosos —susurró y asintió, despacio—. Me gusta mucho.

—Sí. Casi siempre funciona.

—¿Alguna vez has estado a punto de caer?

—Todos los días. —Sonreí—. Pero es una batalla que merece la pena.

—Lo es. ¿Te puedo hacer otra pregunta?

—¿Hará que dejes de pensar en el tatuaje?

—Sí.

—Pues adelante.

—¿Por qué empezaste a drogarte?

Fruncí el ceño y me encogí de hombros.

—Porque estaba cansado del dolor y pensé que sería una salida fácil.

—¿Lo fue?

—Sí, hasta que se pasaba el subidón. Entonces, era todavía peor. Cuanto más subes, mayor es la caída.

—Estoy muy orgullosa de lo lejos que has llegado. No me imagino por lo que has pasado, pero estás aquí y te mantienes fuerte. Es increíble.

Aquello significó más para mí de lo que jamás imaginaría.

—Gracias.

Alex tocó una zona sensible de la espalda de Grace y me apretó más la mano. La dejé.

—Vamos, tú puedes. Momentos poderosos, ¿vale?

Asintió.

—Puedo con esto.

Así fue. Llevó un rato, pero tras unas cuantas lágrimas, el resultado final quedó perfecto. Cuando se levantó y se miró el hombro en el espejo, sonrió.

—¿Te gusta?

—Me encanta. —Le puse la mano en la cintura y la besé en la mejilla—. Es perfecto.

—Lo es, ¿verdad? —dijo y me miró—. Queda algo más por hacer.

—¿El qué?

Se sacó una tarjeta.

—Espero que te parezca bien, pero si odias la idea, no tienes que hacerlo. Vi que el veterinario te mandó una tarjeta con una impresión de las huellas de Tucker. Pensé que te gustaría tatuártelas para recordarlo.

Me apreté el puente de la nariz y me aclaré la garganta.

—¿Siempre eres así?

—¿Cómo?

—Perfecta.

Me tatué las huellas de Tucker en el hombro y, debajo, añadí las palabras «momentos poderosos». Grace se tatuó las mismas palabras debajo de los corazones.

No era consciente de lo mucho que me había ayudado aquella tarde. No sabía cuánto me había ayudado las últimas semanas.

—Vale, ¿ahora qué? —pregunté, y la besé en la frente mientras recogíamos.

Sonrió de oreja a oreja y me contagió la sonrisa.

—Helado, pero primero tengo que ir al baño.

—Suena bien. Te espero en la entrada.

Cuando se fue, Alex me sonrió y asintió con la cabeza.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Nada. Te sienta bien.

—¿El qué?

—Ser feliz.

Capítulo 33

Grace

—Tienes que elegir, Grace —me regañó Jackson—. Sé que te cuesta, pero tienes que hacerlo. Tienes treinta segundos para decidirte.

—Pero... —Me mordí el labio en la cola de la heladería mientras repasaba el cartel—. No lo sé. ¿Tú que vas a pedir?

—No pienso decírtelo porque pedirías lo mismo.

—¡No es cierto!

Arqueó una ceja.

Vale, era cierto. Aunque había descubierto cómo me gustaban los huevos, todavía me quedaban muchas cosas por descubrir sobre mis gustos sin la influencia de los demás.

—Vale, venga, puedo hacerlo. —Respiré hondo y, cuando nos acercamos al mostrador, le dije a Jackson que pidiera primero, pero no le engañé. Miré a Mary Sue, la cajera y le sonreí.

—Hola, Mary, quiero uno de mantequilla de cacahuete, por favor.

—Pues claro, ¿tú quieres algo? —le preguntó a Jackson, y me di cuenta de cómo se le caía la baba al mirarlo.

Mientras que los hombres hacían comentarios groseros sobre Jackson Emery, muchas mujeres se morían por sus huesos en secreto.

—Tomaré lo mismo.

—¿Cómo? ¿Vas a pedir lo mismo?

—Es lo que pide siempre —dijo Mary y lo sonrió con coquetería. «Qué asco»—. ¿Lo cobro junto o separado?

—Separado —me apresuré a decir.

—Junto —me corrigió Jackson y le dio la tarjeta de crédito.

—No tienes por qué hacerlo.

—Lo sé. —Me sonrió y recuperó su tarjeta—. Voy un momento al baño. Ahora vuelvo.

Me dispuse a buscar una mesa, pero Mary Sue me llamó.

—¡Grace! ¡Oye!

—Dime.

Se mordió el labio y puso los brazos en jarra.

—No quiero ser cotilla, pero ¿Jackson y tú estáis en una cita?

—¿Qué? No. Nosotros no... Qué va, no. No estamos juntos.

—¿Qué bien! A lo mejor me sobrepaso, pero, como sabrás, Peter y yo acabamos de cortar y Dios sabe que me ha roto el corazón. Así que esperaba que le hablaras un poco de mí. Creo que si paso una noche con el reparador, recuperaré a Peter.

Menudo pueblo más retorcido.

—No sé, Mary Sue. Creo que es algo que deberías hacer tú misma.

—¡Por favor, Grace! Ya sabes lo tímida que soy. Soy incapaz de mirarlo a la cara y pedirle que salga conmigo.

—Vale. Veré qué puedo hacer.

«Ni de coña voy a ayudarla».

—¡Gracias! ¡Eres un auténtico ángel! No sabes cuánto significa para mí. ¿Te importa si no se lo contamos a nadie? No quiero que haya rumores sobre mí.

—Créeme, Mary Sue, tu secreto está a salvo conmigo.

Me lo agradeció otra vez, me dio los dos helados y me senté en una mesa vacía.

Es posible que esa fuera la conversación más incómoda que había tenido a lo largo de mi estancia en Chester. Mary Sue me había pedido que la ayudara a ligar con el hombre con el que me acostaba.

—¿A qué viene esa cara tan rara? —preguntó Jackson al acercarse.

—Mary Sue quiere acostarse contigo.

—¿Quién narices es Mary Sue?

Señalé a la cajera, que nos miraba con una brillante sonrisa. Saludó a Jackson nerviosa, se sonrojó y se dio la vuelta.

—¿Por qué quiere acostarse conmigo?

—Para arreglar su relación.

—Ah —dijo y se sentó. Empezó a comerse el helado—. No me interesa.

Esas palabras me aliviaron más de lo que esperaba.

—¿Por qué no? Es mona y yo volveré pronto a Atlanta.

—¿Y?

—Pues que eres libre de hacer lo que quieras cuando me vaya.

Decirlo me provocó ganas de vomitar. Lo cierto era que últimamente había empezado a imaginar situaciones hipotéticas en las que Jackson y yo seguíamos con nuestra relación de una forma más seria.

Pero no eran más que tonterías mías.

Había un millón de razones por las que lo mío con Jackson no funcionaría, pero el corazón me decía que solo se necesitaba una para intentarlo.

Hizo una mueca.

—¿Quieres que me acueste con Mary Sue?

—¿Qué? No. Solo digo que hay muchas mujeres haciendo cola para cuando me vaya.

Frunció el ceño.

—Ya no quiero seguir con eso. No quiero volver a enrollarme con mujeres al azar.

Entrecerré los ojos.

—¿Por qué no? ¿No es lo que hemos estado haciendo?

Bajó la cuchara.

—Venga ya, princesa. —Me miró—. ¿De verdad crees que eso es lo único que hemos hecho?

—Sé que ya vinimos ayer, pero tengo un antojo. —Al levantar la vista, vi a Autumn entrar en la heladería mientras Finn le sujetaba la puerta. En cuanto me vieron, se pusieron pálidos, como si hubieran visto un fantasma.

—Grace —farfulló Autumn con voz temblorosa.

Le miré el vientre, que se le empezaba a abultar, y sentí náuseas.

Finn se apresuró a quitarle la mano de la espalda, pues la iba masajeando al entrar. Alternó la mirada entre Jackson y yo y carraspeó, pero no dijo nada.

A Autumn se le llenaron los ojos de lágrimas, pero gruñí.

—No hagas eso.

—¿Que no haga qué?

—Llorar.

—No, no iba a... —Empezó a llorar y seguía preciosa.

Casi lloro yo.

—Voy un momento al baño —dijo y desapareció.

Finn no se movió y se metió las manos en los bolsillos, incómodo.

—¿Ahora sois colegas o algo así? —preguntó con la voz más rasgada que nunca.

—Finley, basta. Vete.

—No es más que una pregunta —añadió y se acercó. Ladeó la cabeza para mirarme.

—Te he llamado.

—Bloqueé tu número, ¿recuerdas?

—Deberíamos hablar.

—Deberías irte —dije con sequedad.

Jackson me dio un apretón en la rodilla y sentí un gran alivio que me sorprendió. Lo necesitaba. Lo necesitaba allí.

—Ya, pero...

—Deberías hacer lo que te ha dicho —espetó Jackson.

—Deberías meterte en tus asuntos —respondió Finn. Miró el helado que tomaba—. ¿Desde cuándo te gusta el helado de mantequilla de cacahuete? Siempre lo pides de fresa.

—Estoy probando cosas nuevas.

—¿No me digas? —bufó y miró a Jackson de reojo—. ¿Eso haces?

—Se acabó, nos vamos. Disfruta de tu cita con Autumn —dije y me levanté.

—No es una cita, solo es helado. Tenía un antojo.

—Me da igual.

—¿Qué tienes en la espalda? —preguntó al fijarse en el plástico que me cubría los corazones—. ¿Te has hecho un tatuaje? A tu madre le va a dar algo.

—Finn, déjalo ya. No quiero hablar contigo, ¿queda claro? Vámonos, Jackson.

Al empezar a andar, Finn me agarró por la muñeca y tiró de mí.

—Esta no eres tú, Grace. Sea lo que sea lo que haya entre vosotros, esta no eres tú.

—No tienes ni idea de quién soy.

—Tal vez, pero tú no tienes ni idea de quién es él.

—Suéltame, Finn.

—No, no puedo dejar que te vayas con este tío —insistió e intenté liberarme sin éxito.

Jackson dio un paso al frente y fulminó a Finn con la mirada.

—Tienes cinco segundos para soltarla antes de que te arranque el brazo de cuajo.

Por un instante, Finn dudó, sin saber si creerse o no la amenaza.

—Será mejor que lo escuches —le advertí—. Al último tío que se pasó de la raya le partió el móvil en dos.

Finn me soltó y retrocedió un paso.

—Solo es cuestión de tiempo que te haga daño, Grace. La gente como él siempre explota.

—Y la gente como tú siempre me decepciona.

—Te comportas como una tonta —rugió, pero no me molesté en contestar.

Estaba cansada de soportarlo.

Le di la mano a Jackson y nos fuimos. Tenía un nudo en el estómago y la cabeza me daba vueltas. Odiaba que Finn todavía me afectara y me hiciera sentir pequeña e ingenua.

Esa era la gran diferencia entre los dos hombres de mi vida.

Finn me anclaba al suelo.

Jackson me dejaba volar.

Capítulo 34

Jackson

Después del encuentro con Finn y Autumn, volvimos a mi casa, donde había planeado una maratón de *Juego de tronos*. Lo tenía todo listo: palomitas, Coca-Cola de cereza y sus dulces favoritos: tacitas de mantequilla de cacahuete de Reese.

Me sorprendía saber cuál era su dulce favorito.

Nunca había tenido una relación tan cercana con nadie como para conocer sus preferencias.

Esperaba que la distracción la ayudase a olvidar a las dos personas que más daño le habían hecho.

Después de prepararlo todo en la mesita de café, fui a la nevera a por los refrescos, pero me detuve al ver a Grace mirándose el tatuaje en el espejo. Tenía una sonrisa en los labios que parecía más bien un gesto de tristeza.

—¿Estás bien?

—Sí, no pasa nada. Es que... —Me miró y se encogió de hombros—. Hoy es mi aniversario.

—Ah, no lo sabía... —Se me formó un nudo en la garganta.

Había sido un idiota al permitirme sentir algo por ella. No tenía sentido. Seguía siendo una mujer casada y podía volver con su marido en el momento en que se cansase de lo que fuera que teníamos. Además, no quedaba mucho para que nuestra aventura de verano terminase y volviera a su vida real en Atlanta.

Teníamos un trato, habíamos dejado claro que todo acabaría en agosto y cada uno se iría por su lado.

No me debía nada.

Aun así, lo quería todo.

—Ver a Finn con Autumn habrá sido duro —comenté.

—No, Jackson. —Negó con la cabeza y me puso una mano en el brazo—. No es ese aniversario. Es el del primer aborto.

—Mierda. Lo siento.

Me sentí un imbécil.

—No pasa nada. Bueno, sí pasa, pero por eso quería hacerme los tatuajes hoy, para honrarlos. No voy a mentir, ver a Autumn embarazada, precisamente hoy, ha sido un duro golpe.

—Me resulta increíble —susurré y le coloqué un mechón detrás de la oreja—. No entiendo cómo te han hecho algo así.

—Ella le ha dado lo que yo no he podido. Es lo que siempre he intentado ser para él. Siempre he querido formar una familia, pero no he podido cumplir con el supuesto deber de una esposa. No... —Respiró hondo y cerró los ojos—. Quería darle una familia, pero se marchó y formó una por su cuenta.

—Lo siento mucho, Grace.

Esbozó una sonrisa llena de tristeza y se encogió de hombros.

—A veces la vida es injusta, pero así son las cosas. Soy la chica que casi.

—¿La chica que casi?

—Sí. La chica que casi consiguió su sueño. La chica que casi tuvo un amor verdadero, la que casi triunfó en su matrimonio y la que casi fue madre, pero después de siete pérdidas, comprendí que no iba a pasar. Los médicos dijeron que si seguía intentándolo, mi cuerpo no lo soportaría, aunque lo cierto es que me preocupaba más mi cabeza. Con cada día que pasaba, sentía que me volvía más loca. Ni siquiera tuve tiempo de hacerme a la idea cuando Finn me dejó. Estaba hecha trizas. Tenía el corazón roto. Estoy cansada de ser esa chica, eso es todo.

—Eso no existe —dije y le agarré la mano—. No se puede ser «casi madre». Has tenido siete hijos; que no llegasen a nacer no significa que no hayan existido. Eran tuyos y los quisiste con toda el alma, aunque fuera por un breve periodo de tiempo. Eres una madre, Grace. Siento muchísimo que nunca hayas llegado a abrazar a tus bebés, pero eres y siempre serás una madre.

Empezó a temblar y la abracé para intentar hacerle ver que aquella noche no estaba sola.

—A veces finjo que sabía lo que iban a ser y les he puesto nombre —confesó.

—¿Cuáles eran?

—Emerson, Jamie, Karla, Michael, Jaxon, Phillip y Steven —dijo con lágrimas en los ojos.

—Son preciosos.

El dolor le venía en oleadas. Por un momento, estaba bien, pero, entonces, la realidad la golpeaba y volvía a enfrentarse a todas aquellas pérdidas.

No había palabras para consolarla.

Nada de lo que hiciera eliminaría el dolor, así que pasé el resto de la noche haciendo lo único que podía: abrazarla. La dejé desmoronarse entre mis brazos, le permití estar triste.

La abracé con todas mis fuerzas durante mucho tiempo hasta que, por fin, se relajó y se durmió sobre mi pecho. Me rompió el corazón verla llorar en sueños.

Incluso al soñar, cuando se suponía que debería encontrar algo de paz, sufría.

Se merecía mucho más de lo que el mundo le había dado. Se merecía ser feliz más que ninguna otra persona. Odiaba que la vida hubiera sido tan dura para alguien tan bueno. Odiaba ver cómo el dolor se tragaba el corazón de la mejor mujer del mundo.

Odiaba no poder ayudarla a curar sus heridas.

Se merecía mucho más.

Nos quedamos en la cama más de lo debido y la abracé más de lo que había planeado. Seguía dormida y respiraba tranquila sobre mi pecho. Sin pensarlo, le di un beso en la frente. Había

pasado la noche anterior destrozada, me había hablado de los peores momentos de su vida y, al hacerlo, los revivió.

«Emerson, Jamie, Karla, Steven...».

Los bebés que nunca llegó a abrazar, las vidas que anhelaba, las almas que se fueron antes de llegar.

No imaginaba cuánto dolor había soportado. Cuánto sufría.

Solo podía abrazarla y esperar que fuera suficiente para ayudarla a superar los recuerdos. Si existía alguien que mereciera ser madre, esa era Grace.

El mundo era egoísta e injusto. ¿Cómo era posible que tanta gente que no lo merecía tuviera hijos mientras se les negaba a otros la oportunidad de tenerlos?

Se movió un poco y se acurrucó con un bostezo.

—Me he quedado dormida —susurró.

—Así es.

—Lo siento. Conozco la reglas. —Se incorporó y se estiró—. Ya me voy.

—O, bueno...

—¿Qué? —preguntó y me miró por encima del hombro. Tenía el pelo hecho un desastre y estaba más guapa que nunca.

—¿Estás bien después de lo de anoche?

Me sonrió.

—Siempre estoy bien.

—Ya, pero si no lo estás, puedes... —«Quedarte. Quédate conmigo»—. Quiero decir que, si necesitas hablar con alguien, estoy aquí.

Se le suavizó la mirada y la apartó.

—Cuidado, Jackson —susurró y se pasó los dedos por el pelo—. El verano casi ha terminado, no deberías pararme el corazón así. Anda, por favor, dime algo menos bonito. Dime algo cruel.

—No quiero decirte nada cruel.

—Ya, pero si vamos a seguir con esto, tenemos que compensar los momentos bonitos con algunos feos. Di algo. Piensa en algo agradable que quieras decirme y dime lo contrario.

—Vale. Eres la persona más fea que he conocido. Tu cara me recuerda a un cubo de basura y, cada vez que te marchas, me alegro.

Se inclinó y apoyó la frente en la mía.

—Ah —dijo en voz baja—. Entonces, ¿la verdad es lo contrario?

Asentí.

—La verdad es lo contrario.

—Jackson Emery. —Cerró los ojos.

—¿Sí?

—Se me ha vuelto a parar el corazón.

—A lo mejor es algo bueno. A veces el corazón necesita parar para seguir latiendo.

—¿Me puedo quedar un poco más? —preguntó, insegura y con voz temblorosa.

—Sí, y después otro poco más.

La abracé y nos tumbamos en la cama. La forma en que se acurrucó sobre mí me nubló el

pensamiento, pero me dio igual. Hacía mucho que no me sentía así, cercano y protector. Quería protegerla del mundo, del dolor y del sufrimiento y también, de forma egoísta, quería mantenerla cerca. Quería sentir su piel, sus labios y sus latidos, sentirla cerca del corazón.

Mi corazón...

Mi puñetero corazón.

No sabía que todavía latía.

Capítulo 35

Grace

—¡Esto es una tontería! —se quejó Judy. Hank y yo estábamos sentados delante de ella en el salón—. No me parece buena idea y no es un buen momento. Mamá y papá ya tienen demasiadas cosas con las que lidiar, están más ocupados que nunca. Es estúpido —protestó y se estiró el vestido.

—Judith Rae, te juro por Dios que como te echas atrás ahora, te voy a dar tal patada que vas a aterrizar en California. Venga, repítelo —ordené desde el sofá.

—Pero... —Frunció el ceño y se mordió las uñas.

Hank se levantó, se le acercó y le tomó las manos.

—Cariño, mírame. Eres la mejor mujer que he conocido y la mejor predicadora que he tenido el placer de escuchar, ¿queda claro? Te mereces una oportunidad y te prometo que de ninguna manera vamos a permitir que la dejes pasar. Concéntrate, puedes hacerlo.

—¿Cómo lo sabes? ¿Cómo sabes que puedo?

—Porque eres tú. Puedes hacer cualquier cosa.

Los quería tanto que me daban arcadas.

—Venga —dijo Hank y le dio una palmadita en el trasero—. Danos ese sermón a Grace y a mí.

Volvió al sofá y se sentó.

Judy inspiró y soltó el aire despacio. Entonces, empezó a hablar y fue uno de los sermones más conmovedores que había escuchado. Decía las palabras con sentimiento y se le notaba en la voz que de verdad creía en lo que decía. Fue precioso verlo. Mi hermana pequeña había crecido y se había convertido en una gran persona.

Lo había hecho sola, era su don, su talento y el de nadie más. Había nacido para ello. Había descubierto su vocación, lo que la hacía feliz, y nadie podía quitárselo.

Estaba realmente orgullosa.

Cuando terminó, me limpié las lágrimas que me había provocado.

—¿Ha estado bien? —preguntó, aún nerviosa.

Me levanté y la abracé con todas mis fuerzas.

—Ha estado de maravilla. Ha sido impresionante, Judy, no hay palabras para describirlo.

Ahora solo tienes que hacer lo mismo en la cena con mamá y papá.

Respiró hondo y asintió.

—Vale. Gracias, a los dos, por creer en mí. Jamás me atrevería a cometer esta locura si no fuera por vosotros.

—Por y para siempre —le dije, le apreté las manos y sonreí—. Ahora voy a teñirme antes de la cena.

—Perdona, ¿qué has dicho? —Judy se quedó boquiabierta—. ¿Vas a teñirte el pelo? ¡Grace, a mamá le dará un infarto! ¿Sabe siquiera que te has hecho un tatuaje?

—No, pero estará bien.

—¿Hablamos de la misma madre?

Hank entrecerró los ojos.

—Esta conversación parece cosa de hermanas, así que voy a ver la tele a la habitación.

Se escabulló mientras Judy me miraba preocupada.

—Grace —empezó—. ¿Esta eres tú? Quiero decir, si siempre has querido hacer estas cosas, como teñirte el pelo y hacerte tatuajes, te apoyo sin reservas. Dios sabe que si alguien se merece encontrarse a sí misma, eres tú. Solo quiero asegurarme de que es cosa tuya y no la influencia de Jackson.

—Judy. —La tomé de las manos—. Es cosa mía.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

Asintió.

—¿De qué color?

—Borgoña.

Puso los ojos como platos.

—Quieres matarla. —Rio—. Quieres matar a mamá.

—Piénsalo así. Si sobrevive a esto, es probable que viva para siempre.

—Vale, anda, vamos. Acabemos con esto.

—¿A qué te refieres?

—No voy a dejar que te tiñas el pelo sola. Voy a ayudarte. Cuatro manos son mejor que dos, supongo.

Adoraba cómo mi hermana siempre me apoyaba, incluso cuando no entendía las decisiones que tomaba.

Me quería lo suficiente para dejarme explorar terrenos desconocidos sin que nunca caminase sola.

Fuimos a la cena y Judy estaba de los nervios. Mamá y papá se sentaron a la mesa mientras el servicio servía la comida y Hank y yo no dejábamos de sonreír emocionado por lo que iba a ocurrir.

La cena estaba a punto de terminar y Judy todavía no había dicho nada, así que decidí tomar cartas en el asunto.

—Creo que Judy quiere contarnos algo —dije y llamé la atención de todos. Judy me fulminó con la mirada, pero le sonreí.

—¿Sí? —preguntó papá, y la miró—. ¿El qué?

—Eh, esto...

—Suéltalo, Judith —le ordenó mamá.

—Bueno, veréis, había pensado que algún domingo podría dar un sermón en la iglesia. Incluso... —Antes de que le diera tiempo a sacar la copia del sermón, papá y mamá rompieron a reír.

—¿Dar un sermón? —comentó papá, divertido por la idea, lo que me decepcionó muchísimo. Se suponía que era diferente. Se suponía que debía apoyar el sueño de Judy, pero en las cabezas de mis padres, mi hermana no era más que una niña bonita sin grandes pretensiones.

—Ay, cielo. —Mamá rio—. Muy graciosa. Ahora en serio, ¿qué querías decirnos?

No se dieron cuenta de cómo habían aplastado su espíritu.

Hank se dispuso a hablar y protestar ante su actitud, pero Judy le puso una mano en la rodilla y negó con la cabeza.

—Solo que tengo muchas ganas de que llegue el desfile del Día de los Fundadores —mintió Judy mientras contenía las lágrimas, sentada con la espalda recta como una señorita.

—Sí, será fantástico ¡y te subirás a la carroza! Serás la chica más bonita del pueblo —comentó mamá.

—Es algo más que una cara bonita —espeté, irritada.

—Grace —me advirtió Judy en voz baja, y me suplicó que lo dejase con la mirada.

Lo hice por ella, pero seguía muy enfadada.

—Se me olvidaba, Hank y yo tenemos una reunión por el desfile en quince minutos, así que vamos a irnos ya. —Judy retiró la silla sin dejar de sonreír—. Vamos, cariño.

—Pero...

Se mordió el labio para contener las lágrimas.

—Por favor, Hank, no quiero llegar tarde.

Se levantó de mala gana y se marchó con ella. Mis padres hablaron de nimiedades como si nada hubiera pasado.

—¿Me tomáis el pelo? —espeté y los dos me miraron.

—¿Disculpa? —dijo mamá.

—¿Qué pasa, Grace? —preguntó papá.

—¿Cómo habéis podido hacerle eso? ¡Os habéis reído en su cara cuando ha propuesto dar un sermón!

—Anda ya, Gracelyn Mae. —Mamá puso los ojos en blanco—. Solo era una de las tonterías de tu hermana.

—No, no lo era. Lleva semanas practicando, puede que meses, y cuando por fin reúne el valor de decíroslo, os reís en su cara. ¿Es que no os habéis dado cuenta? ¿No habéis visto el daño que le habéis hecho? Básicamente, ha salido corriendo.

—No podía hablar en serio —dijo papá, atónito—. Judy no es predicadora.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Bueno, ya sabes, a tu hermana le interesan otras cosas, como las compras, organizar

festivales o planear fiestas. Esas cosas. Es más bien una animadora. No está hecha para llevar una iglesia. —En ese momento, por primera vez, miré a mi padre con otros ojos.

—¿Crees que es tonta?

—No he dicho eso.

—No ha hecho falta —repliqué—. Que sepas que sí es predicadora. La he escuchado y tiene una de las voces más poderosas que he oído nunca. Es compasiva y está llena de amor para todo el mundo. ¡Tiene muchísimo talento y os habéis atrevido a reiros en su cara cuando os ha confesado su sueño! —grité, desesperada porque lo entendieran.

—Grace, baja la voz —ordenó mamá.

—No, no voy a callarme. Ha trabajado muy duro y le habéis faltado al respeto. Si alguna vez tuvierais un sueño y se lo contaseis a Judy, os apoyaría sin dudarle. Creería en vosotros más que vosotros mismos, y ni siquiera le habéis dado la oportunidad de explicarse.

—Creo que será mejor que te vayas —comentó mamá, molesta.

Papá no dijo nada.

Eso fue lo que más me dolió.

Lo miré y se me llenaron los ojos de lágrimas.

—Me lo esperaba de ella, pero ¿tú también, papá? Se supone que eres el que cree en nosotras. Se supone que eres el que escucha nuestros sueños y nos da alas para volar. ¿Quién es la persona que has sido esta noche, esa que se ha reído de mi hermana? No te reconozco.

—Qué ironía, viniendo de la mujer que tiene una aventura —soltó mamá.

—¿Perdona?

—Sabes muy bien de qué habló. Máchate, Grace. Lárgate con ese delincuente tuyo.

Me reí con sarcasmo.

—Vaya. Llevaba tiempo esperando a que me lo echases en cara, pero no me parece que sea el momento. No tiene nada que ver con este asunto.

—Por supuesto que sí. Ahora mismo lo que dices y lo que haces no significa nada para mí porque vas por ahí como una salvaje. Por favor, ¿tatuajes? ¿Pelo borgoña? ¿Qué te está pasando? Esta no eres tú. Además, vas por ahí con un perro asqueroso que no se merece ni un vulgar hueso. Sin embargo, te entregas a él como una sucia ramera.

Abrí la boca.

—¿Cómo me has llamado?

—¿Sabes todo lo que he tenido que hacer para apaciguar lo que has liado estas últimas semanas? Te haces tatuajes, sales de casa de Jackson de madrugada, ¿sabes lo duro que ha sido para mí?

—¿Lo duro que ha sido para ti? —siseé.

—Sí. ¿Sabes lo que dice la gente? ¿Sabes lo que dicen sobre nuestra familia?

—No. ¿Sabes lo que dicen de mí? ¿Sabes qué? No pienso hacer esto. No quiero hablar contigo.

—¡Eres una vergüenza para esta familia! Te acuestas con ese sucio monstruo cuando sigues casada.

Me rompió el corazón y ni siquiera se dio cuenta. Tragué saliva y bajé la cabeza.

—Finley me engañó, no al revés, pero ¿qué más te da? Últimamente estás decidida a ponerte

de parte de cualquiera menos de la de tus hijas. No lo aguanto más. No quiero saber nada más de la iglesia ni de sus juicios de valor, y no quiero saber nada de ti ni de tus seguidores. Por cierto, en las últimas semanas, Jackson me ha tratado con más respeto que tú en toda mi vida, así que si él es un monstruo, mamá, tú debes de ser el diablo.

Capítulo 36

Grace

—No sabía que hablaba en serio —dijo papá aquella misma noche, más tarde, en el porche de Judy. Iba con las manos metidas en los bolsillos y los hombros hundidos. Judy y Hank todavía no habían vuelto a casa cuando apareció. Sus ojos estaban llenos de culpa.

Me froté las sienes y suspiré.

—Porque nunca la tomáis en serio. Es buena, papá. Muy buena, de hecho. Si le das una oportunidad, te demostrará que está más que preparada para hacerse cargo de la iglesia algún día. Dale esa oportunidad. Deja que te demuestre que es mucho más que una organizadora de eventos.

Se sentó en el primer escalón y se frotó las manos.

—Hoy he fallado como padre.

—No tiene por qué si arreglas las cosas con ella. Me duele ver cómo la tratáis a veces. Es más que una cara bonita, mucho más, pero es como si la hubieran encasillado en el papel de belleza sureña y no la dejasen salir de ahí. Se merece la oportunidad de hacer su sueño realidad.

—Hablaré con ella.

—Gracias. Y siento lo que ha pasado en la cena. A veces mamá me supera.

—Os pasa a las dos. Os parecéis mucho.

Hice una mueca.

—No nos parecemos en nada.

Sonrió y negó con la cabeza.

—Lo mismo contestó tu madre cuando se lo dije. ¿Estás bien, calabacita? Sabes que no me gusta hacer caso a los rumores, pero que andes por ahí con Jackson Emery me preocupa un poco.

—¿Por qué todo el mundo le odia? —pregunté—. No es malo.

—No, pero está herido y puede ser peligroso. No quiero que te hagan daño, ya has sufrido más que suficiente. Tal vez daros algo de espacio no sería una mala idea, al menos hasta que resuelvas lo que pasa en tu matrimonio.

—¿Qué hay que resolver? Finn ha elegido a otra, por amor de Dios, va a tener un hijo con ella.

—Sí, pero ¿no te parece importante ser mejor de lo que ha sido él contigo? ¿Tener la elegancia de resolver la situación antes de pasar página? Sé que lo estás pasando mal y que tienes

la cabeza hecha un lío, por eso me pongo tan protector. Jackson Emery nunca ha sido de los que hacen más fácil la vida de los demás. Provoca desastres y no quiero que te rompan el corazón, otra vez no.

—No es tan malo como crees, papá —susurré con voz temblorosa.

Se pellizcó el puente de la nariz y se puso las gafas en la cabeza.

—Si no es tan malo, esperará a que acabes con tu matrimonio.

—Entonces, ¿qué? ¿Quieres que lo evite porque en el pueblo creen que es una mala influencia?

—No, para nada. Quiero que te tomes un respiro. Tu vida no ha dejado de dar vueltas y no quiero que te veas arrojada de una mala situación a otra. Tómate un tiempo para sanar antes de empezar algo más. —Me puso una mano en la rodilla y la apretó—. Estarás bien, Grace. Pero no te lances a por algo que seguramente no vaya a durar. Jackson Emery no tiene un extenso historial de amistades y seguro que hay una buena razón. Solo espero que no lo descubras por las malas.

—Ojalá vieras lo que yo veo en él.

—¿Qué ves?

Tragué saliva y me encogí de hombros.

—Esperanza.

Antes de que respondiera, llegaron Hank y Judy.

—¿Papá? ¿Qué haces aquí? —preguntó, perpleja.

Mi padre se levantó y se metió las manos en los bolsillos.

—Esperaba oír un sermón.

A Judy se le empañó la mirada y se apresuró a limpiarse las lágrimas.

—Es una tontería, papá. No te preocupes.

—No es ninguna tontería —respondió y se le acercó—. Yo soy el tonto. La forma en que te he hablado ha sido fría y ha estado mal, siento haberte hecho daño. Me encantaría entrar y escucharte, Judith Rae, si me lo permites.

Sonrió y asintió.

Los dos entraron y Hank se quedó conmigo.

—Gracias —susurró.

—Por y para siempre —respondí.

Capítulo 37

Jackson

—¿Estás bien? —pregunté cuando Grace llegó a mi casa. No había dicho mucho, pero se le notaba en los ojos que aquella noche quería usar el sexo como vía de escape.

—No —dijo y empezó a desabrocharme la camisa. Su mirada reflejaba un remolino de emociones cuando puse la mano sobre la suya para detenerla.

—¿Qué pasa?

—Nada, en realidad. ¿Podemos...? —Se le quebró la voz al intentar contener las lágrimas. A Grace no se le daba bien esconder los sentimientos. Sentía al contrario de como lo hacía yo. Tenía las emociones a flor de piel, mientras que las mías nadaban en las profundidades.

Cerró los ojos y suspiró. No dejaba de pensar y, cuando abrió la boca, no le salieron las palabras.

Le puse las manos en las espalda y la atraje para abrazarla.

—No tenemos por qué hablar, pero tampoco tenemos por qué acostarnos. Puedo abrazarte sin más.

Negó con la cabeza y le tembló todo el cuerpo.

—Eso va en contra del acuerdo.

—Creo que hace mucho que no seguimos ningún acuerdo, princesa.

Suspiro y habló:

—Todo es un desastre. Mi padre cree que cometo un gran error al estar contigo. No lo ha dicho con esas palabras, pero sé que está decepcionado con cómo estoy llevando las cosas y mi madre... —Se le quebró la voz—. Es muy dura conmigo.

—No te lo tomes como algo personal. Es dura con todos porque el mundo la ha hecho así.

—¿Como a ti?

—Como a mí —respondí. Aunque no soportaba a Loretta Harris, reconocía que compartíamos algunos defectos.

Sollozó y apoyó la cabeza en mi pecho.

—Todos los días me cuesta respirar. Estoy bien cuando estoy contigo, pero cuando nos separamos, vuelve a ser duro. Siento que te utilizo como si fueras una tirita para el dolor.

—Puedes usarme todo lo que quieras. Para lo que quieras.

El corazón se me paró un segundo.

Últimamente se me paraba mucho cuando estaba con ella, y no sabía cómo interpretarlo. Lo dejé pasar; no quería analizarlo demasiado.

—Estoy rota.

—Ya, lo sé. —Le di la mano y le besé la palma—. Yo también.

Me puso las manos en el pecho para sentir mis latidos.

—¿Me arreglas un rato?

—Toda la noche y, luego, seguiremos mañana.

Capítulo 38

Grace

No me arregló con el cuerpo, sino con palabras. Nos pasamos la noche hablando de todo y de nada, lo que hizo más fácil respirar. Saber más cosas sobre Jackson me hacía sentir menos sola.

—¿Cuándo supiste que querías ser mecánico? —pregunté.

Hizo una mueca y se encogió de hombros.

—No quería. Prefería estudiar bellas artes. Me parezco más a mi madre que a mi padre, pero, después de lo que pasó, tenía que ayudar en el taller.

—¿Nunca has querido ser mecánico?

—No.

Sentí pena por él. Nunca había podido perseguir sus sueños al pasar casi toda la vida cuidando de su padre.

—Siempre puedes volver a estudiar.

Se encogió de hombros.

—Estoy bien así.

—Pero ¿eres feliz?

—La felicidad nunca ha sido una opción real para alguien como yo.

—La mereces más que la mayoría.

—Pero no más que tú. —Esbozó una especie de sonrisa—. Tú mereces ser feliz más que nadie.

Vivíamos en un mundo extraño, uno en el que no éramos libres de expresar lo que sentíamos el uno por el otro, pero en mi cabeza se lo repetía una y otra vez.

«Te adoro. Te adoro. Te adoro».

Me acarició la muñeca con el dedo, se acercó mi brazo a los labios y la besó.

—Tienes un moratón de la última vez que te ató.

—Hay moratones peores. —Sonreí y frunció un poco el ceño—. No pasa nada, Jackson, estoy bien.

—No quiero hacerte daño.

—Eres la única persona que no me lo hace. —Me acerqué y lo besé en los labios.

Cerró los ojos un segundo y, cuando los volvió a abrir, sentí un escalofrío.

—¿Cuándo vuelves a Atlanta?

No habíamos hablado todavía de mi marcha. Durante los últimos meses nos habíamos dejado llevar en los brazos del otro y no habíamos intercambiado muchas palabras que no fueran gemidos. Cuando hablábamos de verdad, lo hacíamos del pasado, nunca del futuro.

—Dentro de tres semanas.

Bajó la vista, decepcionado.

—Ah, vale.

—¿Qué pasa?

—Voy a echarte de menos, eso es todo.

Se me detuvo el corazón otra vez.

—¿Jackson Paul Emery echará de menos a alguien? —bromeé para mantener las emociones bajo control.

—A alguien no, a ti.

«Te adoro. Te adoro. Te adoro».

Le puse los dedos en el cuello y le acaricié mientras me abrazaba. Le miré los labios. Esa misma boca había recorrido todo mi cuerpo, pero lo que más me conmovía eran las palabras que salían de ella.

—Yo también te echaré de menos —dije—. Sin ti, no habría sobrevivido al verano.

Me besó, y algo cambió aquella noche. Sus besos eran diferentes, más reales que la historia ficticia que nos habíamos contado durante aquellas semanas. No había dicho las palabras y yo tampoco, pero los besos sabían como si rogásemos por un poco más de tiempo, más roces, más corazones que se paraban.

Me quedé toda la noche, y la forma en que nos tocamos se parecía mucho a algo que se confundiría con amor. Cuando amaneció, empecé a vestirme para volver a casa.

—Te acompaño —se ofreció.

Sonreí y bostecé.

—Sabes que diré que no.

—¿Me escribirás cuando llegues?

—Eso puedo hacerlo.

—Vale. —Sonrió, apoyado en el marco de la puerta.

—Vale.

—¿Gracelyn Mae?

—¿Sí?

Se aclaró la garganta y metió las manos en los bolsillos.

—¿Te gustaría salir conmigo algún día? ¿En una cita de verdad?

Sentí mariposas en el estómago.

—No sabía que Jackson Emery tenía citas.

—Solo contigo.

Más mariposas.

—Lo cierto es que iba a preguntarte si harías algo conmigo.

—¿El qué? —preguntó.

—Todos los años, desde que tengo memoria, mis padres celebran una gala de verano en el salón del ayuntamiento para recaudar dinero. Es un gran acontecimiento, todo el mundo se viste como si fueran los Oscar. Se celebra un banquete, hay un baile y va todo el mundo.

—La gala Harris. Sí, me suena.

—¿Serás mi acompañante? —le pedí. Hizo una mueca y se me partió un poco el corazón. Me sonrojé, avergonzada—. Si no quieres, no tienes que venir. Lo juro, es que...

—Quiero ir —me interrumpió, y me sentí algo mejor—. Me preocupa que te lo hagan pasar mal si apareces conmigo. No quiero añadir más estrés y dramas a tu vida. La gente hablará.

—Que hablen —Le puse una mano en el pecho—. Lo ignoraremos.

Sonrió. Aquella sonrisa me aceleraba el corazón. Se inclinó, apoyó la frente en la mía y me rozó los labios. Supe que estaba perdida.

—Entonces —susurró—, ¿es una cita?

—Sí. —Sentí un escalofrío—. Es una cita. Buenas noches, Jackson Paul.

Me besó con dulzura e hizo que me temblara todo el cuerpo. Me puso las manos en la nuca, me acarició y susurró:

—Buenos días, Gracelyn Mae.

Capítulo 39

Jackson

—¿Hoy cierras antes? —preguntó Alex, sorprendido—. Nunca cierras antes.

—Esta noche tengo planes.

Arqueó una ceja.

—¿Planes? ¿Con alguien que se llama Grace?

—No hagas eso.

—¿El qué?

—Sonreír.

—Siempre sonrío.

—Sí, y es molesto —bromeé y tiré las toallas sucias en el cuarto de atrás.

—Entonces, ¿hay algo entre vosotros?

—¿Qué? No. Somos amigos.

—Con derecho a roce.

—Algo así.

—Pero hay algo más —comentó—. Mucho más.

—Alex, voy a pedirte que te calles ahora mismo.

—Vale, solo digo que no pasa nada porque te guste otra persona. Sé que crees que no es así, pero es verdad. Es parte de lo que nos hace humanos.

Fruncí el ceño y me encogí de hombros mientras metía las herramientas en la caja.

—No puede gustarme. Aunque lo hiciera, se va en unas semanas.

—¿Y? Vete con ella.

Puse los ojos en blanco.

—Ya, claro.

—Lo digo en serio. Lárgate de este agujero y vive la vida. Aunque no sea con Grace, tienes derecho a irte.

Resoplé.

—No puedo dejar a mi padre. Solo pude ir a rehabilitación porque tú te encargaste de él durante ese tiempo y no pienso volver a pedirte que hagas lo mismo.

—Chico, tu padre no es tu responsabilidad.

—No voy a dejarlo morir. Soy lo único que tiene.

—Vale. Me callo porque es evidente que te estás enfadado. Solo quiero que seas consciente de que el mundo no dejará de girar si decides tener una vida lejos de aquí. Tienes derecho a ser feliz, puede que más que la mayoría, y creo que Grace te hace feliz. Diría que tú a ella también.

Tragué saliva.

—¿Eso crees?

—Casi le arranca la cabellera a una mujer en el festival porque estaba hablando mal de ti. Es tan protectora contigo como tú con ella. Nunca había visto nada que fuera tan ilógico y lógico a la vez hasta que os vi juntos.

—Es buena.

Se rio, se acercó y me dio una palmada en la espalda.

—Tú también. Me marchó ya, pásalo bien esta noche.

—Vale. Nos vemos mañana.

Salió del taller y limpié hasta terminar, volví a casa y me metí en la ducha. Había alquilado un traje para la ocasión porque no tenía nada en el armario que fuera lo bastante elegante para una gala Harris.

Quería tener la mejor apariencia posible para Grace. No quería decepcionarla.

Ir a una celebración así, cogida de mi brazo, era más que un pequeño gesto. Era una declaración de que era libre de vivir como quisiera delante de todo el pueblo.

Me encantaba. Y me encantaba ser el que iba de su mano.

Llegó a mi casa hacia las siete y media. Cuando abrí la puerta, retrocedí.

Estaba preciosa.

Llevaba el pelo color borgoña peinado con tirabuzones y un vestido plateado ajustado; parecía una diosa.

—Vaya —exclamé. Se sonrojó y me pareció adorable.

—Vaya —repitió y me miró de arriba abajo. Me tendió una mano—. ¿Vamos?

Le di la mano y recorrimos juntos las calles de Chester. La gente nos vio y no nos importó. Nos juzgaron y los ignoramos.

Cuando llegamos al salón del ayuntamiento, todo el mundo nos miró. El estómago me dio un vuelco y traté de imaginar lo que pensaban.

Que no era lo bastante bueno para acompañar a alguien de la realeza de Chester.

Que era un aprovechado.

Justo cuando iba a pedirle a Grace que nos fuéramos, me apretó la mano para darme fuerza.

—Momentos poderosos —susurró y tiró de mí para acercarnos. Entonces, me rozó los labios con los suyos y me besó delante de todos. Le devolví el beso, ¿cómo no hacerlo? Me pasaría la vida besándola.

—Momentos poderosos —contesté y me separé despacio.

De algún modo, en ese momento, las opiniones de los demás dejaron de importarme porque ella me había escogido.

Con el mundo por testigo, me tomó de la mano.

Capítulo 40

Grace

La gente me rodeó y me hizo preguntas sobre mi relación con Jackson en cuanto se alejó para ir a por unas copas. Era abrumador, pero aguanté lo mejor que pude porque, por él, valía la pena soportar que nos juzgasen.

Y vaya si juzgaron.

—¿No es un poco pronto para volver a tener citas?

—Deberías estar sola un tiempo.

—Creo que Finn y tú lo arreglaréis.

—Está claro que Finn aún te quiere.

Muchas opiniones. Muchos cotillas.

Me dediqué a sonreír y esforzarme para que no me afectase.

—Si me perdonáis, tengo que hacer una cosa —dije con una sonrisa de oreja a oreja.

En cuanto me alejé de la multitud, me crucé con Marybeth Summers.

Marybeth era una persona tranquila y bastante callada. Me miró y asintió.

—Hola, Grace.

—Hola, Marybeth.

—Creo que hacéis buena pareja.

—Gracias.

Sonreí, todavía con un nudo en el estómago. Esperaba que el siguiente comentario fuera tan mezquino como los de los demás, pero solo añadió:

—Te mereces ser feliz.

Me abrazó de forma sincera y la sostuve un poco más de lo que debería. Puede que no todo el mundo en Chester fuera un cotilla redomado.

Tal vez algunos querían lo mejor para mí de verdad.

—Gracelyn Mae —dijo mi madre mientras caminaba hacia mí. Parecía sorprendida de verme a la vez que se alisaba el vestido.

—Hola, mamá.

—¿Qué haces aquí?

—Nunca he faltado a una gala. No iba a hacerlo ahora.

Se removió sobre los tacones.

—¿Has venido a montar una escena? ¿A dar la nota?

—¿Cómo?

—Te he visto con él. No quiero dramas. ¿Lo has traído para vengarte por nuestra última conversación? ¿Por lo que dije?

—Ay, mamá. —Sonreí y me acerqué—. No todo tiene que ver contigo.

Me alejé y me encontré con Josie, que me sonrió de oreja a oreja.

—Vaya, vaya. ¿Acabas de hacerte valer ante tu madre?

—Eso parece.

—Creo que has venido acompañada de cierta persona —comentó con una sonrisa traviesa.

—Así es.

—Bien por ti, Grace. —Levantó la copa en un gesto de victoria—. Bien por ti.

Cuando la banda empezó a tocar, se despidió.

—¡Empieza la música! Voy a buscar a mi marido antes de que alguna intente robarme el primer baile. ¡Luego nos vemos!

El primer baile de la gala Harris siempre era un espectáculo entretenido. La tradición decía que tenías que decir que sí a la primera persona que te invitara a bailar. Sin excusas ni evasivas.

Así conseguí que Finn bailase conmigo hace años.

Así me enamoré de él.

Busqué a Jackson con la mirada y empecé a caminar hacia él cuando lo vi cerca de la barra, pero el corazón se me subió a la garganta cuando alguien me dijo:

—Gracelyn Mae, ¿me concedes este baile?

Me volví hacia Finn, que iba vestido con traje y corbata. Estaba guapo y lo odié por ello.

—No —bufé y me di la vuelta, pero no desistió.

—Es la tradición. No puedes negarte.

Gruñí.

—Tiene razón, cielo —comentó una señora mayor que iba de la mano de un joven que parecía decepcionado. Era evidente que él no la había elegido—. Es la tradición.

Puse los ojos en blanco y miré a Finn.

—Un baile. Nada más.

—Es lo único que quiero.

—Es lo único que tendrás.

Caminamos hasta la pista de baile. Intentó ponerme la mano en la cintura, pero no se lo permití, así que las dejó sobre mis hombros, como si fuera el baile del instituto.

—Gracias por esto —dijo. El aliento le olía a *whisky*.

—Estás borracho.

—He bebido un poco, sí. Quería reunir el valor para hablar contigo y pedirte este baile. Creí que nos traería algunos buenos recuerdos.

No respondí.

—¿Y bien? ¿Funciona?

—Finley, ¿dónde está Autumn?

—No lo sé y no me importa. Solo me importas tú.

—¿Desde cuándo? ¿Desde que empecé a hablar con Jackson?

Hizo una mueca.

—Me vuelve loco verte con él. Me saca de quicio. —Le lloraron los ojos, no a causa del alcohol, sino por la emoción—. Me mata verte con otro hombre.

—Ahora sabes cómo me sentí.

—Lo siento mucho, Grace, de verdad —se disculpó mientras las lágrimas le rodaban por las mejillas. No recordaba la última vez que había llorado delante de mí—. Después del primer aborto, me sentí perdido. Me afectó mucho, pero escondí el dolor porque sabía que estabas sufriendo. Necesitaba espacio para pensar y aclararme.

—¿Y lo buscaste en los cuerpos de otras mujeres? ¿Cuánto tiempo querías que te esperase? ¿Cuánto tiempo pensaste que me sentaría a rezar porque me quisieras otra vez?

—No lo entiendes, después de lo que pasó, me costaba respirar.

—Me encanta que uses mis abortos como una excusa para ser infiel cuando deberías haber hecho todo lo contrario. —Parpadeé y respiré hondo—. Cuando más te necesitaba, no estuviste a mi lado. Cuando necesité que me sujetases, te quedaste mirando mientras caía y, justo antes de que tocase fondo, te marchaste.

—Grace...

—Se acabó, Finn.

—Esta no eres tú. Ese tío te ha comido la cabeza. Me quieres y lo sabes. No puedes rendirte con lo nuestro, Grace. No puedes...

—Quiero el divorcio —lo corté. Estaba cansada de que apareciera y desapareciera cuando le daba la gana. Estaba cansada de que intentase decirme quién era y qué debía hacer—. No quiero seguir así. No quiero suplicarte que me ames. No quiero pasar las noches en vela preguntándome si estarás con otra. No quiero que me quieras solo porque crees que otro lo hace. Quiero liberarme de las cadenas, Finn. Quiero dejarte ir.

—¿Qué? No. —Se tensó e intentó sujetarme, pero me aparté—. Eres la única mujer a la que he querido.

No supe por qué, pero eso me afectó.

—Entonces no sabes lo que es el amor.

Me volví y Finn puso una mano sobre la mía.

—Gracelyn, espera.

Me agarró un poco más fuerte de lo necesario y me miró con ojos suplicantes. Me fijé en aquel azul cristalino por un segundo. Pensé que pasaría el resto de mi vida frente a aquellos mismos ojos. Pensé que siempre me traerían paz en los peores momentos...

—Finley James —susurré y, detrás de él, vi que Autumn acababa de llegar. Estaba preciosa con un vestido dorado que le resaltaba las curvas. Todas las curvas—. Suéltame.

Me soltó y la miró.

—Mierda.

Me apresuré a irme e intenté calmarme. Me disponía a escapar, pero Jackson se me acercó. Me dedicó media sonrisa y le devolví la otra media.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Nada.

Entrecerró los ojos.

—¿Qué pasa?

Negué con la cabeza.

—Tranquilo, solo necesito tomar el aire. Eso es todo.

Se tensó y se aclaró la garganta.

—¿Que esté aquí te causa molestias? Si es así, me iré. Sé que esto es muy importante para ti y para tu familia, no quiero ser un problema.

«Ay, Jackson».

—Que estés aquí es lo único que evita que me hunda.

—¿Qué ha pasado? ¿Alguien te ha hecho daño?

—Sí... No, solo en el corazón.

Se acercó y me colocó un mechón rebelde detrás de la oreja.

—Ese es el peor de todos.

Se me escapó una lágrima y no me molesté en limpiarla.

Jackson frunció el ceño.

—¿Puedo hacer algo por ti?

—Solo quiero salir un segundo. ¿Me esperarás? —susurré y le puse la mano en el pecho.

Lo miré a los ojos y me devolvió la mirada con muchísima ternura. Me perdí en esos ojos color avellana un segundo. Esos que me habían ayudado a respirar y me habían traído paz en las peores tormentas.

—Por favor, Jackson —supliqué—, espérame.

—Princesa. —Me acarició la mejilla con el pulgar y me enjugó la lágrima. Ladeó la cabeza y me sonrió. Fue una sonrisa casi imperceptible, la mayoría no la habrían visto, pero veía a Jackson con tanta claridad que captaba cualquier cambio en su expresión. Me sentí reconfortada y una ola de calor me recorrió el cuerpo cuando habló—: ¿Cómo no iba a esperarte?

Capítulo 41

Jackson

Grace se marchó un momento a tomar el aire y esperé a que volviera. Me quedé en aquella sala donde me sentía totalmente fuera de lugar. El traje me picaba. La gente era grosera y las raciones de comida, diminutas.

Era un infierno.

—No es tu círculo habitual, ¿verdad? —comentó una mujer.

—Para nada.

Me tendió la mano.

—Soy Judy, la hermana de Grace.

Pues claro, tenían los mismos ojos. Le di la mano.

—Encantado de conocerte. He oído hablar mucho de ti.

—Lo mismo digo. —Sonrió y cambió de postura, inquieta.

Levanté una ceja.

—¿Ahora es cuando me dices que me aleje de Grace?

—No. ¿Por qué?

—Es lo que todo el mundo me dice.

—Ya veo. No he venido por eso. Solo quiero pedirte que seas bueno con ella, ¿de acuerdo?

—¿A qué te refieres?

—Tiene un corazón frágil. Ha pasado por más de lo que ella misma piensa y no creo que pueda soportar otro revés. Si vas a dejar que se enamore de ti, que no sea en vano, porque no creo que sea capaz de levantarse después de otra caída.

Era evidente que quería a su hermana. No había venido a gritarme que me alejara de Grace, sino a pedirme que la tratara bien y cuidara de su corazón.

—Eso puedo hacerlo.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Sonrió y se frotó el brazo izquierdo con la mano.

—Te gusta.

—Sí.

—Y le gustas.

«Eso espero».

—Pásalo bien esta noche, Jackson. Ignóralos a todos menos a ella. Es la única que importa.

Judy me dio las gracias y desapareció entre la gente. Había mucho de la personalidad de Grace en su hermana. Era agradable ver que existían más personas buenas en el mundo aparte de ella.

Quería comprobar si estaba bien, ya que llevaba un rato fuera, pero me esforcé por ser paciente. Necesitaba un respiro y la esperaría hasta que volviera.

—¿Te sientes orgulloso?

Finn se acercó con la mirada algo perdida.

Estaba borracho.

Le había visto esa mirada a mi padre las veces suficientes como para reconocerla de inmediato.

—Finn, no discutamos esta noche.

—Aléjate de m-mi mujer —ordenó, arrastrando las palabras.

—¿Tu mujer? Diría que usas ese término demasiado a la ligera.

—No te pases de listo —advirtió y se me acercó a trompicones.

Gruñí.

«No me apetece lidiar con esto».

Respiré hondo y contuve las ganas de plantarle cara. Aunque fuera un capullo, seguía siendo el ex de Grace y no quería cometer ninguna estupidez que la molestase.

—Oye, colega, estás borracho y no piensas con claridad. Vete a beber un poco de agua.

—Vete a la mierda —siseó. No me lo iba a poner fácil—. ¿Te crees mejor por tirarte a mi mujer?

—Otra vez esa palabra. La usas muy a la ligera.

—Ha sido mía durante quince años.

—Y la perdiste.

Hizo una mueca y se pasó las manos por la cara. Se tambaleó, se me acercó más y me empujó el pecho.

—Voy a recuperarla.

—Voy a pedirte que no me toques —le advertí, cada vez más enfadado.

—Voy a pedirte que no toques a mi chica —contestó, lo que me enfureció más. Grace no le pertenecía. Él la había abandonado y estaba claro que solo volvía porque se sentía amenazado.

—Bien, adelante. Toda tuya.

Me volví y me marché hacia la puerta porque no quería montar una escena. No iba seguirle el juego, pues era justo lo que quería. Deseaba que perdiera los papeles y liberase al monstruo que estaba seguro que escondía dentro. Quería demostrar que no era bueno para Grace.

Y delante de todo el pueblo.

Así que me fui.

Suspiré hondo y escuché cómo un Finn alcoholizado me seguía.

—Quiero que quede claro que, como te vea cerca de ella, ¡te arranco la cabeza! —rugió.

Me dio la risa. Finn no era un tipo corpulento y estaba seguro de que habría podido con él.

—Vale, colega, lo que tú digas. Ahora déjame en paz.

—Venga —me retó, corrió para alcanzarme y tiró de mí desde atrás—. Si eres tan valiente, pelea conmigo.

Me detuve.

«No vale la pena».

Me volvió a empujar.

Respiré hondo y estiré la pulsera.

«No vale la pena».

Cuanto antes me dejara solo, antes estaría con Grace, aunque cada vez estaba más claro que tenía la intención de provocar un enfrentamiento. Quería que liberase a la bestia, pero me negaba.

—¿No vas a defenderte? —preguntó, molesto.

—No.

—¿Por qué? ¿Por qué piensas que decepcionarías a Grace? ¿Crees que sentiría asco si viera al monstruo que eres en realidad? Joder, ¿qué crees que pasaría? ¿Crees que te elegiría? —Me miró y, por un segundo, se me paró el corazón. Debió de darse cuenta, porque se rio—. Hostia, de verdad crees que te elegiría.

Me quedé callado.

Estiré la pulsera.

—No tienes nada que ofrecerle —escupió con odio—. Eres el último mono y nunca te elegiría. Serás una aventura de verano, nada más. Está herida, pero no es tonta. No tienes nada y nunca serás nada. Con el tiempo, volverá a encontrar el camino sin ti y tú serás la mierda que eres.

—Tienes razón, Finn. Enhorabuena.

Se acercó y me empujó con fuerza.

—Eres escoria y estaríamos mejor si hubieras muerto como la puta de tu madre.

Habló de mi madre y perdí la razón.

Cuando volví en mí, rodábamos por el suelo del salón en un remolino de puñetazos. Lo estampé contra el suelo y me golpeó con fuerza en el ojo. Mientras me orientaba, se tiró sobre mí y me lanzó hacia atrás. Aterricé en una mesa en la que había una tarta de cinco pisos. Cayó al suelo y el glaseado se desparramó por todas partes.

Seguimos enzarzados y se formó un corro de gente alrededor mientras algunos intentaban separarnos.

No dejaba de lanzar golpes, así que yo tampoco, una y otra vez.

Al final, nos separamos cuando el *sheriff* Camps llegó y nos obligó a hacerlo por la fuerza. Antes de procesar lo que había pasado, nos metió a los dos en una celda.

«Genial».

Así era justo como se suponía que iba a ser la noche.

Jackson

Diez años

—¡Lárgate, friki! —me gritó Tim cuando volví a clase por primera vez después del funeral de mamá. Sus amigos y él me empujaron—. ¡Nadie te quiere aquí!

Se reían de mí, pero no me importaba.

Nada me importaba.

Mamá ya no estaba y la vida no me importaba.

Ya no sentía nada.

—¡Eres un perdedor! Nunca tendrás amigos, friki —dijo otro chico, que me puso la zancadilla cuando me iba.

Caí de bruces al suelo y gruñí. Al intentar levantarme, uno de ellos me volvió a tirar.

No dije nada.

Entramos a clase y Tim no paró de darme patadas en la silla.

—Friki, friki.

Lo ignoré.

Intenté recordar lo que mamá me decía.

«Soy extraordinario, soy extraordinario».

No quería hacerle caso a Tim porque ya no me importaba caerle bien.

Ya no me importaba caerle bien a nadie.

Solo quería que mi madre volviera.

—Ojalá desaparecieras y no volvieras nunca —siseó—. Como la tonta de tu madre muerta.

Entonces, sin pensarlo, exploté.

Capítulo 42

Grace

—*Sheriff* Camps, no merece estar encerrado —grité al entrar corriendo en la comisaría. En cuanto me enteré de la pelea y de que habían arrestado a Jackson, fui directa hasta allí.

El *sheriff*, que estaba sentado en su mesa, llevaba todavía el traje y la corbata de la gala.

—Ya, bueno, yo no me merezco estar aquí enterrado en papeleo porque tus chicos no sepan comportarse en público.

—¡Pero no fue culpa suya! No ha hecho nada malo. Creo que...

—Pausa. ¿De quién estamos hablando? ¿A quién has venido a rescatar?

—A Jackson —dije sin dudarlo—. He venido a por él.

—Buena elección. Parece que Finn fue quien empezó la pelea, lo cual me sorprende.

A mí no me sorprendía en absoluto.

—¿Puedo ir a verlos contigo?

Negó con la cabeza.

—No sé, Grace. No suelo dejar pasar a la gente.

—Por favor, *sheriff* Camps, soy yo. La pequeña Gracelyn Mae. Solo quiero hablar con ellos. Lo juro.

Suspiró.

—Supongo que no le hará daño a nadie. Vamos, pero no cuentes que te he dejado pasar, ¿vale? No quiero que piensen que me he vuelto blando.

Acepté guardar el secreto y me acompañó a la parte de atrás. Se me aceleró el corazón. Cuando vi a Jackson, ahogué un grito. Estaba hecho un desastre y tenía la cara amoratada. La corbata le colgaba del cuello y parecía agotado.

«Por Dios, Finn. ¿En qué pensabas?».

—Hola —musitó.

—Hola —respondí.

—Has ganado un pase para salir de la cárcel, amigo. Dale las gracias a esta señorita. Si fuera por mí, habrías pasado la noche aquí —dijo el *sheriff* Camps mientras buscaba la llave para abrir la celda.

En cuanto lo hizo, me lancé a abrazarlo.

—¿Estás bien?

—Estoy bien. Lo siento.

—¿Lo sientes? ¿Por qué? No has hecho nada malo.

—Ya, aun así, lo siento. No debí dejarme provocar por Finn. —Hablaba en voz baja, casi entre susurros. Era evidente que tenía mil cosas en la cabeza, solo esperaba que ninguna implicase alejarse de mí.

«Quédate conmigo, Jackson».

—Ahora te veo fuera, ¿vale? —dije y le froté el brazo. Asintió y se marchó.

Me acerqué a la celda de Finn, que tenía la misma expresión de derrota que Jackson.

—Supongo que no has venido a sacarme de aquí —bromeó.

Me costaba mirarlo. Me parecía un extraño.

—Sigues borracho.

—Un poco.

—Tú no te emborrachas, Finn.

—No serás la única que ha cambiado. —Se levantó y se aferró a los barrotes—. ¿Qué haces, Grace? ¿Vas por la calle con un adicto?

Vaya, menudo golpe bajo.

—Está limpio. Lleva años limpio.

—Por ahora. O sea, mira cómo me ha dejado la cara. Te dije que era peligroso.

—Tú le has dejado igual, Finn.

—Ya, pero... —Suspiró y apartó la mirada un momento—. Te quiero.

—Deja de decir eso.

—No, porque es verdad. Tenemos quince años de historia y no soporto quedarme a un lado mientras vas de la mano de ese gilipollas. Te quiero demasiado para hacerlo.

—No sabes cuánto recé para que me dijeras eso —susurré y negué con la cabeza—. Recé para que me quisieras otra vez, para que volvieras, pero no es lo que querías.

—Sí que lo es. Te lo digo ahora, quiero estar contigo. Sé que las cosas son complicadas, pero...

—Solo mostraste interés cuando alguien más lo hizo, Finn. Eso no es amor, son celos, y no pienso jugar a eso. No voy a jugar a nada. Quiero que me dejes ir.

—No voy a rendirme —advirtió—. No voy a rendirme con lo nuestro.

—Ya no hay nada nuestro.

—¿Por ese desgraciado?

—No. Por ti.

—No pasa nada —gruñó Jackson cuando le puse una toalla húmeda en el ojo—. No es la primera vez que me ponen un ojo morado por acostarme con la mujer de otro.

—No soy su mujer —dije con sequedad. Se estremeció cuando presioné la toalla—. Ni él es mi hombre.

Ladeó la cabeza.

—Si no eres suya, ¿de quién eres?

—Mía —dije sin aliento y el corazón se me aceleró—. Antes que de nadie, siempre seré mía.

—Joder. No sabes lo bien que sienta escuchar eso.

Sonreí y volví a centrarme en curarle el ojo.

—Lo estás haciendo —murmuró y puso la mano sobre la mía para que dejase de palparle la mejilla.

—¿El qué?

—Encontrarte.

Sonreí de oreja a oreja y aparté la toalla.

—Creo que sobrevivirás.

—Bueno es saberlo —masculló, bajó la mirada y jugueteó con los dedos.

—¿Qué pasa? ¿Algo va mal?

—¿Qué ves cuando lo miras? ¿Qué ves cuando miras a Finn? —preguntó con la voz teñida de inseguridad.

Lo pensé un momento, me arrodillé y lo miré desde abajo.

—El pasado. Todo lo que fui y todo lo que no.

—¿Y cuando me miras a mí?

La chispa en su mirada reparó algunas partes en mi interior que ni siquiera sabía que estaban rotas. Me pasé la mano por el pelo y me encogí de hombros.

—Posibilidades.

Capítulo 43

Jackson

El domingo por la mañana, Loretta Harris me sorprendió al llamar a mi puerta. Cuando abrí, me la encontré lista para ir a la iglesia, con un gran sombrero y un vestido suelto.

Cómo odiaba que se pareciera a su hija. Me hacía más difícil despreciarla.

—¿No deberías estar rezándole a tu querido Dios? —pregunté y me apoyé en el marco de la puerta con los brazos cruzados.

No desprendía la misma rabia que el día que entró hecha una furia en el taller. No gritaba exigencias ni daba órdenes. Estaba muy tranquila y sosegada.

Me puso nervioso.

—Hace días que no hablo con mi hija, y la última vez que la vi, le dije cosas que lamento.

—Deberías haber pensado antes de hablar. Ahora, si me disculpas, tengo cosas que hacer. — Intenté cerrar la puerta, pero la bloqueó con el brazo. Arqueé una ceja y lo bajó de inmediato.

—Lo siento, pero... —Suspiró y negó con la cabeza—. La he visto por el pueblo y parece perdida. Lleva el pelo rojo y tatuajes, ya no sé quién es. Ni siquiera viene a la iglesia.

—Yo tampoco iría si la gente hablase de mí como lo hacen de ella.

—¿Crees que disfruto con ello? ¿Que me gusta oír lo que dicen?

—No. —Negué con la cabeza—. No lo creo, pero tampoco haces nada para evitarlo.

Abrió la boca, pero no dijo nada. Metió la mano en el bolso y sacó un cheque.

—Te dije que no quería tu dinero.

—Tal vez te lo pienses cuando veas la cifra. Es bastante para que tu padre y tú tengáis una buena vida. Podréis empezar de cero en cualquier parte del mundo.

Cogí el cheque y lo partí por la mitad.

—Me da igual el dinero que me ofrezcas. No vas a echarnos de nuestras tierras. Además, ¿qué importa? Grace volverá al trabajo en pocas semanas.

—Sí, pero vendrá por vacaciones y tú seguirás aquí. Luego vendrá los fines de semana y después encontrará un trabajo que esté más cerca. ¿No lo ves? Te has metido en su cabeza y la has convencido de que algún día podría enamorarse de ti. ¿No te das cuenta de cómo te mira?

¿Cómo?

¿Cómo me miraba?

—No quiero problemas. Deberías irte.

—Por favor, Jackson, sé realista. Gracelyn ya ha pasado por mucho y necesita encontrar el camino correcto, no necesita distracciones que la desvíen. Sé que intentas ayudarla, pero le estás haciendo daño, y a ti también. Te escribiré otro cheque —dijo y metió la mano en el bolso.

—Repito: no quiero tu dinero. Grace es adulta. Dejaré que sea ella quien decida si quiere dejar de verme. —Fui a cerrar la puerta, pero gritó y me paré de golpe.

—¡Fue Samuel!

Arqueé una ceja.

—¿Qué?

—Fue Samuel. —Se aclaró la garganta y se le cayeron algunas lágrimas. Le temblaba el cuerpo—. El hombre del que se enamoró tu madre era mi marido. Aquella noche se marchó para estar con él.

Cerré los puños y se me secó la boca.

—¿Qué cojones te pasa? ¿Por qué mientes sobre algo así?

—No miento. Lo descubrí la noche de la tormenta. Samuel me dijo que se había enamorado de otra y que iba a dejarme, pero no me dijo su nombre. —Entrecerró los ojos y sacudió la cabeza con la mirada fija en el suelo de madera—. Antes de tu madre, había estado con otras mujeres, pero no habían sido más que una distracción. Nunca sintió nada por ellas y siempre volvía a casa. Incluso cuando tropezaba, yo era con quien siempre regresaba. Siempre se metía en la cama conmigo y me susurraba «te quiero». Yo era su final feliz y él, el mío.

»Entonces, un día, llegó una nueva familia al pueblo y una mujer con unos ojos como los tuyos entró en la iglesia. Era preciosa y Samuel se fijó en ella. No me ofendí porque, al final del día, vendría a casa conmigo. Era nuestro acuerdo. Por respeto y por lealtad, siempre volvía. Pero, entonces, empezó a trabajar todas las noches. Algunas, volvía tan tarde que el sol empezaba a colarse por las rendijas de la persiana. Dejó de decirme que me quería y olía a su perfume. Madreselva y frambuesa. —Cerró los ojos y siguió llorando—. Tenía mis sospechas de quién era la mujer con la que se veía, pero lo tuve claro la noche en que tu madre murió en el accidente. Jamás había visto sufrir tanto a un hombre como cuando vi a mi marido caer de rodillas y llorar por ella.

—Mientes —dije con voz ahogada, incrédulo.

—No miento y lo sabes.

—Sal de mi propiedad —rugí.

—¿Por qué crees que tu padre atacó la iglesia hace años? ¿Por qué crees que odia tanto a mi familia?

—He dicho que te vayas.

—De acuerdo, me iré. Pero dime una cosa, ¿serás capaz de estar con mi hija, la mujer cuyo padre es el motivo por el que tu madre se marchó hace años, y quererla? ¿Podrás entregarte a Grace sin resentimientos ni rabia? ¿Mirarla a los ojos, iguales a los de su padre, y no acordarte de aquella horrible noche? Yo no podría.

No respondí porque no tenía palabras. Entré en casa y cerré la puerta mientras procesaba lo que había dicho y las palabras me calaban hasta el alma.

—¿Es cierto? —rugí al entrar en casa de mi padre.

Estaba sentado en el sofá con los ojos entrecerrados y veía las noticias. La casa volvía a estar hecha un asco, aunque hubiera limpiado hacía pocos días.

Me miró como un zombi. Tenía unas bolsas enormes bajo los ojos, el pelo graso y la ropa sucia. Era como un muerto en vida.

—¿Y bien? —grité y levanté los brazos con rabia—. ¿Es cierto?

—¿De qué hablas?

—¿Samuel Harris es el hombre con el que mamá tenía una aventura?

La forma en que frunció el ceño y separó los labios me dio la respuesta. Era cierto.

—¡No me jodas! ¿Todo este tiempo has sabido que Samuel Harris fue prácticamente el responsable de la muerte de mi madre y no te pareció necesario decírmelo?

—Te dije que sacases ese coche de taller. Te dije que dejases de follarte a esa chica. ¿Qué más querías?

—No sé, ¿qué tal la puñetera verdad? ¿Por qué no me lo dijiste?

—No era asunto tuyo, joder —Agarró la botella de *whisky* y le dio un trago—. No tenías derecho a saberlo.

Se la arranqué de las manos y la lancé al otro lado de la habitación.

—Tenía todo el derecho a saberlo.

—Déjame en paz, Jackson. No tengo tiempo para esto.

—Mi madre murió por aquello y tu vida es una mierda desde entonces. Deberías habérmelo dicho. Nunca habría dejado que se acercasen al taller. Habría peleado por ti, por nosotros. Habría...

—Esa mierda está más que zanjada. Sal de mi casa.

—Pero, papá...

—Tu madre está muerta y nada hará que vuelva. Déjalo correr. No hagas que te lo repita. Lárgate, no quiero verte la cara.

Borracho, hablaba como si fuera un asunto sin importancia. Como si la muerte de mi madre no fuera más que un recuerdo y no una tortura diaria que le quemaba el alma. Como si no reviviera aquella pesadilla todos los días, igual que yo. Como si no le importase, cuando lo había sido todo para él.

Y el hombre responsable de la tragedia vivía al final de la calle.

El padre de la mujer de la que me estaba enamorando.

Si hubieran pasado unos días más, le habría entregado el corazón.

Unos días más y le habría dicho esas palabras que nunca había pronunciado.

Pero aquella mañana, volví a levantar los muros que me rodeaban el alma y bajo ningún concepto dejaría que Gracelyn Mae formase parte de mi vida.

Capítulo 44

Grace

—**H**ola, Jackson. Dos cosas. La primera, solo me queda una semana en el pueblo para terminar las últimas dos temporadas de *Juego de tronos* contigo, así que tendremos que ver dos capítulos al día. La segunda, tengo hambre, así que voy a pedir comida china para ver la serie esta noche —dije al entrar en el taller. Jackson tenía la cabeza metida en el capó de un coche.

No respondió, así que, cuando me acerqué, le toqué el hombro, pero se tensó.

Se me formó un nudo en el estómago.

—¿Va todo bien?

—Sí —dijo sin mirarme.

Era evidente que mentía.

—Jackson, ¿qué pasa?

—Estoy trabajando.

—Ya, pero también estás muy seco conmigo.

Me miró y me sorprendió la frialdad con que lo hizo. Hacía mucho que no me miraba así y me confundió que lo hiciera.

—¿Qué pasa? —susurré y las manos empezaron a sudarme—. ¿Qué te ocurre?

—Creo que lo mejor será que acabemos con esto ahora —dijo y siguió trabajando en el motor.

—¿Cómo?

—No le veo el sentido. No vamos a llegar a nada, será mejor dejarlo.

—¿De qué hablas? ¿A qué viene esto?

—Lo he pensado mejor y no quiero tener nada que ver contigo.

—Mientes. Lo que tenemos... Lo que somos... —Me tembló la voz; era incapaz de procesar aquello. Me miró a los ojos y sentí un escalofrío. Hizo una mueca.

—No somos nada, princesa. Lo que ha pasado este verano ha sido un error que no volveré a cometer, ¿queda claro?

—¿Por qué te comportas así?

—Porque soy así. Siempre lo he sido.

—No. Eres bueno. Eres amable, gentil y...

—Déjalo, Grace. No tengo nada que decirte. Date la vuelta y vete, esta conversación ha terminado.

—¿Quién te ha comido la cabeza? —pregunté y le puse las manos en las mejillas con cariño. Y lo vi. Le tembló el labio inferior—. ¿Quién te ha convencido de esto? ¿Finn? ¿Mi madre?

Me agarró por las muñecas y me las apartó.

—Márchate, princesa, y no mires atrás. Aquí no queda nada para ti.

Se me llenaron los ojos de lágrimas y retrocedí.

¿Qué había cambiado? ¿Qué había pasado de repente?

Pocos días atrás, veíamos el mundo lleno de posibilidades. ¿Cómo es que de pronto le ponía punto final a lo nuestro, cuando para mí apenas íbamos por el prólogo?

—Te conozco —insistí—. No eres así.

—No me conoces. Nunca lo has hecho, y yo a ti tampoco. Solo has sido una más y ya me he cansado de quitarte la ropa, así que adiós.

Retrocedí y tropecé. Me sentí traicionada. Dolía. Dolía muchísimo.

—No lo dices en serio. No es cierto. Cuando no teníamos a nadie, nos tuvimos el uno al otro. No sé qué se te ha metido en la cabeza, pero, sea lo que sea, podemos arreglarlo juntos porque es lo que hacemos, Jackson. Nos ayudamos.

—Deja de fingir que somos algo que no somos. No soy tu amigo. No soy tu amante. No soy nada para ti y tú no eres nada para mí.

Se dio la vuelta y volvió al trabajo. Me dejó allí, paralizada por la sorpresa.

Me limpié las lágrimas y me dirigí hacia la salida. No tenía sentido seguir con aquella conversación. Estaba claro que no quería volver a saber nada de mí.

—¿Grace?

Me volví para mirarlo.

—No vuelvas.

Aquellas dos palabras fueron las que más daño me hicieron porque le cerraban la puerta a todas las posibilidades.

—Grace, ¿qué haces aquí? —me preguntó Finn en el pasillo del hospital. Había esperado a que pasase para hablar con él—. ¿Qué pasa? ¿Estás bien?

—¿Le has dicho algo? —pregunté y me crucé de brazos—. ¿Le has dicho algo a Jackson?

—¿Qué?

Me miró confundido y frunció el ceño. No tenía ni idea de qué le hablaba.

—No lo he visto desde la pelea.

—Ni se te ocurra mentirme.

—Es verdad, lo prometo. ¿Por qué...? —Arqueó una ceja y negó con la cabeza—. Te ha decepcionado.

—No tienes ni idea de qué hablas —añadí y me marché.

Me siguió.

—¿Y te sorprende, Grace? Todos hemos tratado de decírtelo. Era una bomba de relojería y solo era cuestión de tiempo que te hiciera daño.

—Estás muy equivocado con él. —Conocía a Jackson. Conocía todos los rincones de su alma oxidada que no había compartido con nadie más. Había pasado algo y debía de ser muy malo si me había alejado de aquella manera—. Es bueno.

—Mírame a la cara, Grace. ¿Cómo va a ser bueno?

—Tú empezaste la pelea.

—Estaba borracho. Él lo hizo sobrio. Además, te conozco. Te conozco mejor que tú misma. No es el hombre adecuado para ti. Te mereces algo mejor.

Me reí.

—Qué gracia.

—¿Qué te hace gracia?

—Que creas que me conoces. Lo cierto es que la chica que conocías murió en el momento en que la traicionaste.

—Es un monstruo, Grace. Volverá a hacerte daño y a decepcionarte. —Me alejé sin responder y con lágrimas en las mejillas. Aun así, habló—. ¡No voy a rendirme con lo nuestro, Grace! Seguiré luchando por nosotros.

Mi vida se había convertido en una locura.

Mientras Finley no dejaba de hablar de «nosotros», yo no dejaba de pensar en Jackson y en qué le habría pasado.

—Gracelyn May —dijo Autumn, desde la mesa de la recepción. Se levantó despacio y reveló una barriga incipiente.

Cada vez que la veía, una parte de mí quería morir.

Salió de detrás de la mesa para acercarse.

—¿Qué haces aquí? ¿Hay alguien herido?

—No finjas que te importa, Autumn.

—Pero sí me importa. —Se le anegaron los ojos de lágrimas y sentí un escalofrío. Lo último que necesitaba era que se pusiera a llorar. No tenía tiempo para aquello.

—¿Has venido a hablar con Finn?

Levanté una ceja, pero no respondí.

Siguió hablando y empezó a temblar.

—Sé que no es asunto mío, pero es que todo es un desastre. Mi familia no me dirige la palabra, y Finn está muy distante. ¿Acaso vosotros...?

Me crucé de brazos.

—¿Me preguntas si mi futuro exmarido te pone los cuernos conmigo?

Lloró.

Odiaba que llorase.

—Estoy muy perdida. No sé cómo lidiar con esto. Finn me hizo muchas promesas de futuro y ahora no...

—Para —la corté—. Entiendes por qué no es asunto mío, ¿verdad? Ya no soy tu amiga, Autumn. No tienes derecho a desahogarte conmigo después de arrebatarme mi vida. ¿Lo entiendes?

Retrocedió.

—Sí, claro. Lo siento.

Me dispuse a irme, pero la oí sollozar y se me formó un nudo en el estómago. Aunque la odiase, una parte de mí sentía pena por ella. Podía parecer estúpida o ignorante, pero comprendía lo sola que se sentía. Sabía lo que era dudar de una misma y sentirse culpable porque Finn no volviera. Sabía lo que era dudar de todo.

Autumn no había sido una buena amiga. Me había hecho un daño irreparable, pero las palabras de papá me resonaron en la cabeza.

«Si le das la espalda a una persona, se la das a todas».

—¿Le quieres? —pregunté y la miré.

Asintió, nerviosa y avergonzada de reconocerlo.

—Sí.

—¿Te quieres?

Derramó más lágrimas y negó con la cabeza.

—No.

Suspiré. Por primera vez desde que me enteré sobre lo de Finn y Autumn, la vi de verdad. Atisbé más allá de su belleza y de que fuera todo lo que yo debía ser. Vi las heridas de su alma y las cicatrices de su corazón.

Había tomado una decisión, como Finn. Me traicionaron y eso cambió el rumbo de todas nuestras vidas. Ahora les tocaba lidiar con las consecuencias, como a mí. Al mirarla, parecía no saber de quién era ni a dónde se dirigía su vida. Además, debía encontrar la manera de ser fuerte por el niño que iba a traer al mundo.

En sus ojos, vi cuánto se arrepentía.

Vi pena.

Dolor.

Autumn no tenía ni idea de qué hacía.

Estaba rota y sola. Su familia le había dado la espalda y el padre de su hijo perseguía a otra.

Sabía cómo era verse consumida por la oscuridad hasta olvidar cómo era la luz.

—No puedes quererlo si no te quieres a ti misma, Autumn. Es imposible.

—Lo sé. Pero... Estoy perdida.

—Lo sé —dije, comprensiva. Aunque ya no fuera mi amiga y me hubiera hecho daño, entendía lo que era estar perdida. Más que la mayoría—. Pero no es cosa mía ayudarte a encontrarte. Tampoco de Finn. La única responsable eres tú y tienes que hacerlo sin ayuda. De lo contrario, pasarás la vida intentando ser lo que los demás quieren que seas y, el cien por cien de las veces, seguirá sin ser suficiente. Así que tienes que elegirte a ti. A partir de este momento, tienes que ser tu primera opción. De lo contrario, te ahogará.

—Gracias, Grace.

Quise contestar «por y para siempre», pero no iba a mentirle.

—Mamá, ¿le has dicho algo a Jackson? —pregunté al entrar en el salón.

—Me alegro de verte, Gracelyn Mae. Me alegro de que todavía recuerdes dónde vive tu familia. Si también recordases dónde está la iglesia, sería estupendo —dijo con sarcasmo.

—Mamá, ¿has hablado con Jackson?

—Grace...

—Dime la verdad. —Le tembló el labio inferior. Se me paró el corazón—. ¿Cómo has podido?

—Mírate, Gracelyn Mae. No eres tú misma.

—Me gustaría que todos dejaseis de decir eso.

—Es verdad. No eres tú misma desde hace mucho. He hablado con él porque te quiero. Me parece bien que quieras descubrir quién eres, pero Jackson Emery no es el camino.

—No tienes derecho a tomar esa decisión por mí. No tienes derecho a dirigir mi vida. Ahora Jackson ni siquiera me habla. ¿Qué le dijiste?

—No importa.

—Dímelo.

No lo hizo. Abrió la boca, pero no me contó la verdad.

Ni me imaginaba qué le habría dicho para que me tratase así después de todo lo que habíamos pasado durante el verano.

—Estoy harta. Harta de este pueblo, de vivir así y de ti. Me he pasado toda la vida intentando que te sintieras orgullosa, y la única vez que elijo algo por mí, me das la espalda mientras declaras que me quieres. Eso no es amor, mamá, es manipulación y ya no voy a dejar que me controles.

—Gra...

—No quiero volver a verte.

—No lo dices en serio. Soy tu madre.

—No. Solo eres la mujer que me dio a luz. Ya no eres mi madre.

Me di la vuelta y me fui. Me sentía más sola a cada paso que daba. Cuando llegué a casa de Judy, empecé a hacer las maletas. Ya no me quedaba nada en Chester. Alquilaría un coche y saldría de allí en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Grace? —dijo Judy al entrar en la habitación—. ¿Qué pasa? Mamá me ha llamado histérica. ¿Estás bien?

—Me marchó.

—¿Qué? ¿Por qué? —Sonaba muy preocupada—. Habla conmigo.

—No puedo. Tengo que irme. Voy a alquilar un coche y conduciré hasta Atlanta. Alquilaré algo durante una semana hasta que mi piso esté disponible. No puedo... —Respiré hondo—. No puedo respirar.

—Vale. Voy contigo. Yo conduzco.

—¿Qué? No. Judy, no tienes por qué, puedo ir sola.

—Sé que puedes, pero no lo harás. Yo conduzco. —No me dejó discutir y, antes de darme cuenta, había metido las maletas en el maletero de su coche.

Cruzamos las calles de Chester y nos detuvimos en el semáforo cerca del taller de Mike. Vi a Jackson dando mazazos a un coche desguzado en la parte de atrás. Cuando levantó la vista, se me paró el corazón.

Judy me miró.

—¿Quieres despedirte? —preguntó.

—No.

Aunque mi madre le hubiera dicho algo, fue Jackson el que eligió volverse frío conmigo. Tomó una decisión, igual que todos. Nuestras decisiones nos definían. Podíamos ir a la izquierda o a la derecha. Decir sí o no. Aguantar o marcharnos. Jackson decidió irse y, en respuesta, yo también me fui.

Pasamos un verano de lujuria, un verano en el que nos encontramos y nos perdimos a nosotros mismos. En el que nos encontramos y nos perdimos el uno al otro.

Aunque había terminado, no me arrepentía de nada. Si pudiera volver atrás, volvería a estar con Jackson Emery porque, para mí, representaba nuevas posibilidades. Representaba la idea de que, incluso en los días más oscuros, se podía encontrar la luz. Durante aquel verano, se convirtió en mi fe y, por un momento, habría jurado que yo era la suya.

En el oscuro y vacío maletero del Honda de Judy había dos maletas desemparejadas, desgastadas y desgarradas. Cada una guardaba una parte de mí. Cada una contaba una historia de la mujer que había sido y la mujer en la que me estaba convirtiendo. Y Jackson Emery, el hombre que se me cruzó en el camino y me ayudó a recordar cómo respirar, las vio marchar a las dos.

Capítulo 45

Jackson

Se había marchado hacía un par de semanas y no había dejado de pensar en ella. Hice lo posible por olvidarla, pero se negaba a abandonar mi cabeza.

Me daba igual.

Si no podía estar con ella, al menos me quedarían los recuerdos.

Una noche fría de septiembre, recibí la llamada que llevaba años temiendo. Una llamada que puso mi mundo patas arriba y me dejó aturdido y confuso.

—Jackson, soy Alex. Tu padre está en la UCI.

En cuando lo dijo, me quise morir. Corrí al hospital y, cuando llegué a la recepción, entré en pánico.

—Hola, han traído a mi padre. Está en la UCI y... —Tartamudeé y la recepcionista me miró. Autumn.

—Mike Emery, sí. Déjame mirar en qué habitación está. —Tecleó algo en el ordenador—. Es la 234, en la segunda planta. Los ascensores están al final del pasillo a la izquierda.

Empecé a moverme antes de que terminase de hablar. Eché a correr y, en vez de coger el ascensor, subí por las escaleras. Tenía el corazón en un puño mientras me apresuraba hacia la habitación 234. Cuando por fin llegué, Alex estaba en el pasillo hablando con un médico.

—¿Qué ocurre? ¿Qué ha pasado? —La rabia que sentí al ver a Finn me puso todavía más histérico—. ¿Eres su médico?

—Sí y...

—No. Queremos a otra persona.

—¿Qué? Lo siento, pero soy el único que está de guardia esta noche.

—Me importa una mierda. Llama a alguien más —ordené. No quería que ese gilipollas se encargase de cuidar a mi padre.

—Jackson, sé que hemos tenido nuestros problemas, pero, de verdad, mis pacientes son mi prioridad —dijo Finn—. Nuestra vida personal no afectará al tratamiento de tu padre.

—Y una mierda. Consigue otro médico —ordené con los dientes apretados. Me ardía la sangre y no había tenido ocasión de calmarme desde la llamada de Alex.

—Jackson —intervino Alex—, escúchalo. Me estaba poniendo al día sobre el estado de Mike.

Hice una mueca, pero no dije nada más. Me crucé de brazos y lo fulminé con la mirada. No confiaba en él, pero en aquel momento no me quedaba otra.

—Tu padre ha sufrido una intoxicación etílica grave. Tu tío lo encontró inconsciente con vómito en la boca y llamó a la ambulancia de inmediato. Todavía no se ha despertado, pero nos esforzamos por estabilizarlo. Le estamos vigilando las vías respiratorias y controlando la circulación. Ahora solo queda esperar a que despierte.

—¿Ya está? ¿Lo único que me ofreces es esperar? ¿Me tomas el pelo?

Finn frunció el ceño y me entraron ganas de darle un puñetazo.

—Ojalá pudiera decirte más, pero es lo que tenemos ahora mismo.

Quise insultarlo, pero no lo hice. Entré en la habitación y lo encontré conectado a un montón de máquinas. Se me volvió a parar el corazón.

—Joder —exhalé, acerqué una silla a la cama y sollocé en silencio.

Estaba hecho un desastre. Se lo veía muy delgado y débil, daba la sensación de que aquellas máquinas eran lo único que lo mantenían con vida.

—No me creo que hayas hecho esto —me lamenté y le tomé de la mano—. Escúchame, no tengo tiempo para tonterías, así que necesito que despiertes, ¿vale? —Le di un golpe en el brazo—. Tienes que despertar.

—Jackson... —Alex habló en voz baja, pero lo ignoré.

—Despierta, maldito cabronazo —le pedí a mi padre, el hombre que un día había sido mi héroe.

Me ardía el pecho al hablar y se me saltaron las lágrimas. Enterré la cabeza en las manos y me derrumbé.

—Por favor, papá. Despierta.

Habían pasado siete horas y seguía sin despertar. Mencionaron el término «coma etílico» y me habían dicho que no se podía hacer otra cosa más que esperar.

Estaba cansado de esperar.

—Jackson —dijo alguien desde la puerta. Llevaba en la misma silla desde que llegué y cuando alcé la vista, me encontré a Judy, que me dedicó una sonrisa triste—. Hola.

Sus ojos me hicieron echar de menos a su hermana.

—¿Qué haces aquí?

—Me he enterado de lo de tu padre. Ya sabes que en este pueblo las noticias vuelan. Supuse que te vendría bien tener a alguien contigo. —Se me formó un nudo en el estómago, pero no respondí. Se sentó a mi lado y me sonrió—. ¿Estás bien?

—No.

—No pasa nada, es normal no estarlo. Pero quiero que sepas que no estás solo.

Bajé la cabeza, sorprendido porque Judy estuviera allí. No me debía nada, ni un segundo de su tiempo, y, sin embargo, quería asegurarse de que no estuviera solo.

—¿Por qué estás aquí?

—Porque hice una promesa.

—¿A quién?

—A mi hermana.

La miré, confundido.

—¿A qué te refieres?

—Hace unas semanas la llevé en coche a Atlanta y, cuando iba a marcharme, me pidió que hiciera una cosa.

—¿El qué?

—Que cuidase de ti.

Hice una mueca y entrelacé las manos, nervioso.

—La echo de menos —confesé.

—Lo sé. Y ella a ti, así que no entiendo por qué no os habláis.

—Es complicado.

—No. —Negó con la cabeza—. No lo es. Enamorarse es fácil. Es lo más fácil del mundo. Todo lo demás es lo que lo vuelve difícil. Pero ¿lo que sentís el uno por el otro? Es muy fácil y, si lo aceptas, te alegrarás de haberlo hecho. Pero ambos tenéis derecho a aclararos por separado. De momento, voy a sentarme contigo, si te parece bien.

—Sí, está bien.

Nos quedamos en silencio y miramos cómo bailaban las líneas de las máquinas mientras mi padre luchaba por sobrevivir.

—No se lo cuentes a Grace. Por favor, no quiero que se preocupe.

—Si es lo que quieres, lo respetaré. Pero no es malo que la necesites. No tiene nada de malo necesitar a los demás.

No respondí, solo le di las gracias por pasar la tarde conmigo. Me dedicó una cálida sonrisa y me apretó la rodilla.

—Por y para siempre.

No sabía lo mucho que esas palabras significaban para mí.

Pasaron los días y nada cambió. Judy venía todos los días y se sentaba conmigo cuando Alex no estaba. No hablábamos de nada, nos quedábamos en silencio esperando a que mi padre abriera los ojos. Cuando llegó el viernes, escuché una voz en la puerta y levanté la vista.

Me ardió el pecho.

—Gracelyn —mascullé y me levanté.

—Hola.

—¿Qué haces aquí?

Se quedó en el marco.

—¿Puedo pasar?

Asentí y se acercó despacio. Miró a mi padre, asustada, y me dolió.

Tenía un aspecto horrible.

Entonces me miró con tanta pena que también me dolió.

Al parecer, yo también estaba hecho un desastre.

No dijo nada, solo me abrazó.

«Dios, lo echaba de menos».

La había echado de menos. Echaba de menos lo nuestro.

—Lo siento —susurró.

—Lo siento —respondí.

Mantuve el abrazo un rato, con miedo de que, si la soltaba, desapareciera como un espejismo.

Cuando me separé, me acerqué a la ventana y suspiré.

—Está en coma —dije con la voz rota—. Lleva días así y si no despierta... —No pude seguir y sacudí la mano en el aire—. Lo odio. Llevo mucho tiempo odiándolo, por la persona en que se ha convertido, por la persona en la que me ha convertido, pero si le pasara algo... Si lo pierdo... —Cerré los ojos—. Es mi padre, Grace, es todo lo que tengo. Si lo pierdo, lo pierdo todo.

Me limpié una lágrima rebelde de la mejilla.

—Jackson, ven aquí —me pidió en voz baja. No soportaba cómo me reconfortaba la dulzura de su voz.

—No. Estoy bien. ¿Cómo te has enterado de que estaba aquí? Le pedí a Judy que no te lo contara.

—Y no lo hizo, pero vives en Chester, las noticias vuelan, incluso hasta Atlanta. Ahora, ven aquí.

—De verdad, estoy bien. Puedes irte —dije y miré a mi padre.

—Jackson. —Me puso una mano en el hombro y me tendió la otra—. Por favor, ven aquí.

Suspiré y le di la mano. Tiró de mí y volvió a abrazarme.

No era un espejismo.

No era un sueño.

Era real, estaba allí.

—Estoy bien.

—Mientes.

—Gracelyn...

—No. —Negó con la cabeza y se apoyó en mi pecho—. No te vas a librar de esta. Vas a dejar que te abrace un rato, así que cállate y no me sueltes, ¿vale?

Respiré hondo y la acerqué más.

Fue reconfortante.

No estaba acostumbrado al consuelo, pero sí conocía muy bien el dolor. Aquella tarde, Grace fue mi consuelo y, aunque hubiera querido soltarla, el corazón no me lo habría permitido.

—Gracias —susurré, la abracé más fuerte y apoyé la frente en la suya—. Gracias por volver.

—Siempre —dijo con cariño y noté su respiración en los labios—. Por y para siempre.

Capítulo 46

Grace

No había salido del hospital desde que supe que habían ingresado a Mike, pero fui a buscar comida y café para Jackson porque sabía que él no iba a moverse de allí. De camino a la habitación, sentí un escalofrío en la espalda.

—Grace, ¿qué haces aquí?

Me volví y me encontré con Finn.

—¿Cómo que qué hago aquí? El padre de Jackson está ingresado y he venido para estar con él.

—¿Te ha llamado?

—No, pero me sorprende que tú no lo hicieras. Sé que tenemos problemas, Finn, pero no contarme lo que le había pasado a Mike... Debiste hacerlo.

—No podía. Confidencialidad entre médico y paciente.

—A la mierda la confidencialidad, Finn. ¡Deberías habérmelo dicho!

—No, no debería y, la verdad, no sé cómo te has enterado.

—Yo la avisé —intervino Autumn, que se acercó a nosotros.

—¿Qué? —le gritó—. ¿Por qué lo hiciste?

—Me pareció que... Pasé por la habitación de Mike y vi a Jackson solo. Su tío estaba trabajando y llevaba todo el día ahí. Pensé que le vendría bien tener compañía.

—No tenías ningún derecho —rugió Finn y se puso rojo—. Has cruzado la línea.

—Me alegro de que lo hiciera —dije. No miré a Autumn, y es que todavía me dolía verla.

—No era cosa tuya y, Grace, no necesitas a alguien como Jackson Emery en tu vida.

—No es tu decisión.

—Es peligroso, violento.

—No empecemos otra vez, Finn. —Tenía la sensación de que cada vez que nos veíamos dábamos vueltas en la misma rueda que no llevaba a ninguna parte—. Tú empezaste la pelea.

—¡Él dio el primer puñetazo!

—¡Le pusiste un ojo morado!

—¡Se lo merecía!

—Eso no lo decides tú. Fuiste a por él en busca de pelea. No hizo nada malo.
—Es una carga para ti. Ni siquiera deberías ser su amiga.
—No tienes derecho a decidirlo por mí.
—Tiene razón, Finn —intervino Autumn.
—¡Métete en tus asuntos! ¡Intento mantener una conversación con mi mujer, hostia! —rugió y, en cuanto pronunció las palabras, supe cuánto le dolieron a Autumn.
«Su mujer».
Cuando la miró, se dio cuenta del daño que le había hecho.
Luego llegaron la vergüenza, el arrepentimiento y la culpa.
—Lo siento. Por supuesto, habla con tu mujer —dijo y se marchó.
Finn suspiró y se pellizó el puente de la nariz.
—Mierda, no quería decir eso. —Se calló, pero Autumn no se dio la vuelta—. ¡Joder! —Me miró—. No sé qué hacer.
Suspiré hondo y negué con la cabeza.
—Tienes dos opciones: quedarte o ir tras ella —le dije sin rodeos—. Pero, créeme, quedarte no te llevará a ninguna parte.
Suspiró y asintió. Entonces, se volvió para seguirla.
—Ah, ¿Finley?
Me miró con aquellos ojos que antes me volvían loca.
—¿Sí?
—Ya no tienes mujer. Es hora de que me dejes ir.
No dijo nada más porque sabía que era cierto. Hacía tiempo que sabía que lo nuestro estaba muerto y enterrado. No era ningún secreto que aquella historia había llegado al final y era de las que no tenían un final feliz.
Algunas historias simplemente terminaban.

Pasaron dos días y Mike seguía sin despertar. Estaba cada vez más preocupada. Jackson se derrumbaba y no sabía cómo ayudarlo. No nos levantábamos del sillón de la habitación del hospital y, cuando cerraba los ojos y se apoyaba en mí, lo observaba respirar.

—Deberías ir a casa a ducharte —dije, pero negó con la cabeza.
—No quiero irme.
—Han pasado días, Jackson. En cuanto algo cambie, nos avisarán. Deberías ir a descansar, aunque sean unas horas.
Asintió despacio y accedió.
Caminamos en silencio. Iba encorvado y le di la mano para hacerle saber que no tenía que hacerlo solo.
Cuando llegamos a su casa, abrí el grifo de la ducha y le saqué algo de ropa limpia. La dejé en el baño y fui a buscarlo al salón.
Estaba mirando el cuadro de su madre con tristeza infinita en los ojos.
—La ducha está lista —anuncié.

—Gracias.

Se aclaró la garganta y entró en el baño. Entonces asomó la cabeza.

—¿Grace?

—¿Sí?

—¿Vienes conmigo?

«Sí».

Me metí con él en el baño y nos desnudamos el uno al otro muy despacio. Solo se oía el agua caer. Entré en la bañera y él me siguió. No dijimos nada, se limitó a frotarme jabón en la espalda, y yo le enjaboné el pelo con champú. Nos limpiamos la piel, el dolor y el miedo y, cuando nos aclaramos el jabón del cuerpo, nos quedamos bajo el agua caliente.

Jackson apoyó la frente en la mía y cerró los ojos. Su respiración me acariciaba la piel.

—No puedo perderlo, Grace —dijo en voz baja y las lágrimas se mezclaron con el agua de la ducha—. No puedo perderlo.

Sentí su dolor y no supe qué hacer. No sabía cómo arreglarlo, no sabía cómo curar su corazón ni cómo ayudar a su padre, así que, por primera vez en mucho tiempo, hice lo único que se me ocurrió.

Cerré los ojos, respiré hondo y recé.

«Querido Dios, soy yo, Gracelyn Mae...».

Capítulo 47

Jackson

Seguía sin despertar y, cuantos más días pasaban, más improbable era que lo hiciera. El domingo por la mañana, sentí el cansancio de mirar su figura desmadejada en la cama del hospital, pero no sabía qué más hacer. No podía marcharme durante mucho tiempo porque tenía miedo de que muriese mientras no estaba.

Sabía que era estúpido, pero mi madre había muerto sola. No hubo nadie con ella y no quería que le pasara lo mismo a mi padre.

Nunca me perdonaría no estar a su lado tanto si despertaba como si se iba para siempre.

—Pronto habrá que tomar decisiones —me dijo Finn, mientras Grace estaba en la otra esquina de la habitación. Siempre que venía, me soltaba la mano para intentar que todos estuviéramos un poco menos incómodos.

Finn habló de opciones y luego mencionó que tal vez mi padre no saldría del coma, por lo que había que pensar en los siguientes pasos.

—¿Te refieres a desconectarlo? —pregunté.

Frunció el ceño.

—Me refiero a tomar la mejor decisión para su vida. Te daré un tiempo para pensarlo.

Asentí y, antes de irse, miró a Grace una última vez.

—Todavía te quiere —susurré.

Bajé la cabeza y me miré las manos. No sabía por qué me molestaba, pero así era. No hacía mucho que conocía a Grace y habíamos dejado muy claro lo que sentíamos el uno por el otro. Aun así, la forma en que la miraba me dolía.

Una parte de mí se preguntaba si, con el tiempo, lo volvería a mirar de la misma manera.

—Está enamorado de la idea que tiene de mí, pero lo cierto es que ya ni siquiera me conoce. Además, me parece que es una situación de las de «quiero lo que no puedo tener». Solo me desea porque cree que estoy contigo.

Me volví hacia ella y le dediqué una sonrisa triste. Quería decirle lo que pensaba. Quería abrirme y contarle lo que sentía, pero me contuve.

Aquella noche, volvería a Atlanta y a su futuro, mientras que yo seguiría en Chester, anclado en el pasado.

Sin embargo, ojalá hubiera una manera de que estuviera conmigo porque me moría de ganas por estar con ella.

—He pensado algo —dijo y volvió al sofá conmigo. Se sentó y me agarró la mano—. De vez en cuando, mi familia invita a cenar a alguien que lo está pasando mal. Cenamos y rezamos para ayudar a los que sufren momentos difíciles. He pensado que tal vez podrías ser el invitado de esta noche antes de que vuelva a Atlanta.

Levanté una ceja.

—Creí que ya no rezabas.

Se encogió de hombros.

—Así era, pero lo he vuelto a hacer.

—¿Por mí?

Asintió.

—Por ti.

Yo no rezaba ni creía en Dios, pero aquello significó muchísimo más para mí de lo que Grace imaginaba.

—Tu familia me odia.

—Solo mi madre, y no te preocupes, creo que me odia más a mí.

—De eso nada.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque es imposible odiarte, Grace. Créeme. —Le acaricié la palma de la mano con el pulgar—. Lo he intentado.

—No he vuelto a verla ni a hablar con ella desde la tremenda discusión que tuvimos, así que será algo raro, pero creo que si te conociera de verdad, me entendería.

—Aunque no lo haga, da igual. Deberías hacer las paces con tu madre sin importar los malentendidos o las peleas. —Miré a mi padre—. Porque, al final, nada de eso importa. La familia es lo más importante, aunque sea un desastre.

Tragó saliva.

—¿Me animas a que haga las paces con mi madre?

—Si no lo haces, nunca te lo perdonarás.

—Cierto. Entonces, ¿vendrás? Te sentaría muy bien tomarte un descanso. Salir de aquí un rato. —Se le daba bien ayudarme a darme un respiro cuando se me olvidaba respirar—. Di que sí —suplicó.

Así lo hice.

Estaba muy nervioso mientras esperaba en la puerta de la casa de los padres de Grace. Si mi padre supiera que iba a entrar a la casa de los Harris para que rezasen por su vida, se habría recuperado de golpe para asesinar me.

Pero a Grace se le daba de maravilla convencerme para hacer cosas que, de otra manera, nunca haría.

—¿Las flores son una estupidez? —pregunté. Había traído una docena de rosas rojas para

Loretta Harris, el mundo estaba patas arriba.

—Son perfectas —dijo—. Estás bien. —Me apretó la mano para darme ánimos, pero el efecto solo duró hasta que cruzamos la puerta y me encontré con Loretta.

—¿Qué diablos hace él aquí?

—Te dije que traería a alguien que lo estuviera pasando mal, ¿recuerdas?

—Sí —respondió con frialdad—. Pero olvidaste mencionar que sería él —escupió las últimas palabras como si fuera una enfermedad.

No la culpaba, antes hacía lo mismo al hablar de su familia.

—Todo el mundo es bienvenido en nuestra casa, ¿no es así, Loretta? —dijo su marido cuando entró en el recibidor. Me miró y asintió. No me moví. Cuanto más tiempo pasaba allí, más me arrepentía de haber ido.

Me aclaré la garganta.

—He traído flores.

Loretta las miró de arriba abajo.

—Sí, eso parece.

—Qué amable por tu parte —comentó Samuel—. Gracias, Jackson.

Loretta observó a su marido y, al pasar a su lado, masculló.

—Esto es un error —se quejó antes de irse.

Samuel me miró y sonrió.

—Me alegro de que hayas venido, Jackson. Siento mucho lo de tu padre.

De nuevo, no respondí, pero cuando me tendió la mano, la acepté.

Al entrar en la casa, me fijé en uno de los cuadros y se me formó un nudo en la garganta.

Aquella casa era, sin duda, el último lugar donde debía estar.

La cena fue rara. Cuando todos se sentaron y rezaron, no supe muy bien qué hacer, así que miré el reloj de la pared. ¿Cuánto se tardaba en rezar? Si rezar de verdad servía de algo, ¿había que hacerlo durante un tiempo determinado?

Me sentí incómodo durante toda la cena, pero Judy y su marido me salvaron. Se parecían bastante a Grace, lo que me facilitaba las cosas. Parecían gente buena y auténtica.

—Mamá, ¿no vas a enseñarle la casa a Jackson? —preguntó Grace, y me miró—. Siempre recorre la propiedad con los invitados. Este sitio es su gran orgullo.

La fulminó con la mirada.

—No. Voy a fregar los platos.

Judy se rio.

—¿Desde cuándo friegas, mamá?

Loretta regañó a su hija al levantarse y recogió la mesa.

—Desde siempre, Judith Rae. ¿Me ayudas, por favor?

Judy puso los ojos en blanco al mirar a Grace y e hizo una mueca con la que me reí. Al menos no era el único al que Loretta volvía loco.

—Yo te enseño la casa —se ofreció Samuel y se levantó—. Tenía ganas de charlar un rato a solas.

Grace se puso pálida.

—¿Hablar de qué?

—Cosas nuestras, no te preocupes. ¿Por qué no recoges la mesa con Hank? Vamos, Jackson, demos un paseo.

No tenía elección, así que me levanté y lo seguí.

Mientras recorríamos el terreno de los Harris, Samuel me habló de todo aquello. Me contó historias sobre huertos, arbustos de bayas y piscinas en las que se hacían bautismos, pero, cuando llegamos a las pistas de tenis, lo corté.

—No tenemos que hacer esto.

—¿El qué?

—La charla intrascendente.

Torció el gesto y se detuvo, pues sabía perfectamente a qué me refería. Se cruzó de brazos y me miró.

—Nunca hemos hablado de verdad en todos estos años, ¿verdad?

—Nunca he tenido nada que decirte —dije con sequedad y el cuerpo en tensión. Las palabras no parecieron afectarle, supongo que porque sabía que las merecía.

—Jackson, Loretta me dijo que te contó lo mío con tu madre.

Me senté.

—Sí.

—No me imagino cómo te habrá impactado. Siento que lo hayas descubierto de esta manera. Siento que hayas tenido que enterarte.

—¿Sabe tu esposa quién pintó el cuadro del pasillo?

Se pellizó el puente de la nariz y se puso las gafas en la cabeza.

—No.

—¿Lo sabe alguien?

—No.

Suspiré y me volví hacia él.

—Se lo dijo a mi padre. Le dijo lo mucho que te quería y lo que significabas para ella. Nunca le contó que se había enamorado de ti, solo que había otro hombre. Todo lo que dijo lo destruyó por dentro y tú tienes sus cuadros colgados en tu casa, bajo las narices de tu mujer. No parece muy cristiano.

—Si las cosas hubieran sido diferentes... —Se detuvo y suspiró—. No habría guardado el secreto.

—Tienes suerte, te lo llevarás a la tumba. Tu legado quedará intacto.

—Jackson, es complicado.

—No lo es. Solo es triste porque mi madre... —Me sudaban las manos y cerré los ojos para contener las lágrimas—. Mi madre merecía que la quisieran en voz alta y tú la lloraste en silencio.

Bajó la cabeza.

—La quise como nunca he querido a nadie y me culpo por lo que le pasó.

—No fue culpa tuya, al menos, no del todo. Sabías que mi madre estaba casada y tú también lo estabas, pero traicionasteis a vuestras familias para empezar una historia que nunca debería haber existido. Mi padre pasó años ahogando el dolor en el alcohol cuando se marchó. Antes de que le diera tiempo a odiarla, tuvo que llorar su muerte, y ahora lucha por sobrevivir contra los

demonios que tú liberaste.

—Siento mucho lo de tu padre. He rezado...

—No quiero tus plegarias. No he venido aquí por eso, ni en busca de orientación ni de tu dios. Lo cierto es que no creo en ninguno.

—Entonces, ¿por qué has venido?

—Porque Grace me lo ha pedido. No creo en ti ni en tu dios, pero creo en ella. Nadie ha estado nunca a mi lado excepto ella, así que lo mínimo que puedo hacer es devolverle el favor. Esta familia es todo su mundo, y por eso estoy aquí. Solo por ella.

Frunció el ceño y la culpa se le reflejó en el rostro.

—Si se enterase de lo que pasó...

—Nunca te lo perdonaría, lo sé, por eso no le he dicho nada. Eres la persona más importante de su vida. Que seas el demonio de mi familia no significa que no seas un ángel para ella. No voy a quitarle a su padre.

—Gracias —dijo con sinceridad. Se aclaró la garganta y se cruzó de brazos—. ¿Te puedo hacer una pregunta? Cuando tu padre atacó la iglesia hace años fue por lo mío con tu madre, ¿verdad?

—Sí.

—¿Cómo lo descubrió?

—No tengo ni idea, no habla del tema.

Arqueó las cejas.

—No puedo ni imaginar cómo le afectó.

—No tienes que imaginarlo. Su estado actual es la prueba de ello.

Frunció el ceño.

—Gracias de nuevo por no contárselo a Grace.

—Ya. Aunque me pregunto... No quieres que lo sepa porque no quieres que te vea con otros ojos, ¿verdad? ¿Porque quieres que te quiera por la persona que cree que eres?

—Sí.

—¿De verdad quieres eso? ¿Quieres que alguien te quiera porque le escondes la verdad? ¿No es mejor que nos quieran a pesar de conocer todos nuestros defectos?

No contestó y se pellizcó otra vez el puente de la nariz.

—Estáis muy serios los dos —dijo Grace detrás de mí, y me sobresalté—. ¿Qué pasa?

—Nada —contesté—. Charla de tíos.

—Mientes. Sonríes mucho cuando me escondes algo. ¿Papá? ¿Qué pasa?

—Nada, de verdad. —Le di la mano—. Pero quiero volver al hospital.

—Voy contigo —afirmó, pero negué con la cabeza.

—No, quédate un rato con tu familia. Pásate antes de irte esta noche, ¿vale?

Asintió y me abrazó.

—Claro, pero si me necesitas, dímelo. —Le devolví el abrazo con fuerza y lo sentí en cada fibra del cuerpo: la quería.

Estaba enamorado de ella sin remedio.

Capítulo 48

Grace

—Ha estado bien —dijo Judy cuando terminamos de recoger la cocina—. Me alegro de que lo trajeras.

—¿Te parece que ha ido bien? Mamá apenas ha abierto la boca.

Fruncí el ceño. Después de todo lo que había pasado, me sorprendía descubrir que todavía buscaba su aprobación. A lo mejor nunca desaparecería del todo. Una nunca deja de querer el cariño y la comprensión de sus padres.

—Tal vez no sea algo malo. Tal vez lo estaba procesando todo.

—Eso espero —dije con sinceridad.

—Nunca había visto esa mirada —nos interrumpió mamá al entrar en la cocina y se apoyó en el marco de la puerta. Hablaba en voz baja y pausada; no parecía mi madre—. La forma en que ese muchacho te mira. La forma en que lo miras tú. —Se le llenaron los ojos de lágrimas y se las limpió con la mano—. No lo entendía.

—Mamá... —susurré, sorprendida al verla emocionada. Jamás la había visto llorar, ni siquiera en los peores momentos.

—He sido muy cabezota y no he querido entenderlo. El orgullo me ha vencido, pero la forma en que os miráis me ha abierto los ojos. Es como si os vierais el alma. Nunca lo había visto.

—Excepto por papá y tú.

Mamá frunció el ceño y siguió llorando.

—¿Qué pasa? —pregunté muy confundida.

No era capaz de hablar. Judy y yo corrimos hacia ella y la abrazamos. No sabíamos por qué se había puesto así. No me imaginaba el motivo por el que se había derrumbado. Solo sabía que me necesitaba, así que estuve a su lado.

Es desgarrador ver a tus padres desmoronarse de esa forma.

Era como ver a Superwoman caer del cielo.

—¿Va todo bien? —preguntó papá y entró en la cocina. Llevaba las gafas en la cabeza, como siempre, y metió las manos en los bolsillos cuando nos separamos de mamá.

—La quiere, Samuel —confesó mamá y me señaló—. Ese chico la quiere.

—¿Qué? No —susurré. Jackson no me quería.

Jackson Emery no quería a nadie.

—Sí —admitió papá—. Te quiere.

Mamá se restregó los ojos.

—Incluso después de lo que le dije, sigue a su lado. Todos estos años he intentado borrar a esa mujer de nuestras vidas y ahora su hijo se ha enamorado de mi hija.

—¿Esa mujer? ¿Qué quieres decir?

Mamá suspiró, se limpió las lágrimas y se marchó. Judy y yo nos quedamos hechas un lío.

Miré a papá.

—¿Qué ha querido decir?

Tragó saliva y las emociones le empaparon los ojos como a mamá.

—Deberíamos hablar.

—Estás enfadada —dijo papá.

Salió a buscarme al porche, donde llevaba los últimos diez minutos procesando lo que me había contado.

—Estoy confusa.

Se sentó conmigo con expresión culpable y los dos miramos al cielo.

—La madre de Jackson... ¿La querías?

—Sí.

—Si estuviera viva, ¿seguirías con ella?

Frunció el ceño.

—Sí.

—¿Quieres a mamá?

—Tu madre me ha mantenido a flote todos estos años.

Me reí y negué con la cabeza.

—No te he preguntado eso.

—Lo sé.

—Antes de Hannah Emery, ¿hubo otras mujeres? ¿O fue la única?

—Grace, debes entender... —empezó, y puse los ojos en blanco.

—No, lo entiendo. Le fuiste infiel a una mujer que se mantuvo a tu lado a pesar de ello. Ahora todo tiene sentido. Por qué mamá insistía tanto en que volviera con Finn. De verdad cree que debes seguir con tu marido sin importar lo que pase. Es lo que siempre ha hecho. Siempre ha estado a tu lado y tú la has traicionado una y otra vez.

Sollozó y miró al cielo.

—He cometido muchos errores.

—No te equivocas. Te has aprovechado de su lealtad para hacerle daño. No me extraña que sea tan fría. Ya no sabe lo que es el amor.

—Me odias.

—Sí. —Hice una pausa—. No.

Era complicado, tenía sentimientos encontrados por mi padre. Era como si me hubieran

atropellado y tuviera que recoger los pedazos que se habían desperdigado.

—Cuando empezó el verano, me dijiste que nos habían creado para sentir y que, a veces, los sentimientos llegaban desordenados, que somos capaces de sentir amor un segundo y odio al siguiente. Así me siento ahora. Estoy confusa.

—Lo siento.

—Ya. Tiene gracia. Siempre me he preguntado cómo se habían torcido así las cosas con Finn. Cómo terminé en una relación en que no existía la lealtad. —Respiré hondo y miré las estrellas —. Al parecer me casé con un hombre que era igual que mi padre.

—Te he decepcionado.

—Sí, pero me recuperaré. Soy más fuerte que nunca. Todos lo somos. Pero hazme un favor.

—Lo que sea.

Pensé en mamá. No imaginaba lo perdida que se sentiría ni cuánto había sufrido. Apoyé la cabeza en su hombro y susurré.

—Quiérela de verdad o déjala ir.

Capítulo 49

Jackson

Mi padre despertó aquella noche.

Los médicos y los enfermeros estaban en la habitación mientras yo esperaba fuera a que me permitieran volver a entrar. No sabía qué hacer. El corazón me latía a toda velocidad.

Estaba despierto. La primera persona a la que escribí para contárselo fue a Grace.

Cuando me pasaba algo, bueno o malo, era la primera a quien quería contárselo. Cuando me dormía, deseaba que estuviera a mi lado. No me gustaba rezar, pero si me hubiera servido para que Gracelyn Mae se quedase a mi lado, lo habría hecho todas las noches.

—¿Está despierto? —preguntó al acercarse. Antes de responder, me abrazó.

—Sí, estoy esperando a que me dejen entrar.

—Jackson, es fantástico. —Sonrió feliz—. Es maravilloso.

—Las plegarias de tu familia han funcionado.

—Mi familia... —Me miró a los ojos y retrocedió. La sonrisa desapareció de su rostro—. Tengo que contarte algo.

—Vale.

Tragó saliva.

—Fue mi padre. El hombre que tenía una aventura con tu madre.

Metí las manos en los bolsillos.

—Lo sé.

—¿Qué?

—Eso fue lo que me contó tu madre hace semanas. Por eso me alejé de ti, y me odié por ello. No debí permitir que las heridas de nuestros padres me hicieran huir. Te debo una disculpa por cómo te abandoné. Fue egoísta e inmaduro. Me sentí como si volviera a perder a mi madre, pero esta vez sabía por qué.

—No. Yo soy quien te debe una disculpa. Mi padre es, en gran medida, la razón por la que tu madre ya no está. Si no hubiera... —Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Eso no es cierto. Lo que sea que fueras a decir, no es cierto. No fue culpa de nadie. La verdad es que dos personas se enamoraron y la vida se interpuso.

Siguió con el ceño fruncido.

—¿Por qué no me lo contaste cuando lo descubriste?

—Porque tu padre es tu mundo. No quería arrebatártelo.

Una doctora salió de la habitación y nos dijo que podíamos pasar a verlo. Asentí y miré a Grace.

—¿Quieres entrar conmigo?

—No. Acaba de salir de un coma. Lo último que querrá es ver la sonrisa de una Harris. —Me dio un codazo cariñoso—. Además, necesitáis tiempo para vosotros y yo tengo que marcharme ya, trabajo por la mañana.

La acerqué y la besé en la frente.

—Gracias por venir por mí.

—Volveré el próximo fin de semana.

—No tienes que hacerlo.

—Volveré —repitió, segura—. Mantenme informada sobre tu padre, ¿vale?

—Por supuesto.

Le coloqué un mechón de pelo detrás de la oreja y la miré a los ojos.

—Si alguna vez te vuelves a enamorar, por favor, que sea de mí.

Capítulo 50

Grace

Mike llevaba unos días fuera del hospital y, por suerte, no había sufrido daños cerebrales. Desde que había vuelto a casa, Jackson lo vigilaba de cerca. Le aterrizaba que recayera, algo que no habría sido extraño.

La cantidad de alcohol que Mike Emery consumía de forma habitual era una locura. No me imaginaba lo preocupado que estaría Jackson.

Cuando volví al pueblo el sábado, fui directa al taller para verlo, ya que me había dicho que estaría allí.

Mientras esperaba, la puerta de atrás se abrió y Mike entró con una taza en la mano. Fue directo a la cafetera y se sirvió un café.

Luego lo acompañó con una petaca de *whisky* que se sacó del bolsillo.

—¿En serio? —pregunté, atónita. Después de todo lo que había pasado y de que Jackson casi lo perdiera, había vuelto a beber.

Me partía el corazón y, si Jackson se enteraba, se volvería loco.

—¿Qué cojones haces aquí?

—Esperar a tu hijo. ¿Estás bebiendo de verdad? ¿Después de todo lo que ha pasado?

—No te atrevas a juzgarme como si me conocieras.

—Cierto, no te conozco, pero conozco a tu hijo. Si lo supiera, lo destrozaría.

—No sabes nada de él. ¿Has pasado unas semanas a su lado y crees que por eso lo conoces? No tienes ni idea. Ese chaval está jodido.

—Me pregunto por qué.

Hizo una mueca y se volvió para irse.

—Le has robado su vida —espeté.

Se detuvo.

—Elige con cuidado lo próximo que vayas a decir.

—Es la verdad. ¿Sabes que ni siquiera le gusta trabajar en el taller? Quería estudiar Bellas Artes, como su madre. Quería ver el mundo.

—Está claro que no sabes nada de él. Le encantan los coches.

—No. Aprendió para echarte una mano. Quería cuidar de ti.

—Nadie le ha pedido ayuda.

—Sí. Sí se la pidieron.

Levantó una ceja y gruñó.

—¿De qué hablas?

—Lo último que tu mujer le dijo fue que cuidase de su padre.

—¿Cómo te atreves a venir a mi taller y hablar de mi difunta esposa? No sabes nada de ella.

—No, pero sé que mi padre la quería y que ella lo quería a él. Sé que cuando te dijo que estaba enamorada de otro, te rompió el corazón. Créeme, sé lo que es que te traicionen así. —No dijo nada, así que seguí hablando—. Jackson sabe por lo que has pasado. Incluso en tus peores días, te quiere. También quería a su madre y por eso nunca te abandonará, porque fue lo último que ella le pidió, que cuidara de ti, y, al hacerlo, ha dejado de vivir su vida. El día que perdió a su madre, también perdió a su padre, y todas las mañanas se despierta con miedo a tener que enterrarte en cualquier momento.

—¿Y qué? ¿Has venido a decirme el desastre que soy y cuánto le he arruinado la vida?

—No, he venido a decirte que siempre puedes hacer lo correcto. Ahora tienes dos opciones: el *whisky* o Jackson.

Miró la taza que tenía en la mano y suspiró.

—Deberías irte.

—Muy bien, pero, por una vez, intenta ser el padre de tu hijo.

—Sabes que tiene razón, Mike —añadió alguien detrás de mí. Me di la vuelta y me encontré con mi madre—. Te has portado como un crío durante años. No te juzgo, porque yo he hecho lo mismo con mis niñas. Hace años nos traicionaron a los dos. A los dos nos hizo daño la persona que más nos importaba y lo pagamos con nuestros hijos. A pesar de toda la oscuridad que les hemos enseñado, albergan bondad. —Se acercó a Mike, frunció el ceño y le puso una mano en el brazo—. ¿No estás cansado de estar enfadado?

Le tembló el labio y dejó la taza en la mesa.

—¿Quería estudiar Bellas Artes?

—Así es.

—No ha hablado de arte desde que Hannah... —Se le quebró la voz y noté un nudo en la garganta. Estaba devastado. Dolía mirarlo.

—¿Cuándo fue la última vez que hablasteis de verdad?

Se marchó del taller con el rostro desfigurado de dolor.

Quise seguirlo para decirle más cosas, pero mamá me puso una mano en el hombro.

—Déjalo, Gracelyn Mae.

—Quiero que lo entienda.

—Créeme, ha escuchado cada palabra que has dicho.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque en sus ojos he visto cómo me siento.

Sentí pena al saber que mamá sufría tanto. ¿Llevaba sufriendo tanto como Mike? ¿Por qué nunca había observado con atención a mi propia madre? Tal vez porque a los hijos se nos olvidaba a menudo que los padres también son humanos. Asumíamos que lo tenían todo resuelto y

nos creíamos las falsas sonrisas que nos dedicaban.

—¿Qué haces aquí, por cierto?

—Te buscaba. Me han dicho que estabas aquí.

—Acabo de llegar ¿Cómo se han enterado tan rápido?

—Esto es Chester, cielo. Las noticias vuelan. Por eso quería ser la primera en decírtelo. Tu padre y yo nos separamos. Ha sido decisión suya. A mí no me ha quedado otra opción que aceptar.

—Mamá...

Negó con la cabeza y esbozó una sonrisa triste.

—No pasa nada, estoy bien. Pero te debo una disculpa. Por lo que pasó en verano, por todos estos años. Os he presionado demasiado a ti y a tu hermana para ser perfectas y leales a gente que no lo merecía.

—¿Así te sientes con papá?

Cerró los ojos y respiró hondo.

—Lo quiero más que a nada y he hecho todo lo que he podido por él. He intentado ser perfecta para que me quisiera. Lo cierto es que nunca ha sentido lo mismo por mí y me rompe el corazón.

—Ay, mamá...

—Es lo que merezco por cómo te he tratado. Es mi castigo.

—Siento mucho que sufras así.

—Durante mucho tiempo he creído que no merecía que me quisieran. Rezaba todas las noches a Dios para pedirle que me arreglase, para que mi marido me amara, pero no lo hacía. Ahora, Samuel ya no quiere estar conmigo. Dice que me merezco algo mejor. ¿Qué quiere decir eso? ¿Mejor que qué? No sé quién soy sin ser su esposa. Siempre he sido la mujer del pastor. Ahora me deja y... —Suspiró y cerró los ojos—. No sé cómo estar sola.

—No estás sola, mamá. Me tienes a mí.

No abrió los ojos y empezó a temblar.

—He sido muy dura contigo.

—Sí, pero creo que lo has sido más contigo misma.

Cuando abrió los ojos, me vi reflejada en ellos.

—¿Cómo lo haces? —preguntó—. ¿Cómo has vuelto a empezar después de tantos años con otra persona?

—Hay que respirar despacio. Cuando sientas que no puedes más o cuando duela demasiado, respira.

—Respirar. Eso puedo hacerlo.

—Claro que puedes.

—Es que ya no sé quién soy. Sin Samuel, ¿existió siquiera? —preguntó.

¿No era extraño? Mi madre se hacía las mismas preguntas que yo me había hecho.

—Es muy posible que seas más real ahora que en toda tu vida. Te sorprenderá todo lo que aprenderás de ti misma. Si necesitas irte una temporada, puedes quedarte conmigo todo el tiempo que quieras. Me sobra una habitación.

—¿Harías eso por mí? —preguntó y se le quebró la voz.

—Ay, mamá. —La abracé con fuerza—. Haría cualquier cosa por ti.

Inhaló y exhaló.

—Respirar despacio —susurró.

—Sí. Solo respira.

Capítulo 51

Jackson

Por lo que sabía, mi padre se había mantenido alejado de la bebida. Daba las gracias por ello, no quería volver a verlo tan mal. Jamás había pasado tanto miedo.

El jueves por la tarde, me acerqué al taller y se me formó un nudo en el estómago al ver a mi padre subido a una escalera mientras intentaba arrancar a martillazos el cartel del Taller de Mike.

—¿Papá, qué cojones haces? —pregunté.

—Cerrar el taller.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

—Lo que has oído. —El cartel cayó al suelo con un estruendo y él bajó de la escalera—. Lo he vendido —masculló y entró. Me dejó de piedra.

—¿Estás borracho? No puedes deshacerte de todo sin más —repuse y lo seguí.

Se encogió de hombros.

—Lo cierto es que sí puedo. He vendido el taller, la cabaña y el terreno. He sacado un buen pellizco.

—¿Estás de broma? Vivo ahí.

—Bueno, ya no.

—¿A quién se lo has vendido? Lo recuperaré. Está claro que no estás es tus cabales. Has pasado por mucho estas últimas semanas y tienes la cabeza hecha un lío.

—No. Por primera vez en mucho tiempo, pienso con claridad.

—Pero...

—¿Qué tipo de arte? —preguntó y me dejó desconcertado.

—¿Qué?

—¿Qué arte te gustaría estudiar? ¿Dónde ibas a viajar para aprender técnicas nuevas?

—Necesitas dormir.

—Ya he dormido suficiente. Ven aquí. —Hizo un gesto con la cabeza y dudé—. Vamos, chico, no tengo todo el día. Ven aquí.

Me dio un cheque con una cantidad enorme escrita.

—¿Qué es esto?

—Tu parte de la venta. No tendremos todo el dinero hasta que hayamos acabado con el papeleo y todo lo demás, pero es suficiente para vivir un par de años.

—¿Qué?

—Eres libre, Jackson —dijo y esbozó media sonrisa—. Encuéntrate a ti mismo.

—Papá, no seas ridículo. Sé muy bien quién anda detrás de esto. Lo arreglaré, no te preocupes.

Antes de que respondiera, me marché a casa de Loretta Harris. Estaba claro que era cosa suya. Siempre nos había presionado para hacerse con nuestras tierras. Todo esto llevaba su nombre escrito.

Cuando llegué al porche, respiré hondo y llamé a la puerta.

—¿Jackson? ¿Qué haces aquí? —preguntó, confundida.

—No has podido evitarlo, ¿a que no? —rugí. Me ardía el pecho.

—No sé de qué hablas.

—No te hagas la tonta. La propiedad, el taller de mi padre —Levantó una ceja—. Te lo ha vendido todo a ti y a la iglesia.

—¿Qué? Lo siento, pero de verdad que no sé de qué hablas...

—Deja de fingir.

—No finge —dijo Samuel al salir de la casa—. No ha tenido nada que ver con esto. Ha sido cosa mía y de Mike.

—¿Cómo?

—Vino a la iglesia la otra noche y me preguntó si la oferta de Loretta seguía en pie.

—¿Por qué lo haría? ¿Por qué le dejaste hacerlo?

Samuel se cruzó de brazos.

—Me contó que estaba cansado de odiar, de estar enfadado, y que mientras viviera allí, nada cambiaría. Quería marcharse para siempre, pero también quería tener el dinero suficiente para que estuvieras bien sin el taller. Lo entendí. Quería dejar atrás el dolor del pasado. Solo le pedí una cosa antes de aceptar el trato.

—¿El qué?

—Rehabilitación.

Se me tensó el pecho.

—¿Rehabilitación?

—Sí. Pasará una temporada en una de las mejores clínicas de Estados Unidos. Recibirá el mejor tratamiento durante los próximos meses. Será duro, pero aceptó. Tu tío lo llevará este jueves.

¿Rehabilitación?

Me pellizqué el puente de la nariz.

—¿Irá de verdad?

—Sí.

Sin decir nada más, abracé a Samuel.

Lo único que había querido siempre era que mi padre consiguiera ayuda, que encontrase la forma de recuperarse.

—Gracias —susurré, abrumado—, de verdad.

El jueves esperé delante del taller mientras Alex metía la maleta de mi padre en el coche.

—¿Seguro que no quieres que te acompañe? —pregunté. No me gustaba que se fuera a la clínica sin mí.

—Sí, seguro. —Frunció el ceño y se rascó la barba—. No hagamos un drama de esto, ¿vale? No se me dan bien las despedidas.

—Vale, pues nada de despedidas. —Lo abracé—. Hasta que nos volvamos a ver.

Se apartó y me puso una mano en el hombro.

—Mi hijo.

—Mi padre.

—Te veo al otro lado —dijo y se subió al coche.

—¡Espera, papá! Toma. —Corrí hasta la ventanilla, me quité la pulsera y se la di.

—¿Momentos poderosos?

—Para que te ayude en los días duros.

Me dio las gracias.

—¿Qué hay de la chica Harris? ¿De verdad la quieres?

—Sí.

—Entonces, escúchame. Date un tiempo para conocerte y dale tiempo a ella para que haga lo mismo. Si está escrito, volveréis a encontraros.

—¿Y si no lo está?

Rio y se encogió de hombros.

—No ahogues las penas en *whisky*. —Sonrió, algo que llevaba mucho tiempo sin hacer—. Cuando llegue el momento, déjala entrar.

—Lo haré.

Nos despedimos una última vez y vi cómo mi padre se marchaba a encontrarse a sí mismo.

Al parecer, el autodescubrimiento duraba toda la vida. Nunca dejábamos de crecer ni de descubrir cosas nuevas.

—¿Entonces está bien? —preguntó Grace por teléfono el jueves por la noche.

—Sí, Alex me envió un mensaje cuando llegaron.

—¿Cómo te sientes?

Suspiré.

—Libre.

—He pensado en visitarte este fin de semana o que vengas tú. Sea como sea, me encantaría verte.

Me aclaré la garganta y cerré los ojos.

—Me estoy enamorando de ti, Gracelyn Mae —confesé y sentí una punzada en el pecho—. Me estoy enamorando sin remedio, pero, antes de estar contigo, necesito conocerme a mí mismo. Tengo que saber lo que quiero y lo que necesito antes de estar a la altura de lo que mereces.

—¿A qué te refieres?

—Mi padre me ha dado un cheque con el dinero suficiente para recorrer el país durante un tiempo. Viajaré para descubrir quién soy y lo que busco. Para empezar a curarme.

Se quedó en silencio un momento y temí que no le pareciera bien la idea, que no quisiera esperarme. Tal vez, nuestro momento ya había pasado.

—Vale —respondió.

Me incorporé en la cama.

—¿Vale?

—No he estado sola de verdad. Sería bueno para los dos darnos unos meses para explorar en profundidad lo que sentimos y lo que pensamos. Después, cuando estemos juntos, seremos dos individuos completos, no dos almas rotas que se necesitan para no desmoronarse.

—Exacto. Aprenderemos a caminar solos y, después, lo haremos juntos.

—¿Puedes escribirme de vez en cuando para contarme dónde estás? ¿Para saber que estás bien?

—Por y para siempre.

Suspiró.

—Esas palabras... ¿Quién crees que las dijo primero? ¿Tu madre o mi padre?

—No lo sé. No creo que importe de dónde vengan, solo lo que significan.

—Ya te echo de menos —confesó.

Me enamoré de ella un poco más.

—Y yo a ti.

—¿Jackson?

—¿Sí?

—Cuando te encuentres, ven a buscarme.

El día que me iba del pueblo, alguien llamó a la puerta. Abrí y había un trasportín en el porche con un lazo encima y una nota.

Querido Jackson:

Sé que hoy empieza tu aventura y quería desearte lo mejor. Además, ¿cómo te vas a ir de viaje en coche sin un copiloto? Este es Watson, Wats, para abreviar. Es un golden retriever de tres años al que le encanta jugar e ir en coche. Nunca deja de menear la cola y le gustan los mimos casi tanto como a mí.

He pensado que, aunque este viaje sea para conocerte a ti mismo, no deberías estar solo todo el tiempo. No quiero que pienses que es un sustituto para Tucker. Tucker era un

buen chico y nadie reemplazará lo mucho que te quería, pero creo que Watson te querrá a su manera también. Es lo que tiene el amor, siempre hay sitio para más.

Por las nuevas amistades y los nuevos comienzos.

Gracelyn Mae

P. D.: Yo también me estoy enamorando de ti.

Sonreí al leer la nota una y otra vez. Me agaché y miré al perro en el trasportín. Movía la cola y tenía la lengua fuera.

—Hola, colega. —Sonreí. Era precioso. Abrí la puerta, saltó sobre mí y me lamió la cara—. Quieto ahí, babosillo.

No dejó de lamerme y me reí.

—¿Quieres parar, perro bobo? —bromeé, pero no contestó. Meneaba el rabo y, al final, me rendí.

«Buen chico, Wats», pensé, y lo abracé. «Eres un buen chico».

Capítulo 52

Grace

Nos dimos espacio porque no queríamos usar al otro de muleta. Si íbamos a estar juntos, primero teníamos que ser capaces de estar solos. Volví a enseñar y, cuando no estaba en clase, probaba cosas nuevas.

Durante un tiempo me interesé por el yoga, hasta que me quedé atascada en la postura de la mantis religiosa un buen rato. No se me daba bien pintar ni dibujar. A finales de octubre, mamá y yo fuimos a una clase de baile en barra. No sé qué fue más perturbador: que a mi madre le encantase tanto que siguiera yendo por su cuenta o que fuera diez veces mejor que yo.

Papá no sabía lo que se perdía.

Mamá también se reía más.

Casi había olvidado cuánto me gustaba su risa.

Una noche, a finales de noviembre, me llegó un paquete con un libro y una nota pegada. Se me paró el corazón al mirar la portada y leer las palabras de Jackson.

*Ahora estoy en Cave Creek, Arizona,
viendo el atardecer con Watson.*

*Ayer me leí este libro y no dejé de pensar en ti
y en si te gustaría.*

Es duro, pero merece la pena.

Oscar

P. D.: He descubierto que odio el sushi.

*Me ha gustado el final,
pero el principio se me hizo lento.*

*He llorado, pero no es una sorpresa;
lloro con todo.*

*Lee este,
te partirá el corazón.*

Princesa

P. D.: Yo también odio el sushi.

Alex me regaló este por Navidad.

Es mejor si lo lees al revés.

Oscar

No sé por qué te mando este libro,

Ve directo al capítulo cinco.

Es tan bueno que compensa el resto de páginas.

Princesa

Hoy he echado de menos tus latidos.

Oscar

Hoy he echado de menos tus manos.

Princesa

Es 23 de marzo.

Hoy he visto el amanecer en California y lo he pintado.

Te encantaría esto, princesa.

Querría que estuvieras aquí.

Cuéntame algo que debería saber.

Oscar

¿Algo que deberías saber?

Fácil.

Hoy es 4 de abril y aún te quiero.

Princesa

Es 3 de mayo y yo también te quiero.

Oscar

A finales de mayo, preparaba el fin de otro curso. Me sorprendía lo mucho que había cambiado en el último año, cuánto había madurado y todo lo que había aprendido sobre mí misma.

Los domingos por la mañana, mamá siempre iba a la iglesia. Fue una de las cosas que descubrió: con o sin mi padre, todavía tenía su fe. A veces, iba con ella; otras, rezaba por mi cuenta.

Durante el último año también había aprendido que la fe no estaba en un edificio, sino en el corazón de cada uno. Podía ir a una iglesia, rodearme de otros creyentes y unirme a sus plegarias, o cerrar los ojos y encontrar la paz en soledad. Ambas formas eran válidas. Ambas eran

correctas.

No había una única manera de creer, había millones de posibilidades.

Ese fue uno de mis descubrimientos favoritos. No tenía que ser la perfecta cristiana para existir en el mundo.

Cuando llegó el Día de la Madre, fui con mamá a la iglesia y la tomé de la mano todo el tiempo. En mi vida había algunos días duros. Días en los que intentaba ser feliz, pero el corazón se me rompía de todas formas, y el Día de la Madre era uno de ellos. Para otros, era una celebración. Para mí, un recuerdo de la pérdida y el fracaso.

Ya había aceptado que no iba a tener hijos, más o menos. No era mi destino y había aprendido a vivir con ello.

Aun así, algunos días eran más duros que otros.

Y el Día de la Madre era de los más difíciles.

—Ha sido un oficio precioso —dijo mamá cuando volvíamos a casa de la iglesia, agarradas del brazo.

—Lo ha sido.

Sonrió y ladeó la cabeza.

—¿Estás bien?

—Sí, solo algo cansada. Judy va a venir a cenar con nosotras, así que voy a echarme una siesta antes de que llegue.

—Me parece un buen plan. ¿Ha sido un día duro para ti?

—Sí, un poco.

Me apretó la mano y no añadió nada más, aunque tenerla conmigo ya era un consuelo.

Era lo que siempre había querido de mi madre: consuelo y apoyo.

Subimos hasta mi piso y, al abrir la puerta, ahogué un grito. Se me llenaron los ojos de lágrimas al mirar alrededor.

El salón estaba repleto de ramos de rosas rojas.

Siete, para ser exactos.

Me acerqué al que había en la mesita del centro y leí la nota.

Empecé a llorar.

Porque no se puede ser «casi madre».

Siete ramos de tus siete ángeles.

Feliz día de la madre, Princesa.

Se me paró el corazón al leer las firmas de la tarjeta:

Emerson, Jamie, Karla, Michael, Jaxon, Philip, Steven y Oscar.

Había un ramo por cada niño que había perdido.

Todos mis bebés.

Todos mis angelitos.

Mamá se acercó y leyó la nota.

—Ay, cielo —dijo, tan sorprendida como yo—. Es el definitivo.

Era mucho más que eso. Aunque estuviéramos separados, todavía controlaba mis latidos.

Entonces, llamaron a la puerta y, cuando la abrí, todo volvió a su sitio.

—Hola —susurró Jackson con un ramo de rosas en las manos. Watson estaba a su lado y meneaba el rabo.

—Hola —respondí. Me temblaba todo.

—Eh, a ver... —Se frotó la nuca—. He estado en muchos lugares en los últimos meses. He visto un millón de amaneceres y otros tantos atardeceres. He conducido por miles de carreteras, pero no importaba dónde estuviera, izquierda o derecha, norte o sur, todas me llevaban a ti.

—Jackson... —dije, pero se me saltaron las lágrimas y no pude seguir.

—Lo eres todo para mí, Gracelyn Mae —añadió y se acercó. Mamá le quitó las rosas y Jackson me agarró las manos—. Eres mi fe, mi esperanza y mi religión. Soy mejor hombre porque existes. Soy quien soy por ti. Si me lo permites, quisiera pasar el resto de mi vida a tu lado.

Le sostuve las manos y me acerqué mirándole a los ojos. Respiré muy despacio.

Pegué los labios a los suyos y susurré:

—Quiéreme y te querré.

Entonces, me besó.

El beso fue lento, delicado y estaba lleno de amor.

Ni siquiera lo dijo, pero sentí que me quería. Lo sentí en todo el cuerpo mientras me besaba. Nuestras almas se mezclaron y ardieron en sintonía.

Era un amor simple. Un amor que abarcaba las heridas del pasado y las posibilidades del futuro. Los errores, las celebraciones, la oscuridad y la luz.

Nuestra conexión ya no se basaba en el dolor, ahora había esperanza.

No esperaba a Jackson Emery.

Con todo lo que había rezado, nunca esperaba a un hombre así. No creíamos en el mismo Dios, pero no importaba. No siempre nos gustaban las mismas cosas, pero no importaba. No siempre estábamos de acuerdo, pero tampoco importaba.

El verdadero amor no consiste en tener las mismas creencias ni en ver siempre las cosas del mismo modo. Se trata de entenderse el uno al otro, de respetar los sueños, las esperanzas, los miedos y los deseos del otro.

Jackson respetaba mi elección de rezar mientras que yo respetaba la suya de no hacerlo.

Tardamos un poco en conocernos a nosotros mismos y, por el camino, comprendimos que, a menudo, en los momentos importantes, nuestros corazones latían al unísono.

Desde aquel momento, fuimos inseparables. Nos comprometimos con formar un futuro en común y dejamos atrás el pasado. Daba las gracias por todo lo que la vida me había traído sin esperarlo. Todo lo que había estado demasiado ciega para ver. Esa fue una lección que aprendí con el tiempo: que a veces, para encontrar las cosas buenas, hay que salirse del camino.

Todo sucedió como debía. Incluso los días difíciles me llevaron a donde pertenecía. Todos los puntos se conectaron, pero no lo había visto mientras recorría el camino. Si Finn no me hubiera traicionado, nunca habría perdido el control del coche en Chester hacía meses. Sin el dolor, no habría sabido cómo debía ser el amor.

Por eso, me sentía agradecida. Por los altibajos, por los momentos buenos y los malos, porque me hubieran roto el corazón y que se hubiera curado. Daba las gracias por todo y, cada

noche al acostarme, cerraba los ojos y rezaba en silencio.
«Querido Dios, soy yo, Gracelyn Mae...».

Capítulo 53

Jackson

—Mi padre se retira —me dijo Grace mientras cenábamos una noche a finales de junio—. Judy se hará cargo de la iglesia y dará su primer sermón el domingo. ¿Me acompañarás?

—Pues claro.

Ni lo dudé. Si algo era importante para Grace, también lo era para mí. Hacía meses que no íbamos a Chester y mentiría si dijera que volver no se me hacía duro. En aquel pueblo me esperaban muchos fantasmas, pero con Grace a mi lado, todo era un poco más fácil.

Loretta vino con nosotros porque, aunque no tenía ganas de ver a Samuel, quería a su hija lo suficiente como para pasar el mal trago.

Llegamos a la iglesia el domingo por la mañana y era evidente que Loretta estaba nerviosa. Le puse una mano en el hombro y apreté con cariño.

—¿Estás bien?

Asintió.

—Solo respiro despacio.

Samuel saludaba a la gente en la puerta y, cuando nos acercamos, me fijé en que la miró de arriba abajo.

—Hola.

Loretta se irguió.

—Hola, Samuel.

—Estás impresionante —dijo, sorprendido por su belleza. Me pareció raro, ya que todas las mujeres Harris eran preciosas.

Le dedicó una pequeña sonrisa y se encogió de hombros.

—Lo sé.

—Hola, papá —dijo Grace, se le acercó y le dio un beso en la mejilla.

—Hola, calabacita. ¿Todo bien?

Me agarró del brazo y sonrió de oreja a oreja.

—De maravilla.

Entramos en la iglesia y nos sentamos. No recordaba la última vez que había estado en una y

menos de cuándo había escuchado un sermón, pero era un momento muy importante para Judy. No creía en las iglesias, pero sí en la familia.

Así que me senté y escuché.

Judy habló del poder del perdón. De cómo la vida a veces nos da un revés, pero, al final del día, siempre nos queda la promesa de volver a intentarlo al día siguiente.

Habló con confianza, como si lo hubiera hecho toda la vida. Había encontrado su pasión y verla era extraordinario.

Cuando terminó el oficio, se acercó a Grace y a mí. Jamás había visto a nadie tan feliz.

—¿Qué tal lo he hecho?

Grace la abrazó.

—Ha sido perfecto. Desde el primer segundo al último.

—Tiene razón, has nacido para esto —comenté. Me sonrió y me dio las gracias.

—¡Ah! ¿Has visto ya tu antigua casa? Me encantaría saber qué te parece —exclamó Judy. Levanté una ceja y miró a Grace—. ¿No se lo has dicho?

—Me pareció mejor enseñárselo.

—¿Enseñarme qué?

Las dos sonrieron y me miraron divertidas.

—Ya lo verás —dijeron a la vez.

Nos dirigimos al lugar que antes había considerado mi hogar y me sorprendí al ver que el taller, la cabaña y la casa de mi padre ya no estaban. En su lugar, había varios senderos que cruzaban el terreno, flores preciosas por todas partes y unos columpios donde había niños jugando.

—¿Lo habéis convertido en un parque? —pregunté, sorprendido.

—Sí, y le hemos puesto el nombre de alguien que conoces —dijo Grace y señaló un cartel. Miré hacia allí. «Parque de Tucker»—. Creí que había bastantes perros en la zona que se merecían tener un lugar donde jugar. Así que hicimos unos senderos que llevan al terreno abierto de atrás. Ven, te lo enseñaré.

Recorrimos el camino hasta el claro donde estaban enterrados Tucker y mi madre. Habían rodeado las tumbas con una valla y había un pequeño cartel que decía: «Nunca os olvidaremos».

Los dueños paseaban con sus perros y les lanzaban pelotas. La felicidad era palpable en el ambiente. Era increíble.

Se me aceleró el corazón al pasar junto a las tumbas y llegar a un edificio al fondo. Era nuevo, pero lo reconocí al instante.

—¿Habéis construido el taller de arte de mi madre? —pregunté y se me quebró la voz al leer el letrero que había sobre la puerta. Era el del taller de Mike, pero ahora ponía: «Taller de pintura de Hannah».

Grace me dio la mano.

—¿Te parece bien? Creí que...

La corté con un beso.

Fue como si mi madre hubiera vuelto a la vida de algún modo.

—Damos clases de arte aquí —comentó Judy—. A los niños les encanta. A veces, nos sentamos fuera a pintar el atardecer.

—Es increíble —añadí—. Más que increíble.

—Nos encantaría que dieras alguna clase cuando vengas al pueblo, si quieres. —Judy sonrió y le dio un codazo a su hermana—. Grace, ¿por qué no se lo enseñas? Ahora está cerrado, así que podéis verlo tranquilos.

—Claro, vamos. —Me dio la mano y entramos en el taller.

Era precioso. En las paredes había cuadros de mi madre que nunca había visto.

—¿De dónde los habéis sacado?

—Los encontramos en el sótano de tu padre y nos dio permiso para usarlos. Creímos que sería un buen detalle. También estudié algunos de sus primeros trabajos y pensé que el carboncillo es lo mejor para los niños más pequeños. En el cuarto de atrás, colocamos un gran lienzo en blanco los sábados por la noche para que la gente lance pintura como loca. Lo hemos llamado la habitación Jackson Pollock, pero yo prefiero llamarla Jackson Emery, por motivos evidentes. —Habló del espacio a toda velocidad y me emocioné al escucharla. Se dejó llevar un buen rato, luego paró un momento y frunció un poco el ceño—. ¿Te parece bien? Pensé que...

La interrumpí con otro beso.

—Cásate conmigo —le susurré sobre los labios.

Se rio con cariño, al pensar que era un broma. Después, se apartó un poco y me miró a los ojos.

—¿Que me case contigo?

—Sí. Cásate conmigo, Gracelyn Mae.

Apoyó las manos en mi pecho. Se mordió el labio inferior y asintió, despacio.

—Sí —susurró y me besó—. Me casaré contigo.

Capítulo 54

Jackson

Un año después

—Te queda muy bien —dijo Alex y me enderezó la corbata—. Pero vas a tener que dejar de sudar tanto.

No podía evitarlo. Estaba hecho un manojo de nervios mientras me preparaba para ir al altar con la mujer de mis sueños. No sabía que existían los días así. No sabía que podía ser tan feliz.

—Es lo que siempre he querido para ti, Jackson —dijo Alex y me palmeó el hombro—. Que fueras feliz.

—Yo también —respondió alguien desde la puerta. Mi padre iba con traje y corbata. Se lo veía sano, algo que no pensé que volvería a ver. Desde la rehabilitación, había recuperado las riendas de su vida. También había sufrido algunos tropiezos, pero después de cada caída, siempre se había levantado. Siempre que tropezara, me tendría a su lado para ayudarlo.

Eso hacía la familia, apoyarse en los días duros.

Por suerte, aquella tarde era fácil.

—¿Me dejas hablar un momento con mi hijo, Alex? —preguntó papá. El aludido asintió y nos dejó solos. Papá se metió las manos en los bolsillos y me sonrió—. Estás genial.

—Tú tampoco estás mal.

—Verás, Jackson, sé que te he decepcionado muchas veces a lo largo de los años, y no se me dan bien las palabras, pero quiero que sepas que eres lo más importante para mí. No he sido un buen hombre. He cometido muchos errores, pero eres lo mejor que me ha pasado en la vida. Doy las gracias todos los días de que te hayas convertido en alguien mucho mejor que yo. Doy las gracias porque hayas sacado lo mejor de mí y de tu madre. Te quiero, hijo.

Aquellas palabras.

Aquellas dichas palabras.

—Ahora no te pongas a llorar como un mocoso —añadió y se limpió las lágrimas.

—Lo siento. Culpa mía. —Lo abracé—. Yo también te quiero, papá.

Cuando nos separamos, volvió a frotarse los ojos y se sorbió la nariz.

—Una cosa más. Tu madre hizo algo la semana que naciste. Escribió muchas cartas para las

ocasiones especiales. Hay una que quería darte el día de tu boda. Hay muchas más, para cuando cumpliste dieciséis, para tu graduación y esas cosas, pero lo estropeé y no te las di. —Frunció el ceño y me miró con culpa. Estar sobrio era duro a veces. Tenía que enfrentarse a todos los errores que había cometido.

—No pasa nada, papá.

—Sí pasa, pero gracias. Te daré todas las cartas otro día. Hoy te toca esta. —Metió la mano en el bolsillo y la sacó. Del otro bolsillo sacó una cajita—. Se supone que tienes que darle algo a tu esposa, así que, si no tiene uno ya, esto valdrá.

Abrí la caja y se me saltaron las lágrimas.

—¿El anillo de mamá?

—Sí. Pensé que a Grace le gustaría.

—Le encantará. Gracias, papá.

—No hay de qué. Te dejaré para que leas la carta y te veré en la ceremonia. —Me abrazó otra vez y se dirigió a la puerta—. ¿Sabes qué? Esa chica no está tan mal. —Sonrió y se encogió de hombros—. Para ser una Harris.

—Sí. —Me reí—. A mí también me cae bien.

—Trátala bien. Mientras estéis juntos, trátala bien.

Se marchó, respiré hondo y abrí la carta de mi madre.

Mi querido Jackson:

Hoy vas a unir tu vida a una mujer que espero que sea todo tu mundo. Dirás «sí, quiero» y ella hará lo mismo. Prometeréis amarnos siempre, así que he pensado en darte algunos consejos sobre cómo querer a una mujer para ponértelo más fácil.

Sed buenos con vuestros corazones. Algunos días se enfadará porque sí. Esos días, abrázala. Otros días, llorará. Abrázala más fuerte. Recuerda reír a carcajadas, hasta que cueste respirar. Dale la mano, incluso cuando no te lo pida. Dile que está preciosa cuando esté enferma.

Bailad juntos.

Échala de menos cuando no esté.

Dile que la quieres todos los días.

Todos y cada uno de ellos.

Quiérela, pero deja que vuele libre.

Apoya sus sueños y que ella apoye los tuyos.

Ved juntos los amaneceres y los atardeceres.

Siempre que me necesites, me tendrás. Fui la primera mujer que tuvo el honor de quererte y, cuando ya no esté, cuando el sol se apague y las estrellas brillen, recuerda cuánto te quiero.

La vida es preciosa desde que estás en ella, hijo.

Disfruta de este momento. Disfruta de cada día. Este es tu final feliz.

Te quiero, Jackson.

Por y para siempre.
Mamá

—¿Me concedes un minuto?

Me volví y me encontré con Samuel, también con traje y corbata. Asentí, entró en la habitación y se me acercó.

—¿Estás nervioso?

—Sí, pero estoy listo.

—Bien. Verás, Jackson, he pensado mucho en qué decirte hoy y cómo hablarte, pero no me salen las palabras. Así que solo te daré la enhorabuena y las gracias por tratar a mi hija como lo haces.

—Es mi mejor amiga.

—Y tú su mejor amigo. —Se le llenaron los ojos de lágrimas y asintió—. No dejes que eso cambie.

—No lo haré.

Se dio la vuelta para irse, pero se paró.

—Tu madre estaría muy orgullosa de la persona en la que te has convertido.

Aquello significó mucho para mí.

—¿Samuel?

—¿Sí?

Respiré hondo.

—Lo entiendo, entiendo que te enamorases de mi madre. Yo también la quería. —Le sonreí y esperé que comprendiera que lo perdonaba—. ¿Cómo no hacerlo?

Se acercó y me abrazó. Noté su dolor; el dolor por haber perdido al amor de su vida. Comprendí que aquello siempre lo perseguiría, por tanto, no necesitaba mi odio.

Ya tenía el corazón roto.

Nadie sería tan duro con él como lo era consigo mismo, así que lo liberé.

—Gracias, Jackson.

—Por y para siempre.

Capítulo 55

Grace

—¿Es normal que esté tan nerviosa? No sé si es normal. —Daba vueltas sin parar con el vestido puesto—. ¿No se me ve gorda? —le pregunté a Judy. Me volví hacia mamá—. ¿Crees que me hace gorda?

—Estás espectacular —dijo alguien.

Mike estaba en la puerta, apoyado en el marco.

—Perdona, no quería interrumpir, estaba haciendo la ronda. Sé que tenéis un horario apretado, pero me preguntaba si podría robarte un segundo. Quiero darte una cosa.

Me alisé el vestido, hecha un manojito de nervios.

—Sí, por supuesto.

Me tendió la mano y la acepté.

—Sé que la tradición es algo viejo, algo nuevo, algo prestado y algo azul —comentó mientras recorríamos el pasillo hasta unas puertas que daban a la calle—. Pero algo rosa tendrá que valer.

Había un coche.

No cualquier coche, mi coche. Mi querida Rosie con un lazo enorme encima.

—Mike —gemí—. ¿Cómo...?

—Ha llevado su tiempo —comentó y se encogió de hombros—. Muchas piezas son nuevas, pero después de lo que te he hecho pasar, lo menos que podía hacer era arreglarte el coche.

Me acerqué y acaricié el capó con los dedos.

—Es precioso. No sé cómo darte las gracias.

—No tienes que hacerlo. Salvaste a mi hijo y, al hacerlo, me salvaste a mí. Eres la mujer más maravillosa del planeta y hemos tenido la suerte de encontrarte.

Lo abracé con fuerza.

—Me alegro de que estés hoy aquí, Mike.

Las palabras le afectaron cuando comprendió lo que significaban. Hubo muchos caminos que habrían impedido que asistiera a la boda de su hijo, pero aquí estaba. Habíamos superado la tormenta.

Había salido el sol.

—¿Te cuento un secreto? —preguntó.

—¿Qué?

Sonrió con la misma sonrisa que su hijo y sollozó al mirarme.

—Siempre he querido una hija.

Volvimos a entrar al edificio y nos cruzamos con mi padre, que me buscaba.

—Grace, aquí estás. Es hora de empezar.

Miró a Mike y, por un segundo, hubo algo de tensión.

Dos hombres que habían amado a la misma mujer se encontraban cara a cara.

El silencio fue algo incómodo, pero se produjo el milagro. En ese momento, me eligieron a mí antes que a sus diferencias.

Mike le tendió la mano a mi padre.

—Felicidades.

—Lo mismo digo —respondió papá y le dio la mano.

El corazón se me llenó de amor.

Mi padre me agarró del brazo.

—¿Lista, calabacita?

—Más que nunca.

Recorrimos el pasillo hasta el altar y sonreí al ver a Jackson, que me devolvió la sonrisa, esperándome allí. Lloró y lloré. Era todo lo que siempre había querido sin saberlo.

—Hola —susurró.

—Hola —respondí.

—Estás preciosa. —Sonrió y se limpió las lágrimas para darme las manos—. Eres preciosa.

No nos soltamos durante toda la ceremonia y, cuando llegó el momento de los votos, me invadió la felicidad cuando Jackson pronunció los suyos.

—Se me cayó el primer diente a los seis años. No sé darme palmadas en la cabeza y rascarme la barriga a la vez. Odio los pepinillos, menos en una hamburguesa.

Estaba feliz. «Jackson Paul y sus datos aleatorios». Me apretó las manos al ponerse más serio.

—La primera vez que te vi, me pareciste preciosa. La primera vez que te abracé, no quería soltarte. La primera vez que me besaste, supe que me tenías. Eres la definición de todo lo bueno que hay en este mundo. Me enseñaste lo que es el amor. Cómo se ve, cómo se siente y a qué sabe. Me enseñaste a ser la mejor versión de mí mismo. Que mis luchas no son defectos, solo una parte de lo que me hace quien soy. Así que, hoy, te cuento los datos aleatorios que nos esperan. Prometo estar a tu lado todos los días, incluso cuando sea difícil. Te ayudaré a respirar cuando me necesites. Seré tu mejor amigo, tu persona. Te querré de todas las formas posibles. Lo daré todo por ti porque eres mi mundo. Lo eres todo para mí y nunca dejaré de quererte. Eso es lo que te prometo, Gracelyn Mae. Te prometo ser tuyo.

Respiré hondo.

—Y yo prometo ser tuya.

Aquella noche, nos sentamos en el césped delante del Taller de arte de Hannah. Todavía llevaba el vestido de novia y Jackson, el traje. Nos perdimos el atardecer, pero nos quedamos a ver las estrellas.

Nuestras vidas estaban completas.

A lo mejor no tendríamos hijos. A lo mejor no recorreríamos el mundo. Seguramente nunca seríamos ricos ni viviríamos en una casita a las afueras de una ciudad desconocida, pero nuestras vidas estarían completas porque nuestro amor era suficiente.

Daba igual lo que nos deparase el futuro, ya habíamos ganado al haber superado juntos la tormenta.

Con él, estaba completa.

Con él, había encontrado mi final feliz.

—Esto me encanta —dijo con timidez. Estaba sentada en su regazo con las piernas alrededor de su cintura—. ¿Cómo lo conservamos? ¿Cómo hacemos para que no desaparezca?

—Nos elegimos —respondí y apoyé la frente en la suya—. El uno al otro, cada día. Nos apoyamos. Yo te elijo a ti hoy y tú me eliges mañana.

—¿Por y para siempre? —susurró y me rozó los labios en un beso suave que me provocó un escalofrío.

Asentí, segura de que era verdad.

—Por y para siempre.

Agradecimientos

Este libro se lo dedico a las madres que tuvieron que despedirse demasiado pronto de sus hijos. Os veo, os escucho y doy alas a vuestros corazones. Sois las personas más valientes del mundo y vuestra fuerza, vuestra capacidad de amar y vuestra voluntad de no rendiros me abruman.

Se lo dedico a mi familia, las personas que me sujetan cuando me derrumbo. Mi «por y para siempre». Mi corazón y mi alma. Me siento la mujer más afortunada del mundo al formar parte de la mejor tribu que existe.

Se lo dedico a mis amigos, que comprendieron que, de vez en cuando, desapareciera en mi cueva de escritora. Gracias por quererme y permitir que me pierda en la escritura cuando me hace falta.

Se lo dedico a Staci Hart. Gracias por volver a crear una preciosa portada.

Se lo dedico a las lectoras beta que no se rindieron conmigo. Talon, Christy y Tammy, habéis salvado esta historia. Gracias por leer un millón de borradores sin matarme.

Se lo dedico a las editoras y revisoras que se adaptaron y ajustaron cuando cambié las fechas de entrega, que aparecieron cuando me sentía un fracaso y estuvieron a mi lado sin importar lo que pasase. Caitlin, Ellie, Jenny y Virginia: no os imagináis cuánto significáis para mí. Gracias por formar parte del equipo.

Se lo dedico a mi agente, Flavia: me cambiaste la vida. Te adoro.

Se lo dedico al hombre que me abrazó en mis ataques de pánico y me prometió que todo saldría bien. El que me hace reír cuando tengo ganas de llorar y me deja ganar en los juegos, aunque, aun así, casi siempre pierdo. El que me enseñó que no todos los hombres son iguales y me provoca el tipo de sonrisas que hacen que te duelan las mejillas mientras el corazón te da un vuelco. El que siempre me despierta mariposas en el estómago y me hizo volver a creer en las historias de amor.

Se lo dedico a todas las personas que se han sentido perdidas en la vida. A cualquiera cuyo mundo se haya puesto patas arriba. A cualquiera que se haya roto, pero que no se haya rendido. Merecéis encontrar el camino una vez más. Merecéis reconstruir vuestros corazones. No estáis rotas por haber dado algún paso en falso. No sois un fracaso por haber cometido algunos errores. Sois humanas. Crecéis, aprendéis, evolucionáis y es extraordinario.

Sois extraordinarias.

Gracias por leerme.

Gracias por fijaros en mí.

Gracias por ver mis defectos y considerarlos hermosos.

Os quiero a todas y cada una de vosotras.

Por y para siempre.

Sobre la autora



Brittainy C. Cherry siempre ha sentido pasión por las letras. Estudió Artes Teatrales en la Universidad de Carroll y también cursó estudios de Escritura Creativa. Le encanta participar en la escritura de guiones, actuar y bailar... Aunque dice que esto último no se le da muy bien. Se considera una apasionada del café, del té chai y del vino, y opina que todo el mundo debería consumirlos. Brittainy vive en Milwaukee, Wisconsin, con su familia y sus adorables mascotas. Es la autora de *Querido señor Daniels*, *El aire que respira*, *El fuego que nos une*, *El silencio bajo el agua* y *La gravedad que nos atrae*.

Gracias por comprar este ebook. Esperamos que hayas disfrutado de la lectura.

Queremos invitarte a que te suscribas a la newsletter de Principal de los Libros. Recibirás información sobre ofertas, promociones exclusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.




BRITAINY C. CHERRY



EL AIRE
QUE
RESPIRA

SERIE DE LOS ELEMENTOS I

CHIC 

El aire que respira (Los Elementos 1)

Cherry, Brittainy C.

9788416223503

304 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Es posible volver a respirar tras haberlo perdido todo?

Tristan ha perdido a su mujer y a su hijo.
Elizabeth ha perdido a su marido.
Son dos almas heridas que luchan por sobrevivir.
Necesitan recordar lo que se siente al querer.
Solo así podrán volver a respirar.

La novela romántica revelación en Estados Unidos

"No os lo perdáis. Leedlo y descubrid de primera mano lo bello que es respirar."

New adult addiction

"Recomendamos encarecidamente esta historia hermosa y conmovedora. Brittainy C. Cherry sabe tocar la fibra. Preparaos para emocionaros."

Totally Booked Blog

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Anna Premoli
Por favor,
déjame
odiarte



Por favor, déjame odiarte

Premoli, Anna
9788416223473
304 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Puedes llegar a enamorarte de alguien a quien odias?

Jennifer es abogada.
Ian es economista.
Y se odian.
Un cliente los obliga a trabajar juntos.
¿Y si del odio al amor solo hay un paso?

Premio Bancarella de los librereros italianos

Más de medio millón de ejemplares vendidos en Italia

"Una historia de amor con mucha ironía ambientada en la City de Londres."
La Repubblica

"La historia de rechazo y amor entre Jennifer e Ian desprende buen humor, sentimientos y optimismo. ¡Funciona!"
Il Messaggero

"El primer caso real de autopublicación que cosecha un gran éxito en librerías."
La Stampa

"La novela se mueve sin incertidumbre ni jadeos predecibles a lo largo de las pistas de la historia (...) El best seller de Anna Premoli confirma una certeza: nunca subestimes el odio profesional."
Corriere della Sera

"Es un fenómeno. El género se llama luxury romance, y se ambienta entre el mundo de las finanzas y castillos de familia."
Panorama

"Primer caso en que la autoedición digital designa a una autora como nueva voz de la narrativa italiana."
Panorama.it

"Una novela despreocupada sobre amores (im)posibles y desafíos profesionales."
Tu Style

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HOMICIDIO

UN AÑO EN LAS CALLES DE LA MUERTE

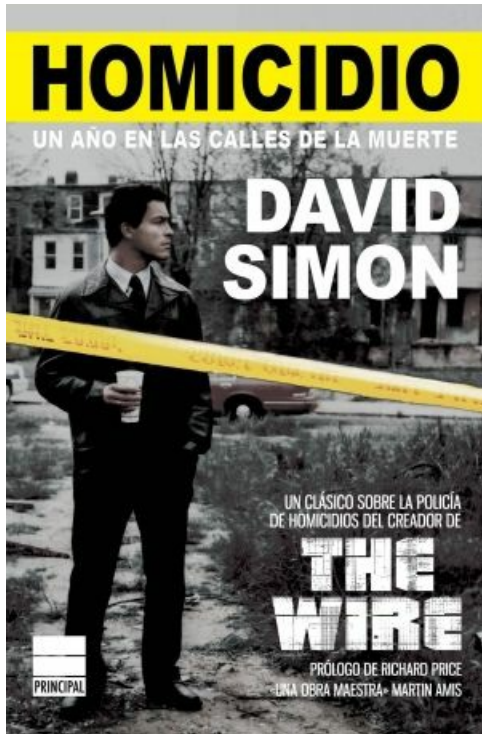
DAVID SIMON

UN CLÁSICO SOBRE LA POLICÍA
DE HOMICIDIOS DEL CREADOR DE

THE WIRE

PRÓLOGO DE RICHARD PRICE
UNA OBRA MAESTRA • MARTIN AMIS

PRINCIPAL



Homicidio

Simon, David

9788416223480

784 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El escenario es Baltimore. No pasa día sin que algún ciudadano sea apuñalado, apalizado o asesinado a tiros. En el ojo del huracán se encuentra la unidad de homicidios de la ciudad, una pequeña hermandad de hombres que se enfrenta al lado más oscuro de Estados Unidos. David Simon fue el primer periodista en conseguir acceso ilimitado a la unidad de homicidios. La narración sigue a Donald Worden, un inspector veterano en el ocaso de su carrera; a Harry Edgerton, un iconoclasta inspector negro en una unidad mayoritariamente blanca; y a Tom Pellegrini un entusiasta novato que se encarga del caso más complicado del año, la violación y asesinato de una niña de once años. Homicidio se convirtió en la aclamada serie de televisión del mismo nombre y sirvió de base para la exitosa The Wire.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

REAL

KATY EVANS



PRINCIPAL
de los LIBROS

Real (Saga Real 1)

Evans, Katy

9788494223488

336 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Un boxeador inestable.

Una joven con los sueños rotos.

Una combinación explosiva.

Remington Tate es el hombre más sexy y complicado que Brooke ha conocido jamás. Es uno de los boxeadores más admirados, deseados y ricos del circuito de boxeo clandestino. Pero cuando la invita a la habitación de su hotel, lo último que la joven fisioterapeuta espera es que le ofrezca un empleo.

La atracción entre ellos es evidente, pero Brooke no está dispuesta a tirar su vida profesional por la borda. ¿Podrá aguantar tres meses junto a él sin caer en la tentación? ¿Qué quiere Remington Tate de ella? ¿Y cuál es su terrible secreto?

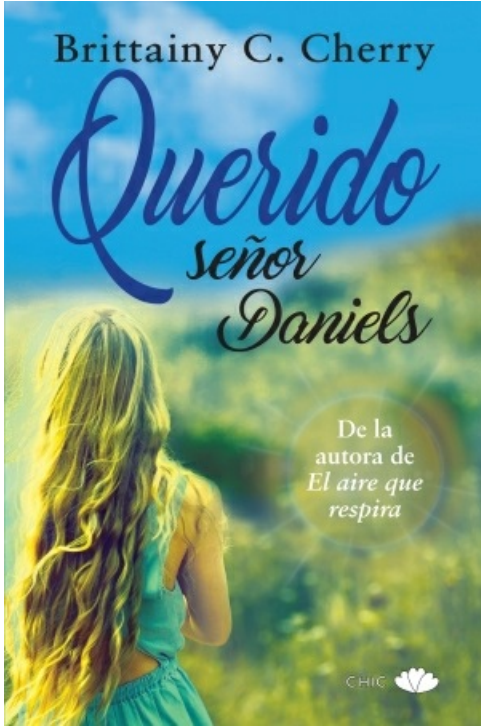
[Cómpralo y empieza a leer](#)

Brittainy C. Cherry

Querido señor Daniels

De la
autora de
*El aire que
respira*

CHIC 



Querido señor Daniels

Cherry, Brittainy C.

9788416223640

320 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Ashlyn Jennings es una estudiante modelo. Adora leer, especialmente las tragedias de Shakespeare, en las que busca respuestas a las dudas que la vida le plantea. Ahora, después de haber perdido a su hermana gemela y con su madre sumida en una depresión, se ve obligada a trasladarse e irse a vivir con su padre y su nueva familia a Wisconsin. Allí conoce por casualidad a Daniel Daniels, un hombre roto. Él ha sufrido dos grandes pérdidas en su vida y está tratando de superar el golpe, pero cuando conoce a Ashlyn hay algo que va más allá de las leyes de la química. Ambos quieren olvidar el dolor de sus vidas, hasta que un día se encuentran en la escuela, él como profesor y ella como alumna. "Una historia que no olvidarás fácilmente, una novela impresionante." AESTAS BOOK BLOG "Un libro increíblemente apasionado y poderoso, nunca lo olvidaré." TOTALLY BOOKED BLOG "Solo diré una palabra: ¡Uau!" READ LOVE LUST BOOK BLOG

[Cómpralo y empieza a leer](#)